



Roberto Prudencio Romecín
Julio Alvarado

KOLLASUYO

Año 1

Enero 1939

La Paz – Bolivia

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz – Bolivia

INDICE DEL TOMO I

- Aguirre, Nataniel
Una Familia Criolla en los buenos tiempos del rey nuestro señor
- Alvarado, Julio
La Sociedad Quechua Contemporánea
La Sociedad Quechua Contemporánea
La Personalidad de Jaime Mendoza
La Sociedad Campesina
- Antezana Paz, Franklin
Teoría Monetaria y Política Bancaria
Naturaleza Jurídica y Financiera de
La entrega de divisas
- Ballivián Calderón, René
“Sátiro o el poder de las palabras”
- Bilbao la Vieja, Roberto
La Educación Religiosa
- Crespo Gutiérrez, José
Bolivia y la Declaración de Lima
- Francovich, Guillermo
Retorno a Sócrates
- Medeiros Quejarazu, Gustavo*
Una Conferencia de Tristán Maroff
“La Doctrina del no reconocimiento de la Conquista en América”
El Doctor Alberto Zelada
“Historia Diplomática de Bolivia”
- Otero, Gustavo Adolfo
El Arte de conocer a los hombres
El Factor regional en la Independencia de Bolivia

Redacción:

Santiago Vaca Guzmán
Los Judíos en Bolivia
Nataniel Aguirre
El Acto Académico del PEN Club a la memoria de Jaime Mendoza
El viaje de uno de nuestros directores

Reynolds, Gregorio
Venus

Rodas Eguino, Justo
La influencia colonial a través de los primeros años de la república

Rojas, Casto
Reflexiones sobre historia económica

Salmón, Hugo
Los pequeños mineros y la función bancaria

Santos Quinteros, José
El litigio de la Standard Oil con el Gobierno de Bolivia

Vaca Guzmán, Santiago
La raza Quechua y la raza Castellana y su influencia en las letras bolivianas
y su influencia en las letras bolivianas

El arte de conocer a los hombres

(Fragmento de un ensayo)

Se ha dicho no sin razón que así como el siglo XIX fué el siglo de las luces, nuestro siglo novecentista debe ser llamado el siglo de la psicología, y se ha puesto bajo su signo la comprensión y el estudio de los fenómenos que se relacionan con la vida espiritual de la humanidad y especialmente con la interpretación del individuo.

Los conocimientos psicológicos se han difundido tanto, que la verdad no encuentro sino motivos de rubor al hablarles sobre la psicología del artista, para plegar mis ideas a un medio mental propicio al mismo tiempo comprensivo.

La verdad es que sobre el artista llámese poeta, músico, literato, pintor o comediante pesa una leyenda nebulosa que el público la absorbe con curiosidad mezclada de desprecio y de admiración. El artista, para mucha gente, sigue siendo un igual a aquellos juglares de la Edad Media que rondaban por los castillos declamando sus versos y tocando sus mandolinatas, en espera de que los señores que habían pasado un momento bello, escuchando sus estrofas y deleitándose *con* sus melodías, les arrojaran unos mendrugos de su festín. Para muchos sigue siendo, una especie de titiritero que se pone en la plaza pública para alegrar sus ocios pero sin mayores consecuencias. El Renacimiento tampoco pudo salvar al artista de este aire espectacular y triste. Los mesenas substituyeron a los señores feudales, y ellos, amparaban en sus palacios a los grandes pintores, los poetas y a los músicos, rodeándoles de grandes comodidades y pagando suntuosamente las obras que producía su genio. Los papas también ejercieron el mismo mecenazgo, llamando a su lado a artistas eminentes que son la gloria de la humanidad. Pero el artista todavía no ingresa al campo de cumplir su verdadera función social sino en nuestra época. El siglo XIX con la bohemia y con el romanticismo de la bohemia acabó con formar un nimbo de una atmósfera asfixiante en torno de los artistas. El bohemio escapado de una novela de Murger despreciaba al burgués y el burgués se divertía con el artista y le pagaba en la misma moneda. El siglo XIX, con su mal del siglo y con su bohemia, acabó por cerrar al artista en un ambiente de

espectáculo, prosiguió siendo el juglar de la Edad: Media, que hacía reír, que contribuía a dar una atmósfera de perfume idealista y amable a la vida, pero que se encontraba al margen de ella, igual que las cupletistas, que los toreros, que los payasos, sin ninguna función, ni ninguna categoría dentro de la vida de la sociedad, de la cual es uno de sus creadores y constructores.

El mundo ha recorrido mucho en este sentido. Hoy día los artistas se sientan en las academias y ya no envuelven sus cuellos con corbatas vaporosas. Se han cortado las melenas merovingias, no beben sino cuando tienen sed y el ajeno y las pipas verlenianas han desaparecido como artefactos inútiles. Los artistas disfrutaban de bellas mansiones, han resuelto no ser más cortejadores de los grandes señores, sino servir a su público, tienen contacto con el agua, se duchan todos los días, hacen gimnasia y guían sus automóviles, habiendo ingresado de lleno a formar parte del mundo integral en que se mueve el hombre.

¿Qué es un artista?

Oscar Wilde dice graciosamente que la gente enseña para disimular su ignorancia. Definir que es un artista, es decir, hacer el trazado de su mapa espiritual, considero que es una manera de enseñar ocultando cuidadosamente ignorancia, por tratarse de un asunto complicado y fundamentalmente serio. Pido, pues, disculpas de avanzar sin mayores preámbulos hacia el camino, para definir lo que es el artista.

Cuando nos referimos a la definición de artista, queremos expresar que vamos a tipificar al individuo humano que se dedica al cultivo de las bellas artes, aislándolo del conjunto del grupo humano y del ambiente social en el que actúa, abstrayendo, sólo por vía de didáctica como si existiera aislado en el símbolo de una sola persona, en la misma forma que lo hace el botánico, que reuniendo características determinadas, puede generalizar por síntesis la tipología de una determinada familia de plantas.

Cuando estamos en presencia de un hombre o de una mujer, queremos penetrar en el contenido de su médula psicológica, es decir, que deseamos internarnos en el caracol de su intimidad vital, en el secreto que guarda lo que los místicos llaman el castillo interior, o descubrirle el talón de Aquiles de su personalidad, y en suma adueñarnos de su existencia que está guardada por el caparazón de la envoltura externa, debemos realizar una serie de operaciones, cuando no queremos que nos ayude la simple intuición o el conocimiento mundano de los hombres.

Hay dos cosas de las que nos jactamos siempre: de conocer a los hombres y de decir siempre la verdad. Todos estamos en el secreto de nuestros semejantes, aunque no estamos en el secreto de nosotros mismos, y no siempre como el santo mentimos siete veces al día solamente.

El conocimiento del hombre es una ciencia profunda y delicada, que gracias a los psicólogos modernos, viene adquiriendo facilidad en su manejo y utilización, igual que el teléfono o la radio, y al jactarnos de conocer a nuestros semejantes sólo con el auxilio de la desconfianza o del pensar mal y acertarás, cometemos un gravísimo error. Otras veces, para juzgar a los hombres nos servimos simplemente de la experiencia anecdótica, informada generalmente por el criterio de la simpatía, y luego, sin darnos cuenta cuando formulamos juicios sobre los hombres nos limitamos a repetir las frases de quienes tienen el desearado heroísmo de afirmar sus méritos y sus excelencias. Por no tomarnos el trabajo de pensar aceptamos el juicio que sobre si mismos hacen circular sus propios autores. De todos estos procedimientos empíricos de valorar a la humanidad, el único, que sin duda no carece de interés es el de la intuición, pero siempre que ella se encuentre acompañada de la genialidad, y si fuese posible controlada por los medios científicos adecuados.

Vamos a indicar en forma sumaria de los elementos auxiliares que puede servirse el hombre para penetrar en la intimidad de sus semejantes. Es necesario considerar al hombre no como una dualidad, sino como un todo orgánico, que se encuentra estructurado con la complejidad de su atmósfera, su morfología, y su psiquis. Cuando vemos a un hombre en realidad no penetramos a su figura anatómica, sino que nuestras retinas disparan su observación hacia sus capas primarias y externas. Lo primero que vemos de un hombre es su indumentaria, luego sus atributos plásticos, es decir su forma y color, después valoramos su fealdad o belleza, penetrando seguidamente a su ambiente personal, que tiene expresión en el gesto, puesto de relieve por las manifestaciones de la actitud y el movimiento. Hasta aquí diríamos que hemos visto a un hombre, pero, que no podemos definirlo, sin embargo solo a base de estos elementos es que se formula el juicio de la simpatía o de la antipatía, se falla sobre el contenido de una persona. El juicio que nos inspira la antipatía o la simpatía es producto de un fenómeno puramente emotivo de la coincidencia de temperamentos de las personas, dos personas que coinciden en sus vaso-dilataciones o en sus

vaso-contricciones, como los signos de un mismo polo se repelen, y es entonces que se formula un juicio desfavorable que es mutua a los repelidos, y por el contrario, cuando las afluencias sanguíneas son diversas, los signos contrarios se atraen y brota un sentido de animada simpatía. Como se ve este juicio primario de tipo biológico, que se produce en igual forma en las personas inteligentes como en los individuos inferiores, no puede constituir elemento valorativo de ninguna clase, y no obstante es el único del que constantemente nos servimos, Rota esta atmósfera superficial que envuelve al hombre, se nos descubre un horizonte más amplio, que está constituido por el rostro y las manos. La cara, la mirada, la forma de la frente, de la nariz, de la boca, de las orejas, ya nos hablan en términos más elocuentes sobre la psicología de las personas, Lavater ideó la ciencia fisiognómica, tomando como punto de partida la forma de la cara y de sus expresiones, Para saber leer en la cara de las personas es pues, ya necesario estar iniciado en la fisiognómica, aunque sus datos solo tengan un carácter de relatividad muy especial. Tampoco se pueden formular juicios rotundos sobre una persona, inspirándose el Lavater sólo porque tenga aun parecido animal. Hoy día la fisiognómica ha perdido el ambiente esotérico que le dió su fundador, y que llegó a confundirse con la adivinación y la quiromancia. A su descrédito contribuyó no poco la frenología de Gall, que producía el diagnóstico de la inteligencia de las personas basándose en la extensión del ángulo facial, Las manos ofrecen también una gran riqueza psicológica para el diagnóstico de las personas, y muchas veces son elocuentes y más reveladoras que el mismo rostro, aun sin penetrar e el misterio de la quirosología y de la quiromancia, Estas ciencias que también fueron prostituídas por los farsantes y las adivinas, hoy día tienen una nueva fuerza que es la de servir para el conocimiento de carácter de las personas, ayudando de una pista o de un dato, par construir el complejo de la personalidad.

Cuando ya hemos introducido nuestra visión a estos campos, se nos ofrece la visión de los datos etnográficos, de la morfología del individuo, de su constitución, de su temperamento, y por último de su alma y de su espíritu, alcanzando como síntesis, mediante la coordinación de todos estos elementos el juicio sobre la personalidad integral. Al parecer, evidentemente resulta una operación difícil el diagnóstico de la personalidad, y se presenta un poco más complicado si a estos elementos que conocemos tenemos que agregar los de orden patológico y los relativos a los trastornos de la psicología. Todo esto hace ver, pues, que debemos ser muy cautos en emitir nuestros juicios sobre las personas, y que aun disponiendo de los instrumentos mentales necesarios, para perforar la barrera que nos opone cada hombre, para descubrir su psicología, los misterios de su propia naturaleza seguirán siendo indescifrables aun después de que los demás hayan dejado de serlo.

Diríase-observa el psicólogo Bosov que la tierra y el cielo se someten más fácilmente a la fuerza poderosa de la razón humana que el hombre mismo, depositario y encarnación de dicha razón.

Se comprenderá fácilmente que si ofrece sus complejidades el diagnóstico de la personalidad individual, las dificultades son mayores cuando se trata de la clasificación de estas individualidades en grupos humanos, según sus vocaciones o según sus profesiones. Cuando, por ejemplo, nosotros decimos que vamos a trazar la psicología del artista en el fondo nos referimos a que vamos a dibujar el perfil de un grupo de hombres que se encuentran sometidos a las reacciones de un temperamento unido a una gran emotividad e imaginación, y que en forma genérica los designamos sólo por vía de método con el nombre de artista. No hay, pues, psicología del artista, sino múltiples psicologías de individuos que se han dedicado al arte, en la misma forma que no hay enfermedades sino enfermos. Cada hombre es un caso.

Un poco esquemáticamente, hagamos presente el plano de la individualidad, en igual forma que si dispusiéramos de un plano anatómico, o pudiéramos abrir con un cuchillo las entrañas del alma y poder verlas esquematizadas y dibujadas para nuestra comprensión. Encontramos en este plano dibujadas las facultades psíquicas comunes a todos los hombres: la memoria, la imaginación, la voluntad, la razón, la inteligencia. Luego vemos que estas facultades están sustentadas por ganchos que las unen a la conciencia y a la subconciencia, a las emociones y a las raíces del instinto, que son las más puras y fuertes fuerzas biológicas. Envolviendo todos estos elementos como una fuerza difusa, que respiran todas estas facultades y elementos psíquicos, se introduce la sexualidad y el instinto de conservación, la lucha y la defensa.

Resulta que en cada individuo la distribución de todas estas facultades y elementos psíquicos son diversos no solo en calidad sino en cantidad. Los hombres, pues, son un verdadero

coktel de todos estos ingredientes, y la mayor o menor dosis que tengamos de uno de estos elementos determina el tipo de nuestra psicología, aparte de los matices diferenciales de la individualidad en relación a lo social y en relación a lo interno. Y no únicamente influye la cantidad y la calidad de estas facultades sino su valorización, y su gradación. He aquí, pues, que frente a un hombre debemos tratar de descubrir estos elementos de su personalidad.

Según un grupo de psicólogos modernos, seguramente hasta hoy los más autorizados, el predominio de una facultad sobre las otras tiñe y determina la psicología del individuo. Así por ejemplo el predominio de la voluntad sobre las demás facultades determina la presencia de un hombre de tipo conductor, hombre de estado, caudillo o gerente de fábrica. El predominio de la razón sobre las demás facultades, crea la función del filósofo, del matemático o del físico. Cuando la emoción estética y la imaginación absorben a todas las facultades integrantes de la psiquis se tiene el alumbramiento del artista. Naturalmente que conviene dejar establecido que la función predominante sólo tiñe, por decirlo así, la personalidad, subsistiendo en diversos grados y en diversas calidades las demás facultades. No querrá decir esto que un hombre de estado no sea inteligente, lo será pero en grado menor que su voluntad. Igual que en el caso del artista que inclusive puede desempeñar su misión como creador de la belleza, aun después de haber perdido la razón.

GUSTAVO ADOLFO OTERO

Ensayos de Sociología Boliviana

LA SOCIEDAD QUECHUA CONTEMPORÁNEA

I.-EL MEDIO FÍSICO

La Cordillera de los Andes que bordea las costas occidentales de la América del Sud, se divide al ingresar a Bolivia, entre los 22° y 21° de latitud sud en: 1°.—el Ramal Occidental, paralelo a la Costa formado por montañas volcánicas no muy elevadas (2 a 3,000 metros de altura); y 2°.— el Ramal Oriental o Cordillera Real, que se interna en el país, constituyendo diversas serranías muy elevadas (7 a 7,800 metros de altura: el Illampu, el Illimani, el Mururata); esta Cordillera encierra los grandes yacimientos metalíferos; el oro, la plata, el estaño, el wólfram, el bismuto, el cobre, el antimonio, el plomo, son explotados desde hace cuatro siglos y los nombres de algunas montañas han alcanzado la fama. (Potosí, Huanchaca, Corocoro). Ambas cordilleras se juntan al salir de Bolivia en el nudo de Vilcanota, entre los 15° y 14° de latitud sud. Al centro, queda la Meseta de los *Andes o Altiplano Andino*, inmensa superficie a 3.600 metros de altura media sobre el nivel del mar.

Al norte de la Altiplanicie, el Lago Titicaca, a 3.800 metros de altura y con 8.400 kilómetros cuadrados de superficie, posee numerosas islas y puertos. De él parte el río Desaguadero que, a 150 kilómetros al sud, desemboca en el Lago Poopó, en el corazón de la Meseta. Varios ríos afluentes de los dos lagos y numerosas lagunas de lagunas de sal bañan la parda llanura del Altiplano.

El clima varía de 15° y 20° bajo cero, en la región de las nieves, a 35° y 40°. sobre cero, en los valles. Además, en la región andina, las 24 horas del día presentan notables variaciones de temperatura: a las 12 de la noche, el termómetro marca 15° ó 18°. bajo cero (las piedras se rompen de frío, como allí suele decirse); a las 12 del día, se tiene 20° y 25° sobre cero (las piedras queman). Es decir, en 24 horas, diferencias de más de 40 grados en la temperatura.

Las diferencias de clima producen diferencias en la vida vegetal y animal. En la zona de las nieves, algunas umbelíferas y el Cóndor, el magnífico buitres de los Andes, representan a ambos reynos. A medida que se descende, la paja-brava, la "yareta" y la "thola", arbustos combustibles, aparecen juntamente con la chinchilla, la vicuña, la alpaca, la llama. La zona templada permite el cultivo de patatas y cereales y la existencia de varias especies de animales: ganado caballar, vacuno, porcino, etc. En la zona de los valles, la vida vegetal y animal presenta manifestaciones múltiples.

Hay ciudades importantes, fundadas por los españoles, como La Paz y Oruro, en plena altiplanicie; Sucre, Potosí, Cochabamba, en la Cordillera Real.

Es en este territorio y bajo tales influencias, que viven dos razas: Los aimaras, al norte, en las regiones más frías, infecundas y hostiles a la vida. Los quechuas, al sud, en las quebras de las cordilleras, en los valles perdidos en el fondo de las montañas y en tierras regadas por arroyos y manantiales. Cada una de estas razas tiene su lengua propia (que es una lengua y no un dialecto), sus tradiciones históricas, sus costumbres, su religión, su carácter. Son alas antagónicas, nacidas de la montaña, forjadas por ella. En ellas se constata la observación de Bouglé: "Un país de montañas mantiene de ordinario a los grupos sociales separados y por ello mismo, cerrados y homogéneos".

Son los sobrevivientes de las viejas civilizaciones aymaro-quechuas que, como todas las civilizaciones americanas (aztecas, chibchas, calchaquies), eligieron las mesetas como base de su expansión y desarrollo, mientras las civilizaciones del viejo mundo tuvieron en las grandes cuencas fluviales o marítimas, los basamentos de su proceso histórico.

II.— DEL ESTADO A LA ESCLAVITUD

Hasta el siglo XVI, existió en la América del Sud una brillante civilización quechua, fijada sobre los territorios andinos, desde el río Maule, en Chile, hasta el Ecuador. Esta civilización tenía su expresión jurídica en el Imperio de los Incas, Estado político correspondiente al triunfo de la raza quechua sobre la raza armara después de siglos de lucha que marcan los diferentes aspectos de la cultura aymaro-quechua.

La sociedad incásica era monogámica, patriarcal, agnática, en el orden civil; teocrática, absolutista, hereditaria, en el orden político; socialista, y en muchos casos comunista, en el orden económico; totémica, politeísta, panteísta, sabeísta, en el orden religioso; el signo escalonado aparece como base de su estilo artístico, bajo la influencia de la sucesiva superposición de las montañas; y en el orden moral, la sociedad inca practicaba las normas austeras del trabajo, la honradez y la bondad. La fórmula cotidiana de su saludo no consistía, como entre nosotros, en el anhelo de un día feliz sino en una recomendación prudente y sabia: "No seas mentiroso, ni perezoso, ni ladrón". Los Incas tenían su ciencia y su poesía, poseían un calendario y calculaban la fecha de los eclipses. Puede asegurarse que si en el orden político, la autoridad monárquica era excesivamente pesada, en los demás aspectos de la actividad social, la vida de ese pueblo era humanamente dichosa.

En la primera mitad del siglo XVI, los españoles conquistaron el Imperio. Hicieron obra de "conquista", pues emplearon la violencia, destruyeron la civilización quechua y diezmaron la raza. René Maunier califica a Pizarro, el Conquistador del Perú, de ser un "verdadero destructor" y Louis Baudin, profesor de la Universidad de París, llama "invasión de bárbaros" al recorrido que en esos pueblos hicieron los soldados de Pizarro.

Pero los españoles llegaban en nombre de una raza "civilizada", de un dios "verdadero" y de un Rey "todopoderoso". Y en nombre de ellos, saquearon los templos, violaron las vírgenes, robaron los tesoros, se apoderaron de las tierras y sometieron a sus habitantes.

Para René Maunier, el problema de toda conquista es el conflicto de la tribu con el Estado. En el caso de los Incas, es un Estado que sucumbe, y, de componentes del Estado, sus súbditos pasan a la esclavitud.

América fué para los españoles una colonia de explotación. Se dudó inclusive de que el INDIO fuese un ser humano y fué necesaria una campaña del P. Bartolomé de Las Casas para que se le reconozca como hombre. El "INDIO" (como se le llamaba despectivamente entonces, como se le llama hoy mismo), era un animal que trabajaba en los campos y en las minas, carente en absoluto de derechos. América pertenecía a los españoles; allí establecieron monopolios, prohibieron el cultivo de plantas ("el olivo, la vid, etc.) que podían competir con los productos de la metrópoli. Pero, para ser justos, conviene anotar que todos los pueblos conquistadores han empleado igual política. Las ordenanzas francesas de 1670 prohibían a los extranjeros llegar a las colonias de Francia, establecían monopolios e impedían la implantación de industrias de transformación.

Durante tres siglos y medio, quechuas y aymaras sufrieron tal esclavitud. Se rebelaron a fines del siglo XVIII, y obtuvieron la supresión de la "MITTA", la odiosa institución que imponía cinco años de trabajos gratuitos y forzados en las minas.

Cincuenta años más tarde, se produjo la Independencia Americana, y aunque quechuas y aymaras lucharon por ella en la guerra, los nuevos Estados americanos fueron constituidos por los "CRIOLLOS" hijos de europeos nacidos en América, y por los MESTIZOS, cruce del blanco con el indígena. Criollos y mestizos se apoderaron de las tierras y resultaron los dueños del Estado político, dejando de lado a quechuas y aymaras. El Libertador Bolívar, que con una admirable visión del porvenir dispuso la repartición de tierras entre los indios, no pudo conseguir su empeño, vencido por los intereses creados.

Y desde hace cien años, bajo la República, Quechuas y Aymaras no intervienen en la vida del Estado. Se califica frecuentemente de "régimen feudal" aquel que los encierra, y se los llama "siervos".

Hay aquí un error de apreciación. El siervo, amenazado por los invasores extranjeros, pedía la protección del señor feudal, prestaba un juramento. "El siervo tenía el goce de su persona y determinados derechos sobre las tierras que cultivaba", dice Pírou, Profesor de la Universidad de París. Quechuas y aymaras viven, en cambio, en la esclavitud. Refiriéndose al sistema de esclavitud, dice Pírou: "El esclavo está obligado a trabajar para su amo. El esclavo es la propiedad de su amo". Efectivamente, sólo el año 1932, la ley ha destituido a los patrones de la costumbre de alquilar los servicios de sus pongos a otros propietarios, sin que el trabajador percibiera remuneración alguna.

Empero, sufriendo la esclavitud económica y la incapacidad política, subsisten, a través de los siglos una sociedad aymara y una sociedad quechua. Están incontaminadas, puras. Todo fruto de cruce con otras razas, es eliminado. No han aceptado ninguna influencia extraña.

Hablo de sociedad aymara y de sociedad quechua, porque en ellas concurren los tres elementos que la sociología, por labios de sus maestros, exige como condiciones fundamentales de la vida en sociedad: comunidad, autoridad, conformidad. Además, no sólo hay yuxta posición de individuos, sino un estado de ánimo colectivo y permanente, traducido en sentimientos, reacciones, esperanzas y aún errores comunes. .

Yo no conozco la sociedad aymara, y no puedo hablar de ella. Voy a presentar simplemente un ligero esquema de la sociedad quechua en cuyo seno he vivido y cuya lengua hablo.

III.- LA VIDA CIVIL Y DOMESTICA

La familia es el eje de la vida civil. Grupo de parentesco y de localidad, desaparece el vínculo para el miembro que ha fijado su domicilio en otro territorio. La familia forma una entidad independiente y completa: sus miembros realizan todos los trabajos y, según las edades están, encargados de funciones comunes. El orden social se regulariza por la repetición de los hábitos.

Los niños de ambos sexos, se encargan del pastoreo del ganado Vestidos, desde los hombros hasta los muslos, con un ligero lienzo, no llevan pantalón, sombrero ni calzado. Antes de las 7 de la mañana almuerzan un plato de sopa de trigo molido, con patatas, sin aceite ni grasa; llevan un poco de maíz cocido (mote) tostado, y patata congelad; (chuño.), en un saquito, (chuspa), y conducen el rebaño a los pasta les por senderos abruptos, atravesando serranías, trasmontando cerro escarpados. Permanecen todo el día en la intemperie, bajo un sol abrazador y al rigor del viento, música agreste de las montañas. Este género de vida desarrolla su naturaleza física, llena de vigor su organismo y les proporciona fortaleza y salud, envidiables en la raza. Los niños retornan con el rebaño, al caer la tarde, comen un plato idéntico a del almuerzo y duermen de inmediato.

Al aproximarse la pubertad, el infante ingresa en las faenas destinadas a los hombres: agricultura, construcción de viviendas, comercio, viajes. Lleva una blusa y un calzón tejidos toscamente de lana; un poncho, en cuyo centro un hueco da paso a la cabeza, le abriga y protege del frío y de la lluvia; un cinturón en forma de servilleta, que envuelve para ceñírselo a la cintura y del que cuelga un pequeño saco, la "chuspa", donde guardan dinero, papeles y hojas de coca. Todos estos tejidos son fabricados por las mujeres de la casa. El sombrero blanco, de lana, o negro, de cuero, y las sandalias de cuero, se las fabrica personalmente. Al despuntar el día, va al

trabajo que comienza a las 6 de la mañana, después de recorrer hasta 15 y 20 kilómetros a pie. A las 9, su mujer le lleva el almuerzo. Sólo a las 6 de la tarde suspende su faena y gana el hogar, donde lo espera la familia para la comida. Instantes después, se acuesta.

La mujer, en cambio, tiene las labores de la casa. Se viste con una blusa y una falda tejidas de lana. Los sombreros y las sandalias son de la misma calidad que los del hombre, aunque difieren en la forma. La mujer lleva una capa, tejida de lana. Prepara el almuerzo que lleva al esposo, recorriendo las largas distancias; no acostumbra el desayuno. Hila lana obtenida de las ovejas, (pues la llama es rara entre los quechuas y sólo abunda, entre los aymaras). Va por todas partes con su rueca, hilando mientras camina o viaja, y sin descuidar a su criatura que lleva cargada en la espalda. Teje en el patio de su rancho, con ayuda de una armazón de palos; tiñe con diversos colores la lana y los distribuye armoniosamente en fajas verticales, lanzando los ovillos de hilo entre las armazones; finalmente, entrecruza las hileras verticales con una trama interior horizontal, y el tejido resulta sólido, resistente y durable. Con él fabrica los vestidos para la familia, las frazadas, los sacos para el transporte de cereales, asignando colores especiales a cada uno de estos empleos.

A partir de los 16 años, el quechua piensa en el matrimonio. La elección de los novios no se funda en motivos sentimentales. Los jóvenes de ambos sexos buscan una persona "trabajadora" y tal es la condición esencial; se la prueba, poseyendo sembradíos o animales de labranza o ganado, resultados del esfuerzo propio. Verificada esta virtud del trabajo, los novios se unen, sin matrimonio, llevando una vida común que sirve de prueba para el matrimonio. El quechua no quiere una reyna del hogar, sino un elemento que juegue un rol activo en la producción económica y la distribución de tareas, en el seno de la familia. Si durante esta vida común que dura meses o años, los novios han probado su virtud para el trabajo, se realiza el matrimonio o subsiste la vida en común. De modo contrario, se separan aún que posean hijos, pues éste no es jamás; un obstáculo para que se presenten nuevos pretendientes.

El quechua es endógamo. Prefiere a las gentes de su comarca, que han crecido con él y cuyas íntimas costumbres conoce. Practica la monogamia; viva en matrimonio o en concubinato, es rígida su fidelidad conyugal; no Proviene este hábito de moral religiosa alguna ni de preceptos jurídicos, pues ni el sacramento católico ni el matrimonio civil producen diferencias: los que viven como esposos están en igualdad de condiciones con los que viven como amantes. Para el quechua, para su hondo sentido moral, no tienen ninguna significación las distinciones que la Iglesia o la ley hacen entre hijos legítimos, o naturales, El quechua condena el adulterio; la mujer adúltera es considerada como signo de mal agüero y causante de epidemias, tempestades y hambrunas; se la expulsa con piedras y el marido engañado tiene el deber de vengar el ultraje, y se le perdona si en castigo ha dado muerte al traidor y a la infiel.

Los matrimonios tienen escasa descendencia; raras veces poseen más de cinco hijos, no obstante de que el aborto provocado y los medios para evitar la concepción son, sino desconocidos, considerados como crímenes, no de carácter legal o católico, sino de carácter moral; cada hijo representa un nuevo productor, una nueva fuente de riqueza que desde los 4 años desempeñará su rol activo en el engranaje familiar, para no concluir su tarea sino con la muerte, porque esta raza que ha hecho del trabajo la más profunda; razón de ser de la vida, no conoce las vacaciones, ni el descanso de verano, ni el retiro por los años, ni la jubilación, ni los viajes por placer, y sólo altera el ritmo isócrono de la labor diaria con el *domingo*, día en que toda la familia queda en el rancho y almuerza de cuclillas en torno del fogón que funde con su calor los esfuerzos de todos sus miembros.

El *rancho*, la morada milenaria del quechua, es un conjunto de 3 ó 4 habitaciones y una cocina, construídas en torno del patio: las paredes son de barro y de piedra no labrada, sirviéndoles de techo una armazón de madera sobre la que se coloca una capa de "*suncho*" (arbusto silvestre), protegida por una capa de paja adherida con barro. Todas las habitaciones son depósitos de granos, patatas o harina, o útiles de labranza, enceres de trabajo etc. El quechua duerme en los sitios que quedan vacíos, sobre el suelo: usa cueros de oveja en vez de colchón y se cubre con frasadadas tejidas en la casa. Los matrimonios se distribuyen en las diversas habitaciones. Junto al rancho, el aprisco proporcionado a la importancia económica de la familia, guarda el rebaño de ovejas o se subdivide para bueyes, asnos y caballos.

El rancho está siempre en el flanco de una montaña, al lado de un arroyo o un manantial. No tiene cimientos, o, mejor, sus cimientos son las entrañas de la montaña. Del mismo color que la

montaña, construido con sus materiales, protegido por la paja brava que es el arbusto musical de la mañana, el rancho es *como* una prolongación de ésta, y comunica a sus moradores el aliento de la tierra, incansable en su labor, inagotable en sus fuerzas creadoras, cumpliendo leyes físicas de que es fecunda obrera. A semejanza de ella, el quechua ve envejecer el hierro de sus instrumentos, y no desfallece; los años le arrebatan la carne de su cuerpo, pero no la fuerza de sus músculos; y con estoica resignación acepta los designios fatalistas de la naturaleza, cuna, madre y sepulcro, a su hora.

IV.-LA VIDA POLÍTICA

La montaña es madre del rancho. Y con todas las madres generosas y fecundas, ésta tiene numerosos hijos. Cada montaña es el regazo de innumerables ranchos. Y conviene advertir que, geográficamente, la montaña esta constituida por diversas colinas o, mejor, la montaña, que representa un pico elevado de la cordillera, al prolongar sus flancos hacia el valle y formar el cauce de un río, determina con sus accidentes topográficos, la formación de varias colinas.

Los ranchos que en las diversas colinas reciben la influencia de su madre común, la montaña, son hermanos entre sí. Existe entre sus moradores un vínculo de localidad: cultivadores de la misma tierra, utilizando el agua del mismo arroyo, pastando sus rebaños en las mismas praderas, tomando la leña, del mismo bosque, venerando a sus ancestros en el mismo cementerio, celebrando sus fiestas ante el mismo templo, mantienen la vida de comunidad que tiene, por ello, un origen y un sentido esencialmente geográficos.

"La comunidad es el acercamiento temporal de los hombres, a veces prolongado, a veces accidental", define René Maunier. En este caso, la palabra "acercamiento" es exacta, porque la comunidad quechua no entraña confusión de intereses, deberes ni personas. Pero no es temporal sino milenaria.

Es esta influencia geográfica que divide la sociedad quechua en "comunidades". Una comunidad que originariamente se distingue de las otras por la circunscripción territorial que ocupa, adquiere peculiaridades que acaban por darle una fisonomía propia. Los "ídolos" y santuarios que venera, el "cabecilla" que obedece los curanderos y la forma de plantas y animales medicinales, los sitios de hazañas, crímenes y espíritus malignos, temidos por todos los miembros de la comunidad, constituyen diferencias que devienen fundamentales.

René Maunier afirma: "De esta vida común nace y surge la autoridad: poder legítimo o arbitrario que la vida del grupo ejerce sobre el hombre". Efectivamente, la organización política se presenta desde los primeros momentos, en la sociedad quechua. El "*ayllu*" es la expresión jurídica de la comunidad.

El jefe del ayllu es el "*cacique*". Portador de un grueso bastón adornado con cintas y medallas, y con empuñadura de plata o metal, el cacique es la autoridad suprema, tanto civil como política, económica o criminal. La autoridad del cacique es aceptada por todos, pues está basada en la tradición inmemorial. Se sabe que una de las características de los grupos humanos es la conformidad a la autoridad surgida de la vida en común. Agréguese a ello que el cacique, en sus orígenes, fué el héroe guerrero y desempeñó funciones religiosas. La autoridad del cacique no está limitada sino por las normas de la tradición y no se funda en preceptos jurídicos ni obedece sino a los dictados de su conciencia. No obstante este criterio individual del derecho, hay tradiciones comunes que obedecen todos los caciques: la protección a las mujeres y los niños el castigo del robo, el asesinato y al adulterio con penas infamantes, la severidad para con el ocioso y con el que no trabaja, respeto del culto, de los muertos, y la protección a los enfermos, la hospitalidad al extranjero, etc.

Actualmente, el cacique está incrustado en el engranaje de la administración política del Estado. Por tal razón, su autoridad moral ha disminuído en el concepto de la raza. Y desde los primeros tiempos de la conquista, otro personaje ha llegado a ocupar un rango muy importante en el ayllu: el anciano, el "cabecilla".

Alcides Arguedas, en su interesante novela sobre las costumbres de los aymaras, "*Raza de Bronce*", ha designado con el nombre de Choquehuanca al personaje que representa a ese viejo y sabio mentor del ayllu, sabio en experiencias, profundo en sus intuiciones sobre el valor y la significación de la vida, admirable en el consejo y la prudencia, temible cuando se decide a obrar.

Todo ayllu quechua tiene su "choquehuanca". Los años, la vida honesta y sacrificada, la bondad de sus consejos y reflexiones, la austeridad de su existencia, la severidad de su palabra, lo han convertido en el símbolo de los más hondos sentimientos de la raza. Generalmente enjuto, plagado de arrugas el rostro bronceado, misera las vestiduras, parece una momia andante, porque también su aire es taciturno y sombrío. No es posible acusarle de ninguna falta moral en su vida que siempre fué ejemplar. Doblega a los soberbios, contiene sagazmente las rebeldías de los jóvenes, trata a todos con modales suaves. Su autoridad no emana de la ley, ni de la iglesia, ni de la estirpe, ni de la tradición: es una autoridad personal, indiscutida, acatada hasta el sacrificio de la vida, porque cuando el "choquehuanca" dispone una cosa es porque ella es justa y verdadera.

Al lado de esta vida política rudimentaria, funcionan los órganos subalternos del Estado oficial. Para el Estado, la reunión de diversos "ayllus" constituye un "corregimiento", último grado de la división administrativa del país. Un mestizo, con el nombre de "corregidor", está a la cabeza de cada corregimiento y ejerce funciones administrativas, política y financieras. En cada "ayllu", los "hilacatas" y los "caciques" cooperan con el Corregidor para la percepción de los impuestos sobre la tierra.

JULIO ALVARADO.

(Conferencia leída en la Sorbona, bajo los auspicios de la "Société du Folklore Français et Colonial".)

(Continuará).

Teoría monetaria y política bancaria

Grosso modo, existen dos grandes teorías monetarias que pretenden explicarnos el valor de la moneda, la naturaleza de su esencia, sugiriendo al mismo tiempo, aunque en forma indirecta, la política monetaria y bancaria a seguirse. Son la teoría nominalista y la teoría valorista de la moneda.

Resumamos rápidamente sus alcances.

Para los partidarios de la teoría nominalista, la moneda no es sino un simple signo, que arranca su valor por el hecho de oponerse a las mercaderías y servicios. Carece de valor propio, y el que tiene se fundamenta en que con ella pueden adquirirse bienes y servicios.

Una forma del nominalismo la tenemos en la célebre teoría cartalista de Knapp. Según las concepciones del notable autor alemán, el dinero vale porque el Estado, el Poder Público, al definir la unidad monetaria, impone al mismo tiempo su empleo en todos los pagos, sean estos privados, o efectuados al Gobierno (pago de impuestos).

Como consecuencia, no es necesaria la existencia del encaje oro, de la cobertura, que respalda la emisión de billetes. Si el valor de estos no es reflejo del metal amarillo, no hay que preocuparse de su acumulación.

Un ligero análisis del nominalismo cartalista permite constatar que su aceptación abre el camino a la inflación monetaria. Si el valor del billete tiene su origen en el sello del Estado, no hay que preocuparse de la cantidad de billetes en circulación. Llevando cada viñeta la marca del Soberano, tendrá siempre el mismo valor, aun cuando su número se multiplique indefinidamente.

Para los valoristas, la moneda tiene un valor propio, intrínseco. No es el sello del Estado el que le dá un valor, la capacidad de comprar bienes y servicios, sino que el fundamento de su valor hay que buscarlo en otros factores.

Aquí, la teoría valorista se divide en dos tendencias: la metalista, y la valorista propiamente dicha.

Para los metalistas, la moneda toma su valor, del valor del metal con que está hecha. El billete, consiguientemente, vale por que representa cierta cantidad de metal precioso, y es posible, con cada billete, obtenerlo en cualquier momento. La confianza en esta convertibilidad hace que el billete circule en manos del público, sin desvalorizarse. Pero cuando se ha pasado del curso legal al curso forzoso, cuando se ha suspendido la convertibilidad, entonces el billete empieza a

desvalorizarse, a tener un poder de compra inferior al del lingote que primitivamente representaba. Si sobreviene la inflación, el aumento desmesurado de billetes de papel se puede obtener... (texto incompleto en la publicación original)...zación del billete, porque con cada viñeta de papel se puede obtener una cantidad cada vez menor de oro. (1).- Véase: Charles Rist: Historia de las doctrinas relativas al Crédito y la Moneda, desde la época de John Law y hasta nuestros días.— Paris, Sirey, 1938.-.

En cuanto a la teoría valorista, propiamente dicha, nos dice que la moneda, el dinero, tiene un valor autónomo, propio, y cuyo origen hay que buscarlo en las funciones mismas que llena. Primitivamente, el valor del dinero dependió del metal con que estaba fabricado. La moneda es una mercancía.— Pero luego, poco a poco, por un proceso milenario, el valor de la moneda se disocia del valor del metal. La moneda se vuelve cada vez, y más y más, un **poder compra**, y su valor depende de este. El público recibe el dinero, el billete, no porque piense que con él podrá obtener tal o cual cantidad de oro, sinó porque cree que con cada unidad monetaria podrá comprar tal o cual cantidad de mercancías, pagar tales o cuales servicios y cancelar deudas. En países donde no ha habido circulación efectiva de oro, o ella ha sido muy pasajera, el público no se interesa por el contenido en oro de cada unidad monetaria, sinó por su poder de compra o poder adquisitivo.

Los hechos contemporáneos parecen confirmar esta última teoría.— El campesino, que nada sabe de la convertibilidad o no en oro de los billetes, los acepta en la creencia de que con ellos podrá comprar determinada cantidad de bienes y seguro de que en cualquier momento podrá pagar sus deudas con esta moneda.— Al mismo tiempo, teniendo en cuenta los precios actuales, el poder adquisitivo actual de la moneda, cree que en lo futuro podrá comprar las mismas o análogas cantidades de bienes, y entonces guarda el billete, porque este le parece que es un buen medio de conservar la riqueza.

Querrá ello decir que el valor de la moneda, que en su esencia parece depender de su poder adquisitivo, nada tenga que ver con el oro?

Y habrá que pensar que hay que desechar, una vez por todas, el patrón oro como una traba inútil y hasta perjudicial,?

He aquí el punto crucial, no precisamente de la teoría monetaria, que trata de explicar los hechos, sinó de la política bancaria, cuya finalidad es organizar el servicio público de la moneda, de tal modo que su funcionamiento proporcione el máximun posible de beneficios a la economía nacional y a la colectividad.

Desde luego, una constatación se impone. Admitiendo, como admiten la mayoría de los economistas contemporáneos, que el fundamento del valor del dinero sea su poder de compra, que su aceptación pública sea consecuencia de una creencia en su capacidad adquisitiva y de pago, ello no quiere decir que el valor de la moneda esté completamente desligado del valor del oro. Aún suponiendo que en un país se organizase el servicio monetario de tal modo que no sea necesario ningún encaje oro, o este sea tan reducido que pueda ser considerado como inexistente, no sería posible la creación y persistencia de la unidad monetaria, sin una referencia al oro como elemento básico, concreto, de la valuta. La moneda al ser creada tiene que definirse, aun cuando no se materialice en su existencia por un peso determinado de metal precioso. Si no, sería imposible su comparación con los bienes y servicios, y sobre todo con las demás monedas.

Y un régimen monetario, organizado en esta forma, sólo podría subsistir merced a un control absoluto de importaciones y exportaciones y de movimiento de capitales, de tal modo que la balanza de cuentas se encuentre siempre en equilibrio, estando todos los exportadores obligados a entregar al Estado el ciento por ciento del valor de sus exportaciones (divisas) y no permitiéndose las importaciones sinó en la medida de las disponibilidades, de tal modo que se evite un saldo desfavorable. Al mismo tiempo, se limita el rol de la moneda, en las relaciones internacionales, al de instrumento de cuenta.

Este es el caso de Alemania en la actualidad,— teniendo en cuenta, naturalmente, y salvando lo ocurrido en las últimas semanas, que el alza de precios en el interior del Reich ha podido ser evitada sobre todo porque no ha habido inflación en la emisión de billetes, viviendo al mismo tiempo la economía alemana en una especie de vaso cerrado.

El poder adquisitivo de la moneda, no puede, por otra parte desligarse íntegramente de su poder adquisitivo con relación al oro. Aun cuando aparezca, por la observación de los hechos, que la moneda tiene un valor autónomo en las transacciones, un análisis más profundo evidencia que cuando el precio del oro aumenta en términos monetarios, necesariamente tiende a producirse a la larga, y con más o menos rapidez según la estructura de las economías nacionales, una elevación

general de los precios de mercancías y servicios. Si el hecho se acompaña de inflación, el alza de precios se realiza más rápidamente.

Aceptado el hecho de que en las transacciones internas, la moneda tiene un valor propio, resultante de su poder adquisitivo comprendido como acaba de explicarse, es decir con relación a la renta real y con relación al metal precioso, es preciso enjuiciar otro aspecto, básico para la política bancaria. La moneda nacional, poder de compra en el interior, puede ser presentada al Instituto de Emisión para su convertibilidad en divisas o en oro. Entonces, la política bancaria debe estar dirigida de tal modo que la amplia convertibilidad de la moneda nacional, el billete, esté asegurada en todo momento. Las autoridades bancarias y los poderes públicos no deben organizar el servicio monetario y bancario sobre la base de que el fundamento del valor de la moneda es su poder adquisitivo, sino sobre la perenne posibilidad y probabilidad de que el billete de banco puede ser presentado en cualquier momento para ser convertido en oro o en divisas. Si esta convertibilidad no está perfectamente asegurada, habrá la posibilidad de que la moneda se deprecie por haberse decretado su curso forzoso.

Aceptado este postulado, una política bancaria y monetaria sana, inspirada exclusivamente en los permanentes intereses de la colectividad, tendrá como finalidad la acumulación de reservas y de divisas, no en una proporción del ciento por ciento con relación a los billetes y depósitos en el Instituto Emisor (medio circulante), que ello no es necesario, pero sí en cantidad tal, que no sea preciso recurrir a la declaratoria de inconvertibilidad al producirse una considerable demanda de oro o divisas, que sobrepase las demandas normales determinadas por la actividad del comercio y la industria.

Porque la moneda no desempeña únicamente el rol de intermediario de los cambios (cambios de mercancías y servicios), y común denominador de los valores, ni es tampoco solamente medio de pago, de cancelación de deudas. Es todo esto, y algo más. Es un medio de conservación de la riqueza, es una reserva de valores. La característica actual de la humanidad civilizada es la de vivir pensando en el futuro, antes que en el pasado o el presente. En lo económico, no es lo pasado lo que importa, sino, y sobre todo, lo futuro.

La moneda es entonces, un "puente entre el presente y el futuro" (2). -Véase Albert Aftalion: El Oro y la moneda.-Su valor.-París, Sirey, 1938.- Sirve para conservar un valor que los hombres no quieren o no pueden consumir o utilizar de inmediato. Luego, el instrumento que deba desempeñar este importantísimo rol, debe escapar a la arbitrariedad de los hombres y en lo posible debe tener un valor estable, de tal modo que el valor que represente en la actualidad no quede profundamente mermado en lo futuro.

El billete de banco, por su naturaleza misma, puede ser multiplicado indefinidamente por los gobernantes, a quienes asecha en todo momento el fantasma del déficit. Por ello mismo, no puede ser un buen instrumento de conservación de valores, sino dentro de determinadas condiciones. Es susceptible de desvalorización, y los hechos monetarios contemporáneos demuestran que este temor no es una simple creación del espíritu.

En cambio, el oro, aunque puede ser motivo de legítimas críticas en cuanto a la absoluta estabilidad de su poder adquisitivo, escapa a la arbitrariedad de los gobernantes, pues no puede ser multiplicado con el simple funcionamiento de una "maquineta" como ocurre con las viñetas de papel llamadas "billetes", y que pueden reproducirse en cantidades astronómicas.

El metal precioso, condicionado como está el aumento de su producción a factores geológicos técnicos, y de carácter monetario, no puede sufrir fluctuaciones demasiado bruscas y acentuadas (salvando excepciones muy contadas), y sobre todo, no es susceptible de desvalorizarse indefinidamente, como puede ocurrir con el papel-moneda. Siempre tiene un valor, y por ello mismo, actualmente nos aparece como el mejor instrumento para conservar valores, para servir de lazo económico seguro entre el presente y el futuro.—

Los dirigentes de los más importantes Institutos de Emisión del Mundo, hombres realistas y de espíritu práctico, y a quienes no ha pasado desapercibido este fundamental papel de oro, se preocupan hoy de acumularlo, de acrecentar el "tesoro de guerra" de sus respectivas naciones.

Por otra parte, el patrón de oro se presenta a todos los economistas como el mejor instrumento para facilitar y acrecentar el intercambio de mercaderías entre las diversas naciones.

FRANKLIN ANTEZANA PAZ.

**Notas sobre la vida
intelectual de Chuquisaca
en el pasado siglo**

Homenaje al Cuarto Centenario
de su fundación

LOS CAROLINOS

Ninguna de las ciudades de la República ha sido para las letras tan fecunda como la ciudad de Chuquisaca. Parece que la naturaleza misma predispusiera allí al estudio y a la meditación. La atmósfera de selección que se respira en Sucre, la tranquilidad de su vida, su grato clima y su paisaje amable, llevan a las gentes insensiblemente al amor de las letras y al culto del espíritu. Los hombres allí antes que entregarse a la vorágine de la política o a la turbulencia de los negocios, prefieren sumergirse en la contemplación estética del arte o en la honda meditación de las ideas. Por eso Chuquisaca ha conservado, desde la época de la Colonia, el prestigio de pueblo cultor de la inteligencia, cimentado en una larga y fecunda labor intelectual.

La Plata en el período colonial llegó a ser la capital intelectual de América. La fama de su real y pontificia Universidad, que obtuvo los mismos privilegios que la de Salamanca, concentraba en la ciudad de Chuquisaca estudiantes que iban desde Buenos Aires, el Tucumán, el Cuzco, de todo el Alto Perú y desde Lima misma. "Ir a Chuquisaca a estudiar —dice el insigne y erudito escritor Gabriel René Moreno— era todavía a principios del siglo, en la capital del virreinato, algo como emprender un peregrinaje de seiscientas leguas castellanas en mula para obtener una patente de omniciencia, o más bien como una cruzada individual para ir a conquistar del mahometismo de la ignorancia el pozo de la sabiduría".

Los estudios universitarios se caracterizaban por la filosofía escolástica, la lógica aristotélica, el latín y la jurisprudencia. Se puede decir que la docta universidad no estaba muy lejos del trivium y del cuadrivium medioevales. Antes que en las ciencias empíricas, era en el ejercicio de la dialéctica y de la controversia filosófica que se ejercitaban esos futuros doctores que habían de hacer brillar sus dotes oratorias, ya sea en el estrado jurídico, en el púlpito sagrado o en la tribuna política, durante la era revolucionaria. La forma silogística en el discurrir y el ergo dialéctico daban carácter a las apasionadas controversias. Si a esto se añade la agudeza de la mentalidad chuquisaqueña, el fino atisbo y la ironía punzante, tendremos que antes que un conclave de sabios, Chuquisaca era un gremio de elegantes sofistas, hábiles contendientes, prontos a la respuesta y muy duchos para aventurarse en los mil vericuetos de la disputa. En la Universidad se manejaba la dialéctica como un arma, y sobre cualquier asunto se planeaba la discusión. "Se disertaba en el pro y en el contra, dice Moreno, de palabra y por escrito todos los días; se argüía y redargüía de grado o por fuerza entre sustentantes y replicantes, a lo largo de los corredores, dentro del aula, en torno a la cátedra solemne, ante las mesas examinadoras y desde los bancos semi-parlamentarios de la Academia Carolina. Disputar y Disputar.— Donde quiera que se juntaran dos o tres estudiantes, se armaba al punto la controversia por activa y pasiva en todas las formas de la argumentación escolástica".

Se comprende así que la palabra hubiera tenido tanta influencia en el desarrollo posterior de Bolivia, y más la palabra hablada que la escrita. Los juristas ejercitados en el arte oratorio, conmovieron en las tribunas políticas a las multitudes anhelantes, y fundaron el nuevo estado más en virtud de las palabras que de las inmediatas realidades.

Esta educación teórica y formativa, de latinazgos y de ergos teologales, ya en la misma Colonia trató sin embargo de ser modificada por otra que tuviera más en estima las ciencias naturales, y que empleara los métodos inductivo y experimental que habían sido proclamados por Bacon hacia varios siglos y que dominaban en la filosofía de los enciclopédicos franceses. Ya don

Victoriano Villaba, Fiscal de la Real Audiencia y Chansillería de La Plata, en su libro sobre "Apuntes para una reforma de España sin trastorno del gobierno monárquico ni de la religión", decía: "¿Puede aspirar a culta una nación que apenas tiene enseñanza de las verdaderas ciencias, y tiene infinitas cátedras de jerga escolástica? ¿Puede ser culta sin geografía, sin aritmética, sin matemáticas, sin química, sin física, sin lenguas madres, sin historia, sin política, en las Universidades; y sí solo con filosofía aristotélica, con leyes romanas, cánones, teología escolástica y medicina peripatética?"

Era, pues, evidente que ya en Chuquisaca alentaba el deseo de romper con los rígidos cánones teológicos, de superar la filosofía escolástica medioeval y de liberarse de la estrecha argumentación silogística. Y estos anhelos fueron en gran parte realizados por don Benito María de Moxó y Francoli, nuevo Arzobispo de la Plata y Cancelario nato de la Universidad, que venía a ocupar la silla que había dejado el beato y sapiente Sanalberto. Desde su llegada las esperanzas del docto claustro fueron puestas en él, y así lo significó en forma clara y sin ambages don Miguel Santos y Quiñones. Rector de la Universidad, en la arenga de bienvenida a su ilustrísima. "El orador —dice Moreno— se encaró de frente al escolasticismo imperante denunciándole como enemigo del progreso científico. A nombre del claustro insinuó el deseo de que se echasen por tierra en Chuquisaca las constituciones de la Universidad limeña de San Marcos, que no hacían sino arraigar más y más en la escuela el peripato ergotista. Deslizó la esperanza de que, inspirándose el entrante cancelario en su amor a la juventud estudiosa, arbitrarse métodos más adecuados para fomentar la enseñanza y ensanchar la esfera de los conocimientos".

Don Benito María de Moxó, doctor en letras divinas y humanas y laureado en bella literatura, no era ajeno al entusiasmo de la época por el racionalismo de Descartes, de Malebranche y Leibniz, que él sabía armonizar discretamente con los principios de la Teología. Así el método racionalista y el empirista experimental de Bacon y Loke para el estudio de las ciencias de la naturaleza, fueron puestos en práctica.

"Porque —como dice el papelista cruceño— no tan solo su fe de sacerdote católico, pero ni aun siquiera sus recelos patrióticos de español, se sintieron alarmados con el anhelo de luz y aire que se manifestaba en el claustro universitario. Lejos de eso, solía recordar no sin tristeza que la nueva filosofía, en su fermentación prodigiosa y con el impulso dado con ella a los espíritus, había levantado muy alto a todos los pueblos europeos, dejando en el profundo a la peripatética y ergotista España". Tan profundamente empapado de estas verdades se hallaba el arzobispo, y tan acorde con aquellos conceptos que desde la Francia racionalista y desde la empirista Inglaterra se habían esparcido por todo el mundo, renovando las ideas y las mentalidades y produciendo una verdadera revolución en los espíritus, que el mismo Moxó había escrito ya en uno de sus libros: "Las ventajas grandísimas que las naciones rivales de España han sacado de dicha filosofía, llamada comúnmente física experimental, para diferenciarla de la aristotélica, y los inestimables bienes de que nos hemos privado nosotros por nuestra reprensible terquedad, en no abandonar las rancias, misteriosas e inútiles máximas del peripato: no es necesario que aquí lo ponderemos; pues lo está publicando a voces nuestro actual atraso en los varios ramos de ciencias naturales y artes, respecto de los rápidos progresos que hicieran luego en los mismos las expresadas naciones".

La Universidad se hallaba de plácemes de tener un cancelario de tan liberales ideas, y los bulliciosos estudiantes, tomándose más de lo que se les daba, rompían con las pragmáticas escolásticas y con los cánones medioevales, haciendo volar sus inteligencias por el dilatado campo de las nuevas ideas. "Desde la llegada del Arzobispo — dice Moreno —, se dió allá en la flor de hablar entre estudiantes y letrados contra el silogismo, y cuando alguno se descuidaba argumentando en la antigua forma, "no se enrede, amigo, en esas vejeses (le gritaban), y razone de corrido como el señor Arzobispo".

Las innovaciones que Moxó introdujo en la Universidad, significaban, pues, una verdadera revolución. El había dado paso a los métodos de Bacon y Descartes, en contra de las pragmáticas medioevales. Su acción significó propiamente un renacimiento charquino. Ya estaba lejos la Edad Media. Con los libros de Descartes y Malebranche, se filtraron también los de Condillac, Voltaire y Rousseau, que de tan funestas consecuencias iban a ser para la corona de España. Del análisis filosófico se pasó al análisis político, y de las ciencias de la naturaleza a las ciencias sociales, a las que sin duda alguna era más proclive el espíritu charquino. Y así en los debates juristas de la Academia Carolina, hasta los que llegaban los rumores de la Francia revolucionaria, es donde

nació el germen del concepto de Libertad en Sudamérica, y de donde se propagó a todo el continente. Para hacer realidad tales ideas marcharon a Buenos Aires Bernardo Monteagudo, Mariano Moreno y José Castelli; a Cochabamba Mariano Michel, y a La Paz Juan Basilio Catacora y Juan Bautista Sagárnaga, quienes adelantándose a todos los demás, movieron la villa a franca rebeldía, y en compañía de otros compañeros sellaron con su propia sangre sus ideas.

De los claustros universitarios de San Francisco Javier y de la Academia Carolina salieron también aquellos célebres doctores in utroque jure, que iban a sostener con todos los argumentos que venían a mano, con la dialéctica corrida del arzobispo o con la argumentación silogística de épocas atrás, la autonomía del Alto Perú. Pusieron en juego todas sus dotes oratorias para fundar una nueva república a un a trueque de ir contra la voluntad del Libertador, contra las corrientes de la época, y aun tal vez contra los mismos intereses del nuevo estado. Las ciencias políticas que propugnaba Moxó no habían tenido tiempo de hacerse campo en los espíritus, y así estos seguían bajo el imperio de la abstracción, de la lógica pura y del ideal jurídico, manteniendo el derecho romántico de independencia y libertad, sin darse clara cuenta de sí la nueva república contaba con posibilidades económicas y materiales para ello.

Estos formidables dialécticos eran Casimiro Olañeta, Manuel María Urcullo y José Mariano Serrano a los que podría considerarse como los verdaderos creadores de Bolivia. Varios volúmenes hubieran dejado estos próceres, si hubiesen escrito todo lo que hablaron. Su palabra llena toda la vida republicana en los primeros años; y el tono enfático y oratorio, de su índole está impreso en las letras de la época. El acta de la Independencia de Bolivia, obra de don José Mariano Serrano, es una muestra del estilo rebuscado y altisonante que empleaban los escritores charquinos del momento: "Lanzado furioso el León Ibero, desde las columnas de Hércules hasta los Imperios de Montecuma y de Atahualpa, es por muchas centurias que ha despedazado el desgraciado cuerpo de América, y nutridose con su substancia: todos los Estados del Continente pueden mostrar al Mundo sus profundas heridas para comprobar el dilaceramiento que sufrieron; pero el Alto Perú aun las tiene más enormes, pues que la sangre que vierten hasta el día, es el monumento más auténtico de la ferocidad de aquel monstruo, etc". Este solo pasaje nos ilustra del gusto por la forma barroca y pretenciosa en el decir.

Por otra parte ese tono enfático y oratorio es característico de las letras chuquisaqueñas, y lo podemos encontrar, claro que con un gusto depurado ya, aun en los poetas casi contemporáneos como don Ricardo Mujía, y aun talvez, como cree descubrir el crítico español Diez Canedo, ese "aliento oratorio" se muestra hasta en la poesía exquisitamente lírica de Claudio Peñaranda.

Aunque la labor intelectual de esta primera época de la república estaba constreñida por el imperativo jurídico y político, sin embargo no faltaron escritores que quisieron dejar a la posteridad sus impresiones sobre aquellos dramáticos momentos que les cupo vivir. Habían sido testigos de la heroica guerra de los dieciséis años, y lo eran de las glorias de Santa Cruz, que hacia triunfar la enseña boliviana de los ejércitos de la Argentina, de Chile y del Perú. Para narrarnos toda aquella epopeya se necesitaba la pluma quizá de un Tito Livio, pero sin embargo muchos de esos patricios no quisieron privarnos del relato de su impresión directa, y de las no siempre desapasionadas reflexiones que les sugería ese espectáculo. Así nacieron los "Apuntes para la historia de la revolución del Alto Perú" de Manuel María Urcullo; el "Ensayo sobre la Historia de Bolivia" de Manuel José Cortes: "Las memorias para la Historia de Bolivia" de Manuel Sánchez de Velasco, publicado recientemente por la Geográfica de Sucre, y el "Bosquejo histórico de Bolivia", de Miguel María de Aguirre, que permanece aun inédito.

Estos son los Herodotos de la historia de Bolivia, pues sus obras constituyen las primeras fuentes de información sobre los sucesos de aquella época. Sin embargo no se puede decir que ninguno de ellos haya hecho verdadera historia. Ni el poco sosiego de su vida política ni la poca serenidad de sus espíritus lo podrían permitir. Antes que labor histórica documentada y analítica, hicieron simple crónica de los sucesos que veían, precipitada muchas veces y apasionada casi siempre. Por eso se hace necesario no solamente aquilatar su criterio con prudencia, sino aun no aceptar sus datos sin compulsas; pues aunque ellos relatan lo que vieron, no se puede siempre confiar en la memoria. Así René Moreno el erudito papelista contesta más de un dato aportado por Urcullo o Cortes, y se asombra de que estos hubiesen escrito su historia sin documento alguno, cuando en los sótanos del palacio de la Corte Suprema, donde ellos ejercían su ministerio a diario, se cubrían de polvo los documentos manuscritos que habrían rejuvenecido la memoria de nuestros

historiógrafos. Sin embargo no por eso es menos valiosa su labor. Esos apuntes y esas memorias constituyen los cimientos de nuestra historia patria. A ellos tenemos que recurrir una y mil veces, para poder Interpretar el espíritu, las tendencias y los anhelos de la época, pues es el alma misma de aquel tiempo que habla a través de ellos.

Sin embargo más que la obra histórica tiene valor la labor periodística de ese momento, la que desgraciadamente no ha sido coleccionada hasta ahora. En "La Crónica de Charcas", "El Nacional de Bolivia" y "El Boliviano", vertieron todos los hombres de esa época inquieta sus prédicas liberales, sus anhelos patrióticos, y también sus enconadas diatribas contra los enemigos políticos, salpicadas siempre de esa fina ironía chuquisaqueña, que hería algunas veces mucho más que la desembozada ofensa. En esos periódicos se registraban los ampulosos artículos de José Mariano Serrano, los idealistas de Manuel José Cortes, los bien meditados de Mariano Calvimontes, y los vibrantes y nerviosos de ese espíritu inquieto y tornadizo que fué Casimiro Olañeta.

Bastaría esta desconcertante personalidad para iluminar la época. Olañeta el hombre que se impone la Bolívar y funda la nación. El que sirve a todos los revolucionarios y ataca a todos los gobiernos. Olañeta el eterno descontento; el que proclama la justicia y desoye el deber. Olañeta el diestro tejedor de la malla política, siempre fiel para con sigo mismo y siempre inconsecuente para con sus amigos. Olañeta el inestable y el escurrizado, necesitaría la pluma de un Zweig para poder interpretarlo.

LOS ROMÁNTICOS

La época heroica de Bolivia termina con la batalla de Ingavi; hasta entonces el país juega un rol internacional. Los ejércitos de Santa Cruz tratan de variar el mapa de la América, y hacen que las cancillerías de la Argentina y Chile estén atentas al menor gesto que hace el Mariscal, que se ha convertido en el supremo protector de dos naciones. Posteriormente Bolivia pierde su significación continental y se limita humildemente a sus propios destinos. Se puede decir que después de la batalla de Yamparáez comienza para la nación una nueva época. Tiene que reconcentrarse en sí y alimentarse de si misma. Lejos ya de la influencia del espíritu hispano que se había extendido todavía hacia los primeros años de la república. Lejos ya de la energía colonial y de la fama de la Audiencia de Charcas en todo el Virreinato, y que había producido aun esos gestos heroicos de Santa Cruz y Ballivián, Bolivia por primera vez iba a ser ella misma. Belzu hecha mano entonces del hombre que es lo auténticamente boliviano; del cholo, y queriendo interpretar al parecer esos anhelos abstractos de democracia que tanto habían predicado aquellos escritores, los realiza en forma inusitada y por demás poco grata para sus mismos predicadores, gobernando con el imperio de la plebe.

En esta época aparece al mismo tiempo una nueva generación de escritores, de espíritu por entero diferente al de la generación de comienzos de siglo. Esta ya no tiene el temple enérgico, apasionado y luchador de los forjadores de la patria. Es por el contrario contemplativa, desengañada y melancólica. Estos hombres ya no toman la pluma como un arma para la controversia política o jurídica, sino para desgranar sus aficciones en versos lacrimosos y poemas sombríos. Este grupo de poetas se reúne en Chuquisaca para murmurar su malcontento con el régimen imperante, cuyo carácter populachero y cuya índole positiva herían su sensibilidad aristocrática y su manía soñadora. Incomprensivos para las realidades de la patria, se daban en soñar en utopías de una república platónica, o en cantar sus decepciones en lánguidas cadencias, al estilo de los románticos franceses.

Estos poetas que encarnan el romanticismo boliviano en Chuquisaca fueron Daniel Calvo, Domingo Delgadillo, Ramón Rosquellas, Mariano Ramallo, Almanzor Prudencio; el brasilero Luis Pablo Rosquellas, el potosino Cortes y el paceño Manuel José Tovar. Los mismos que rodearían a un político ideólogo, surgido casi del mismo centro de escritores y que encarnaba los ideales quiméricos del grupo. Linares era el personaje ideal para aquellos poetas que querían realizar el ensueño. Verdadera personalidad romántica, el dictador era un forjador de utopías a la manera de Robespierre y de Sain Just. Digno émulo de estos quiso sembrar en el pueblo la virtud y la beatífica existencia, terminando por despedazarse como ellos en el choque contra la realidad.

Pasada la esperanza fugaz de realizarse la utopía, los poetas vuelven a tañer su lira melancólica, cantando sus decepciones y sus hondas tristezas, en versos no siempre bien rimados

y en imágenes no siempre muy felices. Más ¿por qué esta cantilena dolorosa y apesadumbrada domina en todos los poetas bolivianos de mediados de siglo? Yo no sabría decir si ese romanticismo era únicamente literario y de adopción de la lírica francesa, o si era sincera y hondamente sentido. Puede ser que el virus romántico se hubiera propagado a los poetas de Bolivia solo por contagio de los poemas de Lord Byron de Leopardi, de Lamartine y de Espronceda, pero puede ser también que aquella desilusión infinita que aquejaba las almas de los escritores chuquisaqueños, hubiera nacido del hondo desengaño de contemplar en aquella turbulenta república, el fruto de las jornadas libertarias.

No se podía negar que la revolución emancipatoria había prometido muchísimo más de lo que hasta entonces había podido ofrecer.

Pero no es eso todo. Los pueblos siempre esperan de una conmoción guerrera o revolucionaria, el acontecimiento extraordinario que termine con los dolores de la tierra, que siembre la abundancia, el so ciego y la felicidad. En suma los pueblos esperan, como niños ilusos, que el prodigio se cumpla. La Francia lo esperó de su revolución y sin duda la América lo esperó de la guerra de la Independencia. Y cómo los prodigios no se cumplen sino en los cuentos de hadas, de ahí el desencanto francés y la melancolía americana, que han dado origen a la enfermedad romántica del siglo.

Esta desilusión colectiva se trancó en Europa y América en desesperanza individual, en aflicción humana que aquejaba a los poetas doloridos del incurable mal de análisis. Los poetas Chuquisaqueños buscaron también en la religión, como auténticos románticos que eran, un oasis de esperanza para el desierto de sus desengaños y dolores. Así fundaron la Sociedad Católica Literaria que publicó un periódico "El Amigo de la Verdad", donde insertaron en largas tiradas de versos sus vagos anhelos religiosos. Allí Tovar comenzó a publicar su poema "La Creación", en el que en medio de las descripciones de la sublime obra de la naturaleza, hablaba de sus individuales desencantos, en son de queja a Dios. Los románticos siempre lejos de las realidades presentes y sin ojos para el paisaje boliviano y para los dramas que se agitaban en el escenario de la patria, iban a buscar su inspiración lo más lejos posible. Así mientras Tovar cantaba el paso del Mar Rojo y la toma de Jericó; Daniel Calvo en su poema "Ana Dorset" rimaba las atribuciones de una heroína extranjera, y José Cortes ponía en escena su drama: "Hugo de Roquemure".

Más en medio de estas vagas aflicciones, de estos dolores sin causa, de estos desalientos sin razón, aparecieron unos versos en los que una mujer cantaba una amargura verdadera, un dolor sentido en carne propia. No eran ya los desencantos más o menos literarios, era una tragedia que sufría una bella muchacha de veinticinco años. Los versos se publicaron en "El Eco de la Opinión" casi a disgusto de su autora, y comenzaban así:

Todo es noche, noche obscura
ya no veo la hermosura
De la noche refulgente.
Del astro resplandeciente
Solo siento su calor.

Los versos causaron sensación en el ambiente chuquisaqueño, y los poetas se dieron en averiguaciones de la autora. Se trataba de una bella joven, de la mejor alcuña chuquisaqueña, que había perdido la vista a la edad de catorce años, devorados sus ojos por las lágrimas que le arrancó la muerte de su padre. Era la señorita María Josefa Mujía, cuyo espíritu cultivado y delicada sensibilidad hacían aun más dolorosa su tragedia. El dolor sincero de la "ciega", que así la llamaban, conmovió a los poetas acostumbrados a quejarse de ficticias dolencias. Manuel José Cortes, Almanzor Prudencio y Manuel José Tovar demostraron poéticamente su interés por ella en versos, que rimaban a tono con las aflicciones de la Ciega.

La poetisa contestó a todos en estrofas siempre doloridas, pero en las que se descubría un gran alivio al darse cuenta que su dolor había despertado la simpatía general, y sin duda gozosa en el fondo al sentir que sus versos habían arrancado el aplauso de los mejores poetas de su país. Desde entonces María Josefa Mujía encarnó el romanticismo chuquisaqueño, pues todos vibraron en armonía con ese su dolor, que talvez por ser sincero y no fingido se supo expresar en forma más honda y más cabal, inspirando a su autora los versos más delicados de nuestra poesía romántica.

Poco tiempo después la melancólica tranquilidad de Sucre vióse turbada por un acontecimiento doloroso e insólito: el suicidio del poeta Manuel José Tovar. Nunca se comprendió los móviles que habían determinado aquel suicidio. Tovar, el religioso cantor de la "Creación", el caballero estimado por toda la sociedad chuquisaqueña, el austero esposo y el padre amante, había puesto fin a su existencia por sus propias manos. No había, causa manifiesta; era únicamente la amargura abstracta del poeta que lo llevaba lejos. La razón del suicidio de Tovar fué de índole netamente literaria. Es talvez el primer poeta que en América se suicida por razones abstractas. El mal del siglo, el desgano del mundo, el desencanto de todas las cosas de la vida, que iban a impulsar años después a José Asunción Silva y a Claudio de Alas por el mismo camino. Tovar se suicidó por ansia de infinito, por anhelo de más allá, por ese hambre de lo eterno que padecía Silva. El poeta religioso quiso anegarse en lo divino, quiso sumarse cuanto antes en el seno de Dios.

Todos los poetas y escritores de Sucre manifestaron su aflicción por la muerte del vate, llenando de versos y artículos necrológicos todos los periódicos. Los poetas cantaron doloridos su desaparición, pidiendo, en su fervor religioso, clemencia al cielo por su crimen, pero en el fondo comprensivos para aquel que había querido huir de un mundo siempre hostil e impenetrable.

Así los dos acontecimientos que conmovieron más hondamente las letras sucrenses fueron el descubrimiento del genio poético de María Josefa Mujía, en cuyo infortunio vieron todos los poetas proyectarse su propio dolor, y el suicidio de Manuel José Tovar, en el que sintieron realizarse esos turbios deseos que a ellos también acometían de querer romper con la propia mano el hilo que los ataba a sus continuas amarguras.

Empero esta atmósfera de tragedia, aunque revestía todas las apariencias de ser sentida, era sin embargo ficticia, literaria, teatral. Era la expresión de un fenómeno de índole cerebral, influenciado por el romanticismo francés, a través de los lacrimosos versos de Lamartine y Víctor Hugo. Claro que la ficción terminó por hacerse en cierta forma verdadera, y esa amargura de reflejo llegó a dominar en el espíritu poco personal de los poetas bolivianos.

Sin embargo no por eso se dejaba de sonreír en Chuquisaca, pues en el fondo se acurrucaba siempre el alma charquina, ocurrente e irónica. La musa frívola y burlona brotaba a despecho de la melancolía de los vates, y se multiplicaban los epigramas y las sátiras. Cualquier anécdota social, cualquier tropezón de un caudillo político, cualquiera ocurrencia popular que inquietaba el tranquilo vivir de Sucre, bastaba para tejer cuatro o seis versos punzantes y afilados que condensaban todo el sabroso ingenio de la raza. Cuando no era la sátira mordaz, era siempre el gracejo chispeante, que saltaba retozón de la aguda mentalidad chuquisaqueña.

Los poetas con su talento epigramático se mofaban de todo, hasta de sus melancolías literarias y del gesto de viernes santo que ponía la época. Ramallo burlándose de la oratoria fúnebre de los cochabambinos escribía:

Temo ¡ay! amigo Morales
Morirme aquí en Cochabamba.
—Pero ¿qué temes? —Caramba!
Los discursos funerales!

Esta literatura festiva era el brote espontáneo del espíritu poético, era el fruto sazonado de la inspiración, que maduraba sin esfuerzo. Al lado de los versos melancólicos que se mostraban un tanto forzados e insinceros, la musa socarrona y jocosa tenía zumo y sabor, el zumo del espíritu jugoso de raza y el sabor de la tierra. Porque el alma chuquisaqueña es conocida por lo irónica; ha sido siempre proclive a la fisga y a la mofa. Le gusta picar en la reputación ajena y hacer escocer la honrilla del vecino. El chuquisaqueño se pasa el día alacraneando. Por eso no había en verdad mejor ambiente para los "vocabularios" y "caramillos", de que nos habla Moreno, que el de Charcas.

Hemos dicho que la mayor parte de los románticos se agrupó en la "Sociedad Católica Literaria". Al frente de ella se constituyó otra llamada la "Sociedad Phillética", más que con propósitos literarios, con el de estudiar las ciencias de la naturaleza. Este grupo que era dirigido por los cruceños Manuel María Caballero y César Menacho, estaba tildado de librepensador y hasta de ateo. El doctor Caballero en efecto gran lector de Comte y de los naturalistas Buffon y Linneo, predicaba un positivismo peligroso para aquellas horas, y un amor a las ciencias que tenía

algo de mefistofélico y satánico. No hay que decir que en aquel ambiente pechoño y clerical de chuquisaca, el grupo filético despertara inquietudes y que circulara la murmuración por los monasterios y las calles. Sin embargo Caballero por la austeridad de su vivir llegó en cierta medida a imponerse al beaterio, y fundó en Chuquisaca cátedra de liberalidad de ideas, inculcando el interés por la experimentación científica y criticando duramente la sensiblería enfermisa de los espíritus románticos.

Sin embargo y por una extraña paradoja, Caballero es recordado no ya por sus celebradas enseñanzas, sino por ser autor de una novelita titulada "La Isla", de carácter por entero romántico, La "Isla" es considerada como la primera novela boliviana, pero en realidad no pasa de ser una leyenda, una de esas leyendas que tanto les gustaba escribir a los románticos, y cuyo tema era siempre el amor desengañado, los celos, la traición y como desenlace la muerte o la venganza.

El teatro al que siempre ha sido muy aficionada la sociedad de Sucre, nace también en la época romántica, principalmente en verso como escribían los suyos Luis Pablo Rosquellas, Manuel María Gomes y Manuel José Cortes, los que eran puestos en escena por las mismas damas y caballeros de la sociedad chuquisaqueña siempre fervorosa amante de las letras y de los dones del espíritu. En el centro de "La Filarmónica de Sucre" tenían lugar las fiestas de elite, Allí se cultivaba el teatro, las letras y la música, Allí entre los coqueteos y las sonrisas de las damas, los escritores leían sus primicias y tos vates declamaban sus versos con majestuosa entonación. El ingenio chuquisaqueño floreció así aguijoneado por el amor y la belleza, y por eso sus letras y su cultura toda tienen un indefinible sabor de "eterno femenino",

ROBERTO PRUDENCIO

El litigio de la Standard Oil con el gobierno de Bolivia

Análisis Jurídico.

Para definir jurídicamente toda cuestión contenciosa suscitada entre los particulares y el Estado Boliviano, ante el Poder Judicial, es necesario fijar antes con precisión la doctrina verdadera sobre el significado y alcances de las atribuciones de Derecho Público que corresponden al Estado según las Leyes constitucionales vigentes en la época en que tuvieron lugar los hechos contenciosos alegados por las partes: así como es preciso, y previo, señalar con exactitud los derechos privados adquiridos por los particulares con ocasión o como consecuencia de los actos del Poder Ejecutivo.

La consideración y los alcances de las atribuciones del Poder Judicial para fallar un pleito entre los particulares y el Estado, se limita a los derechos privados y en ningún caso el Poder Judicial define ni falla sobre el valor y alcances de la soberanía nacional que pertenecen el derecho público, y el ejercicio de las funciones de derecho público nunca, en ningún caso, pueden ser materia de pleito entre particulares y el Estado; tampoco el Poder Judicial tiene atribución alguna para fallar y sentenciar contra los derechos Públicos que pertenecen a la soberanía nacional. Lo único que está sometido al fallo del Poder Judicial, es el derecho privado, adquirido y todo aquello que entre el dominio de los contratos privados y que se pueda vender, alquilar, etc. pero como no se puede vender, ni alquilar, ni enajenar en forma alguna el ejercicio de la soberanía nacional y las atribuciones públicas que de ella emanan, es muy claro que el ejercicio mismo de las atribuciones soberanas de derecho público del Poder Administrativo de la Nación, no puede someterse al fallo judicial.

Las leyes aplicables al presente caso de la Standard Oil Company, que fijan las normas exactas a las que deben someterse los jueces y las partes litigantes, en la decisión de sus pleitos, son las siguientes:

El artículo 37 de la Constitución Política, vigente en la época de los hechos que dieron motivo al actual pleito, dice: "La soberanía reside esencialmente en la Nación; es inalienable e imprescriptible, y su ejercicio está delegado a los Poderes Legislativos, Ejecutivo y Judicial. La independencia de estos Poderes es la base del Gobierno".

El artículo III de la misma Constitución, dice: "Son atribuciones de la Corte Suprema, a más de las que señala las leyes: 6a. Conocer de las causas contenciosas que resulten de los contratos, negociaciones y concesiones del Poder Ejecutivo y de las demandas contencioso administrativas a que *dieron lugar* las resoluciones del mismo".

El artículo 51 de la Ley de Organización Judicial repite estas mismas disposiciones Constitucionales.

Estas son las leyes que determinan el fundamento y alcances de las atribuciones de la Corte Suprema para fallar como juez la actual contienda entre el Estado y una Empresa particular.

No se puede hacer pleito judicial, ni la Corte Suprema tiene facultad para fallar sobre la *w>testad* que tiene en virtud de la soberanía nacional el Poder Ejecutivo de dictar Resoluciones Supremas, es decir, no se puede demandar la nulidad de una Resolución Suprema, dictada a nombre de la Nación, en ejercicio de la soberanía que corresponde a la República misma, porque eso importaría atacar y destruir la misma Soberanía Nacional. Lo único que se puede demandar son las *consecuencias que resultaren* de una Resolución Suprema contra los derechos privados. La Resolución Suprema queda firme; pero da lugar, en *sus consecuencias*, a daños y perjuicios sobre los derechos privados, que pueden reclamar en pleito los particulares, en defensa de sus derechos.

El Poder Judicial, no puede anular las Resoluciones Supremas dictadas por el Poder Ejecutivo, por que ambos Poderes son independientes. Así como el Ejecutivo no puede revocar una sentencia judicial; es decir la Corte Suprema, tampoco puede anular o revocar los actos del Poder Ejecutivo. Ambos Poderes son independientes y se deben respetar mutuamente.

El mismo Poder Ejecutivo, bajo su responsabilidad puede anular o modificar sus propias Resoluciones que sean el ejercicio de sus atribuciones dentro del derecho público.

En el presente caso, el actor, Standard Oil Company, demanda expresa y concretamente la nulidad de la Resolución Suprema de 13 de Marzo de 1938, incluyendo a la de 17 de igual mes y año y la nulidad del decreto de 30 de abril de 1927; y tan solo como consecuencia que resulte de dicha nulidad, como petición subsidiaria demanda la subsistencia de la Resolución Suprema de 27 de julio de 1922 y la restitución de todos sus bienes y frutos con daños y perjuicios. Lo principal y fundamental de la demanda consiste en la nulidad de las Resoluciones Supremas mencionadas.

El artículo 275 del Procedimiento Civil, dice: "La sentencia contendrá decisiones expresas, positivas y precisas y recaerán sobre las cosas litigadas por las partes y en la manera en que han sido demandadas".

Si se demandó la nulidad de las Resoluciones Supremas ya referidas, y si esa nulidad no procede, por falta absoluta de jurisdicción y competencia en la Corte Suprema, para anular dichas resoluciones, es claro que la, restitución de bienes, daños etc. que fueron demandados como simple consecuencia de lo principal como cosa accesorio, no procede, ni puede la Corte Suprema pronunciarse sobre lo accesorio, sobre lo emergente, faltando como faltaría la base de la nulidad de las resoluciones demandadas, faltando el antecedente no puede existir la consecuencia de los daños, restitución de bienes etc.

La demanda está, pues, planteada haciendo depender la restitución de bienes etc. del preciso e inevitable antecedente de la previa nulidad de las Resoluciones Supremas demandadas.

Analizado el asunto en otro aspecto, la Standard Oil Company, cree haber demostrado en su demanda la falta absoluta de jurisdicción y el exceso de poder del Gobierno para declarar la caducidad de las concesiones de la compañía y apoyado en esos razonamientos equivocados demanda a la Administración Nacional, concretamente la nulidad de la Resolución Suprema de 13 de Marzo de 1937 y de la Resolución de 17 de Marzo del Decreto de 30 de Abril del propio año.

El punto preciso demandado es, pues, la nulidad de las referidas Resoluciones Supremas y la *musa* principal y sustancial en que se apoya el demandante para pedir dicha nulidad es la supuesta falta de jurisdicción del Gobierno para declarar la caducidad de las {unciones.

Pero el examen de los antecedentes, resulta: que el Supremo Gobierno ha procedido con plena jurisdicción al dictar las mencionas Resoluciones Supremas, por las siguientes razones.

Por que el primitivo contrato subsistente de 28 de Febrero de 1920, de Richmond Levering And Company, contiene la siguiente cláusula 18, aceptada por ambas partes contratantes: El Gobierno podrá declarar la caducidad, rescisión o modificación del contrato, que también tendrá lugar administrativamente por cualquier defraudación de los intereses fiscales etc. Luego el Gobierno estaba autorizado por la misma parte contratante para declarar administrativamente la caducidad o rescisión del contrato.

Además, el artículo 22 de la Ley Orgánica del Petróleo de 20 de junio de 1921 vigente cuando el Gobierno y la Standard Oil acordaba en 1922 las aclaraciones al contrato de Richmond Levering, prescribe imperativamente que: El Gobierno podrá declarar la caducidad, rescisión o modificación del contrato, que también se efectuará administrativamente, por cualquier defraudación de los intereses fiscales etc.

Esta disposición tenía que respetarse y cumplirse por ambas partes en todos sus actos desde la, fecha de la promulgación de la Ley.

Sobre este punto el demandante Standard Oil, dice: que en el contrato de 1922, con el Gobierno se suprimió esa facultad por imposible. Es decir que se desconoció y derogó mediante escritura ante Notario, la facultad de declarar la caducidad de las concesiones que la ley confiere al Poder Ejecutivo.

A ser cierto este hecho del desconocimiento de la ley, que no aparece de la escritura relativa, daría lugar a la nulidad del mismo contrato cuestionario de 1922, porque las partes contratantes no pueden en sus convenios firmar escrituras para destruir el valor y la vigencia de las leyes.

El artículo 699 del Código Civil prescribe los requisitos, sin los cuales son nulos los contratos, siendo aplicables al caso el 2o, relativo a la capacidad de los contratantes; y el 4º. que se refiere la a causa lícita en la obligación.

De estos requisitos, pertinentes al caso, ambos habrían faltado en el contrato de 1922. ;El Gobierno no podía ni tenía facultad, es decir, carecía de capacidad para obligarse a nombre de su mandante que era la Nación Boliviana, por consiguiente el Ejecutivo como mero apoderado o mandatario no podía enajenar ni desprenderse de la facultad de declarar la caducidad de los contratos sobre petróleos que la ley le otorga imperativamente. Todo convenio para desconocer esta facultad habría sido ilegal y nulo.

Es causa ilícita de un contrato la derogatoria de las leyes, cuya vigencia no depende de convenios particulares. Por consiguiente en el contrato de 1922, del Gobierno con The Standart Oil, no ha podido en formar alguna alterarse ni suspenderse la vigencia, de la ley de petróleos de 1921 en cuya ejecución el Gobierno pudo, con plena jurisdicción y potestad declarar la rescisión y caducidad de los Contratos suscritos dentro de la vigencia y el imperio de esa ley.

Si es verdad que los contratos son leyes entre las partes contratantes según el artículo 725 del Código Civil, es a fuerza de la ley entre partes contratantes, se refiere únicamente a los derechos privados de los cuales pueden libremente disponer los particulares como dueños absolutos de sus derechos. No se refiere ese articulo 725 a los contratos que sean ilegales y nulos por ser contrarios a la ley.

El Gobierno ha procedido, pues con plena jurisdicción y válidamente al declarar la caducidad de los contratos con la Standard Oil y es, por consiguiente improcedente la demanda de nulidad propuesta ante la Corte Suprema.

Con relación a otros puntos de este asunto, es inconducente e inaplicable al caso la afirmación que se hace por el actor de tratarse de un atentado contra la propiedad privada y de confiscación de bienes.

La Standard Oil, según se demuestra en las brillantes defensas hechas por los ilustres abogados, doctores Emilio Mendizábal, Fiscal General de la República, y Angel Sandoval, digno ex-Presidente de la Corte Suprema, no tenía ni representaba todavía derechos privados, claros, definidos y firmes por que se trataba de derechos en trámite, emergentes de una concesión del Gobierno bajo condiciones que aún no fueron cumplidos por la Standard Oil.

En esta situación no se podía usar el lenguaje de atentado a la propiedad particular, ni de confiscación de bienes, por que esas frases se refieren a cosos distintos del que actualmente se discute.

En cuanto a la demanda dirigida contra "Yacimientos Petrolíferos Fiscales de Bolivia", esa demanda sin duda se declarará improbadada, por la Corte Suprema, por que "Yacimientos Petrolíferos" no tienen ningún convenio, ninguna relación jurídica con la Standard Oil, son entidades extrañas entre sí sin vínculo alguno de derechos; y por tanto la Standard carece de personería y de acción para demandar a "Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos".

En conclusión, la opinión que ha formado del asunto, previa lectura de la demanda y de las contestaciones, es que el Gobierno de Bolivia tiene a su favor la razón, la ley y la justicia.

José S. Quinteros.

Los escritores del pasado

SANTIAGO VACA GUZMÁN

Nada más injusto que el olvido al que hemos relegado a los escritores bolivianos. Nosotros desconocemos casi por completo nuestro pasado histórico; nada sabemos de las vicisitudes y de las espirituales inquietudes de nuestros abuelos. Apenas unas pocas anécdotas nos ilustran sobre la época austera de Linares o sobre la época desenfadada de Melgarejo; pero el fondo anímico mismo de la historia pasada nos es ajeno por entero. Sobre todo nada desconocemos tanto como el pensamiento y las letras que animaban aquellas épocas románticas. Si al político lo hemos anatematizado sin comprenderlo del todo, al escritor lo hemos desdeñado sin leerlo.

Bolivia ha tenido, empero, escritores que han estudiado y meditado sus problemas con mucha más hondura que al presente. Hombres que han realizado calladamente una obra intelectual llena de fervor por la cultura patria, y que con el esfuerzo de su pensamiento han mantenido latente el amor a las bellas letras y a las artes, aun en épocas nada propicias para los frutos del espíritu.

La obra de estos escritores que sería orgullo de Bolivia, si la conociéramos y la diéramos a conocer, se halla por completo ignorada. La noticia misma sobre ellos presupone una labor de erudito, y la adquisición de sus libros esfuerzo afortunado de bibliófilo. Cumple a las altas instituciones de cultura la reedición de todo este acervo literario y su difusión entre las clases estudiosas. Mientras tanto nosotros, cumpliendo el objetivo de revalorizar todos los aspectos de nuestro pasado histórico, nos ocuparemos una y otra vez de nuestros principales escritores, analizando su obra y dándola a conocer.

En cada número de nuestra revista publicaremos, además, un trozo de la obra de nuestros mejores escritores, contribuyendo así a la difusión de las letras bolivianas y al interés por parte de las nuevas generaciones del estudio crítico del pensamiento del pasado.

Iniciamos estas publicaciones con unas bellas páginas de don Santiago Vaca Guzmán. Vaca Guzmán es uno de nuestros escritores más grandes, y es también uno de los más desconocidos, esto debido posiblemente a que casi toda su obra la realizó en la capital argentina, donde se radicó desde sus años mozos, sin volver más al país. Don Santiago Vaca Guzmán pertenece a aquella generación de brillantes escritores que aparecieron después de la guerra del pacífico: René Moreno, Nataniel Aguirre, Julio Lucas Jaimes, Mariano Ricardo Terrazas, Agustín Aspiazú, José Rosendo Gutiérrez, etc., escritores que por la significación de la obra que dejaron, por la amplitud de sus conceptos, por la hondura de sus ideas, por la vasta ilustración que nutría sus espíritus, y sobre todo porque supieron manejar el idioma castellano con tal riqueza de expresión, con tal plasticidad de forma y con tal pureza de lenguaje, que no palidecerían en el cotejo con ningún gran escritor hispano, merecerían en nuestra opinión el apelativo de *clásicos*.

Santiago Vaca Guzmán ocupa entre ellos un lugar especial. Es talvez, después de René Moreno, el escritor de más vocación y el que con mayor fervor entregó su actividad a las letras. La

política no llegó a absorberlo porque desde joven se apartó de su peligroso escenario, como lo había hecho también René Moreno.

Vaca Guzmán nació en Sucre en el año de 1846. Después de recibirse de abogado regentó la cátedra de Bellas Artes y Cultura en la Universidad de San Francisco Xavier, y poco después la de Moral y Religión. Huyendo de las luchas políticas viajó a la capital argentina, donde vivió de su profesión de abogado. Desempeñó brevemente el cargo de Secretario de nuestra legación y posteriormente el de Ministro Plenipotenciario ante el gobierno argentino. Esta fué toda su actividad pública. Luego se consagró al estudio de los problemas bolivianos, desarrollando su pensamiento en varios libros.

Su obra verdaderamente múltiple abarca casi todos los géneros: historia, novela, jurisprudencia, política, economía, derecho internacional; en todas las materias brilla el ingenio de este verdadero polígrafo. Y lo verdaderamente singular es que todos los asuntos son tratados con la misma versación y con el mismo espíritu medular, que es la característica de su obra.

Rafael Ballivián decía en un bello estudio dedicado a este escritor que "el que no ha tenido en sus manos un libro de Vaca Guzmán ignora a uno de los más grandes escritores bolivianos solo comparable en su valimiento a Gabriel René Moreno". Su obra representa, en efecto, una de las cumbres en la geografía literaria de Bolivia, tanto por la autoridad de sus vastos conocimientos, cuanto por la medular concepción de sus ideas. Es una obra extensa e intensa; de cantidad y de cualidad..

Como internacionalista ha publicado: "La usurpación en el Pacífico", "El Derecho de Conquista y la teoría del equilibrio en la América Latina", y "Los Estados Unidos y el conflicto del Pacífico"; como economista su raro libro "Oro para dominar el oro plata", e "Intereses comerciales entre Bolivia y la Argentina". Como historiador realizó también una obra importante, cuyos libros principales son: "Bolivia. Origen de su nacionalidad y sus derechos territoriales", "El doctor Arce y su rol en la política boliviana" y "Episodios de la Independencia Americana". Como novelista publicó: "Ayes del Corazón", "Sin Esperanza". "Días Amargos" y "Su Excelencia y su Ilustrísima"; como crítico: "La Poesía Altoperuana" y "La literatura Boliviana".

Como crítico es solo comparable entre nosotros a René Moreno. Su "Literatura Boliviana" es uno de sus libros más preciosos, tanto por su rareza, cuanto por sus certeros juicios críticos que nos ayudan a comprender nuestro pasado literario. Vaca Guzmán fué el primero en anotar el espíritu afrancesado de nuestra literatura romántica, censurando a nuestros poetas el haberse inspirado en temas extraños al alma nacional, siendo tan rico el manantial folklórico del país. "El defecto capital de la poesía boliviana —dice— no es su carácter melancólico; puede decirse que esa manera de expresarse, hija del lirismo, es el medio adaptado por la poética moderna. Su defecto capital consiste en que del fondo de aquellos cantos no salen las notas peculiares del país de donde proceden tales vibraciones. Todo está allí menos el semblante de la patria; todo menos el reflejo de nuestras costumbres, nuestra vida íntima, el color local de esa variada naturaleza".

De este mismo libro hemos tomado uno de sus capítulos para reproducirlo, como expresión del estilo y del pensamiento del señor Vaca Guzmán. El capítulo que trata sobre la influencia en las letras bolivianas de la raza quechua y de la raza castellana, y que es sin duda uno de los problemas más hondos en la morfología cultural de Bolivia, y el que podría ser debatido aun hoy bajo diversos puntos de interpretación.

Don Santiago Vaca Guzmán en este estudio niega la influencia quechua en la literatura boliviana, o por lo menos le asigna un muy reducido valor. Este concepto que hoy no sería exacto, lo era empero para la época en que escribió Vaca Guzmán. Nuestra literatura romántica, inspirada por entero en las letras francesas, estaba muy lejos de sentir las palpitations del alma vernácula. Nunca estuvo el indio más lejos de nosotros que en el siglo romántico. No sucedió lo mismo en la Colonia, época que no sabemos por qué no estudia nuestro crítico. En el período colonial la presencia de lo indiano era verdaderamente decisiva, tanto en lo arquitectónico, en lo pictórico, como en lo literario.

Hoy, después de un siglo de mudez, lo indiano vuelve a hacerse presente en el plano de los valores de cultura, y nuestras letras, sobre todo las más recientes, están sufriendo la influencia de ese nuevo elemento estético que se ha dado en llamar lo folklórico. Esto no quiere decir naturalmente que las nuevas letras se inspiren en las literaturas aimara y quechua, pues si han existido dichas literaturas no han llegado hasta nosotros. Lo que influye en las letras son las costumbres nativas, las artes y la vestimenta del autóctono, su psicología tan singular, todo ese

mundo en fin a que damos el nombre de lo indiano, y que la literatura y las bellas artes toman como tema.

Ahora bien; en lo referente a las artes plásticas se ha hablado ya largamente de la gran importancia del tema, y cómo ese "tema indiano" constituye una especie de vehículo hacia la "forma indiana", o sea hacia la creación de un nuevo sentido plástico que ha de animar el arte de América.

No sabríamos decir si en la literatura ocurre otro tanto, pero es innegable que con el aporte de los elementos indianos-aimaras y quechuas —la literatura boliviana ha de adquirir un nuevo carácter, de mayor sello nativo por un lado y de más vigorosa originalidad por otro.

He ahí como muchos de los conceptos que el señor Vaca Guzmán vierte en su estudio sobre "La Raza Quechua y la Raza Castellana y su Influencia en las letras Nacionales" podrían ser objeto de varia discusión y controversia, lo que al mismo tiempo está demostrando el interés del tema aportado por el señor Vaca Guzmán y la riqueza de su contenido que hace que sus ideas mantengan aun hoy su actualidad. Por otra parte el estudio que transcribimos dará también una idea del vigoroso estilo que era propio del escritor.

La raza quechua y la raza castellana y su influencia en las letras bolivianas

"La poesía y el arte son el ropaje que Dios ha tejido con sus propias manos para cubrir la desnudez del mundo". Esta bella frase de uno de los poetas franceses que mayor dominio ha ejercido sobre la imaginación de los pueblos latinos de nuestra época, más que una definición estética es la síntesis de la historia de lo bello.

Todos los pueblos de la tierra han traído dentro del cerebro los gérmenes poderosos del sentimiento de la belleza; todos han llorado la primera desdicha o celebrado el primer triunfo en el lenguaje del verso, así como todos han intentado perpetuar la primera hazaña labrando sobre la dura roca la figura del héroe o la insignia de la tribu vencedora.

El verso surge como un auxiliar de la memoria a la vez que como una armonía necesaria al oído; por esta razón, el lenguaje métrico, como medio de expresión literaria, ha precedido con mucho a la composición retórica, obedeciendo a esta ley natural imposible de ser modificada; el sentimiento se manifiesta en el hombre antes que la reflexión: la pasión es anterior al juicio, así como la juventud precede a la edad madura. El verso es el lenguaje de la juventud del alma, juventud eterna en esos espíritus delicados favorecidos por exquisita sensibilidad, dotados del privilegio mágico de reflejar el universo en forma lozana y bella, sin otro material que el sentido convencional de la palabra y la cadencia del ritmo.

Cuando este material en el interminable roce a que los impulsos morales y las necesidades físicas le condenan, ha acabado por complementarse y ha concluido la pulimentación de la palabra, la literatura, es decir, la revelación más alta de los conceptos del alma, brota espontánea, vigorosa y acabada, dando origen a esas grandiosas creaciones del ingenio que, señalan en medio de la infinita labor de la inteligencia, la inmensa elevación hasta donde ha podido alcanzar el desarrollo de las facultades morales y el perfeccionamiento del espíritu.

No son los bardos, sin embargo, los que forman el idioma; el refinamiento de la lengua misma, enriquecida por todos los términos necesarios para la expresión de las ideas y de las sensaciones, se pone en momentos dados al servicio del genio que concibe. En este sentido no se podría decir, como generalmente se piensa, que el Dante ha sido el creador del idioma italiano, ni los romanceros castellanos del español, sino que aquellos espíritus superiores han sido los reveladores de la complementación y pulimento de la lengua.

El pensador profundo no puede expresar sus ideas por términos que no existen, así como el artista más hábil no podría labrar la deslumbrante joya sin el oro purificado por el alquimista y sin el diamante pulimentado por el lapidario.

A semejanza de la prioridad del verso sobre la prosa, el dibujo ha antecedido al signo escrito; la sensación ha precedido a lo abstracto: ha sido preciso educar el cerebro por una larga serie de observaciones y juicios para que la figura humana o la idea del infinito, por ejemplo, haya dejado su forma jeroglífica hasta llegar a traducirse en cifras.

Esa transformación, a la vez que la historia del arte, es la historia de la humanidad misma. El hombre ha sido poeta y artista mucho antes que filósofo y mercader, obedeciendo al deseo de perpetuar sus emociones y conceptos. Ahí están palpitanes las huellas de esa actividad intelectual conservadas hasta nosotros al través de miles de años. Los Primeros artistas de la edad de piedra nos han dejado la figura del mamouth grabado con sílice sobre el colmillo de la enorme bestia, y los caracteres del reno han quedado correctamente diseñados sobre el granito.

¡Qué inmenso esfuerzo desde el jeroglífico hasta los primeros signos! La habitación humana adquiere una representación más simple, formada de cuatro rayas en cuadro; la línea ondulada significa el río, la silueta del árbol conocido, el bosque; y cuán prodigioso despertamiento desde estas expresiones concretas hasta el análisis de la palabra y su representación por letras; el día que estas se dan a conocer y entablan relaciones, el dibujo deja su oficio de auxiliar de la palabra y se asocia a la imaginación para explotar por su cuenta todas las bellezas de la naturaleza.

La poesía y el arte, he ahí, pues, los dos medios para graduar la civilización de un pueblo, y aun para determinar la índole de su raza. Apliquemos ahora estos elementos de examen a nuestro pueblo, para llegar a comprender el desarrollo de su literatura.

II

Dos son las razas que han venido a formar la familia boliviana: el aborigen americano y el conquistador español; de este consorcio forzado ha nacido el mestizo, especie de bastardo en cuya naturaleza se entrechocan las dotes antagónicas de sus padres.

Para poder apreciar las facultades poéticas y el desenvolvimiento de las letras y de las bellas artes alto-peruanas, es necesario conocer el caudal hereditario que los ascendientes han legado a su descendencia en la esfera de las ideas.

Si hubiésemos de determinar los elementos de civilización aportados por la raza indígena, nuestro juicio sería la negación de toda influencia en la formación de la nueva sociabilidad. Una breve noticia acerca del desarrollo a que habían llegado las letras y las bellas artes en la raza originaria, confirmará nuestro aserto.

Los vestigios de la civilización del imperio de los Incas han dado lugar a juicios apasionados unas veces, erróneos otras. La crítica, aceptando ciegamente los escasos relatos que han llegado hasta nosotros acerca de aquellas instituciones, ha considerado el régimen administrativo de los emperadores Indios como un dechado del gobierno paternal y como la solución del socialismo bien entendido. Parangonando el gobierno americano con el de Esparta, que se había propuesto alcanzar la igualdad comunal extinguiendo la acción y la autonomía de; individuo en beneficio del Estado, los críticos han condenado a Licurgo y exaltado a los sucesores de Manco Capac.

¿Había en esto justicia? No podía haberla, porque el fallo contra el espartano procedía del relato parcial de los cronistas que preconizaban el régimen administrativo de la estirpe incásica. Garcilaso de Vega en este orden ha engendrado entre los escritores europeos errores que recientes investigaciones vienen rectificando, y que obligan a crítico a tomar con reservas sus aserciones, sobre todo, las concernientes a la sabiduría y magnanimidad del gobierno de sus ascendientes.

Dos terribles delatores han venido a hacer vacilar las afirmaciones del cronista: los monumentos y el estado intelectual de la raza dominada por los Incas. Estos viejos testigos del pasado revelan que est dominación, en vez de una comunidad social garantida por las libertades individuales, no era otra cosa que un despotismo atemperado, conforme al carácter dócil de los pueblos que constituían el extenso imperio de los *cuatro vientos*.

Las observaciones de la historia han demostrado este hecho incontrovertible: la sumisión de los pueblos antiguos está en relación de la grandiosidad material de sus monumentos; las pirámides de Egipto están acusando a los Faraones de haber realizado un gigantesco remedo de las obras de la naturaleza a costa de las angustias de millares de esclavos; las anchas y colosales vías peruanas, midiendo la extensión de cuatrocientas leguas de rutas abiertas sobre los hombros de las montañas o alzándose soberbias sobre la profundidad de los abismos, llevan el sello de la servidumbre por el esfuerzo personal obligatorio que denuncian y por el inmenso número de brazos exigidos para dominar su extensión.

No lejos de la imperial ciudad del Cuzco, sobre una meseta llana y arenosa, se alza como un gigante desconocido en todo el contorno un dolman destinado, acaso, para la inmolación de las víctimas que demandaba el dogma primitivo de la raza creyente y fervorosa. ¿De dónde ha surgido aquel pedestal granítico extraño a las condiciones del suelo? Veinte mil hombres le arrastraron desde la veta nativa que corta el seno de la montaña a las diez leguas del arenoso recinto. Aquel inmenso cubo que parece labrado por los cíclopes, recorrió pesadamente las onduladas colinas, descendió a los ásperos valles, remontó las cumbres impulsado por diez mil brazos que oprimían su base, arrastrado por otros diez mil que le abrían paso sin rendirse a la fatiga ni acobardarse ante el peligro. Un día el gigante de piedra tuvo miedo de escalar la montaña, y desprendiéndose de las manos de sus conductores, rodó sobre sus guardianes que seguían sus huellas y aplastó con su enorme peso centenares de cabezas humanas. Los hijos de las víctimas que vieron después al coloso aprisionado en la comarca donde la voluntad de su soberano le quiso encerrar, le bautizaron con el nombre de *la piedra que ha sudado sangre*.

Y bien. Esta es la huella, no del poder inteligente y libre de un pueblo sino de la sumisión de la raza pronta a sacrificarse en religiosa obediencia del Señor dispensador de la vida. Hasta aquí la declaración de los monumentos; veamos la delación de la inteligencia.

El pueblo incásico carecía de medios para expresar sus conceptos; es decir, no poseía educación intelectual. Las ciencias, el cultivo de la poesía y el arte de consignar los sucesos pasados mediante signos convencionales, eran privilegio de la clase noble, vinculada por la sangre al monarca: los *amautas*, o sean los filósofos, los *haravicus* o sean los bardos, y los *kipocomaes*, o sean los cronistas o descifradores de los *Kipus*, salían de la sangre real. La sabiduría que era el dote de un escaso núcleo no alcanzaba más allá de la familia depositaria del poder y acaso en este privilegio científico y refinamiento de educación, consistía el secreto de la autoridad y firmeza del gobierno. Entre el pueblo que todo lo ignora y la nobleza que todo lo sabe, hay la distancia del Señor al vasallo. De este modo el vasallaje se perpetúa esclavizado por su propia ignorancia. La centralización absorbía como un inmenso pólipo toda la vida del Estado y sofocaba hasta las palpitaciones del cerebro.

Esta centralización característica de toda civilización embrionaria ejerció naturalmente su influencia desecante sobre la inteligencia. He ahí por qué no ha podido formarse la literatura quechua. Las noticias que hemos alcanzado hasta el presente acerca del desarrollo de las bellas letras durante el reinado de los Incas, apenas revelan ensayos deficientes que no pueden constituir una literatura propia, tomando esa palabra en su sentido genuino.

Para su formación faltaba, sobre todo, el medio tradicional; decir, el signo escrito. Uno de los primeros historiadores del Perú consigna que esta carencia de escritura fué debida a un golpe de autoridad. Antes del gobierno de Yupanqui, las letras habían despertado tanto los sentimientos de libertad, que el Inca alarmado de su influencia decretó la abolición de la escritura bajo las más severas penalidades; desde entonces los signos desaparecieron de la civilización peruana.

Indudablemente el cuento es bonito, pero desgraciadamente está en pugna con la buena lógica. Para que se extinguieran hasta los últimos vestigios de la escritura peruana, habría sido menester destruir o desvastar los monumentos, primeras páginas donde el hombre imprime con caracteres imborrables las concepciones de su espíritu; además es un hecho humanamente imposible borrar las cifras de que se ha servido todo un pueblo con un solo mandato de la autoridad. Para esto habría sido preciso arrancar la facultad de la memoria del cerebro de toda la raza.

Se han encontrado, es cierto, algunos ejemplares de signos esculpidos sobre la roca, pero estos signos, por su combinación y forma, revelan un origen anterior a la civilización incásica.

Dejando la fábula de lado, la verdad es que los quechuas no poseían otro medio para consignar algunas ideas generales que los *kipus*, que como se sabe, eran pequeños cordeles de

diversos colores anudados repetidas veces. Este medio de expresión, puramente nemotécnico hizo estremecer de júbilo a los americanistas que trataban de explicar el origen de las razas americanas. Los chinos usaron primitivamente de este mismo auxiliar para su cronología y administración, y —coincidencia particular— en la China, como en muchos otros pueblos del Oriente, el kipu llevaba el nombre de koua o kow; comparadas una y otra palabra, se ve que existía el sonido radical de la k; la ve chinesca, relajada por la pronunciación, bien habría podido transformarse en p. De aquí la famosa deducción de que la raza quechua procedía de la China, deducción que sin conocimiento de estos antecedentes se hacen muchos de nuestros vecinos cuando cuchichean en secreto, y dicen con maliciosa sonrisa que todos los bolivianos, especialmente algunos, tenemos mucho de *chinos*.

Y ya que de nuestros progenitores se trata, permítaseme otra digresión. Muchas de las palabras quechua tienen la misma cadencia y pronunciación del hebreo, concurriendo la circunstancia de que ambas lenguas, si bien cuentan con pocas voces, son abundantes en expresiones, significando una misma palabra distintos objetos o ideas con solo cambiar de acento o agregarle una letra. A este paralelismo de los dos idiomas se agrega la circunstancia (según autores que de esto tratan), que la raza quechua es haragana, desconfiada y astuta como la raza hebrea. De tales supuestas concordancias se dedujo llanamente que teníamos por abuelo al respetable Abraham.

He aquí como los moralistas nos han hecho chinos por los kipus y hebreos por los haraganes. Volviendo ahora al único medio de conservar o transmitir los conceptos, es indudable que los kipus no podían prestarse al desenvolvimiento de las letras, porque constituían un arte elemental que escasamente servía para consignar ideas, restringidas, y aun esas mismas tenían que apoyarse en indicaciones verbales, previas a la interpretación.

Garcilaso de la Vega, más que ningún otro de los historiadores del Imperio de los Incas, asevera que no obstante la falta de los signos escritos existía una literatura formada acusando un alto grado de cultura intelectual. Según él, los bardos entonaban sus himnos en lenguaje métrico perfecto, semejante en cierto modo a los de la estructura griega; el amor, la gloria militar, la fé religiosa, todo tenía un; interpretación elevada, embellecida por la ternura del idioma y el nervio de la expresión; el teatro mismo había adquirido extraordinario desarrollo, siendo los miembros de la familia regia los que mejor traducían las creaciones de los poetas.

La falta absoluta de la tradición de todos estos supuestos tesoros de la literatura quechua, ha desvirtuado las afirmaciones del cronista, apoyadas en relatos de dudoso origen. El único vestigio que parecía hacer honor a la palabra de Garcilaso, el drama *Ollantay*, que ha sido materia de largas investigaciones, impotente para resistir a la crítica, ha concluido por confesar su origen apócrifo, siendo una obra de creación moderna, posterior a la caída del Imperio incásico.

Pero, ya que no hubiesen llegado hasta nosotros las obras dramáticas de la literatura quechua, por lo menos se habría conservado aquellas joyas que pasan de generación en generación, que jamás desaparecen de la memoria de los pueblos; los cantos populares, es decir primeras concepciones del espíritu, depositarias de las supersticiones, las creencias, las esperanzas y los sufrimientos de toda una raza.

Ya que más no fuese, se habría transmitido de labio en aquello que forma el medio de expresión de los dogmas: los himnos religiosos, que son imborrables de la conciencia de los pueblos que profesan un culto, cualquiera que él sea.

Los Eslavos, los Griegos, todos los pueblos de la tierra en una palabra, han balbuceado el primer himno en homenaje a la naturaleza; el pastor ha cantado involuntariamente al conducir el paciente rebaño sobre las escabrosidades de la montaña; el labrador ha cantado al deposita el grano en el seno de la húmeda tierra; el sacerdote ha cantado al prosternarse delante del ara sobre la cual se levanta la efigie simbólica de las creencias. "Cantos populares, decía Adam Michiewiez, vosotros sois el arca santa de la alianza entre los antiguos y los tiempos nuevos; es en vosotros que deposita una nación los trofeos de sus héroes, la esperanza de la raza, la flor de sus sentimientos. Vosotros nacisteis con ella y vosotros llegáis a sucumbir también con ella".

Esta ley universal, expresada sentidamente por el poeta, se halla violada por la tradición quechua; si se exceptúan pocos, poquísimos cantos de dudoso origen atribuidos a los bardos de la época del Imperio, no se encuentra más que el vacío, acusando a la raza de esterilidad de genio o de carencia de facultades mnemotécnicas. En nuestro concepto esa vaciedad no puede atribuirse a una ni a otra causa; la falta de creaciones que pueden revelar la existencia de la literatura

quechua procede, por una parte, del estado de su civilización embrionaria, civilización que había principiado a formarse en el corto lapso de hacía cuatro siglos, según unos, de dos siglos y medio según otros, antes de la época de la Conquista; por otra, el vacío era consecuencia de la excesiva estrechez del sistema centralizador establecido por los soberanos.

Garcilaso, que tanto preconiza la liberalidad del gobierno de estos y tanto aplaude la consagración del Estado a la difusión de la educación del pueblo, nos revela en estos términos el egoísmo que a este respecto se abrigada en contra de la ilustración general: "No es lícito, dice el buen descendiente de los Incas, que enseñen a los hijos de los plebeyos las ciencias que pertenezcan a los poderosos, y no más, porque, como gente baja, no se eleven ensoberbezcan, mengocan y apoquen la república; bástales que aprendan los oficios de sus padres; que el mandar y gobernar no es de plebeyos, que es hacer agravio al oficio y a la república encomendársela a gente común".

He aquí una traidora ingenuidad revelando toda la teoría del gobierno incásico, y explicada la causa de la esteridad del ingenio quechua en la esfera literaria. Allí donde solo unos pocos gozan del privilegio de pensar, de sentir y de expresarse, no hay un pueblo, apenas existe un rebaño. Cuánto más extraña es esta ausencia de todo monumento literario si se toma en consideración que el idioma quechua se hallaba del todo formado y poseía los elementos precisos para traducir todas las ideas positivas y abstractas; en que por la lozanía del lenguaje, todas las metáforas debían parecer más bellas y las comparaciones más seductoras. El idioma quechua se hallaba en ese periodo, según la feliz expresión de Gautier, amable como la juventud, en el cual la vida extraña a múltiples relaciones, guardando su unidad primitiva, pasa por el período de la perfección clásica constituyendo lo que se llama la bella época literaria.

Ahora bien, si la tradición no ha conservado los poemas de los *amautas* ni de los *haravicus*, menos podía esperarse encontrar los cantos populares de los plebeyos, a quienes se negaba el secreto del arte de expresarse en verso y que solo poseían el derecho natural de hablar en prosa para atender a las necesidades del espíritu.

Las tribus o familias que pertenecían al Alto Perú, aun cuando habían sido las fuentes originarias de la civilización incásica, como no figuraban en el número de los privilegiados que rodeaban al monarca en la opulenta capital del Imperio, no eran poseedoras del divino arte, y por lo tanto, cuando salieron del limbo en que las tuvo encerradas el conquistador español, no pudieron llevar elemento alguno literario el día en que se constituyó el estado independiente de Bolivia.

Mejor dicho, la raza quechua no ha prestado concurso alguno para la formación de la literatura boliviana.

SANTIAGO VACA GUZMÁN.

(Continuará) .

NOTAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Los Judíos en Bolivia

Los nuevos sin patria procedentes de Alemania, Austria, Checoslovaquia e Italia buscan cauce para emigrar en los países hispano-americanos, habiendo fijado sus miradas para instalarse en nuestro país.

Este hecho viene a plantear en Bolivia el problema semita, unido al fomento de la inmigración. El axioma de que nuestro país necesita elementos raciales de origen europeo, hace que la inmigración judía pudiera ser bien recibida en Bolivia. En efecto dentro de una buena norma democrática las puertas de Bolivia están abiertas a todos los hombres de buena voluntad que

quieren aportar el esfuerzo de su trabajo, para contribuir no sólo al fomento de la población del país, sino al mejoramiento étnico en sus fusiones con nuestros grupos criollos y aborígenas.

Los judíos tienen además a su favor toda una leyenda de persecución y de martirio. Es el pueblo que mantiene la fé en su espíritu de nacionalidad ambulante, sin poseer organización estatal, ni territorios. El pueblo judío parece realizar el milagro de conservar el sentimiento de su patria como una fuerza puramente espiritual. Se hace el elogio del judío, presentándolo con justicia como el pueblo que ofrece los más altos exponentes de la mentalidad. Sus filósofos desde Spinoza hasta Einstein, sus literatos desde Zweig hasta Ludwig, pasando por Thomas Man y Maurois, sus economistas principalmente, vienen a ser las expresiones de esa élite de hombres superiores con que en todo momento ha contado el pueblo judío.

Aparte de estas excepcionales condiciones intelectuales el judío, es dueño de un instrumento de dominio, de penetración y de invasión, que es su poderosa voluntad de acción, de estímulo y de organización. Por esto es que, el judío siempre tiene que actuar en las zonas superiores de la sociedad, como elemento director, como fuerza de conducción. Esta es precisamente una de sus grandezas y miserias. Aquí está precisamente su peligrosidad, como elemento inmigratorio.

Entre las varias formas en que se expresa entre nosotros el complejo de inferioridad del cual estamos poseídos, la invalidez de la voluntad es una de las expresiones más típicas. Nuestra abulia colectiva y personal es una carcoma que nos hiere profundamente en los tejidos más importantes de la vida, y de la cual derivan principalmente nuestras calamidades de origen político e internacional. El caudillismo y la falta de poder de influencia que tenemos en relación a nuestra vida exterior, son las flores más puras de esta nuestra abulia colectiva. La importación de elementos judíos dedicados a las profesiones liberales, al comercio, a las industrias traería como inmediata consecuencia en pocos años el hecho de que todos los sitios de conducción del país, estarían en manos de los sin patria, teniendo como subordinados a los elementos bolivianos, que precisamente por su falta de carácter se prestan a la fácil obsecuencia de los extranjeros y se ponen a su servicio. Este es un asunto grave, sobre todo si se mira desde el punto de vista nacionalista. Bolivia debe ser hecha por bolivianos. Hay que buscar en la educación y en las reservas espirituales el formar minorías audaces y emprendedoras, que sean las directoras de la vida del país, teniendo a su servicio los elementos inmigratorios judíos. Pero, para realizar esta política nacionalista es preciso que se oriente en forma definitiva las normas de la inmigración hebraica. El espejismo de que esos elementos inmigratorios vengan cargados de oro hay que apartarlo. Ninguno va a traer millones de libras esterlinas y aunque las aportaran, vale más nuestra independencia que el vender nuestro derecho a la libertad por el plato de lentejas de unas cuantas libras esterlinas. La inmigración judía tiene que sufrir, pues, una seria tamización, sujeta a los imperativos de nuestras necesidades vitales de nutrir la colonización y el aumento de nuestra demografía, y también a los principios que defiendan el fondo de nuestro nacionalismo, unido al hecho de convertir en realidades que los bolivianos sean los únicos responsables de su vida en todas las fases de sus actividades y principalmente en el aspecto económico. La defensa nacionalista importa la exclusión de todo elemento de tipo internacional que caracteriza principalmente al judío, el que antes que pensar en el sitio donde elabora su fortuna, piensa en trashumantes expediciones de sus utilidades que jamás llegan a convertirse en bienes raíces, sino que siempre están con las alas dispuestas a partir, animadas por el cheque, la letra de cambio o la acción de bancos extranjeros.

No podemos cerrar las puertas a la inmigración judía. Pero, tenemos el derecho de reglamentar su ingreso. Excluir sistemáticamente a todos los elementos de tipo profesional y comercial, y facilitar la inmigración de elementos trabajadores, agricultores, menestrales, que vengan a formar en las filas de nuestras clases operarias.

Es, pues, necesario no dejarse impresionar blandamente por la liberalidad de nuestro sentimiento hospitalario amplio, y pensar en las responsabilidades contra probabilidades que pueden pesar mañana a nuestra falta de mirada vigilante, para la defensa de la entraña de la nacionalidad, poniendo legítimas vallas a todo posible descastamiento.

Una conferencia de Tristán Maroff

Cuando la Federación de Estudiantes anunció una conferencia de Tristán Maroff, sobre el tema "El Socialismo en Bolivia", la expectativa pública se vió como pocas veces atraída. Y no podía ser de otra manera. A los unos y a los otros, vale decir a los de "derecha" como a los de "izquierda" —para usar esa simplista clasificación copiada de Europa—, les interesaba por igual la palabra del hombre más popular de Bolivia, del hombre *fantasma* para los unos y *esperanza* para los otros. Y es que Maroff fué siempre una incógnita que todos deseaban despejar.

¿Cuáles eran las ideas de ese hombre? ¿Por qué fué la víctima de todos los gobiernos, el eterno perseguido, el nómada que arrastró por todos los caminos del mundo la cruz de su ostracismo? ¿Por qué fué el fantasma terrorífico de los unos y la esperanza redentora de los otros?

Es verdad que con la cándida simpleza de nuestros *hombres representativos*, se le había calificado desde antaño como "comunista" y se había hablado reiteradamente de sus vinculaciones con el Komintern. Así, el año 1927, se le persiguió con saña y se le expulsó del país con el pretexto de que en sus maletas se encontraron cheques soviéticos. Pero, sus polémicas con los propugnadores del Frente Popular en Córdoba y sus ataques al Gobierno de Stalin, desconcertaron a quienes creían en las patrañas del oro ruso. Sea lo que fuere, Maroff, ya no podía ser filiado como "comunista". ¿Qué sería, entonces?

Los que habían visto en él una esperanza, demasiado vaga, talvez, tenían verdadera ansiedad por conocer al fin de cerca al enemigo de todos los gobiernos "burgueses" y oír su verbo profético. Es verdad que había escrito algunos libros. Pero ellos demuestran sólo al brillante panfletista, al agitador, al hombre de lucha. "La Tragedia del Altiplano" y "Habla un condenado a muerte", no podían bastar para juzgar al hombre constructor, al teórico, al jefe del socialismo boliviano.

La expectativa en torno de su conferencia era, pues, justificada. En el salón del Colegio Ayacucho nos dimos cita, ello de noviembre, los unos y los otros y, también, los que no aceptamos esa rígida catalogación de posiciones. Y, debemos confesar, que todos quedamos defraudados. La incógnita del hombre —no aludimos a Carrel— quedó intocada...

Maroff se redujo a hacer una síntesis del libro de Thalheimet intitulado "Introducción al materialismo dialéctico". De esta manera los que esperábamos oír una exposición doctrinaria o una lección de política socialista en Bolivia, fuimos conducidos por la simpática palabra de Maroff a través de la filosofía materialista desde Thales de Mileto hasta Feuerbach, en un viaje turístico o cinematográfico. En unos momentos pasó ante nosotros todo el panorama de la filosofía de los elementos hasta convertirse en la dialéctica materialista que sirve de base a las construcciones de Carlos Marx. Sin embargo, nos quedamos en la antesala del marxismo, como esos turistas que se contentan con conocer el hall de los museos. Esta exposición, elementalísima, defraudó, sin duda, a todos.

Menos mal que antes de terminar se refirió, en dos brochazos, a lo que él llama "socialismo boliviano". Este manoseado "socialismo boliviano", ¿recibirá por fin un aporte nuevo del profeta de las barbas y la silueta quijotesca? ¿Se aparataría en definitiva de la vulgar demagogia de los aventureros? Veamos...

Primer enunciado: el socialismo científico elaborado por Marx, es una doctrina universal que es preciso adaptar a las modalidades de cada ambiente, de cada nación. El marxismo tiene, así, su etapa nacionalista. Así lo afirma Maroff y no podrá negar que también lo han dicho antes que él los propugnadores del Frente Popular, entre ellos sus contendores de Córdoba, haciéndose eco de las consignas de Dimitroff. Es esta la interpretación oficial del marxismo, esto es, de la Tercera Internacional. Frente a ella está la exégesis que se dice a sí misma ortodoxa, la de Trotsky con su teoría de la revolución permanente. Pero, además, este enunciado, por lo que se refiere a los países americanos, coincide con las ideas fundamentales del aprismo. Haya de la Torre ha repetido muchísimas veces que se propone adaptar el marxismo a la realidad indo-americana, tomando la porción latina del continente como un todo nacional. Entre el aprismo y el comunismo

no sólo hay diferencias, sino hasta una encarnizada beligerancia. Por esto, nos hubiera gustado mucho saber a cuál da preferencia Maroff o bien si su doctrina se aparta por igual de ambos. En esto, como se ve, la incógnita permanece...

¿Cuál es la realidad boliviana a la que se trata de aplicar el marxismo? Aquí viene el segundo enunciado. Bolivia es, por una parte, presa del imperialismo, vale decir del capital internacional que ha hecho de ella una factoría proveedora de materias primas, y por otra, conserva su contextura feudal de las épocas del coloniaje.

Ahora bien, ¿cuáles son las causas de este fenómeno? Tercer enunciado: Bolivia es una semicolonía por obra de los partidos tradicionales que han detentado el poder con el exclusivo objeto de explotar al indio, por un lado, y de "hipotecar y vender" el suelo patrio, por otro. No ha habido patriotismo en los viejos caudillos, que lejos de defender "el caucho, el salitre y el petróleo" han repartido por girones el territorio nacional y lo poco que queda lo han hipotecado al capital financiero. Pero esta es una manera muy superficial de apreciar las cosas. Ni a Marx, ni a ninguno de sus discípulos, se les ocurriría sostener que un país es semi-colonial o semi-feudal porque sus políticos son antipatriotas y mercachifles. Esto es demasiado pobre. Por otra parte, el argumento está ya demasiado gastado y lo han repetido precisamente todos los que se jactan de ser antimarxistas. No sólo ha sido el caballito de batalla de los "revolucionarios" del 17 de mayo de 1936 y de los que con variada suerte acompañaron al gobierno "socialista de estado" del Crnl. Toro y siguen equilibrando en la cuerda floja del "socialismo boliviano". También lo esgrimieron hace muchos años los republicanos encabezados por Saavedra y Salamanca; su plataforma política la hicieron precisamente a base de la acusación a Montes, de la "venta" del Litoral y del contrato Speyer. Pero Maroff que militó en las filas del republicanism, bien sabe cómo se maneja este argumento y cuán fácil es hacer demagogia con él. Sin embargo, parece que habrá que recordarle que el mismo Saavedra hizo dos cosas que los liberales no habían hecho en su afán de "hipotecar al país": el contrato-concesión a la Standard Oil y el empréstito Nicolaus que nos trajo la famosa Comisión Fiscal Permanente, especie de avanzada del imperialismo político. Y si de "hipotecar" se trata, ¿qué opina Tristán Maroff de sus correligionarios "socialistas bolivianos" que en la Convención Nacional han autorizado al Gobierno para contraer un empréstito de cien millones de dólares — ¡oh, los odiados dólares! — sin fijar siquiera sus garantías?

Ante la realidad delineada por Maroff y frente a la *traición* de los partidos tradicionales, ¿cuál es la solución? He aquí el cuarto enunciado: lo único que se puede hacer es consolidar el socialismo boliviano cuya misión es defender nuestras materias primas —"las pocas que nos quedan"— luchando contra la influencia del capital extranjero y destruyendo a la feudal-burguesía. poseedora de los campos. "Sólo el socialismo salvará a Bolivia" o "La tea que está encendida nadie la apagará", podía ser la síntesis de esta idea, repitiendo las frases lematías de los que han hecho oportunismo en estos tres últimos años. Pero, bastaría hacer esta reflexión: ¿se supera nuestra realidad feudo-colonial destruyendo? ¿No, será, por el contrario, obra de construcción? Esto es lo que no nos ha dicho Maroff. La incógnita, en este orden, sigue también intacta...

Decir que se combatirá al capitalismo extranjero y se destruirá a la feudal burguesía, no es más que demagogia. A menos que Maroff pretenda que volvamos a los tiempos del incario o hagamos lo que el Dr. Francia en el Paraguay, que cerró las puertas del país al extranjero pero las abrió para que salieran todos los paraguayos y con esta política estuvo a punto de quedarse solo con sus guardias palatinas. Aquí está, pues, el gran vacío de la conferencia de Maroff: saber cómo podremos arreglarnos sin capital extranjero, cómo ha de desarrollarse el "socialismo" en un país que no ha superado todavía la etapa de las zonas de influencia. La incógnita queda...

Estos cuatro enunciados constituyen el fondo del "socialismo boliviano", según se desprende de la conferencia de Tristán Maroff. En cuanto a su forma, es decir, en cuanto a su organización como partido político, Maroff resuelve el problema diciendo que en las filas del socialismo formarán todos los hombres patriotas que simpatizan con el "socialismo" y estén dispuestos a defender nuestras materias primas de la garra imperialista. El APRA al plantear su tesis imperialista nos habla de un frente único de clases. Maroff se olvida de las clases, habla sólo de individuos. Pero hay algo más grave: todos los que se dicen socialistas bolivianos tienen ya una tradición "*gobiernista*" y la mayoría de ellos no se han demostrado ni muy idealistas ni muy patriotas. Su oportunismo y su carencia de responsabilidad moral los han hecho abominables. Si viviera José Aguirre Gainsborg, podría proporcionar magníficas informaciones al camarada Maroff sobre los elementos con quienes está organizando su partido. La mayor parte de ellos fueron los

que hicieron perseguir y desterrar a Aguirre Gainsborg durante el gobierno de Toro, precisamente porque era uno de pocos idealistas con que contaba el socialismo en su expresión más pura y honesta.

Frente al problema moral que acongoja a nuestro país, también la incógnita queda sin solución...

G. Medeiros Querejazu.

Los pequeños mineros y la función Bancaria

La industria minera del país se debe en su totalidad a aquellos incansables buscadores de fortuna, que recorriendo y explorando todos los confines altiplánicos y abriéndose paso en medio de la nieve eterna de la Cordillera Andina, ponen al descubierto los ricos filones metálicos que sostienen la economía entera de la Nación.

Hombres duros en la lucha, viven soñando con los millones que la tierra oculta y que ellos quieren extraer arañando las entrañas mismas de la serranía.

Sin dinero y sin otro apoyo que el coraje, este conquistador construyó senderos y creó con esfuerzo, sacrificio y esperanza una pequeña industria sujeta a todas las contingencias y azares, pues, luego de esta ruda lucha, muchas veces el mineral desaparece o se denuncia al descubridor por falta de pago de patentes, ya que siempre el pequeño minero anda corto de fondos, porque lo poco que tiene, invierte en su totalidad en la mina de la que espera tanto.

Y, luego, los pleitos! No hay mina sin pleitos... Y el pequeño minero tiene que conocer toda una odisea trágica en los tribunales y aprender para su defensa los vericuetos del Código!

Los trabajos se instalan con las grandes dificultades de transporte y falta de brazos que obliga a pagar los salarios más altos, y apesar de que las leyes imponen fuertes contribuciones llegando a señalarle muchas veces un aporte mayor que a las grandes empresas, y los trabajos continúan no obstante de que los minerales se venden por la nada a los rescatadores que son los únicos que se benefician y acumulan grandes fortunas llegando a ser los árbitros de la situación económica, sobreponiéndose en algún caso a la soberanía misma del Estado.

Cuando el pequeño minero ha consolidado su propiedad y demostrado la riqueza de la mina, señala el camino de la grandeza económica a compañías sólidamente organizadas que llegan con multitud de trabajadores, técnicos, caminos y maquinarias que proporcionan costos bajos, sobre los fundamentos que ha dejado el anterior dueño y en los que el riesgo disminuye considerablemente.

Esa es pues la función del pequeño minero, señalar el camino a la gran industria que ha de tonificar al país, y mientras esto llega, la pequeña minería en su lucha diaria y tenaz llega a exportar *únicamente* en estaño un valor aproximado de cien millones de bolivianos anuales cuando no se le impone límite legal.

La minería pequeña lucha con sus propios medios desde el tiempo del Coloniaje. Qué ayuda ha recibido del Estado al cumplir un papel económico tan importante? Sólo la visionaria administración del Mariscal Santa Cruz comprendió su importancia y estableció tres Bancos de rescate en Potosí, La Paz y Oruro con 200, 130 Y 40,000 pesos fuertes respectivamente. El Mariscal Santa Cruz en uno de sus mensajes dice lo siguiente: "Se establecieron estos Bancos destinados no solamente a rescatar todos los metales de oro y plata que se les presentasen, sino también para auxiliar a las minas con anticipación de dinero, de azogues y otros artículos necesarios para su fomento. Hiciérose contratos de azogue a beneficio de las cuales los mineros de Bolivia no han carecido jamás de este precioso artículo, antes bien, lo han encontrado en sus bancos a las dos terceras o tres cuartas partes del precio que tenían en su mercado. En fin, no omitió el Gobierno ninguna de aquellas medidas conducentes a reanimar este interesante ramo de la prosperidad de Bolivia y la consiguió indudablemente" .

Estos Bancos desaparecieron, porque caído el gobierno de Santa Cruz, los intereses creados y la política adversa a su administración borrarón toda esa obra.

Para demostrar la importancia que dió Santa Cruz, a esa actividad, basta anotar que con relación al exiguo presupuesto nacional de ese tiempo, el capital de los bancos de rescate representaba alrededor de un veinte por ciento del total de los ingresos del país.

Destruída la creación de Santa Cruz, la pequeña minería cayó en poder de los rescatadores extranjeros que solo buscaron y obtuvieron enormes ganancias, hasta que en 1937 se fundó el Banco Minero de Bolivia, cuyo Estatuto persigue una múltiple ayuda al minero y el fomento de la industria extractiva, mediante el aporte de créditos compra de minerales y su venta directa en mercados extranjeros; creación de almacenes de abastecimiento; organización de empresas de exploración y explotación, etc., y, para todo este plan de trabajo tan vasto, se fija un capital inicial de seis millones de bolivianos, de los cuales el Estado aporta cuatro y los particulares no llegan a cubrir ochenta mil bolivianos, sin embargo de que los capitales particulares se encuentran inactivos y congelados .

El aporte del Estado para esta función económica de tan grande importancia, representa un 2,5% del total de sus ingresos.

Al parecer, en estas condiciones, el Banco Minero estaba llamado al fracaso. Para un movimiento comercial de más de cien millones de bolivianos solo en exportaciones de Estaño. el Banco podía influir apenas con una gravitación de un cuatro por ciento.

Este fracaso se tuvo por descontado en los círculos comerciales y financieros y fué una verdadera sorpresa el resultado de su primera gestión anual, por los beneficios obtenidos ¡por el Banco para los mineros minoristas, pues se demostró que más de diez millones de bolivianos reforzaban la actividad de la industria extractiva porque se había impedido mediante una atinada política del Banco Minero. la salida de esta suma al Exterior.

La razón de este resultado se debió a que desde un comienzo el Banco actuó con toda la masa de su capital solamente en un sentido, en lugar de difundirlo en todo el plan de acción integra.. Así se creó una primera etapa de compra de minerales y su colocación ventajosa en los mercados extranjeros obteniendo el resultado plenamente reconocido hoy por todos.

El capital de cuatro millones en el transcurso de diez meses circuló cinco veces dando un movimiento global de 20 millones de bolivianos con lo que la fuerza de gravitación del Banco en el mercado local se quintuplicó, permitiéndole cumplir una verdadera función económico-social, quedando, automáticamente en su poder la regulación de los precios y condiciones para los minerales bolivianos e impidiendo la acostumbrada especulación que sufrían los mineros.

El Banco Minero norma en la actualidad la función del capital productivo, procurando el incremento y desarrollo de la pequeña industria, desechando el propósito de lucro y buscando una íntima cooperación al pequeño minero en forma que éste reciba por su mineral el precio que comercialmente le corresponde.

Dentro de estas normas firmemente establecidas, el Banco Minero ha recibido seis millones más como aporte particular, girando en consecuencia con un capital inicial de diez millones de bolivianos. Esta suma vitalizará su acción permitiéndole ingresar en las sucesivas etapas de su plan integral de acción referente a créditos y al establecimiento de almacenes de abastecimiento de materiales, herramientas y maquinarias así como la instalación de secciones técnicas que orienten al minero en su actividad.

En esta forma el Banco continúa en su crecimiento progresivo, con un funcionamiento indudablemente beneficioso para la economía nacional y minera, debido a su austera política de colaboración y protección, sin ningún afán mercantilista que pudiera alejarlo de la función económica que le corresponde.

Es muy posible que como en el tiempo de Santa Cruz, los intereses creados y la cambiante política económica, busquen su eliminación, empero la pequeña minería, ha hecho ya conciencia de su importancia y de la defensa de sus derechos, siendo en realidad la base más sólida en que reposa su futura estabilidad.

Hugo Salmón Tapia.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Los Libros del Pasado Año

La producción bibliográfica entre nosotros es siempre escasa. No obstante en el pasado año la calidad ha salvado a la cantidad. Pocos han sido los libros publicados, pero casi todos de un valor altamente apreciable dentro de las letras bolivianas. Algunos hay que merecen colocarse entre los mejores libros que se han publicado en Bolivia en estos últimos tiempos. Queremos hacer en estas páginas una simple relación bibliográfica de cada uno de ellos, pues un juicio crítico exigiría de un espacio y de una preparación de los que no disponemos. Sin embargo esta relación no pretende tampoco ser completa, pues algunas de las obras publicadas dentro del año no han llegado a nuestras manos, lo que hace que muy a pesar nuestro nos veamos privados de referirnos a ellas.

Hemos de seguir para estas notas el orden de publicación.

"Os Idolos de Bacon"
Por Guillermo Francovich.
'Edición Brasileña -Río de Janeiro

El primer libro de Guillermo Francovich, "Supay", de diálogos oscarwildianos, elegantes, incisivos, de fino atisvo ático, nos revelaba ya en su autor un espíritu de mentalidad aguda y refinada, un pensador sutil amoroso de las ideas; una especie de filósofo alejandrino entregado a la insana voluptuosidad de pensar y al jugueteo peligroso de las ideas. En todo caso un espíritu inactual, con esa inactualidad que amaba Nietzsche. En esos diálogos de un pronunciado gusto socrático, y en los que se debaten temas de esa trascendente inutilidad que era tan del gusto de Wilde, Francovich más aun que un filósofo se perfila un artista de exquisita sensibilidad para lo bello.

Los diálogos más sugestivos son los de tema estético. Decía Gomes de la Serna que después de Wilde solo Cocteau ha dicho algo certero sobre el arte. Los conceptos de Francovich no tienen la sorprendente novedad de los de Cocteau, ese hallazgo imprevisto, pero están dotados de un hondo poder de sugerencia y tiene observaciones de esa certeza que diríamos "la flecha en el blanco". En estos diálogos se desenvuelve una teoría estética un poco semejante a la de Wilde. El fino esteta inglés pretendía que la naturaleza copia al arte, Francovich sostiene que el arte "crea" la realidad, o tal vez mejor que la recrea, dándole un sentido nuevo para nuestra visión. Nosotros decíamos también en un estudio ya olvidado que el arte era el que dotaba de sentido al mundo.

Francovich en su nuevo libro "Os Idolos de Bacon", publicado también en portugués como el primero, acerca su interés a problemas de más palpitante actualidad, aunque siempre con una visión un poco distante, como contemplando el mundo actual en perspectiva. Hay más, el autor para hablar de problemas actuales, con un gesto de exotismo elegante, va a buscar su tema a los albores de nuestra edad moderna, y encuentra en el racionalismo empirista de los Bacon una fuente para exaltar su amor a la verdad y su idealismo, enfrentándose al desborde de lo inconsciente que contemplamos hoy.

Los Bacon que fueron los primeros, sino en percibir, en intuir al menos, esa "razón" abstracta e imperativa que Descartes descubrirá para orgullo y desdicha del mundo, fueron también los primeros en palpar toda la vestimenta de pasiones, de deseos y de apetitos que cubrían su luminosa desnudez, Comprendiendo toda la fuerza de esos impulsos biológicos e inconscientes, temieron por el débil reinado de esa diosa socrática, y se apresuraron a anotar los peligros, a contener los "fantasmas", a pretender dominar los "ídolos". Triste sería el despertar después de más de tres siglos para el amigo de Essex, pues Francovich con la misma añoranza que Bacon por el imperio de la diosa Razón, demuestra cómo en el siglo XX dominan más que nunca esos Fantasmas y esos Idolos.

Nuestro joven pensador subraya su inactualidad al hablar precisamente de problemas actuales. Como todo filósofo es un enamorado de las ideas, y como todo ideólogo un apasionado de la razón. Realmente no se puede dar una filosofía irracionalista. De ahí que nuestra época sea por completo afilosófica. Martín Heidegger no representa en verdad sino el suicidio heroico y consciente de la filosofía. Pues es lo cierto que el hombre nunca ha estado más lejos de la Razón que en la época presente.

Con ocasión del tricentenario de la publicación del "Método", todos han hablado de Descartes, y lo han hecho precisamente para subrayar la distancia enorme que nos separa de su "cógito". El hombre de hoy ya no cree en la existencia de la "ratio". Le parece un extraño mito la creación de esa Razón abstracta y absoluta, que pretende erigirse en soberana del espíritu y domar las pasiones, aniquilar los apetitos y matar los deseos: que tiende a dirigir y transformar el mundo, creando leyes universales, inmutables y eternamente valederas; que promete donar la "libertad" y la "felicidad" a los hombres, creando una ética imperativa, una estética ideal y una organización política perfecta. Esta razón que se descubre a sí misma en Descartes, que se funde con la divinidad en Malebranche y con la naturaleza universal en Espinosa, que crea la ciencia moderna con Leibniz y Newton; que se dicta leyes a sí misma en Kant y se traza sus límites; que en Fichte irrumpe en fuerza creadora y revolucionaria, y en Hegel se liga con la realidad material para crear la unidad suprema; que en los enciclopedistas franceses promete la "libertad", y la "justicia" y la "felicidad inalterable", y que con los revolucionarios riega de sangre la nación francesa; esta razón que por último, y derrotada ya, se llora a sí misma en los versos románticos, tuvo una vida verdaderamente novelesca, una vida heroica y sanguinaria.

He estado tentado muchas veces de escribir "la vida, pasión y muerte de nuestra señora la Razón", de esta diabólica señora que quiso geometrizar el mundo y regularizar matemáticamente la vida humana. Me habría gustado pintar su juventud en el siglo XVII, alimentada de suficiencia y de esperanzas de dominio; su madurez en el XVIII, cuando pasando de los ensueños a la acción insurge en los planos de la vida política y social, con el gesto bismarkeano de negar aun el mundo para que triunfen sus principios, y por último vieja y achacosa, durante el siglo XIX, viviendo el desencanto de sí misma.

Eso que se llamó el romanticismo no fué en verdad sino la desilusión de los poderes racionales, la melancolía de la derrotada inteligencia. El romántico es un racionalista que ya no cree en la razón, que ya no tiene fé en el poder del ídolo. Porque el verdadero "fantasma", el verdadero "ídolo", a despecho de Bacon, fué esa razón que quiso secar las fuentes permanentes de la vida, que quiso encarcelar a la traviesa 'movilidad de la existencia, que quiso acallar los anhelos, los apetitos, los deseos, y poner diques al hontanar irracional y espléndido de la vida biológica. Ese ídolo dominó por tres siglos, pues siguió reinando en el corazón de los románticos que, aunque escépticos de los dones de su poder, no hallaron nada más luminoso en este mundo.

El primer hombre actual es también, por una extraña paradoja, el último de los románticos: Schopenhauer. El fué el primero en descubrir que la esencia del mundo no era lo racional, sino por el contrario un poder ciego e inconsciente, que insurge en formas de deseo, de anhelo, de apetito, y que él lo denomina "voluntad". La inteligencia es apenas una de sus extrañas creaciones. La diosa Razón es hija de un demiurgo irracional. Pues hasta la conciencia nace de esa Voluntad que es el poder animador de toda vida.

Pero lejos de sentirse orgulloso de su descubrimiento, el filósofo se duele del dominio sin límites de esa terrible Voluntad, que para él es productora de dolor. Schopenhauer tiembla ante esa voluntad insaciable que se devora a sí misma por no poder encontrar nada fuera de ella. Y es que en el fondo Schopenhauer guardaba culto secreto a la Razón. Esa es la fuente de su romanticismo. Por eso predica la contemplación, la renuncia, la total inmersión en el mundo del arte y las ideas. Quiere que el intelecto, ya que no extinguir, por lo menos modere los ímpetus de esa voluntad ciega. Pugna por anular la vida a fuerza de aplacar sus impulsos. La melancolía schopenhaueriana es, pues, la del racionalista que contempla la impotencia de la razón; la del intelectual que mira consternado el desborde de las fuerzas inconscientes. Por eso Schopenhauer fué el último de los románticos: aborreció la realidad y adoró en lo que no creía.

Nietzsche fue en cambio totalmente el primer hombre nuevo: el primero que afirma el poder de la voluntad y exalta los valores vitales. Frente al mundo socrático o apolíneo, celebra el ímpetu de vida primigenia que brota del mundo dionisiaco. Desprecia la lógica oficial y la moral burguesa, y contempla entusiasmado el desborde de lo irracional que fertiliza la existencia.

Y todo el mundo actual, puede afirmarse, vive bajo el signo de Nietzsche. Hoy nadie habla del imperio de la razón, sino del imperio de las fuerzas subconscientes, de la libido, de la voluntad de poderío. La vida ciertamente no obedece a leyes racionales ni lógicas. La vida es impulso, salto ciego, ímpetu salvaje. La vida se resume en una danza loca. Ya Erasmo tuvo la genial intuición de que los poderes de la inteligencia y de la mente eran vanos, y que el mundo solo obedecía a la locura. El lugar que el intelecto ocupa en esa danza es apenas minúsculo, y sin darse cuenta, o dándose la, danza también empujado por las energías subconscientes. Aquella razón absoluta de Descartes, aquella razón pura de Kant, se han esfumado ya del mundo. Apenas si hoy podemos hablar de una razón al servicio de la vida, de una "razón vital" como diría Ortega. El hombre de hoy ya no tiene fe en los poderes racionales; hasta el artista obedece, para crear, a sus impulsos subconscientes. La libido oscura ha derrotado a la luminosa inteligencia.

Francovich en su libro hace un magnífico análisis de este mundo actual en el que imperan lo que él llama, siguiendo a Bacon, los "fantasmas" y los "ídolos". El no deja escapar un gesto ni de enfado ni de desconsuelo, pero no oculta que el mundo de hoy es lejano a su espíritu. Francovich es todavía un enamorado de los dones del intelecto. Tiene de los románticos la añoranza en el poder de la razón. Hombre de nuestro siglo sin embargo, no puede menos de cerciorarse de su impotencia y su derrota.

Hoy contemplamos el triunfo de las fuerzas biológicas, de los impulsos subconscientes, de esa voluntad irracional que es la esencia del mundo. Y estas son, querámoslo o nó, las verdaderas realidades. El "ídolo" ha sido la: Razón. Bacon padeció, pues, de un error de perspectiva, como se podría decir con una frase actual. Por eso en lugar de denunciar, como lo hace Francovich, el triunfo de los "ídolos" de Bacon, podría el hombre de hoy, con sonrisa diabólica y triunfante, proclamar la muerte del ídolo.

"Historia de la Novela Boliviana"
Por Augusto Guzmán.
Revista "México"- -La Paz.

Son muy pocos los que se han dedicado a historiar nuestras letras. La crítica literaria no es un género que hayan cultivado con especialidad los escritores bolivianos. Entre nosotros se escribe críticas solo ocasionalmente: cuando aparece el libro de un amigo o cuando se publican ideas manifiestamente adversas a nosotros. Más que estudios críticos son naturalmente laudatorias rabiosas en el primer caso o censuras acerbas en el otro. Han sido raros, muy raros, los verdaderos críticos en Bolivia.

En el siglo pasado el primero de nuestros críticos, el primero como en todo, fué René Moreno. Publicó extensos y admirables estudios sobre Ricardo Bustamante, Daniel Calvo, Manuel José Tovar, Néstor Galindo, María Josefa Mujía, y otros muchos sobre diversos poetas y escritores americanos. Desgraciadamente son muy poco conocidos tales trabajos, que no llegaron a publicarse en libro. Parece que hoy quieren llenar esta gran laguna en la obra de Moreno los hermanos Vásquez Machicado, eruditos morenistas, publicando esos estudios en volúmen aparte. Otro de los principales críticos de ese tiempo fué don Santiago Vaca Guzmán. Publicó un precioso volúmen, hoy muy raro, que se titula "La Literatura Boliviana" y al que nos referimos en la pequeña reseña que hacemos del escritor en este mismo número. Estos con Julio Lucas Jaimes, Nicolás Acosta y Julio César Valdes fueron talvez los únicos críticos que ha tenido Bolivia.

Es un hecho extraño y digno de anotarse que la generación modernista que ha dado los mejores poetas y novelistas bolivianos, no haya tenido un solo crítico. Así Jaimes Freire, Tamayo, Peñaranda, Reynolds, y los novelistas Chirveches, Arguedas, Jaime Mendoza y Alarcón, no tuvieron ni intérpretes, ni glosadores ni panegiristas, ni simples comentadores siquiera. Se sabe que los críticos son los que conducen la opinión literaria del público y que la fama de los escritores está, por así decirlo, en sus manos; En Bolivia no ha sucedido eso. La obra de estos escritores se ha hecho conocer por sí misma y se ha impuesto por su valor intrínseco, pues nadie ha dicho media palabra sobre ellos.

Sobre la historia de nuestras letras, don Abel Alarcón publicó un pequeño folleto titulado "La Literatura Boliviana", que no corresponde ni a su talento ni a su prestigio de escritor; demuestra un desconocimiento completo de nuestra literatura, posiblemente porque fué compuesto de memoria y sin ninguna documentación, ya que ese estudio había sido escrito en París para la

"Revue Hispanique", lo que haría comprensible la desnudez de su contenido, aunque talvez no siempre perdonable. Posteriormente don Rosendo Villalobos, nuestro venerado don Rosendo, publicó su libro titulado "Letras Bolivianas", y aunque ciertamente hay en él datos bastante interesantes para el estudioso de nuestra literatura, el autor no ha puesto desgraciadamente toda la enorme erudición que tiene sobre bibliografía boliviana, y que hace de él el verdadero Menéndez Pelayo del pequeño mundo de nuestras letras.

Últimamente José Eduardo Guerra, alto representante de la joven generación modernista, ha publicado en Europa "Itinerario Espiritual de Bolivia", uno de los más bellos libros trazados por mano boliviana. Aunque no pretende hacer propiamente crítica literaria, sino más bien mostrar nuestros paisajes —andinos, vallunos y selváticos— a través del espíritu de sus escritores, sus apreciaciones hechas siempre de perfil, y sólo como una elegante insinuación, nos revelan empero en su autor un selecto gusto literario, un paladar de artista y de poeta, aunque talvez no ya del verdadero crítico, que tiene más del investigador que del esteta.

Nuestra generación es la que parece ha de iniciar el género crítico en Bolivia. Ya Fernando Diez de Medina comenzó esta labor de revalorización de algunos de nuestros escritores en su "**Velero Matinal**", y hoy aparece esta "Historia de la Novela Boliviana" de Augusto Guzmán.

El libro reseña todas las novelas que se han escrito en Bolivia; posiblemente son muy pocas, algunas por demasiado raras, las que han sido olvidadas. Este sólo hecho es ya un mérito muy grande de la obra. Los que hemos escudriñado un poco nuestras bibliotecas y tenemos la manía del folleto antiguo y del papel amarillo, sabemos de las enormes dificultades en la investigación de cualquiera de los aspectos de la vida boliviana. Nada más difícil que escribir la historia en Bolivia, y particularmente la historia literaria. Fuera de que no existen trabajos previos, ni monografías, ni estudio alguno que pueda servir de guía al investigador, no existen ya tampoco las obras mismas sobre las que hay que emitir el juicio, o por lo menos es extremadamente difícil encontrarlas. Es necesario desplegar una labor paciente, recorriendo las bibliotecas particulares, las pequeñas colecciones de folletería boliviana que algunos amantes de lo antiguo conservan todavía. Hay que perseguir los datos y los libros con la astucia de un verdadero detective, violando su escondrijo secreto.

El talento detectivesco de Augusto Guzmán está patente en su libro, pues ha logrado informarse e informarnos de toda la producción novelesca de nuestro país, realizando así un gran servicio a la futura investigación de la literatura boliviana. El método que emplea el autor es muy sencillo. No hace un examen de las escuelas, ni interpreta el ambiente ni los móviles que determinaron a escribir tal o cual novela, ni el por qué de ésta o la otra tendencia literaria. Simplemente estudia en forma individual y cronológica a cada uno de los novelistas y sus novelas. Mas que una historia de la novela boliviana, se podría decir una estadística de ella. Los juicios son sobrios y discretos. No hay posiblemente la observación aguda e incisiva del crítico moderno, no hay acaso tampoco la discriminación exhaustiva del criterio científico, pero hay en cambio sinceridad en las apreciaciones y honradez intelectual, pues el autor no ha tomado noticias que no las haya comprobado por sí mismo.

El libro ha de ser muy útil para los estudios más serios que se emprendan después, para los estudios de interpretación ya con criterio filosófico e histórico; porque este es en verdad un trabajo monográfico previo. El título es talvez excesivo. Habría sido mejor, posiblemente, hablar de una noticia de la novela boliviana, o de una monografía, ya que eso es propiamente el libro. Y por ser precisamente un trabajo monográfico bastante complejo, como ya lo hemos dicho, tiene para nuestra historia literaria un tan grande valor.

Sería de desear que nuestros escritores jóvenes en lugar de adoptar temas ajenos a nuestro interés y a nuestro vivir para sus libros, emprendieran trabajos análogos al de Augusto Guzmán, tratando de escudriñar un poco en el pensamiento y en el alma de nuestros hombres del pasado, e intentando reconstruir la vida espiritual del mundo de nuestros bisabuelos. Útil sería, y muy útil emprender trabajos monográficos, como este de la novela, sobre la poesía, sobre el cuento, sobre la oratoria, en la que ha sido tan fecundo nuestro país, sobre la historia y sobre el periodismo, que ha absorbido más de la mitad de nuestra vida intelectual. Trabajos de esta índole serían preciosos para el futuro investigador de nuestras letras y contribuirían en forma especial a reconstruir nuestro pasado literario.

"La Guerra del Chaco"
Por Justo Rodas Eguino.
Ed. "La Facultad" - Buenos Aires.

La guerra del Chaco está produciendo una bibliografía varia e interesante. En el campo puramente literario son muchas ya las novelas que se han inspirado en este doloroso acontecimiento que ha de dejarnos huella perdurable; se han escrito también numerosos estudios jurídicos en los que se asienta el derecho boliviano, y algunos libros de análisis sobre el aspecto militar de la contienda. Faltaba una obra de interpretación desde el punto de vista de la política internacional, y esta necesidad viene a llenarla el libro de nuestro joven diplomático e internacionalista don Justo Rodas Eguino, titulado escuetamente "La Guerra del Chaco".

Nadie más llamado, en verdad, que Rodas Eguino para realizar esta obra, ya que en aquellos inquietantes momentos de la contienda, tuvo la suerte de encontrarse en el centro mismo de las actividades diplomáticas que se ejercitaban al rededor del hecho bélico, desempeñando la secretaría de nuestra legación en Buenos Aires. Precisamente Rodas Eguino en su libro subraya el enorme rol que jugó la Argentina en la guerra del Chaco. Esta fué la nación del desideratum en esta trágica aventura a la que Bolivia se dejó arrastrar con los ojos cerrados. La contienda duró tanto como lo permitió la Argentina y la paz se firmó cuando esta potencia americana lo juzgó conveniente. Hoy tenemos que confesar esta verdad que la desconocíamos cuando las juventudes bolivianas regaban el Chaco con su sangre.

Este ha sido el gran pecado del presidente Salamanca, su gran error; talvez el único, pero en verdad fatal: el no haber contado nunca con la Argentina como una nación ligada con los intereses de la guerra. Creyó él que podíamos arreglar nuestro diferendo con el Paraguay, por la discusión o por las armas, sin intervención alguna de las potencias americanas y con la más completa neutralidad argentina. Como hoy lo vemos éste era ciertamente un criterio provinciano. Bolivia pecó, pues, de provincianismo en la guerra del Chaco. Como nunca se hizo entonces patente su alejamiento del contacto del mundo y la nulidad de su diplomacia.

No fue la nuestra, empero, para Rodas Eguino, la única nación que vizqueó durante la guerra en su visión de la realidad. Chile también tuvo una falsa apreciación de los hechos. Toda su sagacidad política y toda su tradicional habilidad, fallaron esta vez por completo. Chile no vió que en esta guerra se defendían intereses y hegemonías antes que territorios. Y en lugar de defender también los suyos, es decir, los que tenía en Bolivia, los perdió por ejercitar una política miope.

Nada vinculaba Chile al Paraguay no ser una amistad diplomática y romántica; en cambio Chile tenía vinculaciones inmensas con Bolivia, vinculaciones de carácter histórico, político, económico. Bolivia es propiamente el mercado de Chile, sin el cual su industria se vería muy apurada. Pero Chile no solamente ejerció una influencia económica sobre nuestro país, sino también una marcada influencia política, que llegó a determinar una especie de hegemonía de la nación del Pacífico sobre la del Altiplano, como en forma tan admirable y erudita lo demostró Manuel María Pinto en su libro "Bolivia y la triple política internacional", ya la que por otra parte se refiere también Rodas Eguino. Entonces el deber de Chile, como lo piensa tan justa y atinadamente el autor, era, pues, defender esos intereses contra la gran potencia del sur, que parecía querer absorberlos, y, si hubiera sido preciso, jugarse la última carta de potencia americana ingresando a la guerra.

En lugar de darse cuenta de esta realidad, es increíble la ceguera con la que Chile obró. Demostró sus simpatías por su amigo distante y su enemistad por Bolivia, cerrándole sus puertos. Como no se puede comprender de otra manera, creemos que se trató de un gesto romántico, con el que Chile quiso sorprender a la América. El romanticismo es propio de los atardeceres. Y talvez por vivir sus horas de ocaso y decadencia, la nación de Arauco, otrora tan realista, ha querido sentir también la fruición de una actitud romántica.

En cambio la Argentina, no podemos negarlo, obró con una gran habilidad y con una demasiada sutil inteligencia para las tierras gauchescas. Defendió todo lo que pudo los intereses paraguayos, pero tampoco permitió que ganara la guerra el Paraguay. Por otra parte supo disfrazar

en forma admirable los sentimientos con respecto a Bolivia, de tal manera que lejos de crearse una enemistad entre estas dos naciones, nació precisamente a raíz de la guerra su gran vinculación. Esta vinculación se hace hoy efectiva en tratados comerciales y ferroviarios que han de traer necesariamente una gran influencia argentina hacia nuestro país. Así mientras Chile pierde su predominio y su ascendiente en Bolivia, es la Argentina la que lo va a ganar. Y de ahí la tesis que sostiene Rodas Eguino en su libro, original y sorpresiva, pero Chile.

Como se ve la obra de Rodas Eguino plantea problemas de una honda sugestión y anota tópicos de gran interés para los que gustan meditar en el destino y la vida de las naciones. Así mismo la tesis que plantea podrá ser muy discutida, pero nadie negará la gran agudeza del estilete de su visión, que ha ido a punzar en la médula misma del problema. Hay en la obra otro capítulo muy sugestivo también; aquel que se refiere a la situación de las armas bolivianas al tiempo {le firmarse la paz. Rodas Eguino sostiene que Bolivia firmó el protocolo de paz en el momento en que pudo haber ganado la guerra, y parece que se fundamenta en testimonios técnicos de quienes estuvieron muy cerca de la contienda. Este es, empero, un punto que se prestaría a discusión ociosa en la actualidad, sólo posteriormente y cuando se escriba la historia de la guerra, podremos disipar estas dudas que nos golpean hoy furiosamente en el espíritu.

Este libro por la oportunidad de los temas que trata, por los agudos problemas que plantea, por la original tesis que desarrolla y por las mil observaciones sagaces de que está lleno, es una de las obras más importantes de esta última época, y creemos que todo boliviano y aún todo americano que sienta atracción por los temas internacionales, debiera leerlo. Por lo demás fuera de la riqueza de su contenido, el libro tiene otro valor, y es el de estar prolijamente escrito. No solamente hay claridad en la exposición, precisión en los conceptos, sino hasta riqueza verbal y aún elegancia: en el estilo. Nuestros escritores políticos e internacionalistas no suelen preocuparse mucho por la forma de sus libros, lo que hace que estos sean siempre pesados y difíciles de leer. El libro de Rodas Eguino marca en este aspecto una nueva era en La literatura política de Bolivia. Es la obra no solamente de un internacionalista sagaz y de mirada aguda, lo que por otra parte es poco frecuente en los diplomáticos bolivianos, pero también de un escritor de pluma correcta y elegante.

**"La Rebelión"
Por Hugo Blym.
Ed. Zig-Zag -Santiago.**

El cuento es un género muy poco frecuentado por nuestros literatos, talvez por las múltiples dificultades que apareja su carácter sintético, el que alrededor de un tema simple trata de plasmar la realidad multiforme de todos los días, presentando un hecho como sistemático de todo un acontecer, y un solo gesto como simbólico de todo un proceso vital. Nuestra historia literaria no guarda sino leyendas de sentido tradicional y evocativo de ese singular mundo colonial, al que por otra parte se lo mira con ojos románticos, sin comprenderlo demasiado.

El cuento realista que trata de captar la cruda objetividad vivida se puede decir que solo ha nacido entre nosotros después de la guerra del Chaco, pues este acontecimiento bélico ha suministrado no solamente un temario inagotable, sino un mundo de sensaciones nuevas, de emociones violentas, que produciendo un sacudimiento interior ha dado origen a una nueva sensibilidad literaria, que se está plasmando en obras de un singular valor y en las que el cuento y la novela ocupan el lugar preferente.

Los cuentos de Rugo Blym no son propiamente de tema guerrero, aunque están empapados de toda esa atmósfera de post-guerra que rodea necesariamente a todo el proceso de nuestra vida intelectual. El tema de ellos emerge del problema que más hondamente se ha agudizado después de la guerra y que es el que talvez inquieta mayormente la mentalidad de los hombres nuevos: el problema del indio. El indianismo, empero, tiene hoy por hoy dos fases en la producción intelectual de Bolivia. Una de puro valor estético, que aprovecha las fuentes vernáculas como simples motivos de interés literario y artístico, sin ocuparse mayormente del futuro de la raza y un tanto ajena a los clamores de reivindicación social que parten del otro sector y el que se caracteriza esencialmente por una orientación sociológica, que trata de elevar el nivel económico, intelectual y social del indio, sacándolo de su pasividad ancestral para incorporarlo a nuestra civilización.

A este grupo que se aprovecha también de la maravillosa arma que es el arte y que está produciendo una literatura política tendenciosa que quiere hacer crítica social a la manera creada por Arguedas en su "Raza de Bronce", mostrando al indio como la víctima del blanco y del mestizo, en cuadros un tanto forzados por su crueldad, a este grupo, decimos, pertenece Hugo Blym, y al que aporta su talento inquieto y su espíritu siempre afanoso de humanitarismo y de justicia.

Sus cuentos son, pues, el fiel reflejo de esta tendencia, que con hondo fervor por el autóctono y por todas las cosas de nuestra altiplanicie trata de captar en cuadros crudos, ásperos, realistas la vida del aimara y sus relaciones con el mestizo gamonal. Pero quien sabe ese exclusivo intento de subrayar el martirologio del autóctono en las diferentes escenas de los cuentos, les quita a estos mucho de la belleza que podrían tener, si el autor, con menos prejuicios socializantes, hubiera tratado de hacer obra más artista, puliendo los contornos, dando más vida psicológica a los personajes y poniendo más fuertes pigmentos de color al fondo de los cuadros, con la descripción de ese maravilloso panorama de la puma y del lago sagrado, lo que habría dado a los cuentos un mayor vigor plástico y una mayor belleza.

Por otra parte Hugo Blym presta al indio demasiada concepción y sensibilidad occidentales, que indudablemente están fuera de su estructura psicológica. En sus pasiones, en sus ímpetus y hasta en sus dolores el indio se diferencia por entero del espíritu europeo que nos caracteriza, porque el indio posee otra alma y vive un mundo aparte, aun dentro de los que se llama el medio físico y social nuestro. El universo mental y en general psicológico del aimara nos es por completo extraño. Penetrar en ese mundo y descubrir su sentido sería la verdadera hazaña del estilista literario. El tema de la crueldad se agota pronto y nosotros quisiéramos que Hugo Blym, en su nueva producción, saliera de ese marco, tratando de elaborar una obra literaria con menos intento tendencioso y con valores estéticos más altos.

Por lo demás los cuentos son de relato ameno, de fácil diálogo, por lo general poco descriptivos, tratando de encerrar el asunto en dos o tres escenas de fuerte efecto. El estilo es demasiado llano y la expresión demasiado directa, empleando ese vocabulario un poco crudo que ha puesto de moda la literatura rusa de post-guerra, pero sin esas figuras retorcidas que violentan un tanto el carácter de las nuevas letras. Es verdad que la metáfora y el tropo, de los que se abusa demasiado hoy, enriquecen la obra literaria con fuertes incitaciones ideológicas, pero es necesario utilizar tales recursos con bastante mesura, poniendo la pincelada luminosa solo en ciertos lugares, pero de tal manera que iluminen el cuadro.

Al estilo de los cuentos de "La Rebelión" le faltan estos toques luminosos, que el talento de su autor sabrá poner otra vez en la pintura de las escenas kollavinas, a las que con tanto entusiasmo ha entregado su actividad intelectual. El cuento es como lo hemos dicho el género literario tal vez más difícil, por su estructura sintética y redonda, y aunque no se puede decir que los cuentos de "La Rebelión" hubieran logrado su pleno dominio, revelan empero en su autor dotes de novelador ágil y de perspicaz observador, que con un mayor afán por crear obra de belleza y con un mayor acopio de elementos artísticos, han de hacer de Hugo Blym, no lo dudamos uno de los mejores cultores del cuento nacional.

**" Anecdario del uruguayo
Santiago Marcos"
Por Ramón Piriz Coelho.
Revista "México"-La Paz.**

Este libro cuyo autor es el señor Ministro del Uruguay don Ramón Piriz Coelho no es de esos libros que los diplomáticos suelen escribir en función de su alto cargo y que huelen siempre a oficialismo. Esta obra no es la de un diplomático sino la de un hombre de letras. Se trata de una bella novela gauchesca.

La literatura gauchesca ocupa un lugar muy singular dentro de la literatura de América. Tal vez solo tratándose de ella se pueda hablar en propiedad de una literatura americana. Ya José Carlos Mariátegui, el sutil pensador peruano, anotó que entre todas las literaturas ibero-americanas la que tenía más personalidad era la gauchesca. Y la creación de esta literatura ha sido posible porque en las repúblicas del plata el producto étnico creado por la colonia, y que es en nuestro concepto lo típicamente americano, no ha sido desvalorizado como entre nosotros. Se han sabido

apreciar todas las virtudes de llaneza campera del gaucho y se ha hecho de él un personaje amable. El gaucho reúne el sortilegio de España con la atracción robusta de la tierra. Es como el español corajudo y noblote y al mismo tiempo soñador y poeta, y es también por otra parte sentimental como la pampa y fatalista como el indio. Así al rededor de este atrayente personaje se ha podido tejer una literatura robusta, llena de sabor y colorido.

En Bolivia y en Perú por el contrario no hemos sabido descubrir en nuestro "cholo" ninguna cualidad que haga de él un personaje artístico; para nosotros es un ser completamente desprovisto de belleza. Y es que antes que sus valores hemos anotado solo sus defectos. Han habido escritores que han acumulado sobre él todos los vicios reunidos de la raza española y de la raza india. De ahí que el apelativo de "cholo" en Bolivia, mucho más aun que en el Perú, ha llegado a ser un término ofensivo.

El cholo para nuestra apreciación es, pues, lo inverso del gaucho; este es la síntesis de las virtudes de la raza, aquel en cambio lo es de sus defectos. Por eso mientras todo argentino, o uruguayo siente con orgullo que en el fondo es un gaucho, nosotros, no nos sentimos cholos. Preferimos acercarnos al indio, aun con todo el cansancio de llegar hacia él.

Por eso ni el Perú ni Bolivia han llegado a crear una literatura típica, de sello americano, no obstante la extraordinaria riqueza de su folklore. Cuando la literatura boliviana o peruana se aleja un poco de la tierra es necesariamente europea, francesa o española, cuando se acerca a la tierra es en cambio aimara o quechua; esto es, siempre exótica, siempre tomada de culturas lejanas, en el espacio o en el tiempo. Porque la realidad, fu verdadera realidad de nuestros pueblos es el *cholo*, aunque no queremos reconocerlo casi nunca. El cholo es el producto de lo español y de lo indio en la misma proporción que el gaucho, solo que en un compuesto químico bastante diferente. El gaucho, es ingenuo y sano, el cholo es suspicaz y astuto. Por otra parte el gaucho es campesino y el cholo es ciudadano, lo que subraya también su diferencia; la naturaleza ha hecho al uno sensiblero y romántico, la vida ciudadana ha dado al otro astucia y sentido realista. La belleza del gaucho emerge también de su paisaje, del marco de su vida campera, la tosquedad del cholo de su presencia ciudadana. Además el gaucho para el argentino o el uruguayo de la ciudad, es tan distante que llega a ser verdaderamente novelesco, el cholo en cambio para nosotros es de tan cercana realidad que la ficción no cabe en él.

Y sin embargo el cholo ha de ser el tipo temático de una nueva literatura boliviana. Sobre esa figura contradictoria ahora se ha de forjar un arte tan típicamente americano como el gauchesco de la pampa. La figura del cholo hoy por hoy es borrosa y antiestética, pero el arte sabrá plasmarlo, presentándonoslo como al representante de una humanidad nueva. El arte sabrá descubrirlo, o como diría Francovich sabrá "crearlo", dotándolo de todos los valores estéticos, como lo han hecho Hernández, Sarmiento Guiraldes con el gaucho, y como lo siguen haciendo todos los escritores gauchescos hasta hoy. La literatura gauchesca ha llegado a ser, pues, una literatura plástica porque ha dado forma estética a un simple habitante de la pampa, creando un personaje de un valor singular para el arte de América.

El "Anecdotario de uruguayo Santiago Marcos" nos pinta la adolescencia y juventud de un gaucho que por sus dotes superiores deja los ranchos pampeanos para vivir la inquieta y desorbitada vida del hombre de la urbe. Sin embargo Santiago Marcos no es un hombre de excepción, no es un héroe extraordinario de novela, exótico al medio y de gestos sorprendidos. Es un gaucho sentimental como todos, pero más imaginativo y soñador; es varonil y pendenciero como ellos, pero mucho más rebelde y enamorado. El autor aunque le tiene cariño a su héroe no quiere, presentárnoslo mejor de lo que es. Lo deja que obre libremente ante nosotros sin aminorar sus defectos o sus debilidades. Se ve que el autor no quiere meterse dentro de su héroe, pero se siente al mismo tiempo que el héroe ya se ha metido en el autor.

La vida pampeana está descrita con rico colorido, y los sabrosos diálogos condensan todo el gracejo y la ocurrencia gaucha. Aunque nosotros no conocemos la vida de las pampas plantentes sentimos la verdad de todas las escenas. Se ve la vida que fluye de los diálogos, de los gestos, del ir y venir de la existencia gaucha. Es una novela que ha brotado al contacto con esa realidad; no es de esas novelas ficticias y cerebrales que han nacido a través de la lectura de otros libros. Hay escenas magníficamente logradas como aquella aventura de Juanita, en la que la gurisa después de demostrar su rencor por el gurí con sarcasmos y ofensas se entrega a él apasionadamente. Hay tal realidad en la pintura de los sentimientos que el lector llega a intuir el sorprendente desenlace.

Las escenas más fuertes son las de índole erótica. Hay en la novela una marcada observación de erotismo, que no deja de extrañar en el ambiente sano e ingenuo de la pampa. Más que el gaucho sencillo se muestra ahí el autor con todas las inquietudes del moderno freudiano. El autor no oculta, en los pequeños apartes reflexivos, su admiración por la vida pagana, por la libertad del instinto, por la emancipación en el amor. Así en su apasionamiento por el mundo pagano, lo hace a su héroe lector de Hornero y de Virgilio en la agreste llaneza de la pampa.

La escena final con la gitana está bien concebida, a excepción de la presencia del gitano que es inútil y además no del todo explicable; habría, sido más fuerte que sea la gitana misma la que lo hiera al gaucho desleal. Por otra parte hay puntos oscuros y confusos: no se explica el por qué del cambio de la gauchada con respecto a los gitanos y a los enamorados. Pero las escenas más precipitadas son sin duda las que pintan la vida de colegio: uno o dos gestos terminan con el cuadro y en pocas páginas se agota todo un año de estudios. En cambio en los dos meses de vacaciones se realiza casi toda la novela, lo que resulta talvez un poco anacrónico tratándose de una vida. La novela es un género moroso dice Ortega y Gasset. Es un género sin saltos y sin violencias. El cuento puede tomar una sola faz o un solo gesto, pero la novela debe ser prolija como la vida misma. Por eso en la novela, como en la vida, todos los actos tienen la misma significación, porque todos son la revelación de un alma.

La forma literaria está cuidada y hecha con esmero. Hay metáforas magníficamente logradas, pero es sobre todo en los diálogos pampeanos donde el autor ha exprimido todo el zumo de su riqueza artística, de su sentido emocional y de su amor profundo por la pampa. De toda la novela brota ese hondo cariño por la tierra, que hace al hombre primario matar, convertido en guerrero y al hombre culto crear, convertido en artista.

Esta novela de don Ramón Piriz Coelho ha sido editada como la "Historia de la novela boliviana" de Guzmán por la Revista "México", y no sería justo dejar pasar la oportunidad de referimos a la labor altamente cultural que está realizando esta revista. Entre nosotros donde no hay, verdaderas, empresas editoras por el reducido comercio del libro, la revista "México" ha resuelto llenar ese vacío con finalidades únicamente de cultura, habiendo ya publicado varios libros, de autores importantes. Así lo que correspondería a las instituciones intelectuales y aun a los organismos de cultura del Estado, que es fomentar la producción de nuestras letras y cooperar en el desenvolvimiento intelectual, lo está haciendo el excelentísimo señor Ministro de México don Alfonso de Rosenzweig Díaz, con un espíritu verdaderamente fervoroso por la cultura. Esta labor secundada por nuestro poeta don Guillermo Viscarra, quien ha puesto en ella todo su entusiasmo y su selecto gusto literario, merece todos nuestros aplausos.

En el próximo número nos referiremos a algunos otros libros publicados en el pasado año.

Roberto Prudencio.

**"La Doctrina. del No-Reconocimiento
de la Conquista en América"
Por Alberto Ostría Gutiérrez.
Edición Borsoi - Río Janeiro.**

Don Alberto Ostría Gutiérrez, Ministro de Bolivia en el Brasil, acaba de publicar un importante libro con el título que encabeza estas líneas. Se trata de una tesis presentada en el Instituto de Abogados del Brasil, para ingresar en calidad de Miembro Activo.

Revela el escritor una honda inquietud ante el panorama pavoroso que presenta el viejo mundo, otra vez al borde del abismo. Su fe de hombre de paz, le hace volver los ojos hacia el continente americano, cuyos altos designios son los "de servir de refugio a la civilización occidental", para recrear con sus más puros elementos una humanidad más justa, más eficiente.

Cree encontrar en la tradición jurídica de América, los primeros rumbos en este sentido de superación. El nuevo evangelio de la paz universal, salió de América, embelleciendo en el cálido mensaje del Pdte. Wilson. Pero en la Conferencia de París, se tomó la doctrina pacifista como una simple bambalina para ocultar los propósitos de los vencedores. El *statu-quo* de la victoria, fué el objeto supremo del Tratado de Versalles. Una caprichosa revisión del mapa europeo: los intereses

dinásticos o imperialistas, primaron sobre la voluntad de las nacionalidades. Alemania sería la víctima del nuevo equilibrio europeo. Y la Liga de las Naciones, resultó así una nueva Santa Alianza.

Frente a esta realidad, Estados Unidos, aunque aparentemente en contra de Wilson, mantuvo la integridad de su tradición frente a los negocios puramente europeos.

En cambio, cuando se inició la guerra chino-japonesa, fué Estados Unidos quien, frente a la impotencia de la Liga, proclamó la doctrina del no-reconocimiento de la conquista. Poco después, el 3 de agosto de 1932, esta doctrina recibió su más plena confirmación con la nota dirigida desde Washington a Bolivia y Paraguay.

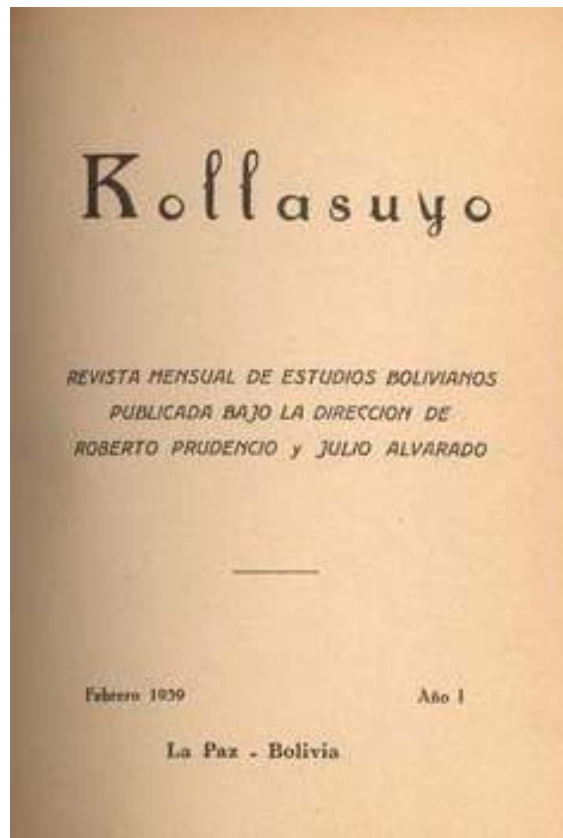
La doctrina del no-reconocimiento, se refiere exclusivamente a los resultados de una guerra. Se coloca así entre el sistema de la neutralidad pasiva y el de la neutralidad beligerante. Nada de sanciones, ni de actos hostiles que, en la práctica, no tienen otro resultado que complicar los conflictos. Tal la experiencia recogida en el caso de Etiopía. Realizada la agresión, consumada la conquista, se produce el acuerdo entre los neutrales: ninguno reconoce la validez de la usurpación bélica. La sanción jurídica haría prácticamente inútil la conquista. Ni capitales, ni inmigrantes, ni comercio, ni vinculaciones diplomáticas, serían posibles en el territorio conquistado. La opinión pública universal sería la gran arma.

América, patria de la nueva doctrina, debe consagrarla como doctrina permanente. Su perfeccionamiento, la unidad de sus medios de acción, etc. deben ser obra inmediata. Es verdad que en el caso del Chaco, el nuevo mecanismo no ha funcionado con eficacia, pero esto mismo demuestra que es preciso mejorarlo, perfeccionarlo.

En esta forma, cree el Dr. Ostria Gutiérrez, que los ideales de paz cobran un nuevo sentido, más real, más positivo. Sin embargo, la labor es todavía ardua y larga. "El ideal es eterno". Esto es lo que importa servir por en medio de todos los contrastes.

En resumen, el libro del Dr. Ostria, nos presenta los aspectos más interesantes de una nueva doctrina de paz. Libro de profundo idealismo, de noble aliento, merece ser leído con fe y sinceridad.

G. Medeiros Querejasu.



La influencia colonial a través de los primeros años de la República

Durante la organización y administración de la colonia, lo que hoy es Bolivia, recogió gran parte de la atención peninsular. En el Perú, cabeza del Virreinato y en el Alto Perú, hoy Bolivia, residía el poder central, con la consecuencia de que la autoridad y el desarrollo político administrativo lograron en esas regiones mayor cohesión y fuerza. Evidentemente, se debe a esta circunstancia el hecho de haber sido Bolivia el foco inicial de la emancipación, en 1809 y haber tenido que luchar durante el lapso de quince años para recién jurar su independencia en 1825. Pudo el Alto Perú ser libre, antes o coetáneamente con las otras circunscripciones territoriales de América, pues, no faltó a los altoperuanos la voluntad de organizar gobierno propio ni la posibilidad de instituir leyes sobre el patrimonio territorial de la Audiencia de Charcas; sin embargo, es en tierras altiplánicas donde tiene sus primeros fulgores la guerra de la independencia y su postrer aliento del poderío peninsular, en Ayacucho, dando lugar a la fundación de la República de Bolivia.

Es necesario plantear ante la Historia los efectos de esa larga jornada de liberación boliviana, y observar en el curso de los primeros años de la nueva república el proceso de exaltación (1). El tema del presente artículo fué propuesto por el autor, en una conferencia leída en la Asociación Boliviana de Buenos Aires, el 16 de Julio de 1936., nacionalista que ha permitido realizar el espectáculo de una nación, no por ser la más joven la menos poderosa, exhibiendo ante el mundo americano capacidad política, grandes concepciones imperialistas, afirmación de poderío militar e innegable influencia en el continente.

Desde su fundación, en 1825, hasta el advenimiento del Presidente Belzu, Bolivia llevó una vida de elevada jerarquía. Se hacía presente en América con un cúmulo de condiciones aparentemente sólidas que le prestaron capacidad de gobierno y autoridad como para proponer

soluciones fundamentales a los destinos de América. Este período de pujanza que sólo una coalición internacional pudo destruir, o más bien, precipitar su desenlace inevitable, tiene raíces no descubiertas para el ojo avizor que penetra en las entrañas de la Historia. Y, que sepamos, nadie ha intentado todavía explicarse, por qué y en qué causas se fundaba el poderío boliviano de los primeros veinte años de su historia republicana, y por qué y a qué clase de estímulos obedeció la decadencia exabrupta, sin remisión posterior en cien años de vivir en independencia política.

El romanticismo patriótico tan dado a pintar de rosa ciertas épocas de la Historia nacional, encuentra, como encontrábamos nosotros en las épocas de nuestra formación cívica, la incomparable satisfacción de sabernos de una patria que fué, un día, grande y poderosa, que dio hijos de sobresalientes virtudes, de jerarquía mental y altísima capacidad política, como Santa Cruz, y que jugó en el concierto americano cartas definitivas expuestas por la concepción genial, equivocada o certera, pero siempre genial del Mariscal de Zepita. Y paralelamente a esa emoción venía la inexplicable angustia de ver cortarse esa trayectoria gloriosa, súbitamente, sin el claro obscuro de los sucesos de precipitación normal y previsible.

Penetrando serenamente en los ámbitos opacos de nuestra historia republicana, subsiguiente a la declaración de independencia, no encontramos nada, como fuerza propia, consubstancializada con la estructuración emocional e ideológica de las naciones cuando pugnan por cumplir un destino, y sin embargo Bolivia, apenas liberada, tras una laboriosa y heroica lucha, insurge en la vida continental plena de vigor hasta situarse en el primer plano de la espectación americana. ¿Han, sido fuerzas específicamente propias las que acompañaron a Bolivia en ese glorioso período de su Historia, no vuelto a repetir jamás, o ha sido más bien, que en nuestra vida republicana de los primeros años actuaban fuerzas distintas a las que nos pertenecían como raza, como conjunto social, como educación política, como aptitud de gobierno independiente?

Cuando se tiene el propósito de hacer Patria, de edificarla con nuevos elementos o de crearlos cuando ellos faltan o no cumplen un rol trascendental en la mecánica social de una nación, como ocurre ahora en Bolivia, hay que horadar los cimientos para encontrar las fallas que nos han hecho ver ilusorios espejismos. Y me animan aquellas razones que hieren el porvenir mismo de nuestra nacionalidad, para intentar un bosquejo histórico-social sobre lo que llamaría: grandeza y decadencia de Bolivia.

Paréceme que el poderío boliviano desde la independencia hasta a batalla de Ingavi no ha sido otra cosa que la resultante de fuerzas coloniales de toda índole, políticas, administrativas, económicas, etc., que después de haber actuado en primer plano sobre los pueblos del Bajo y del Alto Perú conservaron su capacidad impulsiva internándose en la primera época de la historia republicana, dando así, a Bolivia, un rendimiento de acción, superior a sus elementos típicos y particulares.

Podría afirmar, en apoyo de la anterior tesis y como consecuencia de lo que en ella se plantea, que, cuando aquellas fuerzas que no respondían a estímulos propios ni se alimentaban en una cultura sin función alguna típicamente altoperuana, llegaron al último extremo de su potencia trascendente, al perder su impulso que nos permitiera vivir como gran nación durante veinte años, precipitó la aparición, recién entonces, de los elementos sociales, políticos, económicos y administrativos que son exclusivamente nuestros, sin otras fuentes de alimentación que nuestra propia capacidad o incapacidad política, administrativa o económica. Y entonces vino, ¿qué? El producto de la época, el arquetipo de nuestra médula criolla con Belzu, con quien, a mi juicio, recién comienza la república independiente y autónoma para vivir la vida que llevó hasta nuestros días.

Hasta la aparición de Belzu, gobernante, actúan fuerzas morales y políticas de extracción genuinamente peninsular. De ahí nuestra grandeza. Agotadas sus fuentes originarias con la desaparición del gobierno colonial, desaparecen hasta aplastarse al nivel de lo que genuinamente es nuestro. De ahí nuestra decadencia.

Una somera incursión en la historia colonial nos dará luz para aclarar las dudas que suscita el planteamiento anterior.

Las gobernaciones de Pizarro y la de Almagro, de la que el Alto Perú formaba parte, fueron durante la colonia el eje principal del movimiento colonizador. En Lima residía la autoridad virreinal con el prestigioso concurso de sociabilidad y cultura que extendía su influencia en todo el territorio de la conquista 'y a lo largo del período colonial en América; en Potosí permanencia el cetro de la importancia económica, con su población próxima al medio millón de habitantes; prestigiosa urbe

cuyo nombre se hizo símbolo de opulencia; después, Charcas, el gran centro universitario donde se congregaron más de quinientos estudiantes procedentes de lejanos puntos de América, y, por último, La Paz, ciudad cuyo nombre señala el más grande movimiento político ocurrido desde la conquista: el fin de la primera guerra civil entre los conquistadores. Este fasto repercute en la historia, con un eco particular y sugestivo: es la primera revolución en el continente de las revoluciones.

Ese cuadrilátero de acción directiva, de autoridad y cultura, de riqueza y tradición, encarnado en las cuatro ciudades capitales, explica la mayor importancia de Bolivia en la colonia y en los años próximos subsiguientes a la independencia. Explica igualmente, por qué nuestra guerra de independencia duró quince años de ruda campaña habiendo sido la primera en iniciarse. Es que, en el Alto y Bajo Perú operaban las grandes fuerzas de la colonia acumuladas en tres siglos de dominación, hasta crear en esos territorios el eje radial de su acción política y militar.

En realidad, si la revolución de julio de 1809 en La Paz, como todos los levantamientos del Alto Perú, no estuvieran suficientemente explicados y justificados por la ideología liberal y redentora que, desde Charcas se esparcía por los dos Virreinos, seguramente tendríamos que reconocer que durante la colonia, Bolivia derivó mayores beneficios y vivió mejor que en la república. Frecuentemente, al tratar nuestros graves problemas buscamos una explicación al fenómeno anteriormente apuntado: ¿por qué Bolivia que fuera respetable en lo militar y político, que mantuvo el cetro de la cultura universitaria, que económicamente desarrolló la máxima capacidad productiva y ejerció en todo sentido un poderío evidente hasta los días de José Ballivián, después de la gloriosa aunque infecunda carrera del Mariscal Santa Cruz, descendió al tormentoso período de su descomposición institucional, mezcla de doctoralismo y desmán militarista?

La grandeza de una nación se mide por la intensidad de vida en determinado momento de su historia y por la plenitud de su capacidad trascendente en el tiempo y el espacio. Para las condiciones peculiares que prevalecían en América durante los últimos tiempos de la colonia, la importancia del Alto Perú, era pues, evidente, y por ello fué núcleo central de la defensa peninsular que desde allí atendía a contrarrestar la inquietud revolucionaria y donde quince años más tarde caerían vencidas las banderas de Castilla dando nacimiento a una nueva nación americana.

Con la jura de su independencia y el insigne honor de llevar a la cabeza de los destinos de la nacionalidad a hombres como Bolívar y Sucre, subsiste el impulso vital de Bolivia. La primera revolución preparada contra el Gran Mariscal de Ayacucho, se ahoga en el repudio colectivo y el país acepta su transformación institucional con las leyes que dicta Sucre y los principios democráticos que presidirán los actos del nuevo gobierno en la organización de la República. Bolivia tiene entonces, un territorio mayor de tres millones de kilómetros cuadrados, una extensa costa marítima, elemento principal para su economía futura, grandes ríos que bañan feraces regiones en el noroeste, centro y sudeste de su territorio; incorpora a sus instituciones la doctrina liberal democrática que correspondía al pensamiento de la época, y acata la codificación dictada a Francia por el genio de Napoleón el Grande. Busca para presidir sus destinos a los hombres más sobresalientes como Bolívar y Sucre. Vienen después, el probo José Miguel de Velasco y Andrés de Santa Cruz, figura epónima de nuestra historia. Guerrero de la independencia, reunía en sí las virtudes cardinales porque era valiente, gran conductor de pueblos, tenía visión cabal de estadista y voluntad resuelta para las grandes acciones. Fué así cómo quiso marcar en la Historia de América, un rumbo nuevo a dos naciones hermanas en la raza y el porvenir, rectificando el mapa original de América al dar vida a la Confederación Perú-Boliviana, sobre la que habría de prevalecer el dictado del gran hombre que señalaba, ya entonces, el lógico destino de dos pueblos.

A lo largo de las campañas de la Confederación, cobra relieve continental la personalidad conductora del Protector Supremo y, con ella, la del país con cuyos elementos económicos y militares pudo afrontar el episodio más importante ocurrido en América desde la independencia. Deshecha la Confederación por coalición de los principales Estados del continente, la magnífica figura del caudillo y gran militar, se apaga en el exilio, impuesto no sólo por su patria sino por las demás naciones vecinas que veían un grave peligro en el prestigio y autoridad que desplazaba alrededor de su propia personalidad y para la grandeza de la nación teatro de su genio.

Y así transcurre la Historia de Bolivia. Llena de gloria y de enseñanzas hasta la batalla de Ingavi último vestigio del poderío nacional, y donde, Bolivia, vencedora del Perú y ocupando territorios del país vencido, dicta la paz sin derivar de esa victoria, rotunda y definitiva, derecho

alguno de conquista. José Ballivián aplica así, en 1841, la doctrina hoy incorporada teóricamente al derecho americano: "La victoria no crea derechos".

Hasta Ballivián inclusive, los grandes hombres formados en la escuela colonial y en la epopeya de la independencia, compitiendo sin desmedro con los más gloriosos estadistas y guerreros surgidos de esa época incomparable, cruzan por el escenario boliviano sin grandes luchas internas, afirmados todavía en la relativa solidez del edificio nacional establecido sobre elementos coloniales.

Con Belzu, caudillo típico del país y de la época republicana, hace su aparición el fermento demagógico en el que se alimentará por muchos años la lucha enconada de las facciones e imperará brutal la fuerza del caudillo uniformado, ni siquiera del militarismo que entonces no aparece todavía como organización clasista ni como estado mental en el país. Toda la época del terror y de febarbarie señalada por los Melgarejo, Morales y Daza, no es pues, militarista. No alcanza ese rango, es apenas, la expresión autoritaria de los caudillos encumbrados y sostenidos por fuerzas armadas sin otra manifestación que el impulso de su instinto afectivo.

Ese período de caudillismo militar, a veces bravío y generoso, pero siempre ignorante del rol histórico que asumía, va dejando hondas huellas en la decadencia progresiva de la nación. Transcurren los tiempos que atestiguan un intento ascendente, al señalar, de cuando en cuando, hombres-luces en medio de las sombras lóbregas del medio como Linares, Adolfo Ballivián, Frías, Campero, cuyos esfuerzos se pierden reasimilados por la incultura y la corrupción política.

Se concluye pues, a través de la accidentada vida del país, que, si bien la autoridad colonial española dejó de ser en 1825, no podemos interpretar ese suceso trascendental sino como mera independencia política. Para llegar a la independencia integral de la nación, hemos de independizarla previamente de las taras de educación heredada o adquirida, hemos de independizarla en su economía y en su geografía, hemos de independizarla de viejos moldes políticos, sacudir prejuicios personales o de banderío y pensar que siendo el momento apremiante, es necesario unificar fuerzas de positiva eficacia, e inspirarlas en el ideal de lo mejor como clase, como capacidad, como eficiencia, como solvencia moral para tomar la dirección de los destinos de la Patria.

Justo Rodas Eguino.

Tangenciando el sentido del arte

"El arte es completamente inútil", escribió una vez un esteta paradójico, dando a entender que el arte no estaba al servicio de la vida. Y pulsando esta verdad, sin darse mucha cuenta, llegó más lejos de lo que pretendía.

El arte y la vida son en verdad dos gestos contrapuestos. Fichte solía decir que vivir es propiamente no filosofar, y que filosofar es propiamente no vivir. Parejamente y con más propiedad diríamos que vivir es por esencia no hacer arte, y que hacer arte es por esencia no vivir; pues la vida es la labor menos artística que el hombre puede realizar.

El arte es, por así decirlo, una faena transvital, o mejor talvez supervital. Algo que envolviendo el summun de la vida, no es en sí mismo vida. La creación artística representa en el hombre una superación de su radio biológico, una transgresión, talvez pecaminosa, de su animalidad.

La creación artística, como tal creación, es extraña a la naturaleza, ajena al animal. El animal se alimenta, ama, sufre, lucha, odia, realiza toda la suma de funciones que constituyen el mero vivir. El animal que hay en el hombre hace también lo mismo. Pero ya el hombre hace algo más, algo que está fuera de su mandato meramente biológico, algo que lo aparta del animal y lo acerca al demiurgo: el hombre crea, como un dios.

Pero esta actividad creadora que el hombre ha raptado a lo divino, y que hace de él un nuevo Prometeo, constituye para los ojos de Dios su más grande delito. Aunque las escrituras nada nos digan de él, yo sospecho que es por la creación que el hombre ha sido arrojado del Paraíso y no por el amor; pues el amor es una divina niñería que no hace daño a nadie. Si algún pecado comete el hombre en este mundo, es sólo el pecado de crear. Pecado de orgullo. Pecado de equipararse a lo divino.

El arte es una faena delictuosa porque mata en el hombre al animal, a su plena naturaleza humana, es decir, a sí mismo. El arte según esto es un suicidio; aunque Cocteau piensa más bien que es un asesinato.

El hombre, dice Pascal, es mitad bestia y mitad ángel. Exacto. La bestia se revela por el amor, el ángel por el arte.

Pero no es la bestia sino el ángel lo demoníaco en él. Porque en suma el hombre es un ángel rebelde. La expresión de esta rebeldía está en su obra artística. El arte pretende suplantar el mundo de la naturaleza por uno de ficción. El hombre va, pues, más allá que Mefistófeles; éste sólo pretende destruir. El hombre quiere crear un mundo. Un mundo que se asemeje en todo al natural y que sin embargo no se parezca a él. El hombre cuando copia crea.

Merced al arte el hombre puede recluirse en un apartado mundo de ficción, en un mundo de fantasmagoría. El arte es un' supremo mistificador. Trueca la realidad en un perpetuo sueño, y lo mantiene al hombre en un engaño. El arte es una cohartada, dice Cocteau. Yo creo más bien que el arte es un fraude.

El arte es la más completa de las supercherías: la de esfumar la realidad para poner en su lugar una ficción. Es por medio del arte que el hombre quiere estrangular al universo.

El arte es una mueca que el hombre le hace al mundo. En todo arte hay burla y gesticulación. El arte es la gran mascarada del valle de las lágrimas.

El artista es un supremo mistificador que sabe ponerle la careta a las cosas. Y él siente la necesidad de disfrazar la realidad para tener que convivir con ella. El hombre es un timorato ante el desnudo. Es el único animal que ha imaginado el traje.

El hombre por lo demás teme siempre contemplar el rostro de las cosas y prefiere su imagen. Por eso vive de espaldas a la realidad, con los ojos frente a la quimera. Se escurre del universo auténtico para refugiarse en un otro universo de ficción. La actitud natural del hombre es la de fuga. Y se sirve del arte como de un trampolín para saltar al otro mundo. El arte tiene, pues, una misión huidiza. El artista es siempre un hombre que huye.

Y el hombre no tiene más remedio que evadirse de la realidad para librarse de sus lastimaduras. El mundo es un avispero que guarda la miel para la mujer y los agujones para el hombre. El universo nos es demasiado hostil. La naturaleza, como la mujer, promete demasiado, y casi nada cumple: Bajo su forma alucinante no se encuentra sino daño y dolor. Es una verdadera caja de Pandora.

El placer es la eterna mentira; la única realidad es el aburrimiento.

Por eso todo el vivir del hombre no es sino un continuo esquivar los seres y las cosas, un continuo burlar la realidad con el juego del arte. El arte es la capa con la que el hombre torea a la realidad.

En su lucha contra el dolor el hombre no ha creado más que el alcohol y el arte. El arte cumple también la faena de escamotear la vida y la misión de diluir la realidad del mundo. Pues si en el laberinto de los menesteres humanos hay alguno que llegue a hurtar el peso enojoso de la vida, es con certeza el arte. Y es más enervante que los álcalis. Es superior al sexo y al alcohol. El arte es el supremo alcaloide.

Es pues la hostilidad del mundo la que ha forjado al hombre creador. El arte es una reacción contra los latigazos de la vida.

El sentido profundo de toda creación es un sentido de protesta. De la protesta contra el mundo hostil, desfavorable y adversario. De la protesta ante el dolor y ante las desgarraduras de la vida. De la protesta ante el eterno enigma universal.

La creación humana es como un grito agudo que modulara el sufrimiento. La mujer se queja con las lágrimas; el hombre con el arte. El arte es una especie de sollozo que el hombre lanza contra la crueldad del Universo. Abandonarse a la labor artística es la mejor manera de hurtar a la tragedia del vivir.

El hombre se siente un advenedizo en este mundo. Una verdadera ínsula de espiritualidad que se embota al contacto de la carne. Un ente metafísico sobre una esfera hueca. El mundo es cáscara como la mujer es epidermis.

El hombre evidentemente pertenece a otro cosmos. Por eso su actitud ante las cosas, y ante esa cosa que se llama mujer, es de suspicacia y de recelo.

Es por eso que juzgando llena de hostilidad su periferia siente como el kirkincho la necesidad de hacerse una caparazón, y de ahí la producción del arte. El arte es la caparazón que lo aparta de la naturaleza.

Así el arte antes que expresión es refugio; antes que vocablo es contraposición.

El hombre, se venga del rigor del mundo creando a su vez otro mundo que es su perfecta réplica. Forjar la imagen del Universo es la manera de contraponerle.

Si algún justificativo tiene el mundo es sólo el de servirle al hombre de modelo.

El arte es, pues, un verdadero microcosmos, un microcosmos de imaginación; un microcosmos de fantasmagoría en el que el hombre se envuelve y se refugia.

Y sin embargo de los dos mundos el verdadero es el artístico. La realidad es siempre ficticia, y sólo la ficción llega a ser real. Fuera del mundo artístico nada en verdad existe. La naturaleza es una añagaza; el mundo una mentira; la mujer una vaga ilusión que se esfuma siempre.

En rigor no le queda al hombre más que el arte.

Roberto Prudencio.

El factor regional en la independencia de Bolivia

Si ideológicamente la América hispana se edificó sobre la vejez de Europa, socialmente se nutrió de sus propias esencias étnicas y geográficas. Por esto, para buscar los auténticos orígenes de la independencia de las repúblicas hispano-americanas, necesario internarse a explorar en los ingredientes de su pasado y de su "proximísimo" histórico, a fin de encontrar el protoplasma de cada una de ellas, mediante la aplicación de reactivos espirituales que permitan analizar a los distintos alcaloides que forman el complejo de su vida integral, aislando simplemente lo episódico de lo sustantivo y permanente, las influencias extrañas de la médula vernácula, y precipitar una fórmula en la que se encierre todo el contenido que anima la estructura de su existencia material y moral.

El descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo es uno de los hechos más interesantes y magníficos de la historia de la humanidad. Es la expresión máxima de la valoración personal del pueblo español y en cuya psicología se encuentra la fuerza del sentimiento nacional profundamente arraigado. Esos pequeños grupos de hombres hispanos, que animados bajo la égida de los Cortés o los Pizarro, concentraban en su fe individualista la fuerza explosiva del átomo, y así unos cuantos hombres, pudieron paralizar en poco tiempo imperios vastamente poblados, de extensiones fantásticas y que a lo largo de los siglos hablan labrado las excelencias de culturas propias, ilustradas por los nombres de Tihuanacu, Cuzco o México.

Este hecho es extraordinariamente revelador; unos pocos hombres dominando a millones de individuos, dotados de una estructura social, de una religión, de una vida económica, de leyes, prácticas sociales y de una técnica militar. Nos encontramos con el choque de dos culturas, la individualista del español y la colectivista del americano. Así el imperio de los Incas estaba organizado en una forma que anticipa las prácticas comunistas y sindicalistas que se sueñan actualmente como formas perfectas de la sociedad y del estado. La ausencia de riqueza, o si se quiere de capital, acusa claramente una forma de organización colectivista, lo mismo que sus costumbres de trabajo obligatorio, que hoy constituyen una novedad en los medios comunistas. La eliminación del sentimiento político, por medio del régimen patriarcal y autárquico, niveló los libres estímulos humanos y deformó la iniciativa individual acallando a la emoción civil de la lucha y de la rebeldía por una ortopedia igualitaria.

Por esto, la obra de la conquista española del Nuevo Mundo es el milagro del espíritu heroico de la raza hispana, de su pujanza individualista, de su fervorosa capacidad para la independencia personal. Si la obra de la conquista tuvo la fulguración del rayo y el estampido del trueno, hija de la voluntad y de la energía, la obra de la colonización, fué un hecho espiritual, de orden político, religioso y cultural.

La obra de la colonización se alza sobre el viejo solar aborígena, y su juventud sobre el influjo del pasado. La cultura hispana que se vuelca al Continente Americano generosamente en todas las formas más nobles, permanece impenetrable en la profundidad de la fuerza nacional. España irradió hacia América la potencialidad de su civilización y de su cultura, que fué absorbida en los estratos superficiales, permaneciendo como islotes graníticos los macizos, que eran el alma y la estructura socio-geográfica, ligada con las raíces más profundas a la sangre del suelo.

España, al colonizar América no sólo quiso dominar hombres con su autoridad, y extraer riquezas, sino desdoblarse, multiplicándose en sí misma, en una génesis de prolongación en el espacio y el tiempo. Así las razas tradicionales de América se funden con la hispana. Don Quijote tiene por Dulcinea a una princesa quechua o azteca. Al lado de la epopeya legendaria que alimenta la gloria y que se agiganta a través de los años con la admiración y con el fervor emocionado de la comprensión universal, España oculta como cubierta por impalpables sombras de pudor la sabiduría de sus hombres de ciencia, y de sus exploradores que contribuyeron a la obra de la colonización espiritual de las tierras transoceánicas. Sin la labor paciente y tesoneramente ardua de los investigadores y de los estudiosos que España fomentó en tierras de América, la sola obra militar, su obra de administración y su esfuerzo jurídico de organizar legalmente dentro del espíritu de la época los países que conquistó, habría quedado truncada e infecunda. Y hoy, el resplandor heroico de sus bravos capitanes no brillaría con toda su intensidad, sin ese sacrificio también heroico de los hombres de estudio que penetraron con su luz en el misterio de la naturaleza americana, adueñándose de sus secretos con sabia e infatigable voracidad.

En esta obra de la colonización española es necesario observar la lucha entre las fuerzas de impulsión y de permanencia. La colonización española, fué de acuerdo con el espíritu del tiempo esencialmente progresista, animada de un anhelo de mejoramiento moral y material. Debida a esta política y también a las mismas necesidades de los conquistadores, la transformación que se produjo en todos los órdenes de la vida colonial fué esencialmente asimilista al temperamento español, sin que se escape ninguna de sus manifestaciones. La única fuerza social que en lugar de transformarse con el espíritu de la Colonia, que se acentuó y aumentó considerablemente fué el sentimiento de la región y de la nacionalidad, que andando el tiempo ha llegado a constituir la base de las nuevas repúblicas hispano-americanas.

Este sentimiento nacional de los distintos pueblos que integraban los dominios coloniales en América, heredado de las organizaciones estatales, como el imperio de los incas, el azteca, etc., al organizarse la colonia se convirtieron en fuerzas de permanencia que abrieron cauce, para labrar los fundamentos de los futuros estados hispano-americanos.

-II-

Examinemos brevemente los diversos factores adjetivos que han contribuido a la formación de los nuevos estados hispano-americanos, y que constituyen el aglutinante del fenómeno de la independencia.

El espíritu de Francia, engendrado por la Enciclopedia, produjo la revolución de los espíritus que presidió al gran movimiento revolucionario de Europa. Se inicia la lucha entre la libertad y la autocracia, entre el alma de la renovación y la tradición, fermentando las bases de una sociedad que reduciría a fragmentos toda la organización medioeval subsistente. La independencia de los Estados Unidos de Norte América que se desvincula de la metrópoli británica, repercute en Europa como un aviso de futuros acontecimientos. Francia piensa en tender un puente entre la autocracia y el pueblo, constituyendo una monarquía controlada por el parlamento. España recibe entonces el eco espiritual de Francia. El viejo castillo hispano se siente requebrajar. Pronto se divide el solar de la tradición en campo donde combaten también la libertad y la autocracia. El fenómeno español se repite en América. El espíritu de la enciclopedia se difunde por las universidades y los cenáculos en forma obscura y subterránea. Los americanos absorben el alma de la enciclopedia, con el mismo fervor que los liberales españoles. Este temperamento de libertad, quiso ser aquietado por sagaces políticos españoles — Aranda y Florida Blanca — que concibieron de abrir las válvulas de la tradición, dejando que se expandiera la libertad tanto en España como en América.

La revolución francesa que ya era el triunfo de la democracia, esboza en toda Europa el horizonte de la lucha entre el conservadurismo y la agitación radical, alimentado por sus principios

geométricos, inspirados en un racionalismo individualista. El alma de la revolución francesa políticamente, apesar de la resistencia que encontró en lo que representaba entonces la fuerza del estado, encarnada en la monarquía absoluta, se abrió paso entre los corazones inquietos de los españoles. La sed de libertad que se sentía en los pueblos de España frente al absolutismo de la monarquía, también repercutió en las colonias

Los hombres de América se daban la mano a través de los mares con los españoles. Había más puntos de contacto entre un americano liberal y un español volteriano, que entre dos españoles de distinto signo político, que vivían en el mismo pueblo. La aristocracia mental de América coincidía con la aristocracia intelectual de España, fundidas en un ideal común, plasmaban el advenimiento de una España nueva y de una América también nueva.

Las ideas constitucionalistas que saltaron de Francia a España, se incrustaron en la monarquía, y en América las mismas toman la forma de expresión democrática, exteriorizándose en un sueño de autonomía republicana. Era el mismo árbol que se bifurcaba en ramificaciones distintas. Para América la revolución francesa fué la libertad a través de la república y para España fué también la libertad a través del régimen constitucional, que tuvo su expresión máxima en las Cortes de Cádiz.

La invasión napoleónica a España constituye un factor entre los que en forma ambiental ejercieron influencia en la independencia de los pueblos hispano-americanos. América reaccionó también contra los invasores, pero, en su protesta había la fidelidad a la madre patria aunque en muchos sitios fué un grito de libertad en favor de la autonomía del estado español y de sus trescientos años de tradición feudal.

La política napoleónica en Europa tuvo también otras repercusiones en América y sirvió para acentuar el sentimiento de libertad de los pueblos. Inglaterra venía ayudando abiertamente a los patriotas hispano-americanos, para fomentar el movimiento revolucionario. La política napoleónica acabó por dar vigor a los anhelos de independencia de esos pueblos como reacción a sus intrigas diplomáticas y políticas. También, después se pensó, cuando Europa se encontró encadenada por la fuerza de la Santa Alianza, en que los países americanos serían los depositarios de la libertad y que allí ardería la llama sagrada como muestra de que en el mundo no se podía decapitar en nombre de ningún principio los derechos del hombre.

-III-

Otro de los ingredientes que entró a formar parte de la atmósfera propicia al fenómeno revolucionario en los pueblos hispano-americanos es el hecho social, puesto de relieve por el nacimiento de una nueva organización.

La sociedad colonial ofrecía dos aspectos especiales, uno el producido por la ordenación en el sentido económico, y otra por su valoración en el sentido étnico. La mezcla de estos hechos constituye el fenómeno nuevo, que era desconocido en los medios europeos.

Racialmente los estamentos que se distinguían en la sociedad colonial estaban integrados en primer término por la base étnica del indígena sobre el que se situaba el mestizo, — producto del cruce del indígena con el español, — y en un nivel superior se encontraba el criollo o sea el americano descendiente de españoles, y por último coronando a todos estos estratos se encontraba a los hispanos, entre los que naturalmente también existían diferencias de carácter social, menestrales, burócratas y por último hidalgos y nobles, unidos a las autoridades ya sean universitarias, judiciales, administrativas o eclesiásticas.

Los indígenas mismos no eran una masa informe e igualitaria pues, entre ellos existían los que se encontraban apegados noblemente a su tradición y unidos por un sentimiento político por representar las viejas aristocracias de su raza, formando núcleos para la explotación de la tierra, utilizados por los españoles. Estos indígenas gozaban de un privilegio, por decirlo así, que ellos mismos habían alcanzado formando la continuidad de sus ayllus. Frente a estos indios se hallaban los que no estaban ligados a la tierra y que eran utilizados por los españoles como prolongaciones de su voluntad, y que hoy día habrían sido sustituidos por las máquinas. Estos indígenas que tenían categoría de siervos son los que han arrancado las páginas de elocuencia flamígera y dolorida al padre Las Casas.

Los mestizos y los criollos se encontraban ligados por una coherencia patriótica, o si se quiere, de campanario, por el hecho del nacimiento. Los españoles formaban una oligarquía dominante, aislada y preñada de todos los prejuicios y costumbres de la época.

No siempre la situación étnica determinaba la división de las clases, que en atención a la economía se encontraban agrupadas en la siguiente forma: los capitalistas, que tenían a su vez el poder político representados por la aristocracia y por la burocracia española, a los que se sumaban algunos criollos enriquecidos y no pocos mestizos. La burguesía se encontraba formada por los mestizos: los criollos, y los españoles que comenzaban a amasar su fortuna. La clase media, puede decirse que sólo se presentó más tarde en la época de la organización de la república y durante el coloniaje estuvo mezclada con la burguesía. La clase menestral y proletaria se hallaba representada por el mestizo, entregado a los trabajos operarios y por los indígenas que tenían el último rango en la economía del coloniaje.

La revolución americana en lo que tiene de hecho económico, fué la lucha entre las clases humildes, contra la aristocracia y la burguesía capitalista, que se había formado y que marcaba paralelamente con ésta. Las luchas en favor de la rebaja de las tasas, de las alcábalas, de los diezmos y de los monopolios, sin ser una manifestación auténtica del espíritu social, llevan en sus entrañas los explosivos de la lucha económica, agravada naturalmente por las costumbres de la época, que sometían al trabajador a la ley del mayor rendimiento, olvidados del factor hombre que lo producía. En América parecía repetirse el viejo fenómeno histórico de que las castas privilegiadas aplastaban con su peso a la base humana que las sostenía.

Al mismo tiempo que el fenómeno económico, derivado de la organización económico-social de la Colonia se movía el hecho político. El indígena manifestaba sus ansias de libertad, soñando con la reconstrucción de sus viejos imperios o de sus simples comarcas. Los mestizos se sentían postergados. Los criollos se enfrentaban contra la oligarquía que se alzaba en la cumbre de la sociedad colonial, propugnando por la creación de minorías autóctonas.

-IV-

Ahora avanza hacia nosotros un hecho de carácter geográfico y psicológico, cuyo contenido lleva en sí encapsulada la organización autónoma de cada uno de los estados hispano-americanos, que integraban las colonias de España en el Nuevo Mundo.

Nos hemos referido a las diversas envolturas externas que constituyen la anatomía del hecho histórico de: la independencia de las repúblicas de origen español en América.

Hemos enunciado hasta ahora las causas del proceso dinámico, veamos las causas del hecho permanente, del fenómeno estático, profundo, incommovible.

Los conquistadores a su llegada a las tierras de América encontraron en los nuevos horizontes que se les ofrecían, organizaciones estatales y naciones, pueblos con vida propia, que disfrutaban de civilizaciones que habían creado a lo largo de los siglos, y que eran superiores o iguales a las de Egipto o Asiría. También hallaron los españoles tribus nómadas y clanes salvajes, que erraban por las llanuras y por los bosques. Estas organizaciones que encontraron los españoles eran verdaderos cuerpos constituidos en forma integral, para el cumplimiento de una misión histórica y social. Estaban organizados no sólo administrativamente, sino también social y religiosamente. Los conquistadores al sojuzgar a estos pueblos no destruyeron su existencia, sino que sobre la estructura establecida crearon nuevas formas, de acuerdo con sus costumbres y con las leyes de la época, que regulaban la vida española y que fueron trasplantadas a América.

Los pueblos que se fundaron —se erigían sobre antiguas caserías indígenas. El conquistador aprovechaba la experiencia y las condiciones geográficas y étnicas que les ofrecía el medio circundante, adaptándose, para dominarlo con eficacia, contribuyendo de ese modo a su conservación. Las encomiendas y divisiones territoriales, otorgadas por los reyes de España a sus capitanes, están vaciadas en los moldes tradicionales de los indígenas, se cambian las rotulaciones, pero, las fuerzas sociales y geográficas siguen mandando imperativamente debajo de las superestructuras que se formaron. La conquista española, conservó en su integridad la esencia del espíritu nacional de los pueblos indígenas, y acentuó las mismas diferenciaciones que existían entre ellos, entre los jefes de tribu y entre las regiones. Este sentimiento localista del indígena, fruto de su apego al suelo y a su casa, fué la célula que siguió dando sus frutos en el coloniaje y que contribuyó con su diversificación a la formación de los futuros estados, erigidos sobre las naciones

que existían a la llegada de los españoles, y que éstos respetaron, incorporándolas a su sistema, pero dejándolas intocadas. Este sentimiento nacional fruto de la raza y del medio, inherente por lo demás a la psicología humana, adquirió relieves nuevos a la llegada de los españoles, como consecuencia de la conquista. Los españoles acentuaron el hecho, le dieron nuevos contornos, ofreciéndoles relieves que no se habían conocido. El sentimiento regional hispano, fresco aún, después de la unidad española, fué a reverdecer en las Américas y allí las distintas almas regionales encontraron adaptación para esta fuerza aislacionista.

Los diversos medios geográficos americanos, donde evolucionaron las poblaciones indígenas, siguieron sirviendo como elemento de desenvolvimiento independiente en el coloniaje. Las regiones agrarias, ganaderas, fluviales, marítimas o mineras, donde los indígenas habían constituido sus centros de producción, cuando se establecieron los españoles adquirieron mayor desarrollo, cobrando nueva vida y realzando la existente. Con todo, estos medios propios para la concentración humana por su naturaleza misma, contribuyó a que cada región estuviese circundada por una vida independiente en su existencia económica, comercial, cultural y política y hasta en sus costumbres y en sus tendencias, coincidiendo dentro de los grandes circuitos espirituales en la catolicidad del pensamiento religioso y en el lenguaje, animado por el común denominador de la cultura hispana. Es cierto que entre todos los pueblos hispano-americanos existe, por decirlo así, un aire de familia que los une por una línea de contacto, pero también existen modalidades de tipo nacionalista, nacidas de la naturaleza geográfica, del medio ambiente, de las necesidades económicas, del predominio de los elementos raciales y del mayor pronunciamiento en las facultades psicológicas del material humano que forma sus muchedumbres y pueblos.

Estos rasgos fisonómicos de identificación de las diversas regiones americanas con sus propias características, al iniciarse la guerra de la independencia, tuvo una manifestación denunciadora de su perfil original. El hecho es al mismo tiempo español y americano. La invasión napoleónica a España que fué detenida por la acción popular de las regiones, mediante órganos típicamente comarcales como las célebres juntas de defensa y la exteriorización patriótica de los cabildos. En América fueron los ayuntamientos y las juntas de patriotas las que iniciaron, unas el movimiento revolucionario y otras solo el movimiento de protesta al invasor napoleónico, declarando su lealtad a la corona borbónica. La esencia del hecho, que es lo que nos interesa extraer, revela una vez más puesto en acción el sentimiento regional de las distintas naciones que geográfica y socialmente ya existían antes de la independencia de América, que si fué conjunto como la sinfonía de una orquesta, cada una mantuvo su individualización especial. La reacción de las regiones en la lucha por la independencia de América en primer término, respondió al ansia de libertad, pero, una vez realizado este, cada una asumió la responsabilidad moral y política, adquiriendo conciencia de su propia personalidad, integrándose como organismos estatales.

A estos factores del regionalismo geográfico y social, es necesario añadir el psicológico del romanticismo que venía a poner en vigor el sentimiento de la tradición y de la historia, que en cada una de las futuras repúblicas hispano-americanas, tiene un fuerte y glorioso pasado.

Como complemento a lo enunciado, algo que acabó por dar fuerza de gravitación histórica a este sentimiento regional de las diversas parcelas de las tierras americanas, fué la aparición en el escenario de las ideas políticas universales del sentimiento nacional, que era algo así como el resurgimiento del ideal griego de la autonomía de los países pequeños, y que se presentaba como un fenómeno nuevo, que venía a dar vida y acción a la profundidad de las direcciones latentes que se animaban en el laboratorio de la tradición, de la geografía y del alma colectiva. Este movimiento nacionalista de los países americanos, al estallar la revolución de la independencia no pudo ser detenido, siendo más fuerte y más poderoso que el americanismo sin fronteras, ya que la revolución precisamente había sido realizada bajo el signo de los principios autonómicos y de las libertades de cada una de las regiones, y respondía a la esencia misma de la naturaleza y a las fuerzas sociales defensivas, puestas en marcha hacia la libertad, el progreso y la cooperación civilizada.

La sabiduría de la política administrativa de España en sus colonias, al trazar las jurisdicciones territoriales, no impuso una cuadrícula caprichosa, ni cruzó el mapa de América por paralelos y meridianos al dictado de la complacencia y del interés, sino que fué la expresión de una consagración regional de cada zona, que la geografía y la historia, al agrupar también diferenciaban unas regiones de otras, por su potencialidad económica, por la complejidad de sus

recursos vitales, por las proyecciones futuras y por las necesidades administrativas. Precisamente este espíritu jurídico-administrativo con que procedió España en todo momento, al fijar el otorgamiento de las encomiendas, de las exploraciones y de las delimitaciones administrativas, sirvió durante el Coloniaje al buen ordenamiento de la marcha de su maquinaria en el nuevo mundo, y luego ha tenido sus derivaciones en el futuro, para la fijación de las fronteras de los Nuevos estados hispano-americanos.

Así sobre la plataforma geográfica autónoma el coloniaje edificó sus distritos administrativos y militares, y sobre estos mismos fundamentos se alzaron las soberanías de los nuevos estados que al establecerse libremente de España y también del tutelaje de otras influencias que deseaban absorber las más fuertes a las más pequeñas, se crearon en un significado total las nuevas repúblicas hispano-americanas como naciones, como pueblos soberanos, como autarquías económicas y como estados independientes.

-V-

Al proclamarse la independencia las distintas regiones que integraban América se encontraban agrupadas dentro de los virreinos, por el sistema administrativo de las audiencias, intendencias y gobernaciones. Las Audiencias que fueron al mismo tiempo organismos de administrar justicia, instrumentos de gobierno y que gozaban de facultades militares, fueron la expresión máxima de la región, completada por todos los elementos indispensables, para construir un estado independiente. Es por esto, que las audiencias reales, fueron en sus jurisdicciones la base, para la erección de las jurisdicciones y la diferenciación estatal de unas regiones de otras. En grado menor algunas intendencias también sirvieron de base, para la organización de los nuevos estados, siempre dentro de este temperamento regional a que nos venimos refiriendo.

Al constituirse las nuevas nacionalidades hispano-americanas, apesar de las delimitaciones nacidas de la tradición, de la geografía y de las necesidades económicas, se imponía la erección de un principio jurídico que diera títulos de soberanía territorial a los estados que acababan de fundarse. El Libertador, inspirado en la conciencia regional, administrativa y jurídica que existía en América, restableció que los límites de las nuevas nacionalidades estaban trazados por la heredad que les correspondía como resultado de las jurisdicciones administrativas que rigieron durante el coloniaje. Tal es el fundamento de lo que en derecho público internacional hispano-americano se llama el *uti possidetis juris* de 1810, que fué patrocinado por Bolívar, para su realización en los países americanos de origen español, sirviéndoles de verdadero título posesorio de sus derechos. Más tarde este principio del *uti possidetis juris* ha sido consagrado por la voluntad de todas las naciones hispano-americanas mediante tratados y sancionado en congresos inter-americanos, de tal forma que todas las controversias de límites y de soberanías, que surgieron entre dos países vecinos, han sido zanjadas por medio del arbitraje, poniendo por base principal el *uti possidetis juris* de 1810, que es la carta de posesión y el título acreditativo de la heredad territorial de cada una de las repúblicas del otro lado del Atlántico.

La república de Bolivia, que es la prolongación de la primitiva nación Aymara, acaso la más antigua del continente americano, cuyo dominio desde las más lejanas edades, anteriores al imperio de los incas, abrazaba una vasta extensión territorial, con sus fronteras claramente definidas y no alteradas por los mismos incas, cuando estos en el curso de cuatro siglos incorporaron dicha nación a su señorío. Sobre esta plataforma geográfica se erigió por los españoles, producida la Conquista, la Audiencia de Charcas que tuvo por distrito la totalidad de la nación Aymara. La Bolivia republicana independiente se edificó, pues, sobre este nacionalismo geográfico, al que se unió el regionalismo de orden emocional y político. Este sentimiento nacionalista, se convirtió al iniciarse la guerra de la independencia en un horizonte incendiado por nuevos ideales, y en el anhelo que capacitara a los altooperuanos, para cumplir independientemente su destino de factores sociales de progreso, ingresando al universo de las naciones libres, en la categoría de un estado soberano con todos los atributos heredados de sus más remotos antepasados.

La historia de la fundación de Bolivia, es sin duda, uno de los episodios más dramáticos de la organización de los estados modernos, tanto en América como en el viejo Mundo. El primer país que con su sacudimiento revolucionario de La Paz hizo vibrar a toda la América del Sur, después de una guerra cruenta de quince años es el último en alcanzar su autonomía. Este hecho prueba el

alma férrea, la voluntad heroica de los altoperuanos y su emoción cívica, afirmándonos la idea de que los hombres que vivían en el distrito de la Audiencia de Charcas, dentro de la nación Aymara, lucharon, se impusieron y triunfaron sobre las fuerzas externas que conspiraban contra su formación primero y contra su existencia después.

Los factores sociales, los elementos de carácter político, y la actuación de las fuerzas históricas que sintetizan la voluntad boliviana, sostenida por los ideales de libertad política y de liberalismo jurídico, y el afianzamiento de su autonomía como pueblo soberano y como nación independiente, han servido de piedra sillar para construir el edificio del estado boliviano, animado por una raza vernácula, provista del sentimiento de superación idealista y unida por una íntima solidaridad espiritual y material.

Geográficamente la región Andina, de las altas cumbres y de las altas mesetas se complementan en Bolivia con los llanos de la cuenca beniana y de la cuenca chaqueña. Toda ella forma un conjunto económico y social de compenetración mutua. Los diversos productos de las distintas zonas hacen que Bolivia se baste a sí misma, mediante el intercambio de sus riquezas. Bolivia solamente minera es una abstracción, país puramente agrícola no se comprendería, como no sería un país vital con sólo la riqueza de sus bosques. El futuro reclama para Bolivia la existencia solidaria indisoluble y conjunta del trópico al lado de la montaña, del mar y de sus comunicaciones fluviales. Bolivia está en el deber patriótico de defender la obra de su geografía tradicional, adaptando los imperativos sociológicos, a la existencia de la nacionalidad sobre la base de sus territorios actuales, trazados por la naturaleza y afirmados por el derecho de la historia.

Gustavo Adolfo Otero.

Ensayos de Sociología Boliviana

LA SOCIEDAD QUECHUA CONTEMPORÁNEA

(CONCLUSION)

V.- La vida económica.

Para estudiar las condiciones de la vida económica de la sociedad quechua, adoptaremos las líneas generales de la ciencia económica moderna.

1.- Cuadro de la vida económica

El paralelo entre la organización económica de los Incas y la de la sociedad quechua de hoy, constata un retroceso. Dueños del suelo y de sus productos, los Incas perfeccionaron los métodos de cultivo de la tierra. Los conquistadores, que encontraron acueductos, canales de irrigación, repartición del suelo, etc., despojaron al quechua de sus tierras y no las cultivaron ni mucho menos perfeccionaron los procedimientos agrícolas. El quechua, obligado a trabajar para sus amos, no se interesó por la mejora de los métodos y hasta olvidó los que aprendiera de sus ancestros.

1°.- Condiciones jurídicas

a).- Sistema de propiedad.- Actualmente, la propiedad de la tierra, de los utensilios y animales, es individual y está sujeta a la venta, remate, embargo, prescripción, etc. Los quechuas, 1 en su mayoría, no son propietarios. Saben, por sus tradiciones, que la tierra les pertenece, que los actuales poseedores son detentadores de su propiedad y sueñan con la reivindicación de sus derechos.

Constituida la República, fué adoptado el Código Civil Napoleón que establece la igualdad de todos los individuos ante la ley. Como los quechuas no saben leer ni escribir y viven lejos de los

centros donde actúan los notarios, el Código les faculta a extender sus testamentos ante tres testigos, uno de los cuales puede firmar en nombre del testador; el quechua puede suscribir contratos y obligaciones e hipotecar su propiedad mediante escritura privada, simplemente reconocida ante un juez parroquial, debiendo un testigo firmar en nombre suyo. Todas estas facultades legales y, sobre todo, su igualdad ante la ley, han sido los mejores instrumentos utilizados por blancos y mestizos para despojarlo. El quechua, analfabeto e ignorante, ni siquiera sabe firmar los documentos que los letrados redactan en su nombre, en una lengua que no comprende, y mediante los cuales enajena y se desprende de su propiedad, derechos e intereses.

Desde hace veinte años, una ley prohíbe a los quechuas vender sus propiedades mediante contrato privado y les obliga someterlas a un remate público. Esta medida protectora es burlada, pues desde entonces se ha generalizado el contrato de "usufructo": el quechua es propietario nominal de la tierra, mientras el blanco o el mestizo la explotan y se benefician.

El quechua no acepta la propiedad en común; quizás una adaptación de la "zadruga" servía concordaría con sus tendencias, pues, como hemos visto, la influencia de la familia en su vida es preponderante. No aceptará jamás la apropiación colectiva de la tierra por la comunidad; tal vez se acomodaría a la apropiación de la tierra por la familia.

b).- **Organización del trabajo.**- El trabajo indiferenciado y manual es el que más se acomoda con sus actividades. La familia produce todo lo que consume y necesita: alimentos, utensilios, vestidos, instrumentos. Quizá podría hablarse de una relativa división del trabajo basada en los sexos: las mujeres realizan los trabajos sedentarios, dentro de la casa: alimentos, tejidos, vestidos, etc.; los hombres, los trabajos en los que interviene la actividad muscular y locomotriz. Sin embargo, las mujeres participan en las siembras, el comercio, los viajes. Sucede lo mismo en lo que se refiere a la distinción del trabajo según las edades: los niños de ambos sexos, el pastoreo y los trabajos simples; los adultos, el trabajo complicado. Más, los niños intervienen en las cosechas, el comercio, la preparación del terreno, etc.

En lo que se refiere a la libertad del trabajo, conviene distinguir dos clases de personas:

a) Las que poseen tierras y no están bajo la dependencia de los propietarios de fundos. Pueden contratar libremente el precio de su trabajo con los propietarios que lo solicitan y reciben el nombre de "jornaleros". El jornalero es pagado por once horas de trabajo con 40 o 50 céntimos. Pero, esta clase de personas está sometida al régimen del trabajo forzado en cuanto a su dependencia de las autoridades políticas nacionales. Hasta 1912, subsistía la institución del "postillonaje": todo propietario quechua de tierras, debía acompañar durante quince días, cada dos años, el servicio de correos, caminando a pie, al compás del galope de los mulos, 80 y 90 kilómetros diarios, manteniéndose durante todo el tiempo del servicio con sus propios recursos.

b) Los quechuas que no poseen tierras, son colonos del propietario del fundo en que viven y reciben el nombre de "arrenderos". El propietario les asigna una parcela de tierra para que la cultiven y se beneficien con sus productos. En cambio, el arrendero debe cultivar, a sus expensas, una parcela cuatro o cinco veces mayor en beneficio de su patrón y está obligado, además, a trabajar ineludiblemente en todas las ocasiones y en todos los menesteres que le indique su patrón, recibiendo un salario de 10 o 20 céntimos por día. Además, debe presentar a título gratuito, y con el nombre de "obligaciones": varias ovejas, cargas de leña docenas de huevos, kilos de mantequilla y queso, litros de leche, gallinas, tejer varios kilos de lana, llevar y vender en el mercado de la ciudad las cosechas del patrón. Todas estas "obligaciones" son anuales. Es también anual el servicio de "pongueaje". El "pongo" (semanero), sirve como criado, durante 1, 3 o 4 semanas, en la casa de campo o en la que el señor posee en la ciudad y no recibe ni un centavo de salario. Además, su hija debe trabajar en la cocina del señor durante una semana. En 1933 ha sido votada una ley prohibiendo a los propietarios alquilar los servicios de sus "pongos", pues los aymaras que no tenían ocupación en casa de sus amos, eran alquilados por éstos a otros propietarios, sin que el armara fuera remunerado en su trabajo. No ha existido esta costumbre entre los quechuas.

2°.- Condiciones técnicas.-

El quechua es enemigo de la mecánica. La misma configuración de su medio físico lo empuja a ello. Las tierras que cultiva están situadas en los flancos de las montañas, y también en esta ocasión debe sufrir la autoridad y el conjuro de la montaña. Terrenos de pequeña extensión,

limitados por precipicios, completamente pedregosos y llenos de arbustos, considerablemente inclinados en veces, y en los que aún el arado arrastrado por caballos es impracticable, no sé si serían propicios a las máquinas, los tractores y los procedimientos modernos.

El quechua fabrica su arado de madera y lo protege con una "reja", barra de hierro en la punta. Arrastrado por bueyes, este arado rotura la tierra previamente regada mediante canales y cequias y abonada con bosta. Preparado así el terreno, algunos días después las "yuntas" abren los surcos en los que se echa la semilla (patata, trigo, maíz, etc.), y los cubren con una capa de tierra. El quechua va detrás de cada yunta hundiéndose el arado en el suelo y estimulando a las bestias con un agujón. Varias yuntas, al cabo de 7 u 8 horas, acaban la labor del terreno y el quechua, el arado al hombro, conduce las bestias al aprisco. Volverán las yuntas algunos meses más tarde, para remover la tierra y facilitar el crecimiento. El quechua regará frecuentemente el sembradío y lo cuidará en las noches contra los animales, dormido en una pequeña cabaña construida a su vera. Al promediar el otoño, abrirá los surcos y recogiendo las patatas, las guardará en pozos abiertos cerca del rancho; cortará los tallos de maíz que, reuniendo en grandes porciones, deshojará al cabo de algunas semanas y echará al sol las mazorcas, en el patio del rancho, para después guardarlas en los graneros; transportará a hombro las gavillas de trigo hasta la era, las hará triturar con los caballos que giran estimulados por los gritos de los "cosechadores", separará el grano de la paja, lanzándolos al aire con ayuda de grandes orquestas de madera: bajo la acción del viento, el grano caerá solo. Y, al declinar la tarde, lo llevará al granero, en grandes sacos tejidos por su mujer.

Esto que sucede con las faenas agrícolas, pasa con todos los órdenes de la actividad económica. Su trabajo es esencialmente manual. La considerable fuerza que le proporciona el ejercicio muscular permanente, desde la infancia, le permite levantar fácilmente 80 Y 85 kilos y transportarlos en los hombros o la espalda, durante varios kilómetros, sin descanso alguno. Algunos utensilios de hierro: hachas, martillos, cinceles, picos, azadas, le permiten tallar la piedra y la madera y construir molinos de fuerza hidráulica, sin cooperación de ingenieros. Fabrica puertas laminando con hacha los troncos de los árboles o uniéndolos delgados trozos de madera mediante cuerdas. Y cuando se trata de levantar una casa, realiza todas las operaciones a la mano, y sabe combinar y mezclar los materiales, lo mismo que abrir una ventana o sostener la armazón del techo.

2.- Mecanismo de la vida económica

Si la doctrina fisiocrática buscara colectividades que justifiquen sus reglas, las encontraría en esta raza. Para el quechua no hay sino dos grandes leyes en el orden económico:

1a.- La tierra es la única fuente de producción. Quizá en un pasado histórico muy remoto, se dedicó a la caza, a tomar los frutos espontáneos de la naturaleza, pues siguiendo el proceso de todos los grupos humanos, ha pasado del estado primitivo de la caza y de la pesca al estado pastoril y, luego al estado agrícola. Y en él se ha quedado. Hoy suele ocuparse de la pesca, pero no como hábito, sino excepcionalmente, pues sólo riachuelos cruzan sus valles. La cría de animales no tiene una función económica independiente: es un complemento de la vida agrícola. No practica la industria ni el comercio. La tierra, a la que designa con el nombre simbólico de "madre" (pacha-mama), es fecunda e incansable para satisfacerle. El quechua es el agricultor, por antonomasia. Niño, joven, anciano, está convencido de que si cultiva la tierra, tendrá asegurado el sustento, el "pan nuestro de cada día", como dice la oración que le han enseñado, traduciéndola a su lengua, no obstante de que no consume pan sino en fechas excepcionales del año. De lo contrario, si no cultiva la tierra, ninguna otra fuente de bienestar y sustento podrá proporcionarle la vida.

2a.- La producción está sometida a leyes naturales y divinas que hay que aceptar resignadamente y obedecer. El quechua es fatalista. Si no vienen las lluvias para las siembras, o el granizo y las heladas han destruido las sementeras, o la sequía ha agostado los sembradíos, es porque los altos designios del destino así lo quieren o porque se han enojado los dioses por la corrupción de las costumbres.

No conoce otra industria que la transformación de los productos agrícolas: congela la patata en la intemperie y obtiene el chuño que puede conservarse indefinidamente; convierte el trigo en harina y raras veces la vende en forma de pan; convierte el maíz en harina o muko (pasta

elaborada con el jugo salival, que sirve para la fabricación de la "chicha", bebida alcohólica de estos pueblos). Transforma la lana de sus ovejas en hilo ("caito"), con el que teje sus vestidos. Sabe preparar el carbón.

El comercio se reduce a la venta, en el mercado de la ciudad más próxima, de los productos agrícolas o industriales: patatas, chuño, ocas, quinua, trigo (en grano y en harina), maíz (en grano, harina y muko). Anualmente, en ferias restringidas, suele vender su ganado lanar. La leña y el carbón representan su más activo comercio. Hoy comienza a interesarse por la venta de sus tejidos, que son muy solicitados del extranjero por su carácter exótico.

El quechua no consume al comercio de los blancos y mestizos sino escasa cantidad de tejidos y muy pocas herramientas. Puede decirse que, como consumidor, es un elemento nulo.

VI.- La vida religiosa

Fueron hijos del Sol, los Incas. Los creadores de su estirpe dinástica habían nacido de la conjunción del Sol y de la Luna, en una isla del Lago Titicaca. Enviados del Dios tutelar para redimir a los hombres, organizaron una sociedad basada en la obediencia, el trabajo y la mansedumbre. El Sol era el dios-padre de todos los súbditos del Imperio, presidía sus templos y recibía cada mañana, al despuntar el alba, el homenaje del monarca y del pueblo. La Luna, su hermana y esposa, era diosa de las mujeres. En orden secundario, venían los dioses del ayllu respectivo: animales (el cóndor, el puma), montañas de formas caprichosas, plantas, estrellas, etc. El ayllu incásico era totémico. En las fiestas imperiales se celebraba a los dioses colectivos: el Sol, la Luna, la Tierra. Las fiestas locales honraban al "tótem" o al santuario erigido en el sitio de un hecho prodigioso. Los templos revelaban la fuerza de su convicción religiosa: cuidadosamente edificadas, guardaban los grandes tesoros y casi todas las efigies eran fundidas en oro. Habían grandes conventos de mujeres vírgenes, para el servicio del culto. Los sacerdotes ofrendaban sacrificios litúrgicos, sangre de animales, y muy raras veces, sangre humana.

Los españoles destruyeron esta organización religiosa, en veces, por celo, en veces, por el interés de las riquezas. Enseñaron al quechua la doctrina cristiana, la tradujeron a su lengua, los sacerdotes católicos aprendieron el idioma quechua, y cuando el "infiel" — como se llamaba a los naturales del país — mostraba apego por la religión de sus mayores, por aquella que había comunicado a su espíritu el sentido de las cosas y de la vida, el sacerdote católico empleaba la violencia, no ahorra la sangre, y de pastor de almas se trocaba en inquisidor. Torturó durante cuatro siglos a la raza y la acostumbró a la liturgia, católica, pero no encendió su alma con la fe.

Así, la sociedad quechua de hoy vive un mundo de religiosidad nebulosa. Politeísta, adora al Dios católico, al tótem, a la tierra, a las piedras de forma y color exótico y a las que atribuye facultad de curar dolencias y producir buenas cosechas. Idólatra, no concibe la idea de la divinidad inmaterial: para que crea en una divinidad, ésta debe tener ante sus ojos forma y figura. Cree en el alma; antes de la muerte, antes de abandonar el cuerpo, el alma recorre todos los sitios por los que ha pasado con su envoltura carnal; los perros la vislumbran y aullan a su paso; después de la muerte, suele el alma ir a llorar en los sitios frecuentados por el difunto, expiando sus culpas. El cadáver, que es sagrado, es enterrado en una fosa abierta en la tierra del cementerio, sin ataúd y rodeado de los objetos domésticos más caros al difunto. Para Todos-Santos, se enciende bujías sobre el sepulcro: los amigos van a rezar ante él y se les obsequia con pasteles; en la noche, el alma irá a la casa, y se la espera con comida servida sobre un pequeño altar en una habitación deshabitada y oscura. Cuando la muerte ha ocurrido por accidente, (rayo, naufragio, caída en un abismo, etc.) se levanta en el sitio un pequeño túmulo de piedra, la "apacheta"; todos los que pasan oran y arrojan hojas de coca masticada.

El quechua no posee actualmente sacerdotes de sus ritos, ni templos propios, ni ceremonias de su fe tradicional. En sus manifestaciones religiosas de orden externo, está sujeto al sacerdote católico, el cura, un mestizo que no lo instruye ni educa y sí lo explota. Ni siquiera le enseña a escribir, como suele hacerlo el sacerdote protestante. En cambio, le exige el aporte de productos con la misma autoridad, y en iguales proporciones que el patrón exige al arrendero la presentación de las "obligaciones".

Las fiestas quechuas consisten en ceremonias católicas, dentro del templo, a las que siguen ceremonias paganas en torno de la Iglesia. Al compás de sus bandas de zampoñas, los "sicuris", bailan los hombres entre sí, y, a su turno, las mujeres también entre sí. Se bebe "chicha"

y no se efectúan banquetes ni comidas públicas o colectivas. Durante los 6 o 7 días que dura la fiesta, el quechua come en privado, muchas veces se pasa sin comer, y duerme donde lo alcanza la noche. Cada ayllu tiene una sola fiesta al año; única diversión y esparcimiento de estos hombres; el resto del tiempo, en una temperancia rigurosa, consagran todos sus instantes al trabajo.

Es un observador pasivo de sus ritos y supersticiones. Debajo del Dios católico perduran para él los dioses lares y mientras repite maquinalmente las fórmulas cristianas que se le ha enseñado, es otra oración que va repitiendo su alma.

Así se explica la facilidad con la que centenares de pastores protestantes norteamericanos van convirtiendo a los quechuas; instalados en sus comunidades, llevando una vida rígida de privaciones, prestándoles socorros medicinales y quirúrgicos, pagando a buen precio los productos alimenticios y los artículos de primera necesidad, no castigándolos jamás, enseñándoles a leer, escribir y contar, van operando en estos momentos la gran transformación del pueblo quechua. En considerables extensiones del territorio, han logrado evitar en absoluto el consumo de alcohol en las comunidades. El pastor protestante está incorporando nuevos prosélitos a su culto, pero, sobre todo, está educando pueblos para la civilización occidental. Bien se comprende que ésta es una manifestación muy importante de la expansión norteamericana.

VII.- La vida espiritual

La antropometría ha obtenido los siguientes promedios en la raza quechua:

Altura: 1 m. 69 cm. a 1 m. 75 cm.
Circunferencia craneal: 450 mm.
Diámetro antero-posterior: 182 mm.
Diámetro transversal: 150 mm.
Diámetro frontal: 113 mm.
Angulo facial: 74° a 81°

De tez bronceada, imberbe, de largos cabellos hirsutos, de músculos duros y desarrollados, delgado el tronco (pues no conoce la obesidad), anchas las plantas de los pies, el quechua es el hombre de la actividad y de la montaña.

Camina de noche, por senderos abruptos, bordeando precipicios y abismos, con la misma facilidad que bajo la luz del día. No enciende jamás bujías en su rancho. Conoce de memoria los caminos, las rutas, los desfiladeros; los cruza a todas horas, sólo o acompañado de su perro, o conduciendo asnos o bueyes. Sabe seguir la huella de animales y gentes; precisa los lugares pantanosos.

Es taciturno; no conoce la risa abierta y franca. Camina con la mirada en el suelo, pero ve y sabe todo lo que pasa en su alrededor; distingue y percibe a distancias increíbles, pues su vista está acostumbrada a los grandes horizontes. Oye con enorme facilidad los sonidos lejanos y entabla corrientemente conversaciones de una colina a otra. Tiene admirablemente desarrollado el sentido del tacto; distingue a media noche, en la obscuridad, las monedas. El olfato está ejercitado a distinguir los olores más leves, es decir, a ubicar su procedencia y a clasificarlos, pero es resistente para sufrir la proximidad de malos olores. En cambio, el gusto no desempeña en él una función muy importante: claro que distingue la diferencia de las substancias, pero no sabe apreciar exactamente el grado de su bondad.

Practica el bien. Nunca han salido de su seno los ladrones, criminales o asaltadores que alcanzaban fama en los caminos despoblados, antes de la expansión ferroviaria o de las rutas de automóvil. Sencillo y simple en el vestir, parco en la alimentación, temperante, vive en la campaña, despierta con ella, al primer anuncio de la aurora, duerme con la campaña, con el último gesto del crepúsculo.

Es hospitalario. Jamás su casa está cerrada para el extranjero o el caminante, y el desconocido tiene su parte en la comida del rancho.

Vive encerrado en un hondo sentimentalismo. El, que otrora amara las flores, las aves, el panorama incomparable de sus paisajes agrestes, hoy con sólo dos motivos alienta sus cantos; ambos son motivos de tristeza: el sufrimiento secular de su raza y el recuerdo de su compañera.

Su música onomatopéyica, imita el silbido del viento en la paja-brava de los cerros, el torrente de las aguas, la caída de la lluvia. Y esa música es triste, porque los mismos sonidos naturales que imita, tienen en esas regiones ecos de queja, de lamento, de llanto a raudales y se funden con el alma del quechua, que ha heredado los viejos dolores de su raza.

El quechua es un hijo del destino. Su vida la debe a la gran fuerza suprema que gobierna los seres y las cosas. Ante ella deberá rendir cuenta de sus actos. Mísero ser ante los designios de la ley sobrenatural, el hombre, sea cual fuere su fortuna, es hijo del destino, y ni propiedades, ni rango, ni fortuna, le permiten escapar a sus leyes. Los mismos sacerdotes, que son representantes de Dios, están sujetos, como todos los hombres, a la ley común. Lo que interesa a los hombres es no enojarse a las fuerzas sobrenaturales que han de recibirlos un día, después de la muerte. Y para ello, hay que hacerles ofrendas, y vivir como justos, porque cuando un hombre hace un bien es como la tierra que da una buena cosecha.

Así piensa y siente esta raza que viviendo dentro de condiciones materiales primitivas, posee un hondo sentido moral.

Julio Alvarado.

Retorno a Sócrates

Armando

El otro día, Roberto, cuando paseábamos conversando amigablemente, te oí decir que el estudio de las cosas de la naturaleza no tenía atracción para tí y que sólo aquello que es humano te parecía digno de atención. ¿Por qué te expresaste así? No pude preguntártelo, entonces, porque hablábamos de cosas que, en el momento, me interesaban más.

Roberto

Recuerdo haberte dicho eso, cuando paseábamos, una tarde, fuera de la ciudad. El cielo estaba nublado y el paisaje hostil. Tal vez me sentía, por eso, más que nunca encerrado en mí mismo. Mas, en verdad, Armando, es que el mundo, entonces como ahora, no me interesa sino como un espectáculo. Abrir los ojos, dejar que el mirar resbale por las superficies pintorescas es, según pienso, todo cuanto podemos hacer delante de las cosas. Pienso que la verdadera profundidad, el misterio, en fin, reside dentro de nosotros mismos. El mundo, las cosas que nos rodean, no son sino vibraciones sin ningún sentido. Siento, por eso, una especie de terror a la idea de salir de mí mismo. De qué me sirve penetrar en el laberinto de las cosas y dominarlas, si, al fin, me ignoro a mí mismo? Sobre todo, en esta tierra en que vivimos en la cual la vida es una aventura hacia lo desconocido, sólo aquello que es humano puede ser interesante. Era eso lo que quería decirte.

Armando

Veo, Roberto, que eres de aquellos 'hombres que jamás se aperciben de que el pensamiento es apenas una voz milagrosa del espíritu que nos permite olvidar las realidades cotidianas y sonreír delante de aquello que no podemos evitar. Como un monje o como un profeta antiguo, encadenas el pensamiento a tus angustias personales.

Roberto

Sí. Necesito saber de dónde vengo, saber a dónde voy, saber para qué existo. La vida, para ser vivida, debe ser alguna cosa grave y profunda.

Armando

El pensamiento humano no hace otra cosa que girar en torno de ese problema, Roberto. Mas, precisamente, para resolverlo, hay que transponer el umbral de la propia vida. Sólo por el conocimiento de las cosas, por el dominio de la naturaleza es que podemos llegar a la conciencia y al dominio de nosotros mismos. Para que lleguemos a comprendernos, es necesario que nos coloquemos en el escenario de la realidad que nos rodea. El pensamiento que se encierra en sí mismo está, de antemano, condenado a la esterilidad. Como el sol, la sabiduría, serena y generosa, necesita envolver en un mismo halo al insecto y al hombre.

Roberto

Piensas, por ventura, que sabiendo lo que es un vegetal, una piedra o un animal, puedo llegar a conocerme a mí mismo, y a descorrer el velo que oculta mi propio destino? No, Armando. El mundo es, apenas, un reflejo de lo que llevamos dentro de nosotros. Sólo vemos fuera de nosotros aquello que queremos ver. El salvaje que tiene el alma dominada por el miedo, sólo ve, en la naturaleza, seres; fantásticos: el árbol es un dios, la piedra es un demonio. El europeo, al contrario, prudente y económico, con el alma razonable y práctica, no puede ver en el mundo ninguna inútil magnificencia. ¿Quién está en lo cierto? Vemos el mundo a nuestra imagen y semejanza. De qué sirve que la gente se extenúe, con los ojos y las manos puestos sobre las cosas, si dentro de nosotros existe el vacío? El hombre, nosotros mismos, nuestro mundo interior, eso es lo que importa. El resto no existe sino en función de esa única realidad.

Armando

Piensas casi como aquellos amables solistas que decían ser el hombre la medida de todas las cosas.

Roberto

Talvez. El pensamiento es una fuerza que tiene sus raíces en nuestra carne y en nuestros huesos. El pensamiento es sangre transformada en luz. Ningún drama describió todavía la tragedia de las ideas. Y ella existe. Si yo pienso como el sofista, es porque talvez yo viva las mismas angustias que él vivió. Escúchame.

Creía profundamente en Cristo. Mi fe fué, durante mucho tiempo, la convicción apasionada de un tránsito para una eternidad maravillosa. Sentíame como un rey de la creación. Era grande y fuerte, bajo la protección de Dios. Mas, esa vieja fe fué barrida un día. Sentíame como extenuado de encontrarme tan solo. Comparábame a una montaña, y sentíame una hormiga. Comparábame a un animal, y encontrábame absurdo. Quise compararme con un astro y no me pude encontrar. Era menos que un grano de arena, que no tiene conciencia de su miseria. Todo lo que antes era maravilloso para mí, perdía su sentido. Mis pasos desorientáronme. A mí mismo, casi con lágrimas en los ojos, preguntéme: ¿Para qué vivo? Y no escuché sino las antiguas respuestas ya sin significado. Quién sabe si el sofista sintió la misma desorientación, cuando perdió la fe en sus dioses olímpicos? Quién sabe si él, convenciéndose de que su vida no tenía ya valor ni sentido, pensó, al final, que, entre la confusión y el vacío, la única salvación estaba en sí mismo?

Mira, Armando, somos parte de un pueblo, en el que las razas se disuelven y las tradiciones no existen todavía. Por otro lado, estas nuestras montañas inmensas, bañadas siempre de luz, abren dentro de nuestros corazones, verdaderos abismos. Nuestra alma, como un recién nacido, no sabe dónde asirse. Cómo no hemos de sentir, sin embargo, la necesidad imperiosa de buscarnos a nosotros mismos? Necesitamos despertar las fuentes de vida que duermen en nuestro mundo interior y construirnos a nosotros mismos, como una obra en la cual se conjuguen, armoniosamente, el ideal y la realidad.

Armando

Tus palabras, Roberto, son de veras apasionadas y tus pensamientos dejan transparentar la tortura que los aflige. Esto demuestra la sinceridad de tus ideas. Eres demasiado serio. Jamás comprenderás, por eso, la suave delicia de pensar desinteresadamente, ni el amor de la verdad que desnuda todas las cosas, para mostrarlas tales como podrían ser a la luz de lo impersonal o de lo eterno. Jamás escucharán tus oídos el rumor imperceptible de los átomos en la música de las esferas celestes. Deseas crear en tí una fuerza práctica de vida. Tu espíritu piensa, apenas, porque necesita de un apoyo exterior que le permita caminar tranquilo y fuerte, seguro de sí mismo.

El pensamiento, entre tanto, puede llegar a prescindir de todo ese pragmatismo y guiar al espíritu por un camino luminoso y sin meta. El pensamiento puede llegar a la certeza de que el espíritu alcanza su pureza ideal, cuando hace que cada uno de sus actos sea una realidad intrascendente, talvez efímera, como la danza de una bailarina sobre la cuerda tensa, más, una realidad perfecta. El pensamiento puede llegar a la comprensión de que la vida alcanza toda su magnificencia y plenitud, en cada uno de los frágiles esfuerzos que hace para alcanzar la perfección.

No puedes comprender eso. Miras la vida con extremada seriedad. No dejas nunca de ser el creyente que tiene nostalgia de la fe. En el fondo, lo que tú precisas, es un maestro.

Roberto

Creo que todo lo que dices es verdad. Y hablas como un adivino, cuando dices que necesito un maestro. Yo y muchos como yo, precisamos alguna cosa más que los juegos elegantes del pensamiento o los inútiles mirajes intelectuales, completamente alejados de la realidad trágica de la vida. Leyendo, hace tiempo, uno de los más populares libros del escritor uruguayo Enrique Rodó, encontré una frase que afirmaba haber sólo una única profesión: la de hombre. ¿En qué consiste, entre tanto, esa profesión? ¿Cuáles son los caminos para llegar a ser hombre?

Armando

Tus palabras me recuerdan una de las más bellas escenas de la vida de Sócrates. ¿Quieres oírla?

Roberto

No se pregunta.

Armando

Cuentan que una clara mañana de Mayo, caminaba el filósofo, como era su costumbre, por una de las calles de Atenas. Acababa de saludar a un carpintero que aserraba tablas en su taller, cuando vió, en dirección contraria, venir un bello y elegante adolescente. Al pasar junto a él, el filósofo retúvole con su bastón y preguntole: .

—Rapaz, ¿sabes dónde puedo comprar pan?

—Sí, maestro.

El adolescente dió las indicaciones de una panadería que se hallaba próxima.

—¿Podrías decirme, también, dónde se vende carne?

El adolescente, sonriendo, mostróle con los ojos y la mano, una carnicería que estaba bien en frente y que Sócrates no veía.

Mas, el filósofo mirando fijamente, tornó a preguntar:

—¿Sabes dónde se encuentran hombres bellos y buenos?

El adolescente quedó desconcertado. Conocía todos los rincones de Atenas. En ella podía encontrar todo cuanto se fabrica en Grecia y en los más lejanos países del mundo. Mas, hombres hermosos y buenos...

—Maestro, no sé.

—Ven, entonces, conmigo. Yo te enseñaré.

Ese adolescente se llamaba Jenofonte. Tornóse célebre mas tarde, por sus escritos, por su caballerosidad y por su belleza.

Roberto

Lo que acabas de contarme, no sólo es profundo.

Claro que esa anécdota sintetiza todo lo que siento ahora. Admirable Sócrates. Con qué habilidad, a través de las cosas más vulgares, penetraba en los más delicados reflejos del alma. Quién sabe, ahora dónde se encuentran la humanidad, la honradez y la belleza? Conocemos, apenas, dónde se encuentran las fábricas y los mercados. Conocemos todos los centros de diversiones y todas las moradas del vicio. El mundo entero nos es tan accesible como las aldeas vecinas a las ciudades, y podemos oír las voces de todos los pueblos del orbe. Y no sabemos dónde está nuestra alma ni para qué sirve nuestra vida. El hombre se pierde a sí mismo; sólo queda, de él, la sombra.

Armando

Sabes que podrías adoptar, para tu pensamiento, una divisa?

Roberto

Cuál, Armando?

Armando

No has oído hablar de una vuelta a la Edad Media, de una vuelta a Pascal, o a Descartes?

Roberto

Sí, he oído.

Armando

No sería un retorno a Sócrates lo que tú desearías? Para Sócrates, la esencia de la sabiduría estaba en el precepto de Delfos: "Conócete a ti mismo". Toda la obra de Sócrates consistió en colocar al hombre frente al hombre. Y su propia vida, con su desprecio por la riqueza material, con su desdén por la política, con su indiferencia por la muerte, fué la más luminosa victoria de los valores ideales. ¿No sería Sócrates a expresión de todas tus aspiraciones?

Guillermo Francovich.

(Traducido del portugués,
por Julio Alvarado).

Naturaleza jurídica y financiera de la entrega de divisas

Qué es la entrega de divisas?Cuál es, en la realidad sustancial su naturaleza jurídica y económica? He aquí un tema de verdadero interés, no solamente para el estudioso, llámese economista, jurisconsulto o financiero, sino también para el hombre de Estado, para el administrador de la cosa pública y para el legislador, así como para el exportador que está obligado a entregar una parte de las divisas que obtiene por sus exportaciones, recibiendo del Estado en cambio una suma menor, mucho menor, que la que obtendría si vendiese sus divisas voluntariamente a los Bancos autorizados para realizar esta clase de operaciones.

La respuesta a la pregunta inicial de este estudio es de importancia no solamente teórica, científica, sino también y acaso sobre todo práctica.

El concepto que en nuestro ambiente se tiene de la entrega de divisas es muy vario y parece estar influenciado particularmente por la posición personal o sentimental de quienes parecen interesarse por los problemas económicos y financieros del país. Pero nosotros, que no estamos al servicio de ningún partido ni de ningún interés o grupo de intereses, queremos hacer un análisis completamente imparcial y desapasionado de tan importante cuestión, tratando de llegar a conclusiones que estén de acuerdo con los postulados de la ciencia financiera actual, aquella que se enseña en las grandes universidades de los países de civilización occidental.

Es así cómo, para unos, la entrega de divisas es un acto de compra-venta, para otros es una expropiación; en opinión de aquellos es una requisición; según los de más allá, es una confiscación; para algunos, aunque no hayan empleado la palabra, es un robo o una extorsión o expoliación y por último, para una apreciable fracción de la opinión pública, es un impuesto.

Es de notar que con frecuencia los interesados directa o indirectamente en la cuestión, emplean como sinónimas las expresiones de confiscación, requisición o extorsión.

El problema se complica así no sólo por la magnitud de los intereses en juego, sino también por la imprecisión del vocabulario. Tratemos de hacer un poco de luz en tan discutido e importante asunto.

Analicemos, rápidamente, el concepto preciso de cada una de las palabras empleadas para calificar la entrega de divisas, procediendo a eliminar aquellas que no correspondan a la realidad jurídica y económica del fenómeno estudiado. El deber de todo estudioso de los hechos sociales es buscar ante todo la palabra precisa que corresponda al hecho que se enjuicia.

La compra-venta, como saben todos los estudiantes de leyes, es un CONTRATO, UN ACUERDO DE VOLUNTADES, en el que, entre otras cosas, SE DETERMINA LIBREMENTE EL PRECIO DE LA COSA VENDIDA. Uno de los requisitos esenciales para la validez de esta convención es el libre consentimiento de vender el bien y la fijación de su precio después de un acuerdo con el comprador. Si falta el requisito del consentimiento, del acuerdo de voluntades, independientes e iguales, discutiendo libremente las condiciones de su acuerdo, mal se puede hablar de un contrato válido. Su nulidad es absoluta. (1).

Ahora bien, en la entrega de divisas, existe acaso el libre consentimiento de los tenedores de moneda extranjera de deshacerse de ella, a cambio de un precio debatido también libremente con el Estado? Y obtienen los exportadores que entregan sus divisas su justo precio? No. La entrega de divisas se hace por una decisión unilateral de los Poderes Públicos, que fijan, también unilateralmente, los porcentajes de divisas que deben entregar los exportadores, indicando igualmente, por su propia voluntad, la cantidad en moneda nacional que éstos, deben recibir por cada libra esterlina, o su equivalente en otras monedas, que entreguen al Estado. No se puede, entonces, decir que la entrega de divisas es una compra-venta.

Será, luego, una requisición? La requisición, es un hecho esencialmente transitorio, propio de situaciones de guerra internacional o de ocupación militar. "Las requisiciones, dice el Decano

Maurice Hauriou, no son sino un modo de aprovisionamiento colectivo, sea del ejército organizado, sea de la población civil, durante los períodos de movilización o de guerra. El Gobierno y la Administración toman la iniciativa de reunir los artículos y las substancias o de centralizar los servicios y luego de repartirlos según las necesidades, el aprovisionamiento es así la aplicación transitoria de una economía colectiva substituida a la economía individualista del tiempo de paz".

Los objetos que pueden ser requisicionados son generalmente 'productos alimenticios, carros, caballos, alojamientos, servicios personales, etc., siendo, en principio, las autoridades militares quienes operan la requisición pudiendo delegar, excepcionalmente, este derecho en las autoridades civiles. Los bienes y servicios requisicionados deben ser indemnizados, representando las indemnizaciones el valor comercial o un valor normal fijado por las autoridades. (2).

La entrega de divisas no se hace por disposición de autoridades militares ni ellas se destinan al aprovisionamiento colectivo de una parte de la población ni del ejército. Tampoco los exportadores reciben por las divisas su precio normal.

Su entrega no constituye pues, en ningún caso, una requisición.

Si el hecho que analizamos no es una compraventa, ni tamo poco una requisición, será entonces una expropiación? Veamos en qué consiste ella.

Nuestro Código Civil, en su artículo 190, declara que nadie puede ser obligado a ceder su propiedad, si no es por causa de utilidad pública y mediante una justa y previa indemnización. Y el arto 1°. del Decreto de 4 de abril de 1879 elevado a rango de ley por la de 30 de diciembre de 1884, al estatuir que el derecho de propiedad es inviolable, establece que sólo se podrá obligar la enajenación de bienes, PARA OBRAS DE INTERÉS PUBLICO, previos los requisitos siguientes: a) declaración solemne de que la obra proyectada es de utilidad pública y permiso competente para ejecutarla; b) declaración de que es indispensable que se ceda o enajene el todo o una parte de la propiedad para ejecutar la obra de utilidad pública; c) JUSTIPRECIO de lo que haya de enajenarse; d) pago del precio de la indemnización.

De modo que la expropiación por causa de utilidad pública, es una restricción legal impuesta al derecho de propiedad, por motivos de interés general. La expropiación por causa de utilidad pública es una operación por la que la Administración procede a la adquisición forzosa y mediante justa indemnización, de los terrenos y edificios que son necesarios al uso público o a los servicios públicos. La legislación boliviana no prevé el caso de expropiación de bienes muebles. Y sobre este aspecto, el Decano Hauriou, en su obra citada anteriormente dice, en la página 320: "Sólo pueden ser expropiadas las cosas corporales inmobiliarias; no pueden serlo ni los muebles ni los derechos incorporales (servidumbres pertenecientes a concesionarios de dominio público; se precisan entonces leyes especiales de rescate).

Luego, la expropiación debe realizarse entre nosotros siguiendo procedimientos especiales y solemnes, tendientes todos ellos a asegurar al que debe enajenar su propiedad la percepción del JUSTO PRECIO del bien cedido.. Si, por ejemplo, hubiese discordancia en la tasación del bien efectuado por los peritos de las partes interesadas, se nombrará un tercero dirimidor.

Admitiendo que pudiesen expropiarse los bienes muebles, las divisas, no obstante del silencio que al respecto guardan nuestras leyes, ¿es que en la actual entrega de divisas se siguen los procedimientos solemnes especificados por la ley de expropiación por causa de utilidad pública. ¿Es que para cada entrega se procede a declarar solemnemente su utilidad? ¿Es que los exportadores reciben EL JUSTO PRECIO? Y no siendo esto así, ¿es que se nombra un dirimidor, para dirimir el justiprecio? ¿Y acaso las partes, quiero decir los exportadores, ocurren ante la Corte Suprema apelando contra la decisión del Gobierno de hacerles entregar divisas a Bs. 82.- por libra cuando éstas valen en los Bancos Bs. 140.-?

No se ve, entonces, por qué aspectos pueda la entrega de divisas ser considerada como una expropiación.

¿Será acaso una confiscación? Pero la confiscación presupone delito, castigado por el Estado con la incautación de los bienes del reo. Y yo no veo por qué pueda el Estado castigar a los exportadores, incautándose de sus divisas.

Si pues la entrega de divisas no es ni compra-venta, ni requisición, ni expropiación, será una expoliación, un robo?

Los diccionarios corrientes definen a la expoliación como a un despojo violento; a la extorsión, como a la acción de usurpar y arrebatar a uno alguna cosa por fuerza y sin derecho, y al robo como al hecho de tomar para sí lo ajeno con violencia o engaño: No creo que ninguna

persona sería o sea capaz de calificar la entrega de divisas con cualquiera de estas tres últimas palabras, pues no se organiza en forma permanente y con leyes y aún disposiciones punitivas para las víctimas la expoliación, la extorsión y el robo.

Analicemos ahora un hecho que parece que podrá indicarnos en forma definitiva e indubitable cuál es la naturaleza jurídica y financiera de la entrega de divisas y de las diferencias de cambio que obtiene el Fisco merced a tales entregas. Analicemos) aunque no sea sino muy someramente, el impuesto.

¿Cuáles son las características fundamentales del impuesto en los Estados civilizados modernos?

1°. Desde luego, el impuesto es una prestación de valores pecuniarios, de dinero, al Fisco. No es prestación de servicios personales.

2°. ¿Qué recibe el individuo a cambio del dinero entregado al Estado? En forma especial, nada, pues el agente fiscal que recibe el dinero, no le da o hace una contraprestación especial, lo que ocurre por ejemplo en las tasas. El hecho de que el contribuyente no reciba nada del agente del Estado, diferencia fundamentalmente al impuesto de la requisición, del alquiler, de la compra-venta.

3°. ¿En qué forma se realiza esta entrega de dinero del contribuyente? ¿Es una entrega voluntaria? No. Es una entrega forzosa, de acuerdo a disposiciones jurídicas, que obligan al contribuyente. Si éste se resiste, el cobro del impuesto se hará por la fuerza de la autoridad pública. El carácter de fuerza que reviste el impuesto se subraya además porque su tasa es fijada por el Poder. Público en forma unilateral, sin consultar al contribuyente. Si se le consultase no se votarían seguramente impuestos.

4°. La percepción de los impuestos se realiza de acuerdo a reglas fijas, determinadas previamente por el Legislativo o la administración. No impera aquí la voluntad caprichosa del agente de percepción, siendo ésta otra de las características fundamentales del impuesto.

5°. ¿Por qué pagan los contribuyentes los impuestos? ¿Por ser éstos una prima de seguro, o el precio de servicios prestados por el Estado? No. Estos conceptos no tienen hoy aceptación en la teoría financiera. El impuesto es pagado por cada contribuyente únicamente porque éste pertenece en forma transitoria o permanente a una comunidad políticamente organizada.

6°. Finalmente, cuál es el destino, el empleo, que se da a los recursos provenientes del impuesto? ¿Sirven acaso para la satisfacción de las necesidades de los agentes del Estado que los perciben? Fundamentalmente, en los Estados civilizados modernos, el impuesto sirve para cubrir los gastos de interés general. Tiene un destino de utilidad pública. Por ello se ha dicho, con muchísima razón, que los gastos de interés general constituyen el fundamento y la medida del impuesto en las sociedades actuales.

Es de conformidad a estas características del impuesto moderno que el Profesor Gastón Jeze lo ha definido en los siguientes términos: "El impuesto, en los Estados civilizados modernos, es una prestación de valores pecuniarios, exigida a los individuos según reglas fijas, con objeto de cubrir gastos de interés general y únicamente por el hecho de que los individuos que deben pagarlo, son miembros de una comunidad política organizada".

Las definiciones del impuesto formuladas por los Profesores Ruzzo, Flora, Nitti, Eheberg, con ligeras variantes, encierran en el fondo los mismos conceptos que la definición anterior.

Descartados los conceptos de compra-venta, requisición, expropiación, confiscación, para la entrega de divisas y analizados los elementos esenciales del impuesto, parece de todo punto evidente que la referida entrega participa fundamentalmente de las características jurídicas y financieras del Impuesto. Sería superfluo entrar en detalles para demostrar que el exportador entrega sus divisas de acuerdo a reglas fijas, en forma forzosa, contra su voluntad, habiendo el Estado fijado, según su criterio, la cantidad de divisas que entregarán los diferentes exportadores, así como la cantidad en billetes que recibirá el exportador por cada libra entregada.

De esta entrega no están excluidos los exportadores que no son bolivianos. El hecho de que cada exportador que entrega una libra esterlina reciba Bs. 82.- apenas si serviría para decir que este impuesto es de una naturaleza algo diferente del impuesto corriente. Pero, descartado este aspecto, todos los elementos jurídicos y financieros del impuesto se los encuentra en la entrega de divisas.

Para qué sirven tales entregas? Por una parte, el Estado cubre con una parte de ellas sus propias necesidades en divisas y el resto le sirve para obtener recursos en moneda nacional. Las

diferencias de cambio obtenidas merced a la entrega de divisas realizada al tipo de cambio de Bs. 82.- por libra esterlina; y vendiéndose la moneda inglesa en Bs. 141.40, sirven para alimentar el Presupuesto Nacional. Se destinan a la satisfacción de necesidades de carácter general.

A la luz de las modernas teorías financieras las diferencias de cambio aparecen como impuestos de una naturaleza algo particular que, en el fondo, son pagados por los exportadores y por los consumidores. Si el Estado no nivelase su presupuesto con diferencias de cambio, el exportador recibiría indudablemente una suma mayor por cada libra esterlina entregada, pero también seguramente nuestro tipo de cambio sobre Londres mejoraría apreciablemente, valiendo la libra esterlina menos bolivianos.

Pero como no parece que el Estado pueda disminuir sus gastos hasta poder suprimir los ingresos por diferencias de cambio, lógicamente tendría que crear otros impuestos para cubrir los gastos que demandan las satisfacciones de necesidades colectivas y las obligaciones del Estado.

Los ingresos resultantes de diferencias de cambio alimentan el Presupuesto Nacional desde 1936 inclusive. En 1937 se elevaron a Bs. 115.447.266.-, en 1938 a Bs. 116.306.290 y para la presente gestión se han calculado en Bs. 120 millones, o sea algo más del 30 010 del Presupuesto nacional ordinario.

Se podrá argüir por parte de los interesados que la entrega de divisas constituye un impuesto excesivamente elevado para los exportadores.. Pero esto es otra cosa. Se refiere, no a la esencia misma de la entrega, sino a la mayor o menor carga que representa para el exportador, problema que es muy diferente del que hemos querido analizar en este estudio.

Franklin Antezana Paz.

(1). Véase los arts. 699, 700, 1004 del Código Civil Boliviano. Igualmente, Colin y Capitant: Cours Elementaire de Droit Civil Francais. T. 11, págs., 3, 9, 22, 40, 476. Octava Edición, Paris, Dalloz, 1935.

(2). Véase: Maurice Hauriou, Precis Elementaire de Droit Administratif, págs. 381 y siguientes. Paris, Sirey, 1930. También Franz von Liszt: Derecho Internacional Público, pág. 443. Barcelona, Gustavo Gili, edit. 1919.

(3). Véase Gastón Jeze: Cours de Finances Publiques, 1930-1931. Pág. 450. Paris, Giard, 1931.

LOS ESCRITORES DEL PASADO

La raza quechua y la raza castellana y su influencia en las letras bolivianas

-III-

No ha sucedido lo propio con la herencia de la rama castellana. Los conquistadores pertenecían a una raza imaginativa, apasionada y soñadora, de cuyos labios brotaba el verso espontáneo y fácil como el agua cristalina de inagotable manantial. Poseían una lengua caballeresca como el carácter de la nación, ni tan dulce que solo pudiera adaptarse al lenguaje de las pasiones, como el italiano, ni tan varonil que solo sirviese para expresar cantos de guerra, como el francés.

Esa lengua había resonado durante toda la Edad Media, como el canto de la esperanza, sirviendo de desahogo al amor, esto es, a las afecciones íntimas del corazón, únicas emociones que gozaban del bien de la libertad en medio de la presión a que se habían sujetado los nobles impulsos de la conciencia. El idioma depurado, ofreciendo la riqueza de sus elementos a las ideas, había creado una literatura propia, robusta y grandiosa como el origen de la estirpe latina de la cual descendía.

Pero los conquistadores, si bien hicieron a la América el presente del idioma, mezquinaron a la raza vencida y a los hijos de su enlace con ésta, los medios de desenvolver sus ideas el

secreto de utilizar la lengua poniéndola al servicio de los conceptos de la inteligencia. Hicieron como el avaro que oculta cauteloso de las miradas de la servidumbre el cofre donde ha atesorado puñados de oro y de rica pedrería. Hoy la independencia, con la mano todavía ensangrentada en el esfuerzo de la última batalla, ha roto el cofre y la raza emancipada repartió entre la descendencia el rico joyel que había labrado en el suelo de la madre patria la lengua castellana.

La independencia fué toda una revelación. La índole de las razas que vivieron bajo el mismo techo durante el coloniaje, mostrándose espontánea, definió los caracteres intelectuales de aquellas. Mientras que las castas indígenas perseveraron en el mutismo que habían guardado desde que fueron conquistadas, los herederos de la sangre española, como las aves que han escapado de la estrecha cárcel, se pusieron a cantar igualando en maestría a sus padres, superándolos, a veces, en armonía y sentimiento. Apelo a los frutos de la literatura americana por si hay algún celoso defensor del ingenio español que tache de apasionado este juicio.

Los bardos bolivianos se unieron al coro general denunciando que la pureza de la sangre de sus abuelos, conservada de generación en generación, no había soportado modificación alguna. Esta es una aserción comprobada. Casi todos los poetas bolivianos, por no decir todos, pertenecen a la raza española pura, y su vida íntima, así como las creaciones de su espíritu, tienen los defectos, las virtudes y todo el poder imaginativo de sus ascendientes. La poesía boliviana, mejor que otra alguna, lleva el sello de su filiación legítima, siendo más española que americana por carecer del color local que en otras naciones del continente imprimen la naturaleza y las costumbres. Efecto y de la falta de escuela propia.

La generación mixta no ha sobrepujado a sus padres, como la habría inducido la fisiología. Hasta hace poco los fisiólogos sostenían que el cruzamiento de las razas mejoraba la estirpe; pero la flemática observación inglesa, cediendo a la influencia del carácter reconcentrado del pueblo sajón que lo impulsa a rechazar toda unión con la familia extraña, ha desconcertado a los empiristas. Las experiencias realizadas en Inglaterra desde el hombre hasta la rana, han comprobado que la estirpe mejora por la selección y no por el cruzamiento de la sangre. Es por esto que los ingleses no se casan jamás con mujeres chiquitas ni los buenos mozos con herederas feas, aun cuando lleven la apetecible hermosura de una buena dote.

La observación inglesa se halla justificada por los mestizos de Bolivia, los cuales, a ser cierto los efectos del cruzamiento de las razas, deberían ser más inteligentes que los descendientes de origen español. El cholo boliviano posee menos imaginación que éstos; la imaginación en cambio ha sido reemplazada por una vivacidad notable, que en el terreno de la política, por defecto de educación, ha hecho del cholo letrado el demagogo consuetudinario y el intrigante más pernicioso al Estado.

El cholo es poeta, pero poeta como su origen, a medias; concibe fácilmente, con ternura pero sin elevación. La influencia de la sangre se traduce hasta en sus versos; cuando el bardo se halla afectado de una pasión y no encuentra una voz bastante expresiva y tierna para traducir su emoción, sin permiso alguno de la musa castellana pide su inspiración a la musa quechua, y emplea la palabra que en este idioma interpreta más vivamente su concepto. Esta forma espontánea de expresión ha dado origen a un género especial de composiciones, mitad castellanas y mitad quechuas, que, para quien conoce ambas lenguas, son a la verdad dé un sabor exquisito.

Pero el cholo boliviano jamás aventura el geniecillo de su inspiración más allá del atrayente paraíso del amor, acaso porque su imaginación no tiene alas para levantarse más allá del terreno de las emociones rudimentales del corazón. Trovador sempiterno, nunca ha dirigido por esta causa un cuarteto al Padre celestial, por el cual aparenta tener profunda fe, ni requebrado a la luna, inspiradora de desdichas y tunantes; en cambio, canta sentimentales endechas, tiernas y conmovedoras como si hubiesen sido confeccionadas dentro de un corazón, y si la dama de sus desvelos (o sea alguna cholita rozagante) ha confiado a otro su "pecho de almendra" el amartelado vate dirige al son de la guitarra sus trovas de despedida para el otro mundo, si bien nunca llega el día de la partida. Generalmente estos cantos nocturnos dan por resultado contagiar a la insensible moza del mismo mal del vate y no encontrar la enfermedad más cura que las bendiciones del cura de la parroquia.

Esta breve noticia acerca del carácter de los tres tipos que componen la sociabilidad boliviana, el indio, el cholo y el criollo americano, revela que en el fondo de estas razas existen dotes graduales para el cultivo de las bellas letras. La latitud del genio indígena no ha llegado, sin

embargo, a poder apreciarse con exactitud hasta el día, porque la sugestión del coloniaje y la opresión a que se halla sujeto hoy día mismo, ha impedido la manifestación de sus ideas y el desarrollo de su inteligencia.

La opresión ha debido influir poderosamente para imprimir a su carácter una reserva extraordinaria y una melancolía infinita. Mantegazza lo ha definido con bastante exactitud en estos términos: "El carácter del boliviano, lleno de reserva, de desconfianza, de finísima astucia, de ingenio, a propósito para las ciencias especulativas, debe mucho a la rica herencia de la sangre Inca... Son aquellos países, agrega, fecundos para el filósofo y el poeta".

Hay una verdad innegable, y es que el indio boliviano posee un carácter de investigador extraordinario, carácter a propósito para formar sabios más bien que bardos; los indígenas que alguna vez logran penetrar en las universidades, sobresalen siempre por su estudiosidad suma y un espíritu de discusión razonada que sorprende. En el terreno de la ciencia que absorbe su inteligencia, hacen lo que sus padres con los "andaveles" de sustanciosa chicha, quieren beber hasta las heces. Hasta el presente su educación intelectual ha seguido la misma suerte que su condición civil. Tiene la inteligencia a oscuras y los derechos de ciudadanía usurpados, la razón inculta y la libertad arrebatada por su más próximo pariente, el cholo, su eterno perseguidor y su constante verdugo.

Cuando la moral administrativa, propia de la ilustración que reclama el Gobierno, haga efectivas las instituciones democráticas que ha adoptado la Nación por régimen, y la educación extienda sus beneficios a esta raza desheredada desde la cuna, el indio revelará los dotes especiales que guarda ocultos dentro de su cerebro. Pero esa redención se habrá operado a costa del sacrificio de su propia lengua, y aún podemos agregar, de la desaparición de los rasgos dominantes que constituyen el tipo del indio. En vez del quechua se expresará por medio del idioma victorioso perteneciente a la estirpe colonizadora, y surgirá fatalmente el desolante fenómeno de una lengua muerta en los labios mismos de la raza viva.

-IV-

Existen para el desarrollo del sentimiento estético en las razas del Alto Perú poderosos e inagotables agentes de inspiración y de luz: la naturaleza del suelo y las condiciones del clima. Allí donde todo lo que rodea a la criatura es grandioso, donde el espectáculo, a pesar de ser el mismo, parece por su majestad siempre nuevo; donde el aire enrarecido alienta la vida y llena sin fatiga el pecho; donde la luz vibra como las chispas del diamante, el corazón no puede permanecer insensible ni la imaginación estéril.

La poesía, que no es más que la interpretación sentida de las emociones del espíritu y el reflejo de las bellezas inimitables de la naturaleza, tiene que ser el lenguaje favorito de las almas que se agitan en medio de aquel portentoso escenario. Un día se preguntaba el Tasso, qué era la poesía, y cómo el poeta se encontraba sobre una montaña, respondió indicando el valle y el cielo, el río y la nube, el bosque y el sol, la naturaleza y Dios: ¿ La poesía? Héla ahí.

Si a nosotros se nos preguntase cuál es el porvenir de las letras bolivianas, a imitación del Tasso, nuestra respuesta sería extender la mano señalando el panorama variado y brillante de aquel suelo lleno de majestad, de color y de animación. Cuán indescriptible es la sublimidad del espectáculo y qué inmenso dominio ejerce sobre el corazón y el cerebro.

Allá sobre la base de las inestricables serranías se levantan los gigantes de cabellera cana, testigos silenciosos de las palpitaciones de los siglos. Un día las inmensas moles surgiendo del fondo del abismo, arrancando un grito de dolor a la naturaleza entera, asomaron la frente a los dinteles del cielo y los celos del infinito congelaron su cabeza para que no volviera a agitarse más en el espacio. Desde entonces, prisioneros resignados, se han envuelto en su ropaje de nieve dominando impasibles las sordas agitaciones que hierven en sus entrañas.

Sobre aquellas cumbres silenciosas, van a dormir los vientos fatigados de su afanosa carrera por el mundo, y cuando la luz del alma asoma por el oriente, el tranquilo elemento descende alegre y retozón por la falda de la montaña llevando en sus alas átomos de hielo para dar de beber a las flores y sustentar el bosque; después baja a la arenosa playa y se arroja juguetón y bullicioso al seno del mar. Qué mundo de ideas derraman sobre la imaginación esos colosos inmóviles y mudos. Aquellos enormes picos envueltos en sus blancas túnicas parecen los genios de lo sublime absorbidos en la contemplación del infinito.

Después está el llano; sobre la interminable planicie, perpetuamente verde como la virginidad de la espesura, se levantan los soberanos del bosque. Por en medio de los altivos helechos, remilgados brezos y gigantes cedros, el arroyo que se desprendió del seno de la montaña para sustentar la vida, desata sus cintas de cristal, esparciéndose en el inmenso llano. La savia se derrama voluptuosa en el caliente seno de la tierra, hace brotar las azules flores de la vainilla, trepa por la gallarda palmera y depositando sus gérmenes engendra la vida. Las aguas extendiéndose en escondidos lagos en el seno del sombrío ramaje, penetran tranquilas en la selva y adormecen muellemente las anchas hojas de la regina victoria y acarician los pálidos tallos de las verdes sagitarias.

Aquel revuelto enjambre sustenta con sus frutos la vida de millares de seres. La hambrienta muchedumbre que en todas sus formas ostenta la vida animal se nutre con los despojos que abandona el fecundo suelo. y de aquel mundo exhuberante parece desprenderse un eco reposado, solemne, oración grandiosa que el universo levanta en acción de gracias al ser desconocido que le dispensa el inexplicable don de la existencia.

Y bien; si este conjunto de la más alta condensación de las bellezas de la naturaleza es el dote peculiar del suelo boliviano, si en el corazón de las razas que lo habitan tiene su albergue el sentimiento, y si en sus labios existe la palabra capaz de expresar todos los dolores, todos los conceptos y todas las alegrías, no es posible menos de augurar que el porvenir señalado a los bardos bolivianos tiene que ser grandioso como el teatro que sirve de inspiración al númen, y radiante como el sol que ilumina la privilegiada región donde nunca se marchitan las flores y donde jamás se deshacen las nieves.

Santiago Vaca Guzmán

NOTAS POLÍTICAS Y SOCIALES

La personalidad de
Jaime Mendoza

Conservaba aún toda su fuerza la escuela romántica boliviana, cuando aparecieron los primeros escritos de Jaime Mendoza. Era la primera década del siglo. Ricardo Mujía, Adela Zamudio, Rosendo Villalobos, Tomás O'Connor d' Arlach, mantenían el cetro de las letras, pues las producciones de Ricardo Jaimes Freyre, Manuel María Pinto, Jorge S. Mendieta, eran apenas conocidas.

Jaime Mendoza había leído a los maestros de las escuelas naturalistas francesa y rusa. En el orden de la cultura nacional, tuvo especial cuidado de profundizar el conocimiento de la obra de Reyes Cardona, Santiago Vaca Guzmán, Gabriel René Moreno y Nataniel Aguirre. Sus estudios de medicina le habían permitido familiarizarse con los métodos científicos experimentales, preconizados tan apasionadamente por Claudio Bernard, asignando un rol esencial a la observación directa de la naturaleza y de sus fenómenos. Finalmente, Mendoza había bebido en las fuentes del positivismo filosófico; su espíritu estaba ejercitado a confrontar permanentemente la realidad. Tales fueron los cuatro elementos que le permitieron realizar una obra honda y seria.

Por otra parte, hijo de padres pobres, Mendoza fué educado en el culto y en la gimnasia del trabajo; fué un gran trabajador y por eso su obra ha sido fecunda. Tuvo, además, la suerte de contar con una enorme entereza, con un varonil e integro señorío del carácter. Mendoza ha sido un pensador y escritor sin prejuicios, valiente, iconoclasta.

Es por eso que la obra de Jaime Mendoza fué perfilándose honda, seria, fecunda, heroica!

Dos libros señalaron su aparición en las letras nacionales: "Los malos pensamientos" y "En las tierras del Potosí".

Con "Los malos pensamientos", Mendoza cobró fama de pésimo escritor. Todos se detuvieron en la contextura desgarrada de la prosa, en las faltas gramaticales, olvidando el

contenido de la obra, donde la agudeza de los juicios rivalizaba con los rasgos admirables que caracterizaban a los personajes.

"Martín Martínez" debía llamarse la novela que estudiaba las andanzas del joven médico que iba a buscar fortuna en las minas. Don Alcides Arguedas, que recibiera el encargo de prologar el libro, aconsejó a su autor buscar un mejor título para su obra.

—"Martín Martínez" no significa nada, no sugiere nada, doctor Mendoza.

—Póngale entonces, usted, el título que quiera...

—Pues... llámeme "En las tierras del Potosí". Eso quiere decir algo, eso sugiere algo.

Y la novela llevó, en efecto, tal título.

Pero Mendoza, joven y desconocido médico, al anunciar, en París, a Arguedas su intención de editar su novela, habíale expresado:

—He leído a Gorki y me ha impresionado su escuela.

Arguedas al leer la novela constató, efectivamente, la influencia de Gorki y presentó a su autor el día en que le llevó a casa de Rubén Darío:

—Aquí le traigo al Gorki Boliviano"...

Rubén Darío no habría de olvidarlo. Y cuando escribió su célebre artículo "Bolivia", basándose en las informaciones que le proporcionara el propio Jaime Mendoza, refiriéndose a este autor, escribió estas o parecidas frases:

"Jaime Mendoza, en quien vemos aparecer, en nuestra América, un nuevo y vigoroso Gorki".

Vuelto a la patria, Mendoza continuó su fecunda labor de investigador y de escritor. Fué escribiendo sobre diversos temas y cuidando de no publicar inmediatamente sus producciones. Pero habría de publicarlas más tarde, sin corregirlas, desordenadamente, y sin prevenir que las había escrito muchos años atrás. Tal impresión me hizo, por ejemplo, la lectura de "El lago enigmático", editado recién en 1936. La última vez que le ví, Mendoza me confirmó que, en efecto, esa novela había sido escrito con mucha anterioridad.

En 1914, publicó "Páginas Bárbaras", novela de la selva que canta la vida del siringuero. En 1918, aparecieron las "Memorias de un estudiante", varios relatos de la vida de un joven profesional.

Por varios años Mendoza cesó de fatigar las editoriales ¿Habríale cansado el estéril tormento de escribir? No. Iba almacenando los materiales con los que habría de construir, pocos años después, las más inmovibles columnas de su obra.

Y fué, propiamente, en 1924, que impuso la autoridad de su personalidad y de su mente. Ese año, con "La Universidad de Charcas y la idea revolucionaria" con la "Biografía de Gregorio Pacheco", y en 1925 con "Ayacucho y el Alto Perú", con "El factor geográfico en la nacionalidad boliviana", Jaime Mendoza ocupó un puesto de primera línea entre los mejores historiadores, ensayistas y pensadores de Bolivia.

Su obra ulterior, marmórea y fuerte, seguiría por los surcos maestramente trazados. En 1926, apareció "El Mar del Sur", la más interesante y completa interpretación de nuestras relaciones con el Pacífico; un año después, nos ofrecía "La ruta Atlántica", estudio medular e interpretativo de la atracción que ejerció la sierra de La Plata en el espíritu de los conquistadores que remontaron el Paraguay y que cruzaron las tierras chiquitanas en pos del embrujo áureo.

Tres obras posteriores, "Héroes anónimos", (1928), "El trípode psíquico", (1930), y "El niño boliviano", (1930), lo alejaron de sus estudios centrales. Pero se trataba, en realidad, de producciones anteriores. "Héroes anónimos", por ejemplo, no constituye sino un extracto de su diario de la campaña del Acre.

A partir de 1933, se consagró, íntegramente, a dar contextura, expresión y nervio a su doctrina. "La tesis andinista", (1933), "La tragedia del Chaco", (1933), "El macizo boliviano", (1935), "El Chaco en los albores de la Conquista", (1937), expusieron su idea central: este prodigioso fenómeno telúrico que constituye el "macizo andino", ha creado, desde siglos inmemoriales, una unidad política, social y espiritual, sucesivamente transformado por los acontecimientos históricos, un día en Tiahuanacu, otra en el Imperio de los Incas, otro en la Nueva Toledo, otro en el Alto Perú, otro, en fin, en Bolivia... Y esa singular manifestación cósmica, ha plasmado un tipo de hombre, el "andinista", el hombre de la montaña, creador, ayer, de una de las civilizaciones más

grandiosas del orbe y condensador de las energías que han de plasmar una de las culturas del porvenir.

Quizás Mendoza no ha tenido tiempo de dar fisonomía completa a su doctrina. Nos ha enseñado, en cambio, a pensar. Nos ha mostrado en qué consiste la gimnasia del intelecto.

Y en las horas de reposo, cerca ya del crepúsculo, fué hurgoneando sus viejos papeles. Nos ofreció, con ellos, "El lago enigmático", en 1936, "Apuntes de un mérito", en 1936, y "Voces de antaño", en 1938, poemas, estos últimos, escritos en viajes, en paseos, en horas de ocio. Mendoza no tuvo la vocación ni el aliento del poeta. Por tres veces, sin embargo, mereció los lauros de los juegos florales: en 1915, con su canto a "Tiahuanacu", en 1926 con su "Canto a Oruro", en 1927, con "El cabo de la vela".

Acaba de morir el hombre de la voz rocosa, de los fuertes rasgos de piedra, el hombre del carácter invencible e indomable. Nada le arredró, ni el insulto de las muchedumbres, ni la acusación de los sectarios, ni el gesto troglodita de los chauvinos. Vivió para sus ideas y dijo, al borde mismo de la tumba, todo lo que su mente soñaba.

Mendoza tuvo el talento, la personalidad' y el alma del escritor. Pero contó, sobre todo, con algo que falta frecuentemente a nuestros escritores: entereza y hombría.

Julio Alvarado.

El judaísmo internacional y su peligro en Bolivia

Volvemos a ocuparnos de la cuestión judía, porque creemos que es un problema que afecta seriamente al país y por lo tanto digno de analizarlo y estudiarlo en todos sus aspectos, como lo ha hecho también la institución "Amigos de la Ciudad", en la que el tema ha sido ampliamente discutido.

Ante todo debemos comprender el problema judío en su faz integral y fundamental. Para muchos no se trata sino de una lucha de razas, y para otros de una competición económica, en la que el judío por su agudeza mental y su sentido práctico lleva siempre ventaja, acarreándose la enemistad y el odio general. Reducido el problema a estos contornos no lo sería realmente para América, en la que no existe la lucha de razas y en la que, por otra parte, la competición comercial no reviste los contornos agudos de otras partes. Mas, el problema judío reviste una importancia mucho más honda de lo que se cree. No se trata de una simple lucha de razas, sino de la lucha de dos culturas antagónicas, o mejor dicho de un pueblo que por determinantes religiosas, éticas, psicológicas, se ha incrustado en los pueblos de otra cultura para minar y destruir los fundamentos de ésta. El problema tiene así una raigambre filosófica y religiosa.

La cultura occidental se ha edificado sobre la base del cristianismo, esto es, sobre la doctrina que predicó aquel Mesías que fué denostado por el pueblo judío y acusado de impostor y de falsario. Así Jesús es para el judaísmo el eterno enemigo; Cristo se convierte en el Anticristo de su religión. De ahí que el cristianismo no es para los judíos una de tantas religiones falsas o enemigas, es la religión enemiga por antonomasia, es la religión del Impostor, del falso Apóstol. Para darse cuenta de la pasión de este sentimiento es necesario conocer el espíritu judío, de un fanatismo extremado, lleno de orgullo y de rencor. El judío no comparte ese sentido de humanitarismo cristiano, ese amplio espíritu de comprensión, de indulgencia para las opiniones contrarias y de sociabilidad que tiene el europeo. Para el judío no existe nada más que un solo pueblo digno, un solo pueblo llamado a gobernar el mundo: el "pueblo elegido de Dios".

Así la cultura europea, o sea la cultura cristiana, tuvo desde sus orígenes un enemigo encarnizado y fanático. Si los judíos hubieran conservado su territorio, habrían desencadenado una guerra permanente contra Europa. Habrían sido para ella lo que Persia fué para Grecia y lo que Cartago para Roma. Privados de su tierra pensaron que mejor que alejarse de las naciones odiadas era incrustarse en ellas para minar por dentro las bases mismas de su civilización y de sus instituciones. Así se da el caso de que una cultura tenga en sí misma el virus que va destruyendo su organismo. El edificio europeo se ha de desmoronar por la labor judía.

Así, pues, eso que se llama el judaísmo internacional es todo un sistema político para apoderarse de todas las palancas y de todos los principios motores de la estructura cultural

Europea. Los judíos han llegado a apoderarse de la banca, de la prensa, de las principales industrias, de los grandes trusts comerciales. Con su gran capacidad para los negocios y con su espíritu acaparador y absorbente el judío es hoy casi el eje de la economía del mundo. Así teniendo el control del factor económico podría en un momento determinado hacer zozobrar la nave de la civilización occidental

No es una deducción nuestra la que conduce a este temor, sino la observación de grandes mentalidades europeas, y principalmente el descubrimiento que se ha hecho de los célebres "Protocolos de Sion", un verdadero plan, elaborado en todos sus detalles y con una inteligencia y agudeza verdaderamente judía, para llegar a dominar los motores de la cultura occidental a fin de destruirla. Allí se habla de acaparar todo el oro del mundo y al mismo tiempo de soliviantar a las masas con la doctrina comunista a fin de que se levanten contra la organización del estado. Se habla también de producir guerras, revoluciones, conmociones sociales a fin de precipitar la caída de Occidente y el advenimiento del reino judío, con el dominio de su cultura, de su religión, de sus principios morfológicos y éticos.

Es verdad que se ha discutido la autenticidad de los "Protocolos", pero aún suponiendo que hubieran sido escritos por un ironista europeo, éste ha tenido sin duda alguna como modelo para su plan teórico el plan realizado por el judaísmo internacional. Pues es lo cierto que los europeos inculpan a los judíos como a los causantes de la guerra mundial, de la revolución rusa, de la crisis económica y del malestar general que aqueja a toda Europa. El comunismo es la doctrina que más favorece a los fines judíos. El comunismo que ataca la raíz misma de la organización social, que niega la propiedad, la religión, el sentido nacional, la tradición y la historia, en nombre de un estado universal, de una cultura ecuménica, que es también el fin último del ideal judío, el comunismo, decíamos, no pudo ser sino, como lo fue realmente, la concepción política de un judío. Además la revolución rusa ha sido, como lo sabemos, obra principalmente de judíos.

Esta aparente contradicción de objetivos que lleva por un lado al judaísmo internacional a acaparar los grandes capitales, y por otro a sembrar el descontento de las masas, infiltrando la teoría negativa del comunismo, es algo que muchos no aciertan a comprender, porque no se les alcanza el fin último que persigue esta entidad, que antes que una raza o un pueblo es una organización internacional, algo así como un gran sindicato de especuladores, un verdadero sistema político para apoderarse y dominar el mundo.

Y en esto consiste el peligro del judaísmo en Bolivia. País desorganizado el nuestro, sin grandes capacidades conductoras, donde la inmoralidad política, la bajeza y la corrupción hacen fácil presa de cualquier elemento extranjero y donde por nuestra pobreza y debilidad estamos expuestos al dominio de extraños, el judaísmo internacional podría absorberlo y dominarlo, sin posibilidad alguna de control. Quienes piensen que cualquier elemento extranjero, por su capacidad y cultura, estaría en la misma posibilidad del judío para dominar el país, no comprenden el problema en sus verdaderos alcances. El europeo que viene a trabajar a nuestro país lo hace sin ningún plan preconcebido de absorción, llega más bien a arraigarse en el espíritu mismo de la nacionalidad, a interesarse por sus problemas y a cooperar a su desenvolvimiento, ya que frecuentemente es la patria de sus hijos. El judío, en cambio, va llevando a todas partes sus prejuicios de raza y sus enconos, religiosos. El judío que odia el concepto mismo de nacionalidad, va minando la fuerza de los estados y procurando que los gobiernos del país donde vive, se pongan al servicio de sus intereses. Así el judío no solamente lleva a donde va el propósito de absorber las energías económicas, sino de ejercitar su influencia en el plano político y social.

Alguien ha dicho que Bolivia no teniendo capacidad para contener a un gran porcentaje de judíos el problema se reduce a unos pocos miles, y que por lo tanto no hay tal problema. Esto es no comprender a fondo la cuestión. No se trata acá del número sino del sistema. Hay que tener en cuenta que detrás de cada judío está todo el judaísmo internacional, que lo ayuda en sus especulaciones económicas, que lo sostiene y que lo impulsa en su trabajo, pero que también le dicta sus directivas para que en el medio en que se encuentra labore en la permanente lucha del dominio judío.

Nosotros tenemos alguna experiencia en este punto, pues las pocas entidades industriales judías de nuestro país han demostrado no solamente su espíritu absorcionista, sino también su tendencia mal velada de influir en nuestros destinos políticos y sociales llevando cautelosamente sus sugerencias y sus incitaciones a los personeros del gobierno, para lograr que la vida económica de la nación y su orientación política esté al servicio de sus intereses.

Nosotros no combatimos a una raza, sino simplemente anotamos un peligro. Repetimos que en nuestro concepto el problema no es de lucha de razas, sino de lucha a un sistema que quiere apoderarse del mundo. Por eso cuando un judío deja la sinagoga y se aparta de ese organismo internacional al que nos hemos referido, lejos de ser un peligro, es más bien un elemento de progreso, por las cualidades singulares que distinguen a la raza judía: clara y aguda inteligencia, sentido de la realidad, don de trabajo y habilidad para los negocios. Es el caso de Espinoza en el plano intelectual y de Disraeli en el plano político. Muchos bolivianos como muchísimos americanos son sin duda de origen judío, pero están espiritualmente incorporados a la nacionalidad y son tanto o más bolivianos que los de origen español y aún que los de origen armara o quechua. El peligro judío no es, pues, un peligro por su raza, que en todo caso es de las más inteligentes y de las más bellas, sino por el espíritu absorbente de ese pueblo que por carecer de tierra quiere adueñarse del mundo.

Se prepara la publicación de la Biblioteca Boliviana

No hay seguramente literatura más desconocida que la literatura boliviana. No solamente la ignoran en los países extranjeros, pero entre nosotros mismos se lee con preferencia el libro que nos viene de fuera, con un cierto gesto de desdén para la producción nacional. Es increíble que hasta los más grandes escritores bolivianos estén hoy ignorados, muchos de los cuales podrían parangonearse con las plumas más conocidas y célebres de América. Bolivia ha tenido mentalidades robustas como Aspiazú, Villamil de Rada, Vaca Guzmán, Isaac Tamayo, José Rosendo Gutiérrez; escritores castizos y elegantes como Nataniel Aguirre, Mariano Ricardo Terrazas, Julio Lucas Jaimes, Julio César Valdez, Alberto Gutiérrez; periodistas de mentalidad aguda y chispeante pluma como Zoilo Flores, Félix Reyes Ortiz, Antonio Quijarro, Nicolás Acosta, José Carrasco; investigadores y estudiosos como Manuel Vicente Ballivián, Miguel de los Santos Tabora, José Manuel Gutiérrez, Sabino Pinilla, Valentín Abecia; y luego brillando en todas las disciplinas el más grande de los escritores bolivianos, Gabriel René Moreno, historiador, bibliógrafo, crítico y estilista elegante, castizo, luminoso.

Es lamentable que no se conozca la obra de estos hombres que contribuyeron con su espíritu y su talento a forjar la cultura boliviana del pasado siglo, y este desconocimiento se debe principalmente a la dificultad de conseguir sus libros, ya que las ediciones de esas obras están totalmente agotadas, ediciones por otra parte demasiado limitadas, de tal manera que es hallazgo precioso de bibliófilo el poder encontrarlas.

Se ha hablado hace años de la necesidad de que el Gobierno tomara a su cargo la reedición de todas las principales obras bolivianas formando así una biblioteca que sería la expresión de todo nuestro acervo cultural, contribuyendo, por otra parte al mejor conocimiento de nuestro país, de su pensamiento y de sus letras; pero estas sugerencias caían siempre en el vacío. Felizmente el actual ministro de Educación, señor Navajas Trigo, se ha dado cuenta de la alta trascendencia de esta obra, y tenemos conocimiento que ha de poner todo su espíritu, siempre fervoroso por las disciplinas del arte y de las letras, y todo su empeño, en hacer realidad esto que llamaríamos la reedificación de nuestra arquitectura cultural.

Naturalmente que tratándose de una obra de tanta trascendencia creemos que se encomendará a una comisión integrada por los mejores escritores la dirección de ella, quienes deberán faccionar un plan que abarque todas las épocas de nuestra producción intelectual, desde la Colonia hasta nuestro tiempo. Pues sin un plan metódico, que comprenda las diferentes escuelas, las diferentes orientaciones ideológicas y las diferentes sensibilidades mentales por las que ha pasado nuestro país, la obra no sería de la importancia y trascendencia que esperamos.

Cúmplenos, pues, felicitar al señor Navajas Trigo por la obra altamente cultural que se propone realizar y en la que estamos seguros contará con la cooperación de todos los hombres estudiosos del país para hacer de la "Biblioteca Boliviana" un verdadero monumento de cultura, que será el orgullo de las letras pasadas y la orientación de las nuevas.

Roberto Prudencio.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

"Memorias para la
Historia de Bolivia"
Por Manuel Sánchez de Velasco
Editorial Charcas-Sucre

La Sociedad Geográfica de Sucre, que es una de las pocas instituciones del país que siguen laborando pacientemente y realizando obra de cultura, ha publicado esta magna obra que es la "Historia de Bolivia" de Sánchez de Velasco, cuyos manuscritos se conservaban en su valiosa biblioteca durante muchos años.

Sánchez de Velasco fué uno de los jurisconsultos más célebres que ha tenido Bolivia. Comenzó su carrera siendo Secretario de Cámara de la Real Audiencia de los Charcas y hay quien dice que llegó a ser oidor de la misma. Cuando la Academia Carolina inquietó las mentes discutiendo las nuevas teorías políticas que llegaban de Francia, creando así el clima revolucionario, Sánchez de Velasco fué uno de los primeros en inclinarse por las nuevas doctrinas, aportando su concurso intelectual a la obra emancipadora. Creada la república fué uno de los fundadores de nuestra judicatura, trabajó activamente en las comisiones codificadoras, llegó a vocal de la suprema y terminó su carrera siendo presidente de este alto tribunal.

Su labor jurídica sin embargo parece que no le impedía tener veleidades literarias. Creo que René Moreno se refiere a él cuando inculpa a "un miembro nato de toda comisión codificadora" el haber publicado un malísimo libro de versos y luego lo encontramos formando parte del juri calificador en el certamen convocado en agosto de 1853 para un epitafio al Libertador y en el que salió premiado el poeta Ricardo Bustamante. Esto nos demuestra, pese a la opinión demasiado desfavorable de René Moreno, que en su tiempo Sánchez de Velasco era considerado como un principal hombre de letras.

Habiéndole tocado vivir en los momentos más importantes de la historia de Bolivia, en aquella época gloriosa de la gesta emancipadora, siendo testigo de los mil trajines y de los sucesos que allegaron para la fundación de la república, luego del gobierno ejemplar de Sucre y del período inquieto y grandioso de la confederación, se comprende que su amor por las letras lo hubiera llevado necesariamente a escribir la historia de esos días memorables.

Es así cómo tenemos la suerte de contar con el testimonio de uno de los testigos presenciales de aquellos sucesos, y el que por la preclara personalidad de su autor, cobra un valor verdaderamente inestimable para nosotros. Sánchez de Velasco relata los hechos con un amplio espíritu, con una mente clara y sin pasión partidista. Es verdad que no se apoya en una documentación, ya que por otra parte no pretendió hacer obra de juicio histórico, sino simplemente memorias para servir a la futura investigación. Es, pues, posible que muchos de los sucesos referidos sean contestados por la crítica, como sucede con las obras de Urcullo y Cortés, ya que la memoria no es con frecuencia fuente segura de información. Mas en todo caso la obra de Sánchez de Velasco será para nosotros de un gran valor, porque nos revela el espíritu mismo de aquella época, la mentalidad de ese tiempo, sus juicios y sus prejuicios a través de uno de sus hombres más representativos.

Las memorias de Sánchez de Velasco comienzan en 1808, cuando se gestaba el movimiento revolucionario y terminan en 1848 a la caída de Ballivián, comprendiendo precisamente el período más glorioso de la historia de Bolivia, que comienza con la guerra de los quince años hasta la fundación de la república, comprende las victorias de Santa Cruz y la política de la Confederación y termina con la batalla de Ingavi el último triunfo de las armas bolivianas.

Los manuscritos de esta obra parece que fueron consultados por Urcullo, Cortés y algunos otros de los historiadores bolivianos, quienes citaban las "Memorias" de Velasco como una de las fuentes principales en su investigación, pero desgraciadamente permanecían ignoradas para el gran público. Debemos su publicación, como he dicho, a los esfuerzos de la Geográfica de Sucre, al parecer después de noventa años que permanecieron inéditos.

La edición está hecha con verdadero cuidado y esmero, constituyendo por si misma ya un galardón para la editorial Charcas, que merece todo el apoyo y toda la simpatía de los hombres de letras, pues es una de las pocas editoriales de la república que está empeñada en una amplia labor cultural, habiendo ya editado por su cuenta muchísimas obras de nuestros principales escritores. Hoy se halla preparando la publicación de otra de las obras importantes que hacía tiempo permanecía inédita: la "Historia Civil de Chuquisaca", de don Valentín Abecia, y que tenemos noticia será una edición de lujo, con grabados de las principales obras de arte y monumentos de Sucre. Esta editorial está dirigida por un hombre culto y fervoroso de las letras como es el señor Zacarías Benavides, uno de los más inquietos impulsores del mundo artístico chuquisaqueño. Así estamos seguros que la editorial Charcas ha de contribuir en gran manera a la producción intelectual de nuestro país.

“ R e p e t e “
Por Jesús Lara
Ed. Canelas-Cochabamba

La tragedia del Chaco es una tragedia sin anécdota. Una tragedia sin gestos, sin gritos, sin horror. Una tragedia subjetiva, callada, silenciosa. Una tragedia helada. El drama de hombres que han traspasado su humanidad y se han hecho espíritus o espectros; por eso un drama sin actitud y hasta sin llanto. Dice Martín Heidegger que la angustia es el encuentro con la Nada. Yo diría que la tragedia del Chaco ha sido la tragedia de la angustia, porque los hombres se han encontrado con la nada. Me parece supremamente, difícil escribir sobre el Chaco, porque uno se encuentra con que no tiene qué decir, habiendo vivido al parecer tantas cosas. Solo podrían expresar esta tragedia la pluma de un Dostoiewski o una página en blanco. Toda descripción resultaría incolora, pálida, y, si se me permite la expresión, hueca, porque no son los mil sucesos ocurridos los que hacen la tragedia de esta guerra, sino una angustia sorda e innominada, un manto tenebroso e impalpable que cubría como una atmósfera a la trivial anécdota.

Por eso un libro como el de Jesús Lara que es un diario objetivo de la campaña y en el que nos cuenta ingenua y sinceramente los sucesos que ha visto, no puede interesar sino al que no ha concurrido a la campaña, al que no ha vivido esa tragedia sorda, esa angustia callada, sin realidad y sin anécdota, ese pasar los días tenebrosos, como procesión de fantasmas silentes, ese terrible vivir en una atmósfera trágica sin incidencia alguna, sin ninguna novedad en el frente, y que Guzmán de Rojas ha querido aprehender en el lienzo y el que en literatura ha sido alguna que otra vez captado en los relatos de "sangre de Mestizos" de Céspedes.

El diario de Jesús Lara por ser demasiado minucioso ha descuidado lo esencial, por ser demasiado objetivo no ha visto el fondo más trágico aún que las tragedias que relata. Jesús Lara pinta en "Repete" todo lo que ha pasado ante su vista, pinta en forma desnuda y valiente todas las miserias de la guerra, mejor dicho de nuestra guerra tan singular y única. Pinta la incapacidad de los comandos, la impudicia de las enfermeras, la inconciencia selvática de jefes que desdeñosos para el dolor de los heridos se bebían el alcohol de los hospitales; toda la desorganización y el caos que reinaba en aquel mundo turbulento, y en fin todo el desquiciamiento y la crisis moral de nuestro pueblo, que podemos contemplar tanto en la paz como en la guerra.

Toda la periferia de sucesos está, pues, trazada en "Repete" con fuerza y con vigor. Y sin embargo al leer este libro no sentimos la guerra los que la hemos vivido. Seguramente hemos visto hechos semejantes a los relatados por Lara y los seguimos viendo hoy en la paz como los vimos en la guerra. Pero en cambio aquella tragedia honda, aquello que no hemos visto pero que hemos sentido no ha llegado a ser aprehendido por el escritor. En "Repete" está la parte anecdótica por así decirlo, la parte ridícula y miserable de los hombres, pero no está la tragedia, la parte cruenta que le cupo al destino.

En este sentido es más verdadero aunque menos real el libro de Céspedes. En "Sangre de Mestizos" se estiliza los hechos, se subraya los gestos, se intensifica la acción, y así no se da un suceso más entre los muchos acaecidos, sino el suceso esencial, simbólico, de todo un proceso vital. Y esa es la misión del arte. El arte debe captar no el suceso, sino la esencia del suceso; todos los hechos y ningún hecho en particular, pintando el carácter esencial, protoplasmático, la forma

simbólica de un mundo. El arte no es copia, el arte es creación, o mejor dicho recreación en forma esencial de algo vivido.

Mas al parecer Jesús Lara no ha pretendido hacer una obra de arte, es decir no ha pretendido hacer de "Repete" una novela, sino simplemente un diario de campaña, lo más sincera y llanamente expuesto, que comprenda en forma minuciosa todas sus experiencias y sus visiones en el frente, sin ningún ropaje artístico, pero con un lenguaje desnudo y vigoroso.

Si es así ha cumplido perfectamente su propósito.

"DE TODOS LOS TIEMPOS"
Por Alfredo Jáuregui Rosquellas
Editorial Charcas-Suele

El autor de "La Ciudad de los Cuatro Nombres" y de tantos otros libros históricos ha publicado estas "crónicas de heroísmo y de barbarie", como reza el subtítulo, y que se refieren unas a la época incásica, otras a la época colonial y otras a la república.

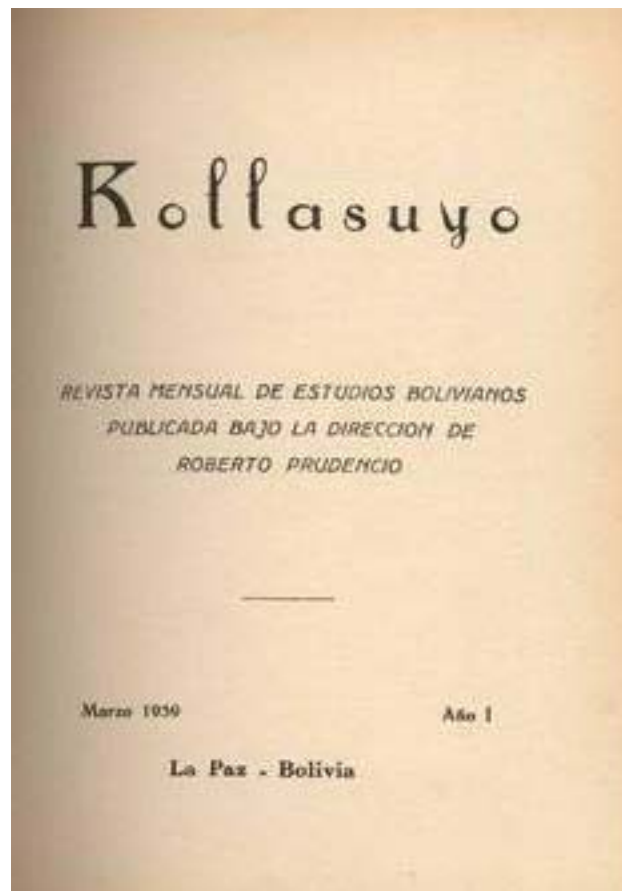
Como todos los libros del señor Jáuregui éste revela también la pasión del autor por los papeles amarillados, por las crónicas añejas, por las tradiciones y leyendas de los viejos tiempos. Se patentiza a través de sus páginas el gusto por hormiguar el pasado y escudriñar en las bibliotecas, mas no llevado sin duda por un amor intelectual y una sincera pasión por la historia, pero simplemente por una de esas manías de revolver papeles polvorientos, y que llegan a hacerse una segunda naturaleza en quienes no han tenido en su vida otra ocupación.

Muchos han gustado de, escribir tradiciones y crónicas entre nosotros. Han cultivado el género en forma admirable Nataniel Aguirre, Julio Lucas Jaimes, Nicolás Acosta, Modesto Omiste y José Manuel Aponte, quienes manejaban la pluma con donaire y con gracia, unos con agudeza chispeante, otros con serena nobleza, pero siempre tratando de dar a sus relatos una belleza plástica. El señor Jáuregui Rosquellas es más un investigador y un bibliómano que un escritor. Por eso su obra, aunque valiosa por las anécdotas y hechos pasados que recopila, es un tanto fría e incolora.

Las crónicas trasladadas de la profusa folletería boliviana en la que el señor Rosquellas vive envuelto, están escritas en forma desmañada, sin gracejo ni colorido alguno, en un estilo pasado y gris. Así un libro que pudiera ser ameno e instructivo por su contenido, resulta por su forma desabrido e insípido. No es facial en verdad, como parece, el género de la tradición y de la crónica. El relato de cualquier leyenda antigua al parecer debiera ser por si mismo grato y placentero, pero no es así. Si nos sentimos atraídos por el mundo y las costumbres de otros tiempos, a través de las tradiciones de Palma o de las crónicas de Nataniel Aguirre, no es seguramente por lo que en ellas se relata, sino por la manera jugosa y colorida con la que dichos autores pintaron esos tiempos. Antes que el argumento de las "Tradiciones", es seguramente ese vocabulario retozón, sensual, lleno de gracejo y de ocurrencia que empleaba Palma el que nos subyuga y nos atrae, y es también seguramente el estilo señorial, elegante y pulquérriimo de Nataniel Aguirre el que produce la fruición intelectual de su obra toda.

Estas crónicas de heroísmo y de barbarie tienen sin duda el interés de la anécdota, pero carecen de estilo, esto es, de ese espíritu que anima hasta el relato más humilde y que todo buen escritor sabe insuflar a su obra.

Roberto Prudencio.



El Dr. Casto Rojas, Presidente de la Academia Boliviana de la Historia y Delegado oficial de Bolivia al II Congreso de Historia de América, reunido el anteaño pasado en la ciudad de Buenos Aires, pronunció en una de las sesiones plenarias de la gran asamblea continental, el discurso que se leerá a continuación.

Las reflexiones expuestas por el Dr. Rojas, que constituyen en realidad una introducción al estudio de la Historia del Cerro Rico de Potosí, presentado también por él a la docta corporación, merecieron unánime aplauso y motivaron la aprobación del voto de recomendación que figura al pie del mismo documento. La importancia de las ideas sustentadas por el Dr. Rojas, en forma novedosa y original para la interpretación económica de la historia colonial, es digna de ser tomada en consideración por los que se dedican a las investigaciones históricas.

Al publicar las reflexiones del Dr. Rojas, nos prometemos insertar también algunos capítulos de su síntesis histórica sobre el Cerro Rico de Potosí.

Reflexiones sobre Historia Económica

La historia militar y política ha sido en todo tiempo cultivada con preferencia por la natural atracción que ejerce en los espíritus la narración de los hechos guerreros y el análisis de las grandes pasiones humanas.

Menos aparatosa y espectacular, la historia económica y financiera no ha tenido la suerte de cautivar con igual intensidad la atención pública y ha sido virtualmente relegada al plano modesto y casi anónimo de las investigaciones de gabinete:

Y, sin embargo, en el desarrollo armónico y solidario de las fuerzas espirituales y materiales con que se elabora la civilización, no podrá prescindirse del factor económico en el estudio de la historia de los pueblos, sin dar a las investigaciones un carácter unilateral e incompleto.

En medió de la infinita complejidad del fenómeno humano al través del tiempo y del espacio, lo económico salta a la vista del observador como la fuerza de propulsión que acciona el misterioso engranaje de los pueblos, dando expresión real y tangible a los demás factores morales, espirituales y políticos que mueven ese enorme complejo de la dinámica social.

Sin las exageraciones y aberraciones del materialismo histórico, pero sí dando a cada factor su lugar propio en el conjunto de todos los factores concurrentes al progreso humano, la sociología económica fija los principios que rigen las condiciones de nutrición de las sociedades. Y el conocimiento de esas condiciones con relación al tiempo y al espacio, constituye la materia noble de la investigación histórica dirigida a esclarecer el futuro de los pueblos por el estudio de su pasado económico.

Desde este punto de vista, nuestros pueblos americanos necesitan conocer no sólo su pasado político e institucional, sino también su fuerza de expansión económica, su capacidad de nutrición propia, las riquezas de todo orden que aportaron a la civilización y las fuerzas económicas con que han de proveer a su bienestar futuro y al de los pueblos con quienes mantienen relaciones de interdependencia económica.

En la causalidad misma del descubrimiento de América, figura el factor económico como la brújula que guía las naves de Colón hacia los rumbos imaginarios de las Indias.

Durante la esforzada gesta conquistadora, es también lo económico el incentivo que dirige y alienta a los capitanes españoles para la realización de sus temerarias empresas en busca del oro y de la plata, en pos de los tesoros de los incas y de los aztecas, en persecución de aquella quimera loca, del El Dorado, de la ciudad de los Césares, de los fabulosos tesoros de Moxos, de las tierras y montañas sembradas de oro y piedras preciosas del Gran Paititi...

Y en el decurso de los tres siglos de la dominación colonial, a pesar del sentido religioso y místico de la obra respetable de las misiones cristianas, es siempre el factor económico la causa fundamental de toda la expansión imperialista de España en América, hecha a base de una vasta empresa feudal, bajo el rígido y severo concepto de política de puertas cerradas, para evitar el peligro de la irrupción de otros imperialismos.

Finalmente, fué el factor económico el que marcó la hora de la independencia, uno de cuyos puntos iniciales en esta parte del continente debe situarse en la Catedral del comercio libre del Virreinato de Buenos Aires.

Antes que las instituciones políticas y religiosas de España, fué la Casa de Contratación de Sevilla la que fijó los rumbos de la América colonial.

Cumple, pues, a, los historiadores investigar el factor económico en el desarrollo de nuestro continente, señalando el acervo de riqueza y de dolor con que éstos pueblos contribuyeron a la civilización.

Largo tiempo deben pensar los pueblos frente a su pasado económico para buscar los derroteros de su bienestar futuro.

La vida de los pueblos no es sino la constante remodelación de sus caracteres ancestrales en formas nuevas que manipulan y guardan la misma arcilla primitiva extraída de la entraña del suelo y recocida por el calor de su cielo.

Las instituciones económicas y financieras de nuestros tiempos, no son sino las viejas instituciones que sobreviven y se sustentan del inagotable manantial de nuestro pasado económico.

Me he inspirado en estas sencillas verdades al estudiar en síntesis comprimida la maravillosa historia del Cerro Rico de Potosí, cuya influencia en el régimen colonial tuvo los caracteres de un fenómeno de la más alta y desconcertante trascendencia, dando un nuevo sentido a la historia económica de su tiempo.

Europa no necesitaba tierras para el sustento de sus poblaciones todavía poco densas en aquellas épocas. Las tierras del Nuevo Mundo no tuvieron por ello una valoración y aplicación inmediatas. Lo que necesitaba Europa, bajo la influencia de los principales mercantilistas de su tiempo, era la acumulación de metales preciosos como base del poderío y de la prosperidad de los pueblos.

Y el Cerro Rico de Potosí colmó esas aspiraciones con maravillosa esplendor. Desde el instante del descubrimiento de sus filones de plata nativa, fué una realidad económica tangible y fantástica. A partir del año 1545 lanzó sobre España y Europa miles de millones de riqueza fresca y nueva que dieron un fuerte e inesperado impulso al desarrollo de la Edad Moderna y del Renacimiento, contribuyendo con el contingente de sus capitales a la gran evolución económica e industrial de la civilización contemporánea.

Y no podía ser de otro modo. Mientras que la tierra apta para la agricultura se valoraba lentamente, brindando un vivir modesto a los colonos, la riqueza minera de Potosí, y con ella la de Porco, Zacatecas en México y de los minerales del Bajo Perú, improvisaban cada 24 horas de boya la fortuna siempre renovada y creciente del monarca de España y de sus súbditos mineros de América.

El sentido mismo de la colonización era ése. No vinieron los españoles a roturar las tierras, cuya evolución económica se manifestaría más tarde como una nueva fuente de inagotable riqueza. Vinieron en pos de los tesoros de los incas y aztecas, a recoger el oro de sus vastos dominios, a extraer la plata de sus fabulosos cerros.

Y esta evolución económica de aventura loca, que supera las mayores fantasías, dió un nuevo sentido a la historia humana y puso al servicio de la evolución económica del mundo un capital fresco de cerca de cuatro mil millones de pesos.

A esta formidable influencia económica que hizo triplicar el precio del trigo, que alteró la relación de los valores de su tiempo, que aceleró el nacimiento de las poblaciones y de las explotaciones agrícolas e industriales en el Alto y Bajo Perú y en el Río de La Plata; a ese fenómeno económico todavía no bien analizado, pero de indudable y desconcertante valor humano; y, en fin, a aquel centro radial de acción y de atracción y a la vez foco de irradiación y expansión colonial, me he permitido llamar la "Era Potosina", como acto de justicia histórica y como reconocimiento de su trascendental influencia en la historia económica de esta parte de América.

En la reconstitución histórica de Potosí, he utilizado una documentación de la más alta calidad.

En primer término, he extraído del "Gazophilacio Regio Peruano", obra monumental de D. Gaspar de Escalona y Agüero las noticias más importantes sobre la vida y producción del Cerro Rico de Potosí desde su descubrimiento hasta principios del siglo XVII en que fué escrita aquella obra.

Debo decir en justicia, como un homenaje al autor del "Gazophilacio", que ningún historiador podrá prescindir de sus sabias enseñanzas si trata de realizar obra de probidad histórica y de exégesis filosófica del período colonial.

El "Gazophilacio Real del Perú" a la vez que historia institucional de América, es el monumento más grande de derecho financiero y administrativo de las Indias occidentales.

He utilizado igualmente las páginas eruditas y documentadas del padre Reginaldo de Lizárraga, obispo que fué de Chile y del Paraguay, también del siglo XVII, en su admirable "Descripción y Población de las Indias".

Y he tenido a la mano, con la emoción que es de suponer, la obra magistral de D. Pedro Vicente Cañete, intitulada "Historia de Potosí", escrita en 1787, casi en vísperas de la revolución de la independencia. Sus 750 páginas manuscritas, in folio, inéditas hasta el presente, contienen tesoros de verdad histórica tan grandes y valiosos como los mismos tesoros de plata del Cerro del Continente.

Con el auxilio de otros documentos y las noticias de cronistas e historiadores más reputados, he podido realizar una obra de síntesis que es propiamente una pequeña anticipación a la obra monumental que reclama y espera la gloria de Potosí.

Estas noticias y reflexiones carecerían de objeto ante la benévola atención de los maestros del pensamiento de la historia continental a quienes me dirijo, si no tuvieran una finalidad concreta, concebida en los términos del voto que me permito someter respetuosamente a la sabia consideración de esta Asamblea.

He aquí el voto proyectado:

EL II CONGRESO INTERNACIONAL DE HISTORIA DE AMÉRICA

Considerando:

Que es de gran utilidad el conocimiento de las condiciones económicas del régimen colonial, fuente común de la economía y de las instituciones financieras de los pueblos del Continente,

Resuelve:

Recomendar a los institutos de historia americana dedicar especial atención a los estudios de historia económica y financiera de sus respectivos países, con preferencia sobre los siguientes temas:

- a) Interpretación económica de la historia colonial y estudio de la relación de valores antiguos con referencia a los contemporáneos.
- b) Historia del derecho financiero y administrativo comparado de las Américas española, inglesa y portuguesa.
- c) Sistemas monetarios y casas de amonedación colonial en el continente.
- d) Metalurgia y orfebrería americanas de la época precolombina y durante el régimen colonial.

Buenos Aires, 7 de Julio de 1937.

CASTO ROJAS.

Ensayos de Sociología Boliviana

LA SOCIEDAD CAMPESINA

I

Las frotas de la población boliviana

Históricamente la población boliviana divídese en dos grandes grupos:

1°.- **Las razas indígenas**, descendientes de las que la conquista española encontró establecidas en el territorio que colonizaba bajo el nombre de "Nueva Toledo".

2°.- **Las razas exóticas** provenientes de la penetración desde comienzos del siglo XVI, de núcleos humanos de origen europeo, africano y, últimamente, asiático.

El primer grupo está constituido por tres razas:

- a) los quechuas;
- b) los aymaras;
- c) los guaraníes;

Todas ellas han conservado, a través de cuatro siglos de contacto con las razas conquistadoras la pureza de su sangre, su idioma, sus costumbres, su organización civil y económica, el fondo supersticioso místico y totémico de sus sentimientos religiosos, y viven actualmente alejados de la vida política del Estado, cuyas leyes, organización e idioma ignoran.

El segundo grupo, las razas exóticas (empleando el vocablo del pensador argentino Ricardo Rojas), está constituido en su inmensa mayoría por europeos de origen español, los únicos que durante los siglos XVI, XVII Y XVIII fueron legalmente admitidos en el país, dado el sistema político imperante, pues el aporte de esclavos negros, fué insignificante a causa de las condiciones geográficas y climatéricas del territorio. Desde mediados del siglo XIX la masa inmigratoria ha comprendido núcleos de población de origen francés, alemán, inglés, polaco, yugoslavo, norteamericano, suizo, escandinavo, etc. A partir de 1910, se constituyeron en las ciudades importantes colonias japonesas y chinas, mientras los árabes, los armenios y los turcos acaparan el comercio ambulante en los suburbios, en las aldeas y en los campos.

La primera cruce del indio conquistado y del conquistador español, allá en el segundo tercio del siglo XVI, en las frías serranías de los Andes Bolivianos, dió por resultado un tipo híbrido, el **mestizo**. Cuando la cruce se efectuaba en las ciudades, el mestizo adquiría un oficio y lentamente constituyó una clase social, el **cholo**, el obrero de hoy. Más, si la cruce se efectuaba en la campiña, donde el conquistador explotaba sus fundos agrícolas, el mestizo se consagraba al cultivo de los campos, constituyendo una otra clase social, el **mozo**, el obrero campesino de hoy.

Si del aspecto histórico pasamos al factor geográfico, encontramos superpuestos en cada región del territorio los grupos humanos que acabamos de señalar.

En la región andina septentrional, (bordes orientales del lago Titicaca, departamento de La Paz y Oruro), la raza indiana está representada por los aymaras que habitan en la región más inclemente, árida e inhospitalaria de Bolivia. Las razas exóticas están concentradas en las ciudades de La Paz y Oruro y, en escasísima proporción en las provincias y el campo. El **cholo**, el obrero, ejerce los oficios en la ciudad y la aldea, trabaja en las minas y, en reducido porcentaje, en las profesiones liberales. El **mozo**, el obrero campesino, cultiva la tierra. **Pero acá, tanto el cholo como el mozo provienen de la cruce del blanco, del cholo o del mestizo con el aymara;** hablan dos idiomas: el aymara y el español.

En el sector meridional de la región andina (parte del Departamento de Oruro, departamentos de Potosí, Chuquisaca y Cochabamba) la raza indiana está representada por los quechuas. Los núcleos de origen europeo y asiático en gran desproporción, están concentrados en las ciudades de Oruro, Sucre, Potosí y Cochabamba, en los diversos centros de actividad minera, (Uncía, Pulacayo, Uyuni, Tupiza, Challapata, etc.) El cholo realiza las tareas manuales en las

ciudades y las provincias, o trabaja en las minas. El mozo labra la tierra. Pero **en esta región, el cholo y el mozo provienen de la cruce del europeo, del criollo o del mestizo con el quechua;** hablan generalmente dos idiomas: el quechua y el español.

La inmensa región de los llanos del Oriente, comprendida entre las márgenes del Río Acre (afluente del Amazonas), en el Norte, y las del Pilcomayo (afluente del río de La Plata) en el sud; y entre los contrafuertes de los Andes, al occidente, y las márgenes de los ríos Iténez y Paraguay, al este, está poblada por la **raza guaraní**, raza amazónica, raza de las selvas, que parece haber dominado hasta la conquista española toda la región de América comprendida entre la Patagonia Argentina y las Guayanas, en las tierras regadas por los grandes ríos del Atlántico. Los guaraníes se dividen en sinnúmeras tribus que hablan dialectos diferentes y que pueblan los departamentos del Beni, Santa Cruz y Tarija.

Mientras los quechuas y los armaras viven en comunidades, al pié de sus montañas, hablando un idioma común a toda la raza, íntegramente consagrados a la agricultura, impermeables (si pudiéramos expresarnos así) a la influencia de los blancos y de los mestizos, los guaraníes en cambio, viven alejados en sus forestas, divididos por sus dialectos y, sosteniendo una guerra constante entre sí, aprovechando los frutos naturales, indiferentes a la noción de propiedad privada del suelo, hostiles a todo contacto con los blancos y mestizos. Hoy mismo, constituye un problema difícil la tarea de evangelización de algunas de esas tribus.

Los núcleos de origen europeo viven en las ciudades de Trinidad, de Santa Cruz y de Tarija y en numerosos centros de provincia (San José, Lagunillas, Charagua, etc.). Su influencia geográfica es más amplia que en las regiones andinas, pues en varios distritos se ha conservado pura la sangre del conquistador ibero y se halla aún actualmente el español del siglo XVII. Fueron pacíficos andaluces los colonizadores de esas tierras y encontrándolas fecundas (producen fácilmente dos cosechas al año) y de clima cálido, dedicáronse a cultivarlas, ya que ellos no conocían el embrujo del oro como sus compatriotas vascongados, aragoneses y castellanos que, a esas mismas horas, arañaban las entrañas de las rocas en las minas de los Andes.

Diseminándose los andaluces en las llanuras fecundas del oriente y del sudeste, se convirtieron en campesinos.

He ahí por qué, hoy, en las campiñas del Beni, de Santa Cruz y de Tarija, el campesino ofrece su puro tipo ibero y no habla otro idioma que el español, y todavía un español de giros y expresiones arcaico.

Afirmar por ello, que no hubo cruce entre el español y el guaraní? Sí, la hubo, continúa habiéndola, y ese tipo de mestizaje se lo encuentra, sobre todo, en los departamentos del Beni y Santa Cruz. El mestizo creó, allí también, al cholo, al obrero, que quedó en las ciudades o puebluchos y al mozo, el obrero, que fué también a cultivar los campos. Hijo del español y del guaraní, el mozo del oriente habla casi siempre el español y el dialecto de sus mayores.

Se ve, pues, que étnica, histórica y geográficamente, esta clase social del mozo boliviano, tiene tres expresiones: el mozo de stirpe quechua, el de stirpe aimara y el de stirpe guaraní.

En las páginas que sigue varios a estudiar exclusivamente el primero, pues es, al sólo que hemos conocido y logrado quizás, comprenderle;

II.- EL AMBIENTE FÍSICO

El mozo es, por antonomasia, el habitante de los campos. Conviene, por consiguiente, estudiar el medio físico en el que vive.

Las quebradas meridionales de los Andes bolivianos, desde los 169 de latitud sud, son generalmente de clima templado. Esa región participa de las tres zonas físicas del territorio nacional: los valles, las montañas, la puna bravía. Los mozos han constituido sus núcleos de población al abrigo de las montañas, favorables para el desarrollo de la agricultura. ¿Por qué no se han instalado en los valles, si éstos ofrecen las tierras más ricas y las mejores condiciones para su cultivo?

Los hay que así han hecho, pero en ellos se ha producido una modificación de su psicología, bajo la influencia del clima y de la mayor fertilidad del suelo, que los ha tornado perezosos y fáciles al ocio.

Desde octubre hasta abril (mediados de la primavera a mediados de otoño), el mozo ve rodeada su casa por los sembradíos que en verde eclosión llegan al nivel del techo. Las lluvias

torrenciales centuplican el caudal de los riachuelos y de los arroyos, interrumpiendo durante semanas íntegras, las comunicaciones. El cauce de los ríos está circundado de lodazales y pantanos que hacen peligroso el tránsito. En veces, las montañas vomitan el "suco", avalancha de lodo que entierra sembrados, casas, aldeas. Las tempestades eléctricas son frecuentes y el granizo, en veces, destruye en pocas horas todos los frutos.

Este cuadro sombrío no se presenta siempre. Y en los años en que la temporada de lluvias se muestra benigna, es bello el panorama de los sembradíos de patatas cubiertos de flores blancas, el de los maizales de cabello café grisáceo, el de los trigales con el verde puntiagudo de sus espigas, y el todo, coronado por las montañas que sobre fondos pardos ostentan el verdegueo de huertezuelas, bosquecillos, sembradíos descolgados de los picachos.

A mediados de abril, cesan las lluvias; la temperatura baja, frías ráfagas comienzan a sacudir de las montañas. El campo amarillea. Diríase que envejece. Cada día, capas de polvo recubren el antiguo verdor fresco y jugoso. La tierra se endurece. Las casas de los mozos y de los indios crecen y muestran sus establos de ovejas, de caballos, de gallinas. Y cuando comienza la cosecha, sólo los molles mecen sus ramas transparentes y flacas sobre el erial.

A principios de junio (invierno), cuando las cosechas han concluido, el cielo de un azul transparente y profundo, cubre la tierra muerta y en las noches — incomparable dominio de las estrellas, — las heladas congelan los arroyos y los riachuelos, que apenas parecen estrechas cintas de cristal extendidas a lo largo de las playas ensanchadas y pedregosas.

Y vienen los vientos de agosto, polvorosos y frescos, desperezando la dureza gélida de los campos soñolientos. Ni una lluvia desde mediados de otoño! Y ahora, al anunciarse la primavera, el agua de los canales de irrigación serpentea en los campos, pues la tierra debe ser remojada para que el arado pueda rasgar sus entrañas. Y los campos que en invierno ofrecían su café bajo, café de tierra muerta, hoy presentan un café oscuro, café de tierra mojada, café de tierra que comienza a engendrar. Cuando cae la primera lluvia de septiembre, un olor de fertilidad se desparrama en los campos, un perfume de tierra mojada.

III.- LA FAMILIA CAMPESINA

El mozo practica la monogamia. Condúcele a ello, más que el instinto o el concepto religioso, el interés material que obtiene de su compañera única. La moza, la campesina, es un factor apreciable de la producción.

Busca generalmente el mozo a su compañera entre las muchachas de su pueblo o de su región, practicando una especie de endogamia. Contribuye a ello su espíritu sedentario, pues cuando deja su casa es sólo temporalmente, con un negocio determinado, y durante su ausencia su espíritu vive constantemente en el hogar.

Casi siempre, el matrimonio ha sido precedido de un concubinato, suerte de ensayo de la futura vida conyugal. El mozo sigue, en este orden, la influencia del indio, cuya institución del "sirvinacu" contribuye eficazmente a la solidez de la familia legalmente constituida más tarde.

El matrimonio, civil y religioso, es una práctica social más que un sacramento de la iglesia o una institución del Estado. La bendición eclesiástica, el contrato ante el oficial del registro civil, son meros detalles formales, pues las gentes no comprenden nada ni del uno ni de la otra. Lo que reviste interés y merece los preparativos de los novios, de la familia, de los vecinos, es la fiesta con la que se celebra el matrimonio, a tal punto que ella toma el nombre mismo del acontecimiento: no se la llama invitación o convite, sino "matrimonio".

Varias semanas antes, las familias elaboran chicha y luego fabrican pan, pasteles, tortas, galletas. Después de la ceremonia civil, el novio — calzado de botines y un pañuelo alrededor del cuello, cuando no un cuello y una corbata — preside junto con su padrino la comitiva de hombres que se encamina a la iglesia. Detrás va la comitiva de las mujeres, presidida por la madrina y la novia, — vestida ésta con polleras de terciopelo, blusa adornada de volantes y encajes. Pasada la bendición, las dos comitivas, en el mismo orden, van al "matrimonio", es decir, al festín. Y mientras las familias y los amigos comen, beben y bailan, los desposados van a dormir, pues la tradición exige que saliendo de la iglesia, los recién casados deben acostarse.

En la generalidad de los casos, el novio ha construido su "casa". Sobre un pedazo de sus tierras o arrendando un lote del patrón de la finca, ha echado cincuenta centímetros de cimientos de piedra y barro, y a cincuenta centímetros de altura, ha continuado las paredes con adobes. Dos

metros, y luego, el techo sostenido por vigas de madera sobre las cuales extiende una armazón de "suncho" que recubre con una capa de barro sobre la que extiende una nueva capa de paja, y la casa queda lista, la puerta abierta hacia los campos.

La mayor o menor prosperidad económica de la familia se precia por el número de "casas" que componen la vivienda. Una sola habitación es la "casa" del mozo pobre; dos, tres, cuatro "casas", alineadas en triángulo o en cuadrilátero irregular en torno del patio, constituyen la vivienda de una familia rica. Pero el patio existe siempre, aunque la "casa" se componga de una sola habitación: se rodea seis u ocho metros cuadrados de terreno delante de la vivienda, con un cerco de palos, de cañas huecas o de "suncho", y la "casa" posee su patio, pues el patio constituye un elemento esencial en la vida cotidiana de la familia campesina. Las patillas que lo rodean, al pie de los muros, sirven de asiento durante las comidas de la familia o se ofrecen en las fiestas, a los invitados, cuando el patio se torna en salón de recepción. Es en el patio que secan los productos de la cosecha (maíz, trigo, maíz "lisas"), y los productos transformados (harina, muko, y trigo pelados). En un rincón del patio, se guarda la leña que alimentará la cocina, y en el otro, gallinas, patos, perros, gatos, amarrados por las patas o por el cuello, pueblan de voces vivienda.

La división del trabajo se funda en la diferenciación de los sexos. La moza, cumple las funciones de la casa: la cocina, arreglo de la vivienda, el hilado, la confección de los vestidos. En las épocas de siembra o de cosecha, la moza realiza estas labores muy de mañana, todos los días, y se encamina, luego, a ayudar a su marido o amante en las faenas agrícolas, en las cuales ella toma a su cargo las tareas secundarias.

El embarazo no interrumpe sus ocupaciones diarias; el mismo desembarazo es apenas cuestión de uno o dos días, al cabo de los cuales, la moza vuelve a sus actividades normales. Los niños cuidan los rebaños, pero pronto toman una parte activa en las labores de producción, de acuerdo con su sexo. Cuando van a la escuela — y ello constituye una excepción — logran repartir sus roles de pastores y de alumnos.

La familia se levanta con el canto de los pájaros y se acuesta algunos instantes después de la comida. No existe la costumbre de las veladas. Es muy raro que alumbre bujías. Las veladas no tienen lugar sino durante la elaboración de la "chicha", pero entonces son veladas completas, pues la familia íntegra se reúne alrededor del "fogón", cuyas llamas son suficientes para alumbrar la reunión nocturna.

JULIO ALVARADO.

Venus

Aurora de la vida, Venus víctrix,
espuma congelada en alabastro,
gloria de Praxiteles y de Fidias
en mármoles pentélico y de Paros.
Amanecer del mundo, Anadyomena
desmayada de amor bajo los pámpanos.
Diosa y mujer, tu clásica' hermosura
triumfal se yergue en horizontes amplios.
Como un crepúsculo alumbraste
la decadencia de Bizancio;
para el Renacimiento fuiste el alba
del arte henchido de fervor pagano.

La sonrisa del sol es tu sonrisa,
y el sol esplende en tus cabellos áureos.

Con tu magnética mirada
riges la danza de los faunos.
Desde el misterio astral de tus pupilas,
desde el abismo de tus ojos cálidos,
lanza flechas de miel envenenada,
lanza flechas el niño sagitario.
Nadie librarse pudo,
nadie podrá librarse de sus dardos...

Cautamente persigues mariposas
— mariposa tú misma — entre los nardos.
A Citeres conduces tus palomas
— hay dos posadas en tu pecho cándido —
para inspirar a los poetas
estrofas con ardor de epitalamio.

Difundes al pasar, airosa y ágil,
el agridulce olor de los geranios.
En el ardiente mediodía,
Con sensual fruición aspira el sátiro
la perfumada huella de tu cuerpo
sobre la libre alfombra de los campos.
La llamarada de tus besos busca,
busca la hoguera de tus labios.

.....
Quien celebrar pudiera —¡Oh, Afrodita! —
tu belleza inmortal en ditirambos
con cadencia de mar enardecido,
con cadencia de mar sobre tus flancos.

GREGORIO REYNOLDS

1939.

La educación religiosa

El problema fundamental de toda pedagogía radica en la adquisición de una clara conciencia de los propósitos finales de orden moral, que encausen la diaria labor en la formación de las almas jóvenes. Métodos, sistemas y procedimientos sólo constituyen la parte formal; las mismas bases filosóficas de la educación, tienen una reconocida supeditación al capítulo de las orientaciones éticas de la pedagogía. Esto deviene de la conciencia social de que todo hecho individual o colectivo, hoy, es una resultante necesaria, en su significado humano, del germen moral depositado a su vez, por el maestro de escuela que despierta los espíritus, el profesor que los modela, y por el catedrático, verdadero maestro universitario, que los impulsa e ilumina con ideales trascendentes.

Hoy el mundo atraviesa por una de las crisis más hondas de la Historia, para todos los valores espirituales que la civilización había legado al hombre. Crisis tan significativa, que su vencimiento por la adopción de principios generalmente aceptados para la vida del hombre, será hecho suficiente para señalarla como jalón y como matriz de una nueva etapa en la historia de los pueblos.

El advenimiento de acontecimientos formidables que golpearon violentamente las conciencias modeladas sobre los principios políticos y sociales del siglo XIX, ha provocado una catástrofe espiritual cuyas consecuencias inevitables obligan a una revisión sincera y detenida de las ideas que han venido sirviendo de fundamento a todo el edificio de la vida individual y colectiva.

El problema nace entonces de la necesidad vital de estudiar los principios mismos en que reposa la formación moral. Por su urgencia humana, por la urgencia implícita a la idea de su error, no pertenece este problema al grupo, acaso, de todos los demás problemas filosóficos, de tarea serena y sutil para la mente, que en el noble deporte del pensamiento, lanza la flecha aguda e inteligente de su investigación, para luego recrearse plácidamente en la contemplación de las metas conquistadas.

No. No es este motivo adecuado para disquisiciones peripatéticas que sólo interesa a los amantes de los placeres intelectuales. Estamos lejos del clima propio en el que el pensamiento se complace en adentrarse en el problema, por ejemplo, del continuo y del discontinuo, o en el problema del conocimiento. Este problema de los principios que deben dirigir nuestra conducta es

un problema angustioso y perentorio del que depende la misma felicidad, es un problema de vida o muerte para nosotros y los nuestros, el punto de partida original, para la política interna y externa de los pueblos, y la base para la grandeza o la infelicidad de las naciones y de las razas.

El carácter fundamental de la cuestión: el hallar senderos seguros, corregir las direcciones inciertas o dudosas, pertenece al filósofo. El, en la alquimia prodigiosa de su mente, combinará el significado del hecho nuevo, producto inmediato de la realidad, con la idea antigua y con la idea nueva que es hija y madre de la antigua, porque ha nacido de ella y la contiene en su seno, y entonces dirá la verdad, verdad para este tiempo. Ella señalará los principios que deben encausar la conducta de los hombres, proyectados a los fines trascendentes que dan sentido a la vida.

Problema íntimamente ligado con la política general y con la educación, obliga en forma inmediata a revisar cuidadosamente uno de los sistemas fundamentales utilizados para la formación moral de la juventud: la educación religiosa. El tema de carácter general y mundial ofrece en Bolivia caracteres propios y en este estudio boliviano nos referiremos a los datos concretos recogidos de la realidad boliviana.

La Educación Religiosa

Nuestra sociedad, en todas sus formaciones, tiene hondas raíces conservadoras que se deben a su tradición, a su etapa cultural y a su estructuración misma. Se gobierna por conceptos religiosos o por instituciones formales de carácter religioso. Al intentar hacer el bosquejo de la educación moral de la niñez y de la juventud bolivianas, se requiere considerar, con particular atención en esta modalidad, el proceso educativo en la escuela materna, primero, y luego en los establecimientos escolares, dependientes o no del Estado. Este estudio progresivo permitirá valorar la curva de los resultados éticos conseguidos ahora, para buscar, finalmente, los mejores caminos que deben encausar el desarrollo moral y espiritual de las generaciones que empiezan a vivir.

Cabe anotar que en Bolivia sólo existen con influencia social las ideas religiosas católicas. Estas son profesadas con exclusividad por las fracciones de blancos y mestizos. El problema religioso del indio es especial e interesante desde el punto de vista de la Sociología, pero sale de los límites de este estudio por lo mismo que el indio vive al margen de la vida misma del país como Estado y al margen de las presentes preocupaciones educacionales por motivos de índole económica, principalmente.

La Familia y la Moral Religiosa

Hoy, casi sin excepción, toda la vida familiar es religiosa. Sus normas morales y sus instituciones capitales tienen sus fundamentos en la ética escolástica. Los actuales jefes de familia recibieron su formación espiritual en un tiempo de acendrado catolicismo y en el que las ideas liberales no habían rebasado aún los límites de la actividad política. El matrimonio, al constituirse las familias actuales, era considerado exclusivamente en su aspecto de institución religiosa, de sacramento de la Iglesia. Los jóvenes que hoy viven su edad de veinte años sólo tuvieron en su niñez un medio familiar intensamente imbuido por los conceptos tradicionales de amplio contenido religioso. La Escuela maternal, la escuela del hogar, ha sido una escuela religiosa. Las virtudes inculcadas, especialmente por las prácticas rituales, arrancaban toda su fuerza del ideal religioso de la Providencia, gobierno de los hombres mediante las leyes reveladas.

El Colegio Religioso

Cuando los hijos continúan su educación confiados a los colegios católicos, no hay fraccionamiento con las normas iniciadas en la Escuela Maternal. El mismo contenido e intención en la práctica de las virtudes, el mismo sentido en la formación del carácter y desarrollo de los mismos hábitos que los padres han comenzado a plasmar en el alma del niño. En la Escuela o el Colegio Católico hay un Director Espiritual cuya misión permanente es la de explicar la moral religiosa y encausar en ese sentido todas las manifestaciones personales y sociales del niño. No hay solución de continuidad en este aspecto hasta la conclusión del ciclo secundario, del que, en los umbrales de la juventud, egresa el bachiller, transparentando ya su propia personalidad, con un gran sedimento de ideas religiosas que son la clave y la base de toda su moral.

Cuando la Educación Escolar se realiza en planteles sostenidos por el Estado, o en institutos libres de enseñanza laica, el niño sufre un cambio radical del clima en que se forma su moral de la ética religiosa de su casa, pasa bruscamente a un medio donde hasta se teme mencionar a Dios, como si se cometiese una falta contra la cultura, las ideas renovadoras dominantes y hasta contra el deber legislado. Para el niño este cambio es de trascendentales consecuencias, no sólo por el rompimiento con las primeras y poderosas influencias familiares, sino porque como prosigue obrando sobre él el ambiente religioso de su hogar, tiene que debatirse sin capacidad para esto, entre tendencias que pugnan entre sí irreconciliablemente. Resultado lamentable de esta situación es una precoz anarquía espiritual que desgraciadamente comienza en la misma estructuración moral.

La moral religiosa.

Pero detengámonos un instante para concretar el sentido mismo de la moral cristiana. De sus fines se comprenderán sus medios, sus reglas, y de éstas, su fuerza sobre el espíritu virgen que quieren modelar, y finalmente, su valor educativo para crear los hombres que querríamos formar de acuerdo al espíritu de nuestro tiempo.

La educación actual de la juventud en los colegios religiosos, como es natural, tiende a plasmar las almas que se están formando en conceptos providencialistas, conocidos por la revelación y concretados en normas de conducta cuya finalidad esencial está en la consecución de la salvación eterna. De aquí que lo único real mente importante para el hombre está en seguir los caminos que lo conducirán a esa finalidad trascendente. Y los caminos son las virtudes que la Iglesia exige al hombre. Estas virtudes se concretan en los mandamientos de Dios y de la Iglesia. El hombre aplica a cada situación de su vida la norma moral legislada por la Iglesia. En caso de duda tiene a su alcance al Director Espiritual el ministro católico que podrá señalarle siempre su mejor modo de obrar. Las normas religiosas de un grande contenido de moral universal, no son como en la moral racionalista, finalidades en sí mismas; tampoco son como las normas de la ética pragmática flexibles y dúctiles cuya sanción se halla en cada caso en el éxito bueno o malo de los resultados. No. Las normas de la ética escolástica solo son medios para fines trascendentes; el hombre debe aplicarlas obediente, con la mente puesta más allá de este mundo. El mundo no debe importarle, el mundo es el enemigo; la conquista del mundo también es el mayor de los peligros; la verdadera vida del hombre, es morir para el mundo. No entraña la doctrina cristiana ningún principio activo para la vida presente considerada en sí y si tiene una fuerza suficiente para el mejoramiento del hombre actual, es como necesidad de su perfeccionamiento, de su capacitación para la vida futura. El olvido del mundo, aún sin recomendarlo a todos, es el ideal moral. Los moralistas más excelsos del cristianismo, también lo han sido sus más grandes místicos.

Crisis de la educación religiosa

A este mundo espiritual conduce la educación que los establecimientos religiosos pretenden dar a la juventud. Ante el avance de las tendencias materialistas o simplemente de las ideas religiosas fundadas en el libre examen, conocidas por el nombre general de Reforma o Protestantismo, la Iglesia intensificó sus actividades en el sentido de educar a la juventud, formarla espiritualmente de acuerdo a sus ideales. La limitación de toda obra humana mostró en todo tiempo las deficiencias del éxito buscado. Es un problema histórico el de las desventajas de la educación religiosa, cuyas bases sociológicas y psicológicas así como su conocimiento histórico, ha sido el objeto de cuidadosos análisis, de vastos estudios así como de polémicas que trascendiendo del terreno educacional han sido el motivo de ardientes luchas políticas, suscitadas en todos los países. No queremos que nuestro juicio se enturbie por tendencias sectarias de especie religiosa o política; el problema de la conveniencia de la educación religiosa preferimos estudiarlo desde un campo más nuestro, más científico, más pedagógico, y creemos firmemente que sólo los políticos que han sido maestros pueden como hombres de Estado tener el derecho de resolver este problema.

Resultados de la educación religiosa

La educación religiosa, como fuerza modeladora del alma y del espíritu, considerada en su acción de crear las cualidades del hombre, históricamente ha sido un fracaso, y en el caso de Bolivia y aún en el de otros estados americanos, hoy podemos constatar sus deplorables resultados tanto en la vida privada como en la vida pública de nuestras sociedades. La educación religiosa, hablando siempre de ella desde el punto de vista de sus propósitos moralistas, no ha conseguido su objeto, y como los hombres que preparaba han resaltado en consecuencia, con la columna vertebral de sus virtudes, plinto que sustentaba la hermosa floración de los propósitos, quebrada, tenemos generaciones y generaciones de hombres sin personalidades morales acusadas, que en el mundo de los sentidos espirituales sé mueven y obran como sombras.

Jamás el Director Espiritual mostró al niño y al joven otro fin que el ideal ultra terreno. Moralmente aprendió a caminar sostenido por las andaderas fáciles del consejo baratamente conseguido en el confesionario, y permanentemente regido por reglas casuistas y formales, sin apelar un solo momento a la labor de su propio criterio, de su juicio personal, y movido siempre por los tranquilos, los serenos propósitos divinos. Más tarde, frente a frente a la vida, con todas sus ansias despiertas, con sus instintos libres del freno manejado más que por los propósitos religiosos, por la mano fuerte y diestra del Director Espiritual, en medio de la corriente de su juventud que le muestra finalidades terrenas de felicidad, sin virtudes personales de resistencia, sin imperativos éticos racionales, se torna el fácil juguete de sus deseos, de sus instintos. La salvación de su alma, la senda de perfeccionamiento hacia la vida futura, son motivos sin fuerza para manejarlo, están tan lejos de su vida, como remota es para su juventud la idea de la muerte. No puede en ese momento de euforia, del triunfo de su juventud, escuchar la voz serena del propósito divino. Este es el momento formidable que explica la desesperación de los educadores religiosos que prepararon un sumiso y obediente carácter para las verdades y las prácticas religiosas, y lo ven hundirse fácilmente en medio de placeres infecundos, obediente a la voz de sus deseos, sin virtudes humanas de resistencia. Al hacer desaparecer de su visión espiritual inmediata la finalidad divina de su vida, se ha roto el sentido mismo de su vida. Sus virtudes son prácticas vacías, y su ejercicio es un vano cumplimiento de ritos.

Y en los casos de excepción, de almas naturalmente fuertes, comienza una lucha angustiada cuando al par que escuchan la palabra del dómine que habla de la gloria de los bienaventurados, escuchan también la voz imperativa del mundo, de la vida presente que les muestra objetivos nobles y cercanos; cuando junto a las virtudes teologales, sienten bullir en sí mismos las virtudes caballerescas que les llaman a la vida, a la lucha noble, al combate de todos los instantes para hacer de él y su vida, según la magnífica expresión de Goethe, "una obra de arte". Su criterio que se abre a los sentidos, es un caos y vive la angustia de la insatisfacción.

La acción católica

En la edad post-escolar, la influencia de la Iglesia sobre la juventud es absolutamente nula en nuestros días. En ningún momento, en ningún hecho, el análisis de las causas, enseña un motivo religioso. En la base misma del comportamiento de la juventud, por el contrario, sólo hay una tendencia iconoclasta.

En numerosas ocasiones se ha intentado organizar a la juventud para ejercitar con ella los ideales sociales del catolicismo, creando grupos que tiendan como motivos inmediatos, a la investigación científica, al cultivo de las letras, a la práctica de los deportes, a la labor periodística, y siempre han resultado movimientos superficiales, sin alma que no entusiasmaron nunca. Alguna vez ha sido posible conseguir una labor continuada por un lapso relativamente prolongado, pero en esos casos se revelaba al observador más que un movimiento informado por los propósitos de acción católica, un fenómeno de rebeldía juvenil contra el marasmo espiritual del ambiente, y en

algún caso, el escape de protesta política contra un régimen que hubiese anulado todas las resistencias sustancialmente políticas.

Así, se puede declarar que hoy la juventud se halla por completo alejada de toda influencia de la Iglesia. Antes bien, siguiendo un fenómeno de imitación, los núcleos universitarios e intelectuales, son abiertamente antireligiosos.

La educación laica

¿Y la educación en los colegios del Estado?

El examen desapasionado, en lo posible objetivo, como nos ha sido dado realizar con la educación religiosa, servirá, por el contenido de verdad que alcance, para la obra de construcción, que como corolario de este estudio, debe venir necesariamente.

La educación religiosa revela sus propósitos por la tendencia, el objeto y el espíritu de sus grupos docentes. Para explicar cuál es la educación moral que recibe la niñez y la juventud boliviana, se requiere conocer cuál es la moral que profesa el magisterio boliviano, concretar sus tendencias, reducirlas a fórmulas y formar con ellas el sistema, la doctrina, la escuela que profesa en Filosofía.

Este problema se lo plantea aquí en forma sistemática por primera vez. Hasta ahora sólo se ha analizado aisladamente y en los límites estrechos de algún caso concreto, algún concepto, alguna regla, pero no se tomó la integridad de la cuestión.

En el caso de la educación religiosa se procedía seguramente manejando el método deductivo. Para el problema de la educación moral de la juventud boliviana en la esfera de la obra del Estado, se impone el examen de los elementos para llegar por inducción a los conceptos fundamentales.

El país abocado a una vida de normalidad política en los primeros años de este siglo encontró el clima favorable para atender el aspecto de la educación nacional. Fundóse la primera escuela normal el año 1907 reuniéndose en ella un selecto conjunto de profesores nacionales y extranjeros y atrayendo una juventud escogida a sus aulas. Conócese de sobra la obra brillante de aquella creación desde el punto de vista de la instrucción en la escuela primaria: se reveló en Bolivia la existencia de la ciencia pedagógica y los maestros conocían las ciencias en sus elementos y la metodología de su enseñanza. Levantado el edificio de la escuela primaria, diez años después de la creación de la primera escuela normal destinada a la formación de maestros, se fundó el instituto que prepararía los profesores de enseñanza secundaria; la alta casa de estudios sirvió también para revelar en la República la existencia de las disciplinas científicas en su forma pura y fundamental; sus resultados en la instrucción del país ya se conocen a través de sus múltiples deficiencias, muchas de ellas provenientes de la crisis mundial por la que atraviesa este ciclo. Falta coronar el programa creando una verdadera Universidad. Pero volvamos a estudiar los ciclos elementales. ¿Cuál fué la norma moral de la escuela de maestros? La pregunta se la puede contestar volviendo los ojos al pasado en el momento de su creación y hallando que nuestro país vivía las doctrinas liberales en su esencia más puritana, como ellas habían sido formuladas en la Revolución Francesa. Debía pues llegar hasta la enseñanza la abominación de la Iglesia, sustituyéndola por la religión de la Ciencia. Bolivia vivía su etapa científicista. Por consiguiente a sus maestros sólo debía importarles el conocimiento de la verdad objetiva, tangible. En violento contraste con la educación religiosa, la enseñanza del Estado fué laica, contradictoria con aquella, hasta el punto de mostrarse materialista. Esta tendencia del magisterio primario, lo ha llevado en todo momento a la captación de las corrientes que muestran como la finalidad de la vida del hombre, la realización inmediata de sus deseos y necesidades.

La moral práctica de la educación pública

Y ¿cuál es la norma moral con que se enseñó la ciencia de educar, la meta de sus labores y faenas diarias al profesor de enseñanza media? Ninguna, absolutamente ninguna. Ni el Estado ni la Universidad, ni el Instituto, jamás se preguntaron nada sobre este tema.

La moral, el conjunto de sus conceptos orientadores para su conducta, sus hábitos y sus costumbres, en el profesor de enseñanza media son solamente aquellas normas que él llevaba en sí de su educación anterior. Así, no es posible siquiera el señalar un origen común a la moral de los

profesores de secundaria. Lejos del Instituto se formaron en las tendencias más diversas y a su enseñanza dieron el aspecto de una cabal anarquía espiritual.

Conclusiones

La juventud boliviana en la hora presente muestra una indiferencia marcada a toda preocupación filosófica elevada, Sin una base moral definida y fuerte alcanzada en su niñez y adolescencia, vive su vida resbalando por encima de todo sentido, de toda verdad, de toda finalidad trascendente. Y cuando comprende algo que significa urgencia espiritual, profundidad, entonces no tiene la fuerza, no tiene la educación, no tiene la destreza necesaria para ir a la conquista de la cima entrevista. Una juventud, una generación, debe sentir como una necesidad biológica, como un objetivo que llame su vitalidad, el cumplimiento de una misión trascendente. La juventud de ahora, anárquica desde los espíritus de cada uno, debe sentir la angustia de llamados cuyo origen ignora. Su vida, llevada tumultuosamente al azar de las circunstancias, sólo adquiere sentido cuando fugazmente se contagia por afinidad histórica, de las preocupaciones de sus hermanos de más allá de las fronteras.

El maestro, el profesor y el catedrático le han hablado, cada uno a su modo, de las grandes virtudes que deben caracterizar su vida, que él está en el deber de practicar. Le han hablado de honradez, de solidaridad, de asistencia, de patriotismo, de lealtad, de generosidad, en la misma forma y con los mismos resultados que un loco a la orilla de un torrente diera al agua consejos para que sea pura, sea cristalina, sea buena, sin pensar que mejor sería llevarla a los filtros, a los tanques de clorinización, a los aparatos de aerificación, etc. Se le dice al niño y al joven que sea bueno y noble y no se le forma así, no se le modela así.

Hoy día la educación de la juventud tiene que encaminarse a ideales mostrados con la fuerza incontrastable de los hechos vividos, experimentados.

Realizado el examen de lo que es la educación de la juventud boliviana, como se la siente en el momento que vivimos, en una próxima oportunidad procuraremos que como resultado de la investigación de este problema en su fase activa, lleguemos a la comprensión de lo que debe ser nuestra educación. Llegar a comprender cuál debe ser el propósito. Que la dolorosa experiencia que vivimos, contemplando el desastre nuestro y el desastre general, sirva para concentrar toda nuestra atención en encontrar dicho propósito y los medios adecuados para alcanzarlo.

Es vano todo plan, todo proyecto de salvación de las crisis que hoy sufren las sociedades del mundo en todo sentido social y político, si no alcanzamos a comprender antes cómo debe resolverse el problema de la propia moral Individual, el problema de la educación ética del individuo, en la única etapa adecuada: la de su niñez y de su juventud.

ROBERTO BILBAO LA VIEJA.

La obra poética de Manuel María Pinto

No son pocos los escritores bolivianos que han vivido casi toda su vida en el extranjero, labrando su obra literaria e histórica fuera de las fronteras de la patria. Y son precisamente los escritores que más se han preocupado en estudiar los problemas de Bolivia, y los que con más ahínco han dedicado su investigación a su sociología, a su política y a su historia. Los que viven en el país, por el contrario, buscan casi siempre sus temas en el proceso cultural europeo, agotando todo su interés en el estudio de la política y de la literatura del viejo Occidente. Y es que la Patria sólo se viste de atractivo color cuando se la contempla en perspectiva. De ahí que aquellos escritores que voluntariamente se han exilado del país sean tal vez los que han forjado la obra de pensamiento más provechosa para él.

Entre ellos, para no citar sino a los principales, se hallan: Juan Ramón Muñoz Cabrera, que vivió varios años en Montevideo y Buenos Aires y murió en el Perú, periodista apasionadamente fervoroso por las ideas democráticas, autor de "La guerra de los quince años en el Alto Perú" y de muchos otros opúsculos históricos; Santiago Vaca Guzmán, una de las mentalidades más altas

que ha dado Bolivia, juriconsulto, historiador y novelista, verdadero polígrafo, autor de más de treinta obras sobre diversos temas, quién como se sabe se radicó desde joven en Buenos Aires, donde murió; Gabriel René Moreno, el más grande historiador y bibliógrafo boliviano, que sin embargo murió casi ignorado por sus compatriotas y olvidado por los pocos que lo conocían, en la capital chilena y que sólo ahora, con ocasión del centenario de su nacimiento, ha sido releída su obra y altamente valorizada por las nuevas generaciones; Julio Lucas Jaimes, el potosino que ha escrito la mejor obra sobre Potosí y la que hasta ahora no ha sido superada, y Ricardo Jaimes Freyre, uno de los representantes más altos de la lírica boliviana y de los poetas más grandes de la América, los que vivieron y murieron en tierra argentina.

Entre los escritores bolivianos voluntariamente exilados del país, y que aún vive en la ciudad de Buenos Aires, se encuentra don Manuel María Pinto, uno de los líderes del movimiento modernista que revolucionó la lírica castellana, y además el más sólido investigador de la historia de Bolivia después de René Moreno.

El doctor Manuel María Pinto hijo, nació en La Paz, en el año 1872. Se dedicó al estudio del derecho, pero desde muy joven sintióse apasionado por las letras, y en especial por la poesía. Ya en 1893 publicó un pequeño volumen de versos editado en La Paz en colaboración con Alberto Cornejo y José Zarco, y en el que ya pueden notarse ciertos atisbos de la renovación lírica que iba a emprender después. Años más tarde y luego de recibirse de abogado se trasladó a la capital argentina a dirigir el bufete que su padre don Manuel María Pinto había instalado en aquella ciudad, y en la que, gracias a su inteligente y esforzada labor como juriconsulto, ha conquistado una espectable situación.

Y es en esa gran urbe propicia a todas las transformaciones ideológicas y estéticas que el poeta Manuel María Pinto, conjuntamente con Rubén Darío, Lugones y Ricardo Jaimes Freyre, revoluciona la lírica castellana, creando nuevas formas de versificación, e introduciendo a nuestra poética los métodos prosódicos de conformación musicológica de la lira de Baudelaire, de Verlaine y de Mallarmé. Así se originó la escuela que se había de llamar el modernismo literario, que forjó una poética, si bien con contenidos de la lírica francesa y española, de un carácter mucho más profundamente americano de lo que se cree.

Aunque Rubén Darío fué el gran maestro de la logia modernista, Pinto fué uno de los más altamente iniciados, y de los más apasionados por el movimiento; y el que talvez en su obra poética extremó más la nota revolucionaria. A fin de concretar los módulos teoréticos de esta escuela y de esparcir la concepción estética que aportaba esa generación, Pinto fundó en 1899 la revista "Resurgimiento", que tuvo una gran influencia en el campo intelectual de aquella época, y que aparte de su tendencia literaria sirvió también a su director para hacer conocer en el extranjero los problemas y los asuntos concernientes a su país. En ella se comenzó a publicar su libro "Bolivia y la triple política internacional", que es un estudio histórico-político de muy alta importancia.

Esta revista se constituyó en uno de los portaestandartes del modernismo literario, registró las composiciones más avanzadas de los poetas del grupo, y emprendió una prédica estética, renovando los cánones de la lira romántica y enfermiza, y preconizando en lugar de la sensibilidad artificiosa que dominó por más de medio siglo la poesía de América, un culto casi pagano por la forma, el sentido del matiz, la apreciación de las virtudes sonoras del vocablo, cualidades que si bien son ciertamente de un orden mucho más cerebral que los contenidos cordiales del verso romántico, son empero de un valor estético más alto.

La revolución modernista se caracteriza por dos aspectos claramente diferenciados: la reforma métrica que tendía a romper los clásicos moldes de la versificación castellana, introduciendo nuevos módulos de medida, y libertando hasta cierto punto la forma cerrada del verso, para darle mayor elasticidad y movimiento; por otra parte la reforma prosódica, que fué en realidad la que caracterizó esencialmente dicha escuela, y que tendía a subrayar en la poesía el elemento musical o auditivo, por medio de combinaciones sonoras de vocablos, aconsonantando no únicamente las desinencias, como se hacía antes para producir la rima, sino casi todas las sílabas de un mismo verso entre sí, lo que conducía a una verdadera orquestación de las palabras.

Ahora bien, estas dos fases en las que se diversificó, por así decirlo, el movimiento modernista, no estuvieron nunca claramente diferenciadas en Rubén Darío, que más que un orientador, era simplemente un creador intuitivo. Y correspondió precisamente a dos poetas bolivianos la deslindación teorética y formativa de estos dos principios que concurren a la revolución de la lírica americana: Ricardo Jaimes Freyre y Manuel María Pinto. Jaimes Freyre fué el

portaestandarte del versolibrismo en América, y si bien él, tanto por su postulado teórico como por su maravillosa obra poética, labró una creación de un alto valor, no tuvo en realidad casi seguidores, ya que puede decirse que el modernismo se orientó hacia la faz exclusivamente musical.

Sin embargo cabría tal vez afirmar que el versolibrismo fué en cierta medida el precursor del ultraísmo actual puesto que fué él quien inició la guerra contra las estructuras cerradas del verso, preconizando una especie de prosa rítmica y musical. Más, si bien es verdad que la nueva poesía ha roto por completo la trabazón del verso, se ha orientado por muy diversos derroteros estéticos, huyendo de todo artificialismo sonoro y de toda combinación de palabras meramente auditiva, para hacer de la metáfora, o sea de un elemento puramente intelectual, la base de la poesía.

Don Manuel María Pinto, fué como queda dicho, el líder del musicalismo poético. En su obra realizó las más audaces combinaciones verbales, las más atrevidas asonancias, las más difíciles armonías prosódicas, las más arriesgadas concatenaciones de palabras de una extraña sonoridad, y que hacen de su poesía una verdadera sinfonía wagneriana de vocablos. Su obra más que la de un poeta es la de un artífice del verso. Sus poesías están construidas a golpes de cincel; son una verdadera filigrana de sonos silábicos, de un sentido profundamente musical. Quien quisiera analizar sus versos tendría que referirse antes que a las diferencias métricas, a las diferentes gamas tonales de su poesía.

Hay algunas que se podría decir compuestas al modo Dorio: solemnes, conceptuosas, de carácter enfático. Entre estas la más típica es el poema titulado "Los Humildes", y en mi concepto uno de los poemas de valor más alto que ha producido la lira americana. Se emparenta a veces con "El coloquio de los Centauros", de Rubén, pero principalmente con la "Prometheida" de Tamayo, a la que sin lugar a dudas ha servido de molde. Tamayo es el poeta que con mayor rigor ha seguido la senda trazada por Pinto, y es también el que ha llevado aún más lejos las audacias verbales, produciendo las más extrañas liazones de vocablos, de una tan rara sonoridad, que se puede decir ha creado la disonancia verbal, al estilo de la música de Debussy. Citar un fragmento del poema "Los Humildes" sería destruirlo, y no daría idea de la concepción robusta del poema, de un sentido hondamente filosófico y de una factura de tal vigor musical por la orquestación de las palabras, que únicamente Tamayo ha podido igualar.

Siguiendo esta adaptación de los harmonaie de la música griega a los versos de Pinto diríamos que también ha compuesto poesías acordadas en el modo Frigio: ligeras, aladas, cantarinas y de una modalidad muy rubendariana. Voy a citar solo tres cuartetos de un poema para que se pueda apreciar hasta qué punto ha llegado el poeta Pinto en la resolución de combinar sonoramente los vocablos:

Los clavicordios dicen exordios
y las guitarras suspiran farras:
hacen de tiple los monocordios
como cigarras bajo las parras.

Son pudorosas todas las rosas
causan delirios todos los lirios
y son las rosas más pudorosas
que con los lirios causan martirios

Tienen las rosas alfileteros
y en las querellas todas las bellas
a sus galanes les dan aceros
para cambiarlos en las querellas.

En estos versos Pinto llega a un verdadero preciosismo. Es un jugueteo, no de metáforas, como la poesía actual, sino de sonos silábicos, que se entretajan y enlazan traviesamente; es toda una danza de vocablos alborozada y bullanguera. Y este florilegio auditivo es obtenido por la aconsonantación de los principales acentos métricos, además de las desinencias, lo que produce tan verdadero murmurio musical.

Tiene además unos sonetos que se diría compuestos a la manera del harmoniae Lidio, conceptuoso pero sin gravedad, a las veces irónico, refinado y siempre finamente incitativo. Quiero citar entre estos dos medallones de los muchos que ha escrito Pinto, y en los que con agudo trazo se capta el perfil de artistas y escritores. Los poetas modernistas han sido siempre muy aficionados a pintar estos medallones, especie de miniaturas en verso, en los que se trata de aprehender la esencia del espíritu de los retratados, desde que Baudelaire en sus "Faros" creó el género. Tamayo en su libro "Scherzos" ha pintado en seguidillas esta clase de retratos. Los de Pinto, como dije ya, están escritos en sonetos, y algunos son magníficos:

SHAKESPEARE

Es hueso humano el soberano plectro;
es fibra humana la tremante cuerda.
Al eco de su pífano, recuerda
de humana carne el humanal espectro.
Es hombre que domina Con su cetro
la humana especie. Su ideal concuerda
CO n el del viejo Job. y aun cuando muerda
la podre vil del alma: siempre un tetro;
Vida carnal y vida de la idea,
misterios de la carne misteriosa,
esfíngica visión de toda Rea.
y en toda cosa el alma de la cosa,
alma de Tethas y espíritu de Astrea
desde la blanca cuna hasta la fosa. ,

BAUDELAIRE

Aroma de flores del mal, y fragancias
de opulentas carnes, de opulentas pomas:
en cáliz de lirios sangre de palomas;
ansias virginales y priapescas ansias.
Alcobas radiantes de las elegancias
donde rojas rosas esparcen aromas
de besos de sangre que dicen Sodomas,
de besos de sangre que pueblan la Francia.
Como alegre trío de abejas de oro
que labran panales que el Arte repuja
con el polvo de oro de áureo meteoro;
Así este Poeta, virtuoso cartuja
del Arte, sus "Flores del Mal" como un coro
de crótalos ritma. (Le inspira una bruja).

Pinto, como se ve, es un poeta de pensamiento en extremo sutil, de sensibilidad agudamente refinada. Está ya muy lejos de los poetas románticos que ingenuamente confesaban al mundo los desengaños de su vida, en lugares comunes enfáticamente declamados. Los modernistas no se confiesan, o por mejor decir, musicalizan su confesión, se expresan en términos tan finos, que sólo pueden ser comprendidos por minorías muy selectas. Pinto es tal vez, si se exceptúa a Tamayo, el de más difícil captación, muy alambicado, de formas retorcidas, de ideaciones de hondura tan sutil que se hacen casi inaprensibles. En esto también sólo Tamayo ha podido superarlo. Pinto no es, pues, un poeta cordial, y en modo alguno espontáneo. Es por el contrario esmeradamente trabajado. Su obra es prolija, está hecha con la atención de un verdadero artífice. Es un poeta en extremo cerebral y de cerebración muy complicada.

Pinto es por lo demás un poeta muy cultivado, como en general lo han sido casi todos los modernistas: Rubén Darío, Lugones, Jaimes Freire, Tamayo. Es una inteligencia enriquecida por el saber. Está profundamente empapado de las culturas clásicas y posee, como también Tamayo, el griego y el latín. En este último idioma ha escrito muchas poesías, a semejanza de Baudelaire que también gustaba inspirarse en la lengua del Lacio.

Los parnagianos y simbolistas franceses y los modernistas americanos, que han tomado sus módulos estéticos de aquellos, han demostrado siempre un desdén infinito por la humana turbamulta, empeñándose en ser únicamente poetas de selección. Se esmeraban en ser complejos

y angulosos, difíciles, casi ininteligibles. De aquí que algunos, yendo más lejos aún, escribieran en las lenguas muertas, para ser comprendidos sólo de espíritus tan cultos y selectos como los suyos.

El poeta Pinto es de los que más han extremado este espíritu de selección, este aristocratismo estético, que lo hace casi impenetrable al común de las gentes. De ahí su ninguna popularidad. Pinto es tal vez el menos conocido de los poetas modernistas. La misma crítica literaria no ha analizado todavía las complejas formas de su arte, que en mi sentir es de las más altamente valiosas. Su obra poética es de tan rico lirismo como la de Rubén, tan culterana como la de Jaimes Freire, de tan rebuscado parnasianismo como la de Lugones, tan retorcida como la de Reissing y Tamayo. Y sin embargo es un poeta ignorado. Mientras Rubén Darío ha conquistado el centro de la fama, son rarísimos los que leen a Pinto.

Pinto puede decirse que es con respecto a Darío, lo que Vigne fué con respecto a Víctor Hugo. Este por su genio polifásico y avasallador, conquistó el fervor de las masas, llegando a la más cumplida y amplia popularidad. Vigne es el menos conocido de los poetas del ciclo romántico, y sin embargo Vigne es tal vez entre todos ellos el de valor estético más alto, el de más fina sensibilidad, el de pensamiento más agudo. Por eso mientras Víctor Hugo es el poeta de la muchedumbre, Vigne es el poeta de las minorías selectas, de los pocos que sin vértigo pueden seguir la hondura de su espíritu. Rubén Darío es el Víctor Hugo americano: ha conquistado el rumor popular; ha llegado a la velada de beneficencia, a la tertulia cursi, a las audiciones de propaganda de específicos. Rubén Darío como Víctor Hugo "ha muerto en olor de multitud".

Manuel María Pinto en cambio no ha de ser nunca un poeta popular. Es demasiado artifice para ello; su obra es demasiado complicada, demasiado intelectualmente laborada; en extremo sutil. Sus combinaciones prosódicas, que habían de ser después exageradas por Tamayo son únicamente para oídos que saben de la refinada musicalidad de las palabras. Por eso la poesía de Pinto ha de ser siempre una poesía de élite, una poesía de cámara, por así decirlo. Y en verdad creo que podemos aplicar con bastante propiedad a la lírica este concepto musical. Existe en efecto la poesía de concierto y la poesía de cámara, la poesía de las noches de fiesta y la poesía de las tardes grises. Rubén Darío es por excelencia el poeta de concierto; el poeta de los caballeros de frac y de las damas descotadas. Poetas de concierto han sido también Chocano, Peñaranda y Amado Nervo. Pinto es en cambio esencialmente el poeta de cámara; el poeta de los artistas de mirada anhelante y de oído fino. Poetas de cámara fueron igualmente Herrera y Reissing, Jaimes Freire y Lugones, y lo son Reynolds, Guerra y Tamayo.

Otra de las características de la poesía de don Manuel María Pinto, y que para nosotros cobra ahora un valor verdaderamente singular, es su tendencia hacia los movimientos vernaculares. El poeta Pinto ha sido posiblemente el primero en Bolivia que ha intentado crear una poesía folklórica, en una época en la que nadie todavía insinuaba la conveniencia de labrar un arte nacional a base del motivo autóctono. Hoy el deseo de forjar un arte con las formas propias de la tierra, es la inquietud dominante de nuestros artistas. El motivo vernacular prima en todas las composiciones musicales, pictóricas, escultóricas y literarias, y la crítica ha revalorizado los componentes estéticos de nuestro rico y sugerente folklore. Empero es sabido que ni los artistas ni los escritores del pasado siglo tuvieron simpatía por las formas y contenidos indios. El tema del autóctono era siempre manifiestamente evitado, porque probablemente se lo suponía desprovisto de valores estéticos.

El poeta Pinto fué al parecer el primero que con su fina percepción descubrió todo un mundo de posibilidades artísticas que ofrecía el indio con su singular vestimenta y sus costumbres singulares. Y del rico venero del folklore tomó algunos motivos, con los que compuso, ya en 1898, una serie de poemas titulados: "Suní Kana", "Tihuanacu", "Manca Apa", "Pa-Cha-Mama", "Supaya" y "Huankaras", los que se publicaron con el título de "U.;a Pacha" en su libro "Palabras". Posteriormente casi todos los modernistas emplearon ocasionalmente el tema vernacular: Jaimes Freire cantó a los Charcas, Reynolds a la llama, Tamayo escribió su poema "Cusi Coylor", etc. Pero ninguno con un propósito deliberado de crear una poesía propiamente folklórica. En Pinto en cambio se advierte el intento de forjar una modalidad peculiar que caracterice a la lira americana, principalmente boliviana, por medio del empleo de palabras castellanas y aimaras, que al mismo tiempo de darle una fuerte sugerencia al verso, le comunica una extraña sonoridad, como podrá apreciarse por el poema que copiamos:

HUANKARAS

Enteramente rítmicos son los pausados pasos
de las dulces tokjoris, las púberes imillas;
con las pñantas al brazo, con azules almillas
y polleras con cintas pompadour de aúreo raso:

Y la huanka tejida con afilado hueso
del hurí o de la alpaka que murió en su belleza,
con añil, cochinilla, con la roja corteza
del nogal de las selvas: teñida con exceso.

(El verde es preferido y el blanco de la espuma,
casi rojo el naranja, y el rojo, rojo, rojo,
pero siempre prefieren el verde del abrojo,
verde de la totora, verde de la tutuma).

La pichica con tullma de irisados colores
Artístico, redondo, turgente el alto seno,
Con la cara trigüeña, con los ojos morenos,
color de vino añejo los labios como flores.

Y con el paso rítmico, rítmico enteramente,
al son de las huankaras, de las grandes huankaras,
las púberes tawakos, las brillantes pankaras
se enlazan con los huaynas que aman eternamente.

Los traviesos kusillus, los traviesos bufones
hacen reír la risa de la alegría humana,
la risa del sarcasmo, la risa que engalana
los cadáveres fríos de tantas emociones...

Ya callan las huankaras, ya callan los pinquillus,
se paran las imillas, callan los corazones,
y radian en los ojos antiguas ilusiones,
y callan las huankaras y callan "los kusillus.

Ya se sienta la rueda y en círculos oscila.
En pequeños tilinquis el licor se derrama.
Con el pulgar y el índice saluda a Pacha-Mama
el de cabellos ralos demacrado achachila.

Y dice: Pacha-mama, mama-huakaychaquita:
Tú, fuente de la vida, conserva mi existencia.
Y dice: Pacha-mama suma juyra churita:
Tú, sangre de la sangre, dá a las mieses tu esencia.

Y beben aullando, como sedientos cerdos
los hombres y las hembras: revientan las huankaras
sus distendidos parches, y beben los armaras
y con sus ebrias lágrimas enturbian sus recuerdos.

Como se ve la concatenación de palabras castellanas y aimaras crea en la poesía un nuevo módulo tonal, de un sabor profundamente altiplánico, aunque talvez de musicalidad un poco sinuosa y dura, lo que por otra parte subraya su índole singular. Las palabras aimaras, por su carácter onomatopéyico, forman originales combinaciones prosódicas, dentro del más riguroso gusto modernista. Y así es interesante observar, cómo el poeta Pinto ha podido adaptar en una forma tan maravillosamente lograda, los módulos de la lírica modernista, que no parecía apropiada más que para los versos cortesanos y pompadurescos de Rubén Darío, a los motivos indianos, creando así una poesía folklórica, que tal vez no ha sido todavía superada. El crítico español Diez

Canedo hablando elogiosamente de la poesía de Pinto, se refiere a los poemas de "Uca Pacha", y dice que aunque en su opinión es muy excesivo el empleo que en ellos se hace de términos aimaras, le parece el método "interesantísimo y digno de volver a probarse". Yo creo ciertamente que estamos aquí al frente de una modalidad estética que puede ser muy provechosa para la poesía de América, que tiende a crearse un genio propio, siempre que nuestros jóvenes poetas sepan aprovecharla con inteligencia. De ahí que en mi sentir los poemas de "Uca Pacha" de don Manuel: María Pinto constituyen el brote inicial de la poesía auténticamente americana.

La obra poética del señor Pinto está encerrada en "Palabras", libro publicado en 1898 y en "Viridario" sin fecha de edición, pero que corresponde a 1899, ambos en Buenos Aires, fuera del folleto citado, titulado "Versos" y editado, como se ha dicho, en 1893 en la ciudad de La Paz.

ROBERTO PRUDENCIO.

Los escritores del pasado

Nataniel Aguirre es uno de los clásicos de la literatura boliviana. Pertenece a esa célebre generación del 80 que dió tan magníficos escritores y que marcó una nueva trayectoria en la historia del país, terminando con la era de los cuartelazos y el caudillismo militarista, para allegar una política civil, culta, de médula doctrinaria y de base legal. Nataniel Aguirre fué una de las figuras más brillantes de aquel momento. Fundador con Camacho del partido liberal, luchó por las ideas que en aquellas horas significaban una avanzada en la conciencia de Bolivia, ya desde las columnas del periodismo, ya desde el parlamento, donde su palabra apasionada y cálida ponía el cauterio en la llaga de la discusión. Pocos oradores ha tenido Bolivia más vigorosos que Aguirre. Apasionaba al auditorio por la elegancia y el brillo de sus frases y avasallaba a sus contrincantes políticos por el efecto sorpresivo de sus conclusiones. "Era el ídolo de las muchedumbres, dice Eufonio Viscarra, y su popularidad sólo podríamos compararla con la de Granado, o la de Lucas Mendoza de la Tapia. Aguirre, por sus caracteres físicos y por su verba, fecunda e inagotable, era una figura atrayente y destinada para la tribuna. Fascinaba su mirada ardiente y dominadora y su hermosa cabeza se erguía imponente, cuando se agitaba bajo la influencia del entusiasmo ardoroso, en las grandes luchas del parlamento".

Para sus contemporáneos, Aguirre no fué sino una figura política, un orador brillante y una personalidad de altos valores éticos. Empero el vigoroso escritor que había en él, permanecía casi desconocido. Así cuando publicó "Juan de la Rosa", hasta hoy talvez la mejor novela que se ha escrito en Bolivia, "fueron muy pocas las personas que en ella fijaron su atención", cuenta Eufonio Viscarra. Es verdad que el mismo Aguirre daba más importancia a su labor política, dedicando sólo las horas de ocio a sus incursiones literarias. De ahí que casi toda la obra del señor Aguirre sea trunca. Escribió una "Historia de la Guerra del Pacífico", que de haberla concluído, habría sido la obra de análisis exhaustiva desde el punto de vista boliviano — como desde el chileno fué la de Vicuña Macken — dadas las condiciones excepcionales que tenía Aguirre para captar la historia. Escribió también una extensa biografía de Bolívar, que tampoco la llegó a concluir. Parece que el destino se empeñó en trunca toda la obra literaria de Nataniel Aguirre, pues "Juan de la Rosa", misma, aunque puede ser apreciada como una novela terminada, no es sino la primera parte de las memorias de un presunto soldado de la independencia.

Y es mucho de lamentar que Aguirre nos hubiera dejado su obra incompleta, pues nadie hubo, posiblemente entre los hombres de la centuria pasada, mejor dotado que él para las labores literarias. Poseía un gran sentido plástico para la narración; un estilo elegante, mesurado, sin frases jactanciosas ni giros rebuscados; hacía más bien gala de una llaneza campechana. Su prosa es, sin embargo, jugosa, traviesa a ratos y a ratos melancólica; un si es no es irónico, no ya con la socarronería: un tanto malévola de René Moreno, sino con un gesto de humor amable, que ponía una nota de gracia y de sal ática a su obra. Como escritor de crónicas se distingue Aguirre por no haber seguido, como todos los que han incursionado en el género, la manera de Palma,

retozona, picaresca, sensual. Ha creado por el contrario una especie de cuento evocativo, con un mayor respeto por ese mundo colonial, en un estilo más elevado y serio, dando al relato más bien la plasticidad de la novela.

Pero su obra incomparable es "Juan de la Rosa", una novela que cuando aún dominaban por esta nuestra América las influencias del romanticismo francés, se aparta por completo de dichos cánones, huyendo del sentimentalismo desmesurado y de la desmesurada expresión verbal, para atenerse a los puros valores objetivos. Sin embargo no se podría decir que "Juan de la Rosa" sea una novela realista, pues no busca esas crudas y torturantes fases de la realidad y por otra parte está impregnada de cierta dulzura melancólica, de cierto sentimentalismo, que más que un resabio romántico, es el producto del ambiente valluno y del recuerdo de épocas heroicas a que el relato se refiere. "Juan de la Rosa" es lo que se llama una novela histórica, pero más que la historia nos interesa en ella el fondo novelesco del personaje, una vida teñida desde el comienzo de misterio, como hace ver Rafael Ballivián. Más aún, se puede decir que toda la trama novelesca, que no sea la historia, la constituye este cuadro misterioso de la vida del personaje que escribe sus memorias, hijo de un pecado amoroso, y por si fuera poco, descendiente de Alejo Calatayud, aquel revolucionario mestizo que encabezó el alzamiento de 1730 en Cochabamba.

"Juan de la Rosa" es una novela escrita con primor, pero en estilo llano y sin alardes. Lo que más llama la atención en la novela es su mesura: mesurada en sus vocablos, en su composición, en sus efectos, en sus escenas revolucionarias y en sus idilios amorosos. En ella campea esa justa proporción que es el marco en que cabe la belleza, y que es tan raramente obtenida por los escritores de la América.

Augusto Guzmán en su "Historia de la Novela Boliviana", dice: "La novela hispanoamericana del siglo XIX puede representarse muy bien con una figura hexagonal formada por estos nombres: José Joaquín Fernández de Lizardi, de Méjico; José Mármol, de la Argentina; Alberto Blest Gana, de Chile; Juan Montalvo, del Ecuador; Nataniel Aguirre, de Bolivia; Jorge Isaacs, de Colombia. Exceptuando el intento audaz de "Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes" que no es una novela americana, puede decirse sin impostura que la novela de Aguirre, es la mejor entre sus contemporáneas". Y no es seguramente un sentimiento nacionalista que impulsa a Guzmán a emitir ese juicio, sino un análisis imparcial que lleva al crítico a anotar los valores de la novela boliviana.

Nataniel Aguirre nació en Cochabamba, el 10 de Octubre de 1843, siendo hijo de don Miguel María de Aguirre, hombre público y escritor, cuya "Historia de Bolivia" permanece aún inédita. Estudió en la Universidad de San Simón y se recibió de abogado a los veintiún años, entregando desde entonces su talento y sus afanes al bien público de su país. En los momentos de suprema inquietud de 1879 fué aclamado como Prefecto de Cochabamba por un comicio popular; allí organizó entonces dos divisiones y marchó él mismo a la cabeza de ellas a la guerra con Chile, dando muestras de un fervoroso patriotismo. Asistió luego como hemos dicho a la convención del 80, de la que llegó a ser su presidente. Fué ministro de estado ese mismo año, alistándose después en la oposición, cuando llegó al poder el partido constitucional. Nombrado Ministro plenipotenciario de nuestro país ante la Corte de Pedro II, su destino no le permitió llegar a la capital carioca, muriendo en la ciudad de Montevideo, a los cuarenta y cinco años de su edad, y cuando la madurez de su inteligencia estaba en pleno vigor de realización.

De "Juan de la Rosa" hemos tomado el capítulo que insertamos en nuestra revista. No es posiblemente uno de los más interesantes de la novela, los hay de más plasticidad y colorido, pero hemos escogido el que ofrecemos por ser el de más redondeados contornos y por eso el fragmento que más interés puede ofrecer aún segregado del cuerpo integral de la novela.

**Una familia criolla
en los buenos tiempos
del Rey Nuestro Señor**

I

Pedro de Alcántara Altamira nació de humildes padres labradores, pero cristianos viejos, sin gota de judío ni de moro, en un cortijo a orillas del Tirón, cerca de Logroño. Le enseñaron a rezar, le contaron ejemplos de aparecidos y condenados, y vió flajelar públicamente a los últimos sectarios de los famosos brujos y quemar a un hereje molinosista. A esto se redujo su educación moral. Cuando niño apacentaba las ovejas; un poco más tarde, cuidó de los bueyes del cortijo, y ya mozo, le dieron a empuñar unas veces la azada y otras la manquera del arado.

Labraba cierto día el terruño de sus padres, cuando un su vecino, más leído que éstos, se detuvo al pasar por el sendero, y exclamó:

—Ya es un hombre!... Y qué guapo chico! Yo que él, me iría en derechura, de cualquier modo, a las Indias del rey nuestro señor, que Dios guarde.

Pensó entonces que realmente haría un disparate en vivir siempre así y morirse de gañán y de pechero, y se dijo:

— No, señor! Allá me voy!

Y se vino en derechura, como pudo, en el séquito de un Oidor, a Santa María de Buenos Aires.

Proveyóse allí, merced a una liberalidad de su amo, de un quintal de añil y una caja de lentejuelas, para comerciar en las provincias del Alto Perú, donde vió con sus propios ojos el maravilloso cerro de Potosí; habitó en sus faldas, y tuvo que dejarlo atrás, no sé por qué pendencia entre vicuñas y vascongados, con mil trabajos y pocos maravedises, llegando al fin a los amenos valles de Cochabamba, en los que le esperaba mejor suerte de la que él mismo se prometía.

Como "guapo chico" averiguó en Oropesa cuál era la muchacha más rica de las criollas casaderas, y le contestaron que doña Chabelita Zagardúa. La vió una sola vez en la iglesia, muy recatada, envuelta en su manto; no supo de qué color eran sus ojos, ni oyó el timbre de su voz, y la pidió y obtuvo en matrimonio de sus padres. Esto, que ahora sorprenderá a mis lectores, era muy sencillo en aquellos tiempos para un español peninsular; porque había muchos padres que decían: marido, vino y bretaña, de la España, y de este número eran los de doña Isabel, con el aditamento de que habiendo pedido de Vizcaya algún sobrino Zagardúa para casarlo con su hija, y no llegando el novio, a pesar de que recibieron noticia de su venida hacía dos años, creían ya que naufragó en el charco o fué preso en el galeón, por los herejes, que hacían constante guerra al rey de las Españas por católico.

II

Don Pedro, — era ya don desde que pisó las playas del Nuevo Mundo, — pudo haber tenido en doña Isabel una tierna y amantísima compañera, como lo son hasta ahora de sus maridos las ejemplares señoras de mi país; pero su orgullo peninsular no lo permitía, y quiso él que fuese solamente su más solícita y sumisa esclava, sin derecho a hacerla la más mínima observación, ni a merecer ninguna confianza.

Vivió en el ocio y la abundancia, retirado casi siempre en la más hermosa y cercana de las haciendas de su mujer, con respetable provisión, incesantemente renovada, de los mejores cigarrillos y el más exquisito chocolate que podía mandar torcer y labrar expresamente para él y a su presencia la humilde y resignada doña Isabel.

Tuvo de ella cuatro hijos, que voy a nombrar por el orden de su nacimiento: Pedro de Alcántara, Enrique, Teresa y Carlos. Estos crecieron mimados por su buena madre, venerando de lejos, después de Dios, al autor de sus días, sin molestarle con sus lloros, ni gritos, ni travesuras, en frecuente trato con los criados. Solamente los domingos y fiestas de guardar los lavaban y vestían de gala, para que se acercasen a besar las manos del "caballero grande", quien se sonreía a veces, y se dice que algunas los acarició con una palmadita en la mejilla. Cuando por acaso

llegaba a sus oídos alguna travesura de marca mayor, se limitaba a encogerse de hombros y decía:

—Son criollos... ¿qué hay que esperar?

Estaba íntimamente persuadido de la inferioridad física, moral e intelectual de sus hijos; creíalos condenados sin remedio a ser enclenques, depravados y tontos por haber tenido la desgracia de nacer tan lejos de Logroño, en otro mundo. No os sorprendáis, lectores míos: esto era lo que, como don Pedro, sentía y pensaba la generalidad de nuestros abuelos españoles. Cada uno de los personajes de esta historia de mi vida no es más que un tipo de las especies de hombres de mis tiempos.

III

Pero con todo lo que don Pedro tuvo, por solo ser español, en el Nuevo Mundo, no estaba satisfecho. ¡No habla nacido noble **fijodalgo**! El don se lo habla dado aquí la costumbre, pero lo prodigaba a todos, y él oía dárselo corrientemente entre sí a sus criados y hasta a sus esclavos negros y mulatos, llamándose **don** Clemente, **doña** Feliciano. ¡Nunca podría poner legítimamente un **de** antes de su apellido! ¡Y qué bien hubiera sonado éste entonces!, ¡de Altamira!

Un mayorazgo su vecino le suscitó un día cierto pleito sobre linderos, por fortuna, y hasta esta ligera nube de su cielo quedó despejada.

He aquí de qué manera.

El perito nombrado por don Pedro, para una vista de ojos, fué un joven licenciado, cuyo nombre resonaba en toda Oropesa, por la notable circunstancia de que en la Universidad de San Francisco Javier de Chuquisaca había hecho tan prodigiosos estudios, que ya no le era posible hablar más que en latín, hasta dar los buenos días, o pedir agua caliente para hacerse la barba, a sus criados. Decíase que era tanto su ingenio, que a su novia doña **Goyita**, rica heredera de los **Cuzcurritas**, la había pedido en versos latinos que nadie pudo comprender, sospechando únicamente el confesor lo que era aquello, por hallarse entre los versos palabras sacramentales.

Terminada la inspección de los lugares materia del litigio, tomando don Pedro su taza de chocolate en el corredor de su hacienda, quedaba a un extenso huerto, el sabio licenciado le dijo poco más o menos:

—Mi noble amigo, si yo viviese aquí, diría como el Flaco: **cur valle permutem Sabina?**

Don Pedro se sonrió, para darle a entender que comprendía. Y a propósito, —continuó su interlocutor— ¿no ha pensado vuestra merced en fundar, también, un mayorazgo?

—¿Eh?, —preguntó don Pedro, poniéndose en pie como impelido por un resorte, y dejando caer la taza al suelo. —Sí, ciertamente ya lo tuve pensado, — agregó; pero en realidad la luminosa idea, que despejaba su cielo, acababa de entrar en su cerebro.

Dos años después estaba fundado el gran mayorazgo de Altamira. El dinero —¿qué no conseguía un español acaudalado de la metrópoli? —el dinero demostró que un antecesor de don Pedro acompañaba al mismo Cid Campeador en sus empresas contra los moros, y allanó toda dificultad con poco más o menos de sus perentorios alegatos. El mayorazgo debía ser regular, conforme a las leyes de Toro; la línea de sucesión quedaba establecida como la de la corona del reino, teniendo derecho a ella las mujeres a falta de varones solamente.

Desde entonces la suerte de los hijos del fundador del mayorazgo quedó irremisiblemente fijada por él, como si fuera el mismísimo Destino. El mayor Pedro de Alcántara recibiría todos los bienes, con el glorioso encargo de transmitir a la posteridad más remota el noble apellido de la familia; Enrique serviría al rey nuestro señor en las milicias; Teresa se casaría con quien quisiera tomarla por sus buenas prendas, o se la dotaría para ser monja carmelita descalza, en el convento **aristocrático** de Oropesa, pues el de clarisas era el de la gente de poco más o menos; Carlos tenía el perfecto derecho de elegir, entre los seis conventos de frailes, el que más le acomodase. Todo esto se hacía sin que doña Isabel interviniese de ningún modo; porque ¡por Santiago! ¿qué entienden de esas cosas, ni de lo que conviene a sus hijos las mujeres? La pobre señora, que languidecía de enfermedad desconocida, desde que dió a luz a su último hijo, murió poco después, por otra parte. Había cargado heroicamente su cruz, sin murmurar, como una santa. Sus hijos la lloraron inconsolables al principio, pero el tiempo, que hace crecer lentamente la yerba sobre los sepulcros, extiende, también, el velo del olvido en la memoria de los que sobreviven. Lloróla asimismo alguno que pudo hacerla más dichosa, aunque era igualmente peninsular. Hablo de aquel sobrino Zagardúa, que se creía perdido en los abismos del océano o en manos de los

herejes. Este, que se llamaba don Anselmo, había llegado precisamente el día en que se celebraban las bodas de su novia; pero, acostumbrado a amarla antes de verla, por encargo de sus padres, la adoró sin esperanza después de conocerla. Don Pedro... dicen que no tomó su chocolate a la hora acostumbrada el día de la muerte de su esposa, y que no ocurrió lo mismo al siguiente.

IV

Dios dispuso las cosas de otra manera que don Pedro. El hijo mayor que había nacido enfermizo y languidecía como su madre, debía morir sin llenar su gloriosa misión. Enrique no deseaba consagrarse al servicio de las armas; quería instruirse, devoraba todos los libros que podían llegar a sus manos; su primera lectura sería había sido por desgracia "la vida y hechos del Almirante don Cristóbal Colón", por el hijo de éste don Fernando; obtuvo, a fuerza de ruegos y de lágrimas, el permiso de estudiar en Chuquisaca. Teresa no encontraba novio por sus buenas prendas, que eran nulas, y no sentía afición a ser esposa de Jesucristo. Carlos tenía aficiones artísticas y ardiente imaginación: aprendía fácilmente la música, pintaba, esculpía, sin maestros, procurándose difícilmente modelos de escaso mérito.

A estas dificultades, que oponían la constitución física y el carácter personal, agregó otra insuperable, un sentimiento que todo lo domina y que sólo dejan de comprender raras almas, como la de don Pedro, por ejemplo.

Una niña huérfana, criada bajo el amparo de la santa mártir doña Isabel, casi al igual que sus hijos, resultó ser un portento de bondad y de hermosura, admirable e increíble fenómeno, según el noble señor de Altamira; porque la chica tenía sangre de Calatayud en sus venas y era la hija de su mayordomo! Amabanla cuantos la veían, hasta las mujeres que siempre tienen su poquito de envidiosas; pero Teresa, que tenía más que nadie de esa pasión en el alma, odiábala de un modo que ya no es posible explicar. Veía pálida, mordiéndose sus labios, saludar afectuosamente antes que a ella, a esa miserable botada; las personas que la veían por primera vez, tomaban a la una por la otra; creían que la bella joven era la hija de Altamira y "la poco agraciada" la huerfanita. ¡Figuráos lo que esto haría sufrir a la hija de don Pedro, idéntica en el orgullo a su padre!

Carlos amó con delirio a la huérfana. Lo mismo sucedió con Enrique, cuando volvió de haber hecho sus estudios en la Universidad. Teresa se encargó de hacer saber a sus hermanos que eran rivales. Voy a referiros únicamente dos episodios.

Un día los cuatro jóvenes se refugiaron de la tormenta en el hueco tronco del ceibo de que en otra parte os he hablado y al que ellos daban el nombre de el Patriarca. Teresa y Rosa — así se llamaba la adorable mestiza — se habían sentado a descansar en el suelo, cuando dieron un grito de espanto y volvieron a levantarse pálidas y temblorosas. Una víbora negra asomaba entre dos piedras. Enrique se lanzó sobre ella, la cogió y despedazó con sus manos, no sin ser cruelmente mordido por el reptil. Teresa se acercó y le dijo al oído:

—Míralos, tonto!

Rosa se había colgado del cuello de Carlos, y éste la sostenía entre sus brazos.

Otro día, un día de fiesta en que don Pedro celebraba con sus amigos, en la mesa, el de su cumpleaños, Teresa se aproximó al asiento de Carlos, y le dijo:

—Ven... sígueme.

Y lo condujo de la mano al corredor que daba frente al huerto, y le señaló con la mano un banco de mirto que rodeaba un hermoso nogal. Rosa y Enrique estaban sentados en el banco, y el segundo, deshojaba una flor del campo entre sus dedos.

—"Si me quieres, no me quieres" — murmuró Teresa a los oídos de Carlos, y se escapó en seguida, riendo como una loca.

Los dos hermanos tuvieron poco después una explicación.

—Me ama, — dijo Carlos.

—Yo "la amo sin esperanza —contestó el otro.

He aquí por qué el hijo de don Pedro, que debía servir al rey en las milicias, fué más bien el que eligió un convento entre los seis de frailes, y eligió precisamente el de San Agustín por auxiliar con sus esfuerzos al Guardián Escalera en la reedificación de su templo, lo que se consiguió, y en la reforma de los hermanos, lo que siempre fué imposible. Don Pedro no consintió

en el cambio, sino después de haber visto a Carlos próximo a atentar contra su propia vida, para salvarse de la cogulla.

V

Cuando el inexorable padre supo al fin el amor de su hijo Carlos por la nieta de Calatayud, estuvo a punto de perder, el juicio de cólera y de indignación. ¡Si aquello era imposible! ¡su hijo no podía amar a esa mujer, que tenía algo de india!, ¡menos podía hacerla su esposa! Probablemente era hechicera esa muchacha ... ¿y cómo no? Era natural que hubiese en esta tierra más brujos que en Logroño! En vano su hijo se arrastró a sus pies inundándolos de lágrimas. ¿Qué significan esas locuras, esos extremos? La cosa pasaría metiendo a Rosa en el beaterio de San Alberto, mientras se pudiese hacerla monja en Santa Clara.

La pobre Rosa aceptó resignada su suerte. Amaba a Carlos; pero comprendió que éste jamás podría unirse con ella, y que no le quedaba a ella en el mundo más que enterrarse viva en un convento. Pero el impetuoso Carlos no pensaba de ese modo. Lo arrojó todo, la cólera de su padre y la misma indignación de Rosa, y la arrebató de su provisorio encierro.

Don Pedro perdió realmente el juicio con esto, hasta que obtuvo separar para siempre a los amantes. Quejóse a la autoridad — no estaba por desgracia don Francisco de Viedma en la ciudad y le reemplazaba un personero, — quejóse, digo, de "las malas artes y maleficios con que la hechicera perdía el alma de su hijo", y consiguió sin dificultad el auxilio de los sabuesos de la policía. Excitado el celo de éstos, aguzado su instinto por largas dádivas de dinero, los amantes fueron conducidos pocos días después a su presencia. Dispuso inmediatamente enviar a Carlos a Buenos Aires, con carta al Oidor su antiguo patrono, en que le decía "que casase allí al joven, con hija de buenos padres, sea quién fuese", y en cuanto a Rosa, quiso hacerla monja el mismo día.

Don Carlos conducido a viva fuerza, maniatado, hasta la primera jornada, se escapó durante la noche. Al día siguiente lo hallaron sobre un cerro, sentado en una piedra. No hizo ningún ademán de huir de sus perseguidores, cuando éstos se pusieron al alcance de sus ojos. Miraba él absorto al sol naciente sin pestañear; hablaba con los cactus que crecían entre los peñascos; reía a carcajadas... ¡estaba loco!

No fué posible, tampoco, encerrar a Rosa en el convento; Un nuevo ser palpitaba en sus entrañas.. Entonces — ¡oh!, no váis a creerme!, ¡ojalá no fuera cierto, Dios mío! — entonces don Pedro pensó en hacerla morir de vergüenza en la miseria. Mandó que Teresa cortase con sus propias manos los cabellos de la hechicera, y que sus criados expulsasen a ésta de la casa a medio día, con esa marea infamante que entonces daba a conocer a las mujeres perdidas. ¡Y Teresa se complació en cortar las hermosas trenzas que ella había envidiado, así como envidiaba todos los demás encantos de la bruja! ¡Y los criados la arrastraron hasta la puerta y la empujaron brutalmente a la calle, gritando que era digna de morir apedreada!

Enrique, es decir Fray justo, le proporcionó un asilo en la casita del cerrajero Alejo y la protegió como a una hermana.

VI

El mismo día en que volvieron a traerle privado de razón a don Carlos, el orgulloso don Pedro perdió al hijo de su propio nombre, el mayorazgo. Seis meses después, consintió en casar a su hija doña Teresa con don Fernando Márquez, del modo que ya hemos visto al principio de mis memorias.

Al año siguiente, cuando Dios le llamó a comparecer a su presencia, recibió todos los auxilios de la religión y bendijo a su nieto, el que debía ser don Pedro de Alcántara Márqués de Altamira.

Había dispuesto en su testamento que su hija y el esposo de ésta entrasen en posesión de sus bienes, como curadores de don Carlos, después de cuya muerte correspondería a aquella el mayorazgo. Don Fernando tenía, según ya dije, un bondadoso corazón, y quiso cuidar personalmente, en su casa, del pobre loco, socorriendo además a Rosa y su hijo; pero su esposa, perpetuamente atormentada del flato y la jaqueca, dolencias imaginarias con las que se disfrazaba su feroz egoísmo, no consintió que se le hablase de "cosas tan tristes que más valiera olvidar", y como el pobre hombre temblaba ante una mirada de los duros ojos y se moría de susto a un grito de su mujer, permitió que ésta arreglase el asunto a su manera, para consultar mejor su tranquilidad. Don Anselmo Zagardúa y su esposa doña Genoveva, concediendo a éstos el

usufructo de una de las haciendas, que resultó ser la más pequeña y abandonada. En cuanto a Rosa y su hijo, sabemos ya hasta qué punto llegó con ellos la generosidad de la noble señora Marquesa.

Esta "historia de una familia criolla en los buenos tiempos del rey nuestro señor", se hallaba escrita sin orden, unas veces en forma de diario, otras en fragmentos sueltos, sin ilación, en el cuaderno de donde la he compendiado. Hay páginas que una pluma ejercitada y más diestra que la mía explotaría con ventaja, para hacer una novela. Yo me contento con lo dicho, que basta y sobra para la inteligencia del sencillo relato de mi prosaica vida.

NATANIEL AGUIRRE.

NOTAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Bautista Saavedra.
Un intelectual en la
política.

En toda la historia política de Bolivia, hasta Bautista Saavedra, no se dió nunca el caso de que un escritor llegase a ser el sumo conductor de los negocios públicos. Ballivián más que por la pluma tuvo veleidades por el arte, y Baptista no fué sino un orador político hasta cuando escribía. Los intelectuales en Bolivia siempre participaron de los afanes de la lucha política, pero siempre desde un plano secundario, poniendo su pluma al servicio de un caudillo militar o civil, que rara vez se tomaba la molestia de leer sus eruditos panegíricos.

Saavedra fué el primer escritor que llegó a la presidencia de la república y que dirigió los destinos del país. Tenemos con él, el caso poco frecuente en América de un intelectual de primera línea actuando en el plano superior de la política. Sin embargo no podemos comparar su personalidad ni con Sarmiento ni con Mitre, pues su obra no fué como la de éstos, la de un "civilizador", la de un difundidor de escuelas y cultura. A Saavedra no le habría halagado ser un simple profesor de letras europeas, ser un alfabetizador, aún en un pueblo tan poco alfabeto como el que le cupo dirigir. Su temperamento lo arrastraba a mayores destinos de realización. Porque en Saavedra se dió el caso insólito y talvez único de que al lado del intelectual se hallaba un político dotado de todo el genio de un verdadero conductor. Un caudillo de multitud, uno de esos caudillos que de vez en cuando producen estas tierras morenas, para sufrir el impulso de un trampolín humano, y dar un salto a sus destinos.

Junto al hombre que sabía de la voluptuosidad de enlazar ideas y hacer frases, se hallaba un espíritu realizador y enérgico, un alma de resistencia altiplánica y de dureza kolla, un carácter de acero en un cuerpo de bronce. Al intelectual meditativo que había en él, lo sacudía el político dinámico y fervoroso de acción; mas también al conductor de empuje y de visión realista lo perturbaba el teorizante de doctrinas.

Ortega y Gasset en su estudio sobre Mirabeau anota y explica la contraposición absoluta en que psicológicamente están colocados el intelectual y el político. Es así cómo estos dos caracteres reunidos en Saavedra, no pudieron armonizarse nunca y se mantuvieron en constante pugna, determinando esas sorpresivas dualidades de su gobierno yesos cambios de frente en el momento de la acción decisiva. Su temple de luchador se forjaba en los antagonismos que emergían de su misma persona. Saavedra era la expresión de un extraño hibridismo espiritual. Había en él mucho de cacique aimara y no poco de pensador europeo. Al político creador que había nacido para remodelar su pueblo, se le yuxtaponía el intelectual lleno de cultura francesa, y lo que es peor, lleno de doctrina liberal.

Esta doctrina halagaba sin duda al hombre de letras que había en Saavedra, a ese temperamento fraseológico de todo intelectual, ya que el liberalismo es un sistema forjado a la medida y al gusto de los intelectuales, pues está hecho por esencia de frases. La doctrina democrática se presta maravillosamente para preparar discursos y escribir extensos memoriales en

pro de los "derechos del hombre", con acento apostólico; pero es quimérica e inadaptable a la realidad. Por eso la democracia tiene todos los recursos en la oposición, y fracasa necesariamente en el gobierno.

El político que había en Saavedra se dió cuenta de la ingenuidad que entrañaba mantenerse fiel a un sistema de tinterillos y plumíferos, apreciando sin duda la realidad criolla como un complejo social que nada tenía que ver con el plano europeo y menos aún con sus doctrinas. Sintió entonces el impulso de enderezar su pueblo al ritmo de las palpitaciones de su tierra y de su raza. Quiso arrojar los prejuicios doctrinarios que dominaban en el letrado y el bibliómano, y echando abajo las bambalinas de la farsa demócrata, hacer un gobierno orgánico, constructivo, de sólida armazón nacional y de raigambre kolla. Infelizmente la serpiente jurídica que había en él, llena de sabiduría discursiva y de oratoria fraseológica, le habló al oído, y el revolucionario tuvo que torcerle el cuello a su destino por consejo del jurista erudito. El intelectual que había en Saavedra fué un constante freno para el realizador que quería operar transformaciones.

La contienda interior del ágil malabarista de las realidades con el paciente coleccionador de ideas, fué una lucha cruel, en la que el hombre enérgico y dominador cedió el triunfo dolorosamente al hombre de las frases. Fué ocasión de regocijo seguramente para las mudas bibliotecas, en las que los libros se estremecerían de placer en sus dormidos anaqueles, pero fué de desencanto y amargura indudablemente para el país, que había hecho un esfuerzo en producir un hombre de esa talla gigante y que esperaba de él la realización de sus nuevos destinos.

Saavedra fué ciertamente el único que tuvo en sus manos la posibilidad de superar la eterna comedia democrática y forjar una política de contextura propia y de afirmaciones substantivas. Y pudo hacerlo porque estaba dotado de capacidades singulares. Fué un cerebro y una voluntad que armonizados pudieron dar un nuevo impulso a la vida del país. Bolivia con él perdió una posibilidad por muchos años. De hoy en adelante tenemos que hacer una política de espera. Pues las grandes transformaciones requieren imperiosamente hombres grandes; ya que en manos de segundones habría el peligro de que a la comedia democrática suceda al sainete dictatorial.

Por largo tiempo el país no podrá dar un nuevo impulso a su evolución social, pues con Saavedra ha desaparecido la última gran figura de su escenario político. Le cupo actuar en un ciclo histórico en que tuvo por contrincantes primero a Montes y luego a Salamanca. Estos fueron los tres hombres que inquietaron por cincuenta años al país y que marcaron la trayectoria de su destino. Tres temperamentos a cuál más divergentes. Montes, el político puro, de visión certera, sin mirada para las lejanías del futuro, pero con un gran sentido para las inmediatas realidades. Salamanca el ideólogo casi místico por las doctrinas, dominado por la concepción teórica que le impedía toda visión de realidad y que terminó destrozándose en el choque contra la muralla de las cosas; y Saavedra el caudillo revolucionario que albergaba en su seno al gusano de un intelectual que segregaba erudición malsana; el escritor que en el escenario de la política vióse trabado por todas las frases que había escrito. Día llegará en que intentemos un ensayo sobre estas tres grandes figuras de la política boliviana: el Político, el Ideólogo y el Intelectual. El hombre que supo mirar la realidad desnuda; el que sólo tuvo visión para las ideas, y el que se sirvió de las ideas para a través de ellas contemplar la realidad. Entre tanto la desaparición de Saavedra cierra un ciclo importante de nuestra historia, y deja a la juventud la tarea de abrir para el país nuevos destinos.

ROBERTO PRUDENCIO.

Doctor Alberto Zelada

Víctima de rápida enfermedad, ha fallecido el 19 de los corrientes, el doctor Alberto Zelada, uno de los exponentes más altos de la intelectualidad boliviana.

Nació, el doctor Zelada, en la ciudad de Sucre, el año 1902. En la vieja ciudad universitaria formó su espíritu en la más austera disciplina y en un ambiente de refinamiento e idealismo. Dueño de una clarísima inteligencia, poseía, además, las virtudes del hombre de bien. Su vida fué, así, ejemplo de laboriosidad, estudio y severidad. Vocación de maestro. La Universidad recogió sus

mejores esfuerzos. Y cabe afirmar que esperaba todavía de él los frutos en sazón de su vida de estudio y apostolado.

Optó, en 1927, la cátedra de Sociología en la Facultad de Derecho de Sucre. Su libro "Kollasuyo", publicado en 1937, no obstante de ser obra primeriza, revela sus altas dotes de profesor. Conoce a todos los autores que han escrito sobre la vida de los primeros pobladores del Altiplano y extrae de cada uno lo mejor. Añade, después, a manera de contribución propia, observaciones y juicios que son muestras de su fina percepción de sociólogo.

Aparte de su labor de catedrático, fué en la Universidad uno de los más fervorosos paladines de la reforma. Colaboró en los primeros movimientos y en la redacción de algún proyecto de estatuto. Pero, para él, la reforma, era algo más que un decreto de autonomía. Había que infundir, ante todo, en el espíritu universitario: amor al estudio, disciplina, moral e inquietud científica. El orden en las aulas y la renovación de profesores y métodos, serían los pilares de esta obra.

De aquí que su ingreso a la Facultad de Derecho marcó una nueva época en los anales de la vieja casa. En esta tarea de renovación — de hombres e ideas — junto a Alberto Zelada, estuvieron, en primera línea, Juan Francisco Prudencio, Guillermo Francovich, Carlos Alberto Salinas, Daniel Gamarra y Zenón Sandi. A esta pléyade de profesores jóvenes, debió la Universidad el volver a su prestigio de antes.

En 1936, alcanzó, el doctor Zelada, el Decanato de la Facultad y, poco después, el Rectorado de la Universidad por renuncia del titular. Las elecciones de marzo de 1938 lo arrancaron de allí para llevarlo a la Convención Nacional como diputado por la capital. Y al organizar su primer gabinete constitucional, el Tcnl. Busch, lo designó Ministro de Trabajo y Previsión Social.

Hombre educado en los más severos moldes de la disciplina intelectual y moral, no parecía precisamente hecho para la política. Su puesto estaba en la Universidad. Sin embargo, en un país pobre en valores humanos, no es posible sustraerse a los imperativos del servicio público. Así lo entendía el doctor Zelada. Por eso su contribución en el Ministerio del Trabajo, no era, para él, mera colaboración al Gobierno, sino, sobre todo, desinteresada función de Estado. Seguramente, su idealismo, su inexperiencia política y su misma pasión nacionalista, lo llevaron a cometer errores como aquel de haber trocado el Rectorado de Charcas por una candidatura oficial, pero es justo reconocer que esto mismo demuestra en él falta de cálculo, exagerada devoción por el bien público y, sobre todo, un alto ideal de servir al país por encima de compromisos y dogmas de partido. Es decir, que predominaba en él el idealismo del profesor, sobre el afán mediocre del político — tal como se lo entiende y es todavía entre nosotros.

La muerte viene a sorprenderlo en plena madurez, cuando el hombre empezaba a dar de sí todo el bagaje de ideas y conocimientos cuidadosamente elaborado en largas vigiliadas. Idealistas poseído de esa fe tan rara en nuestros hombres de hoy, cabía esperar de él nobles esfuerzos. Su muerte viene a privar a Bolivia de un valor positivo que empezaba ya a ser una venturosa realidad.

Gustavo Medeiros Querejazu.

Bolivia y la Declaración de Lima

La fórmula de defensa continental, aceptada en la VIII Conferencia Panamericana de Lima después de una laboriosa gestación, implica un nuevo desdoblamiento de la Doctrina Monroe, y si bien es una declaración contra todo intento de ataque al Nuevo Mundo, tiene también un sentido económico concreto, relativo al robustecimiento de las relaciones comerciales de los países panamericanos y en especial a las de los EE.UU. con Centro y Sud América, que es, en cierto modo, limitativo de la influencia que sobre estos últimos ejerce Europa en general y la que pudieran lograr, en el futuro, los países totalitarios, en particular.

El criterio europeo circunscribe los alcances de esta declaración, simplemente, a la defensa de América, del continente americano, pero sin más, al decir de André Siegfried, quien, en el número de L'illustration de 21 de enero último, sostiene que Inglaterra conserva su hegemonía mundial, por no habérsela podido arrebatarse EE.UU., en tiempo oportuno, es decir después de la

gran guerra, estando hoy interesado porque la mantenga, para que ella asuma sola el papel conciliatorio en las delicadas crisis internacionales, tan pronto en Europa como en el Extremo Oriente o conteniendo a los alemanes en sus exageradas pretensiones.

Luego, si la Doctrina Monroe fué la negativa de los EE.UU. a inmiscuirse en los asuntos europeos, actitud que apoyaron los países latinoamericanos, la declaración de defensa continental de Lima, sin extender sus alcances al Viejo Continente, previene cualquier intento de ataque a las Américas, preparándolas, como lo veremos por el desarrollo de los acontecimientos posteriores, para defenderse de la dominación económica, primera fase de una posible, aunque lejana invasión que provenga de allende los mares.

La conducta argentina cuando la discusión de la fórmula en Lima, que fué de resistencia al proyecto primitivo, ha tenido como antecedente la interpretación dada en 1913 por su internacionalista don Estanislao S. Zeballos, al negar la aplicabilidad, para su país, de lo que él llamó "actitud" Monroe. Al presente, sus vinculaciones comerciales con Gran Bretaña y ciertas diferencias, en este orden con los EE.UU., explican aún más esta conducta, que tuvo su contraposición en la política brasilera, decididamente inclinada a favorecer la tesis americana, cristalizada en la llamada Declaración de Lima.

Brasil se apresuró en dar forma práctica a este acontecimiento de solidaridad americana, enviando, en misión de acercamiento económico a su canciller Aranha, a Washington. Allí, las actitudes de este personaje fueron categóricas. Demandó la cooperación de los EE.UU. para la defensa del extenso territorio brasilero, que hizo depender del rápido desarrollo de sus riquezas naturales, recalcando, según nos lo comunica el cable, que la falta de este desarrollo en las naciones latinoamericanas en general, constituía un peligro latente, ya que ellas quedaban expuestas a la codicia ajena. En el aspecto monetario obtuvo apreciables ventajas, a base de la colocación de un gran empréstito. Y en cuanto a la considerable producción del manganeso brasilero, declaró, enfáticamente, que su país lo brindaría a otros estados, aludiendo a los totalitarios, en caso de que los EE.UU. no se interesasen por este metal, indispensable para su industria armamentista.

La visita del canciller Aranha ha despertado enorme interés en los EE.UU. y cuando recibamos noticias completas sobre su misión, desenvuelta con tanta firmeza y en momento tan oportuno, tendremos la confirmación plena de que la cooperación internacional en materia de reconstrucción económica de los pueblos, es la mejor forma de prepararlos para una defensa conjunta y solidaria de sus territorios.

Este fruto del voto de Lima, es uno de los resultados tangibles que el secretario de estado americano Cordell Hull, anunciara iba a producir la VIII Conferencia Panamericana, en reportajes anteriores a la fecha de su inauguración.

Analizando el proceso de estos acontecimientos internacionales y relacionándolos con Bolivia, es preciso considerar que nos hicimos presentes al tratarse de la ponencia presentada en esta misma Conferencia, para la supresión de las barreras aduaneras, circunstancia en la cual, nuestro canciller Diez de Medina, recordó a las delegaciones, los derechos inmanentes de nuestro país, en lo que respecta a su comunicación con el mar. Esta actitud debía haberse complementado, ciertamente, buscando, a base de la Declaración de Lima, un entendimiento sincero y estrecho con los EE.UU., que diera como resultado, una compensación, siquiera parcial, a las adversas condiciones en que se desarrolla nuestra economía, como consecuencia de esta nuestra situación mediterránea.

Nuestras relaciones económicas con los EE.UU., garantes de la cooperación panamericana, no son nuevas y ellas crecen día a día, hasta que llegará el momento — si no ha llegado ya — de que este país deba considerar a Bolivia como un reducto, enclavado en el corazón de América del Sur, para prevenir atentados contra la soberanía de los pueblos, cuya conservación constituye la esencia misma de la Declaración.

Estas relaciones tienen su expresión en las estadísticas, que acusan las mayores cifras para las importaciones provenientes de los EE.UU.; hemos acudido con preferencia al mercado financiero de Nueva York para obtener nuestros empréstitos; el comercio de exportación de nuestro estaño podrá encausarse, en el futuro, hacia este país y en la cuestión petrolera quedarían fijados los cimientos de un substancial convenio económico entre ambas naciones.

Habiéndose clasificado al estaño como materia prima de guerra por los técnicos americanos y aconsejándose por ellos, la mayor acumulación posible de tales materias en previsión

de un caso armado, la fundición de este nuestro metal en los EE.UU., salvándose los inconvenientes de costo que hoy impiden hacerlo, originaría un intercambio comercial con Bolivia, de carácter casi exclusivo, pues si el mayor volumen de importaciones nos viene de aquel país, el más grande porcentaje de nuestras exportaciones — que corresponde al estaño — iría destinado al mismo. El intercambio, operado en esta forma, resultaría ser en la práctica, el sistema comercial de compensación, que los países totalitarios emplean y que están interesados en generalizar, para conquistar los mercados latinoamericanos. Por otra parte, la reciente creación de una entidad bancaria americana, destinada a incrementar el comercio de importaciones y exportaciones con los países latinoamericanos y a facilitarles la solución del problema de sus deudas externas contraídas en la Unión, sería el medio más indicado para promover esta estrecha vinculación comercial.

Pero, indudablemente, el factor de acercamiento más poderoso residiría en nuestros petróleos.

La lucha por el predominio petrolífero entre Gran Bretaña y EE.UU., apesar de haber disminuido en intensidad, no puede desaparecer del todo.

Nuestros yacimientos interesan, indiscutiblemente, a los EE.UU., país que precisa conservar zonas de influencia petrolífera en Bolivia. Tal vez si la resolución de nuestra Corte Suprema en el caso de la Standard Oil Co., dictada hace pocos días, pudiera originar un acuerdo directo con la Gran República del Norte, exento de todo viso de imperialismo, para la explotación de nuestros yacimientos, ya nacionalizados, en condiciones de recíproca ventaja.

Esta política internacional desarrollada a base de nuestra riqueza petrolífera, justificaría la expresión de nuestro Ministro en Río de Janeiro, don Alberto Ostria Gutiérrez, formulada en sentido de que Bolivia aspira a ser, no tierra de antagonismos, sino tierra de contactos. Sería la Nación, con plena soberanía sobre sus riquezas, explotadas con el auxilio de la fuerza económica de los EE.UU., que buscaría el contacto de los países limítrofes, con algunos de los cuales tiene ya suscritos tratados y convenios de carácter petrolífero y ferroviario y que no representarían un sincero entendimiento internacional, en caso de que el contacto derive en penetración, que no por ser paulatina, será menos peligrosa para las buenas relaciones y ayuda mutua que inspiraron la declaración de defensa continental, en cuanto no admite "la intervención de cualquier estado en los asuntos internos o externos de cualquier otro".

Por múltiples razones, que en ningún caso pueden pasar inadvertidas para los conductores de nuestros negocios diplomáticos, el petróleo sería la piedra angular de la cooperación norteamericana al resurgimiento económico de Bolivia y al lograrla, quedaría consagrada, para nosotros, la eficacia de la Declaración de Lima.

José Crespo Gutiérrez.

El acto académico del "P.E.N. Club" a la memoria de Jaime Mendoza.

El "Pen Club" de La Paz la más seria institución de cultura entre nosotros, tanto por agrupar a los principales escritores del país cuanto porque en toda ocasión que ha realizado actos públicos, estos se han distinguido siempre por un carácter austero que da ponderación a sus labores literarias, ha rendido un homenaje intelectual a ese gran escritor nuestro que fué Jaime Mendoza. El acto académico ha tenido lugar en el salón de conferencias del Ministerio de Educación, con un programa sobrio pero en el que se contemplaba el estudio de los distintos aspectos de la obra proteica del escritor boliviano.

El señor Juan Francisco Bedregal, presidente del P. E. N., iniciando el acto habló del carácter eminentemente bolivianista de la obra de Mendoza, recordando que fué el escritor que con mayor pasión entregó su talento y su actividad literaria al estudio de nuestra realidad geográfica e histórica, fruto de cuya investigación fueron sus varios libros sobre tópicos andinistas, y la presencia del espíritu y del paisaje kolla en su obra poética y novelística. Don Ramón Piriz Coelho seguidamente se refirió al valor americanista de la obra de Mendoza y a su significación dentro de la literatura del continente, en una disertación llena de agudas observaciones sobre el carácter de las letras de América. Después de unos bellos poemas de Rosendo Villalobos dichos por nuestra

poetisa Yolanda Bedregal y de un magnífico soneto, un verdadero medallón en bronce, de Gregorio Reynolds, Julio Alvarado disertó con profundidad y con sorprendente erudición sobre la tesis geo-sociológica de Mendoza.. Con una serenidad de catedrático, en la que se veía el pleno dominio de la materia, fué demostrando el conferencista la singular unidad geográfica de lo que Mendoza llamó el Macizo boliviano, en la original tesis en la que enfrentándose a muchos que hablaron de la estructura inorgánica de Bolivia, prueba por el contrario la armoniosa unidad de nuestro territorio, que obedeciendo a un imperativo telúrico ha constituido siempre una nación aparte y perfectamente caracterizada dentro del continente. Desde las culturas precolombinas, cuya sede más antigua estuvo en Tiahuanacu, es decir, en pleno altiplano, o sea en pleno centro del macizo andino, y posteriormente en el Cuzco, siempre en la sierra, hasta la organización colonial, que mantuvo la unidad sociológica del macizo, primero con la Nueva Toledo y después con la Audiencia de Charcas, que tenía por capital a la ciudad de La Plata, que es la Sucre de hoy. Por eso la creación de Bolivia, según la tesis del señor Mendoza, antes que a un imperativo político obedeció a un imperativo geográfico, que, en su energía cósmica, mantiene la unidad de la nación. La conferencia del señor Alvarado constituyó, pues, el número central del acto académico.

El homenaje fué clausurado por el secretario del P.E.N. Club, señor Roberto Prudencio.

El viaje de uno de nuestros directores

El señor Julio Alvarado, uno de los directores de nuestra revista, ha viajado a Europa para hacerse cargo de la Secretaría de nuestra Legación ante el nuevo gobierno de España. Julio Alvarado es sin disputa uno de los más altos valores intelectuales con los que cuenta Bolivia entre su juventud. Dedicado principalmente a estudios sociológicos, desempeñó esa cátedra en la Universidad de San Francisco Javier, ampliando sus conocimientos en los cursos de sociología y finanzas que hizo en la Sorbona durante los once años de su permanencia en París. Después de una breve permanencia en el país en el que realizó proficua labor intelectual, vuelve a Europa en el ejercicio de su carrera diplomática, donde no lo dudamos empleará su sagaz actividad en crear nuevos lazos de simpatía y vinculación en el campo de nuestras letras, de nuestra economía y de nuestra cultura. "Kollasuyo" se ha de privar de su inteligente dirección, pero no de las producciones de su pluma que tendrán un interés renovado para nosotros, ya que habrán de estar seguramente inspiradas en el nuevo espíritu que ha brotado de la vieja planta de la hispanidad.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

"Historia diplomática de Bolivia"
Por Carlos. Alberto Salinas Baldivieso
Editorial "Charcas." -Sucre.

Carlos Alberto Salinas, profesor de Derecho Internacional de la Universidad de Chuquisaca, acaba de publicar su primer libro con el título que encabeza estas líneas. Producto de varios años de estudio e investigación, la obra del Dr. Salinas es un positivo aporte a nuestra historia nacional, cuyo capítulo diplomático refleja, como ningún otro, las vacilaciones, zozobras y azares de nuestra vida republicana. Aunque algo descuidado en la forma, "Historia Diplomática de Bolivia", es un ensayo vigoroso, en el que el autor ha logrado un análisis sereno y medular de los acontecimientos más notables de nuestra política internacional, para darnos, a manera de balance histórico, un panorama nítido de los problemas que abren, hoy día, una angustiosa interrogante a nuestro futuro.

Han terminado las guerras de la independencia. Empieza el período de organización. San Martín y Monteagudo, quisieran una monarquía firmemente apoyada en alguna de las viejas dinastías europeas. Bolívar, el genio tutelar de la América, preconiza una Confederación de

Estados, a la manera norteamericana. Pero, más que la visión unitarista de los libertadores, pueden la vanidad de los doctores criollos, la anarquía que debilita el organismo político del Nuevo Mundo y la influencia económica extranjera que empieza a desquiciar el cuerpo anémico del Imperio de las Indias. Y en vez de un Estado "fuerte y vigoroso", América es campo fecundo de Estados diminutos, sin cohesión, ni armonía entre sí.

Santa Cruz, es el último representante en nuestro país de las ideas de Bolívar. Si bien habían fracasado los intentos de una confederación americana, parecía indispensable, por lo menos, reducir el número de los nuevos Estados, fortalecer las uniones regionales por la fusión de países semejantes y complementarios étnica, geográfica y económicamente. Así había nacido la Gran Colombia, de duración efímera, por desgracia. Y así concibió y realizó el Mariscal Santa Cruz la Confederación Perú-Boliviana. Idea generosa y noble, no podía caber en el espíritu estrecho y mezquino de doctores altoperuanos y soldados envanecidos con éxitos de asonadas y cuartelazos.

Librada Bolivia a su propia suerte como Estado soberano, inicia el período de vacilaciones y tanteos, en que alternan por igual lo cómico — hasta el extremo de lo ridículo — y lo trágico. Culmina el primer acto con el inefable gobierno de Melgarejo. Abriendo un paréntesis de grandeza, cruza el escenario político la figura próspera del Dictador Linares.

Comienzan las desmembraciones territoriales. La política de los vecinos, firme y segura, sabe sacar partido de cada uno de los traspies que da Bolivia conducida por caudillos ambiciosos y mediocres y servida por diplomáticos improvisados, vacuos, aptos sólo para venias y genuflexiones. El sentido común, que es "el menos común de los sentidos", suple a la técnica y a la previsión. Pero, de todo esto poco o nada sabe el país, encerrado en sus montañas y entretenido en sus luchas intestinas. Hasta que la misión López Netto viene a despertarlo de un letargo de medio siglo. Pero es ya muy tarde. La primera segregación territorial se ha consumado. Melgarejo ha cambiado al Brasil las zonas del N.E. por una condecoración imperial.

Después de Melgarejo, los descalabros son cosa normal en nuestra política exterior. Las relaciones con Chile son manejadas con torpeza y precipitación, cuando no son la incuria y la apatía las que allanan el camino a las conquistas. Un día llega la guerra. Es la hora funesta del gobierno del General Daza. ¿Para qué siquiera recordar este episodio que es una llaga viva en el corazón de todo boliviano?

Pero la guerra aviva la conciencia nacional y alumbran días que prometen ser mejores. "El organismo de Bolivia, enfermo por las taras altoperuanas, la incrustación de las masas en el poder, la democracia en un país física y espiritualmente desigual, recibe una fuerte inyección tonificadora, el patriotismo retempla el espíritu... Entonces su afán se dirige a lo internacional. Los problemas de la patria con los otros Estados establecen su preocupación" .

Sin embargo, una vez más el anhelo popular, esa fuerza instintiva y poderosa, es burlada por la ignorancia y la vanidad ambiciosa de doctores y generales. Hombres sanos, honrados y sinceros, empiezan a pensar en la gravedad de los problemas internacionales. La opinión pública, aunque fuera sólo instintivamente, podría respaldarlos. Pero aún no hemos aprendido a forjar nuestras armas. Para manejar nuestra política exterior y negociar a nombre del país, es lo mismo ser médico-cirujano que militar o comerciante. El sentido común se aplica a todo, y por eso mismo todo se pierde. Todas las negociaciones de nuestra diplomacia tienen el mismo resultado, el único resultado que cabe esperar de la improvisación y la audacia.

Por otro lado, la política interna, no logra desplegar sus velas. Sigue encallada — y encanallada — en las aguas cenagosas de una lucha estéril y sin altura.

Puede afirmar con razón, el Dr. Salinas: "Una desidia absoluta en las relaciones internacionales. Todo se deja al tiempo y el tiempo fatal cercena el territorio patrio y afianza las pretensiones de los vecinos. Cada Legación inútil que se acredita es un obstáculo para estrechar las relaciones con los vecinos. Cada plantonada a la sombra de la patria, es un descrédito más para Bolivia en el concierto internacional". El tiempo no pasa en vano. Al cabo de los años, llega siempre la hora de las grandes liquidaciones. Primero, el Acre, después, el Litoral, y más tarde, el Chaco. ¿Hasta cuándo...?

Es verdad que la nacionalidad parece afianzarse a principios de siglo. La misma liquidación de la cuestión del Pacífico, si bien nos cierra el acceso al mar, nos libra del peso asfixiante que puso sobre el cuerpo mutilado de Bolivia el Pacto de Tregua.

Un hombre encarna la fe de los nuevos tiempos. Ismael Montes. Es verdad que en política exterior comete muchos errores, como en el conflicto con el Perú y al aprobar el Protocolo Pinilla-

Soler. Pero es la única voluntad firme, la única mano diestra que, en los treintinueve años de este siglo, sabe conducir al país por rutas de superación. Con todo, un grave cargo pesa sobre él. Le falta visión en materia internacional. No alcanza a darnos una orientación definitiva; tampoco prepara diplomáticos de carrera, que es la única manera de reemplazar el sentido común por la técnica, la improvisación por la capacidad. Así, hoy, con poquísimas excepciones, apesar de tanta experiencia dolorosa, nuestra diplomacia sigue siendo, como antaño, ineptitud y esterilidad.

Montes creía, lo mismo que Salamanca, que nuestras cuestiones internacionales deberían resolverse por las armas; de aquí que todo su celo patriótico lo puso al servicio del Ejército. Y acaso no sea exagerado afirmar que antes de la revolución de 1920, el Ejército de Bolivia tenía jefes honorables y capaces.

Viene después, la cuestión del Chaco. Toda nuestra historia diplomática, todos nuestros fracasos y todas nuestras experiencias, siempre olvidadas, no sirven de nada. El problema del Chaco se encara con la misma ingenuidad y torpeza de siempre. Salamanca, pese a su gran patriotismo y a sus ideales de hacer de Bolivia una nación fuerte y respetada, tuvo una visión aldeana de nuestras realidades. Y así no es raro que sobreestimara la capacidad del Ejército y despreciara la preparación diplomática de la guerra. Nuestra diplomacia, falta de dirección, tiene un fracaso superado tan sólo por el fracaso de los comandos militares. El producto de tamaños desastres no podía ser otro que la pérdida del Chaco.

El Tratado del 21 de julio de 1938, es la liquidación de la cuestión chaqueña. No se puede negar — conociendo los factores adversos y haciendo un examen de antecedentes desde setenta años atrás — que este Tratado ha sido un acierto político y diplomático. Bien lo dice el doctor Salinas: "La paz del Chaco se firmó en una tarde gris para Bolivia, una nueva mutilación; pero, ya nada quedaba por hacer: otra guerra o una paz de sacrificio".

Otra vez, como al concluir la guerra del 79, la conciencia nacional, parece agitarse en torno a los problemas internacionales, problemas que, sin duda, encierran la clave de nuestros destinos. La mediterraneidad, el intercambio económico, la colonización, etc., son cuestiones de la orden del día de nuestra política exterior. ¿Sabremos enfocarlas con inteligencia, aprovechando las enseñanzas de un siglo de historia diplomática? ¿Barreremos, por fin, con la improvisación, el favor político y el sentido común en nuestro servicio diplomático? Cuestiones son éstas, sobre las que el catedrático de la Universidad de Chuquisaca, quiere advertirnos, mostrándonos, objetivamente, en las páginas de su libro, cuánto mal han causado a nuestro país los desatinos de una diplomacia educada en la escuela de la vanidad, la politiquería y la irresponsabilidad.

Gustavo Medeiros Querejazu.

**"Sátiro o el Poder de las Palabras"
por Vicente Huidobro
(Ed. Zig-Zag) -Santiago de Chile.**

Con cuán grande indiferencia solemos contemplar a los enfermos — no a los enfermos del estómago o de los riñones — sino que aquellos otros enfermos aquejados de males que se reflejan en el espíritu, y que tienen su origen en un complejo de procesos conciencales. Claro está que la conciencia no es aprehensible; al espíritu no lo vemos ni lo palpamos, no sabemos si es grande o si pequeño, si redondo o si cuadrado, y se piensa entonces que sus afecciones carecen de importancia, o acaso que son el producto de la imaginación de gentes ociosas o esplináticas. ¡Qué grande y profundo error! Mas que eso: ¡qué error tan cruel y de tan funestas consecuencias!

Claro está que desde Freud mucho se ha reaccionado contra tan lamentable miopía, pero con todo de que se ha dicho y escrito harto sobre estas cosas, no se ha dicho ni se ha escrito aún lo suficiente. Mucho queda por hacer, y entre tanto, quienes padecen de estos males invisibles, que por ser invisibles son tanto más terribles, deben sufrir en silencio, su cruel y prolongada angustia.

En efecto, ningún mal hay peor que los que corroen el espíritu. Aniquilan poco a poco, aplastan, debilitan. Al final de las jornadas, la persona es ya un ente; sus fuerzas y sus bríos hánse consumido en una obsesión sin fin; más extensa, más implacable que un desierto tendido bajo el

sol. Los breves instantes de optimismo, de equilibrio y calma, son fugaces e inciertos como los oasis; y luego, es la canícula eterna, inclemente, sofocante...

Puede pensarse que son pocos quienes padecen estos males, mas, ¡ay! por desgracia, muchos son los seres atormentados, incomprendidos, que arrastran por el mundo sus espíritus enfermos. Sus obsesiones y alucinaciones son el producto de complejos cuyo origen se pierde en las capas más recónditas del inconsciente, ese mundo alucinante y maravilloso, del que surgen las formas definitivas de la conciencia y del espíritu.

Precisamente es la historia de uno de estos pobres hombres obsesionados la que se relata en "Sátiro", la última y lograda obra de Vicente Huidobro, ese poeta exitoso y dilecto prosista chileno, fundador del Ultraísmo (la escuela castellana del dadaísmo galo).

Huidobro es un artista de élite. Nacido bajo los blasones de ilustre alcurnia (en la que los títulos de Castilla apuntan a cada instante), su fortuna y su abolengo permitiéronle las delicias de una vida cómoda y sin preocupaciones. Huidobro ha, sido un "bon vivant" internacional, despreocupado y andariego, pero del torbellino de su vida intensa ha surgido un espíritu extraordinariamente refinado, cuyos frutos sazonados nos llegan ahora, y cuyo mensaje conociéronlo ya las letras castellanas, dos o tres décadas atrás, en versos audaces. Luego fué la ponderación y el pulimiento en la prosa elegante y mesurada de "Mio Cid Campeador", de "Papá, o el Diario de Alicia Mir", etc., etc. También escribió versos en francés ("Tour Eiffel", "Horizon Carre", "Saisons Choieses"...). Vivió muchos años en Europa nutriendo su mente. Hoy vive en Santiago.

En "Sátiro", Huidobro nos ofrece uno de los más bellos documentos humanos que se hayan vertido en lengua española. Si bien es cierto que, de allí en cuando, surgen frases y giros poco felices; filosofías de no muy elevado vuelo, la impresión final que nos deja este relato detallado y abrumador de un espíritu que se consume, día a día, lentamente, en una obsesión sin fin, es intenso y dramático. Magnífico el análisis de los procesos psicológicos, y sólo posible en quien ha estudiado muy de cerca cuanto se dice sobre estos problemas, o para quien son una experiencia vivida.

Bernardo Saguen, el héroe atormentado de "Sátiro", es un hombre culto, muy lerdo, cuya afición constituíanla los cuadros y los libros (ediciones raras, numeradas, en papel de Holanda, "avant la letre", incunables adustos y ediciones príncipes), Vive en un piso confortable en una calle de tantas; feliz, en medio de sus cuadros y de sus libros.

Pero en un día de vagabundeo, ocurriósele comprar chocolates para cierta pequeñuela que por ahí había, y al dárselos, cariñoso, posa la mano sobre su frente en paternal ademán, cuando de pronto, de una puerta de calle, una vieja perversa y entrometida le grita: "Sátiro", Nada más. Pero fué bastante, aquella palabra fatal había de cambiar el curso de su existencia toda. Grande es en efecto, el poder de las palabras, tremendo su hechizo o su maldición.

"¿Cómo es posible — se decía — que una frase canalla pueda romper una hermosa mañana?". Pero la frase canalla trizó en un instante la límpida claridad de esa mañana azul. Luego, comenzó el tormento de la obsesión implacable.

Saguen, como todos, tenía amigos (pocos, pero muy escogidos, como es costumbre de los espíritus aristocráticos), y también algunas amigas, Pero a medida que la obsesión de la palabra aquella, lanzada de improviso, irresponsablemente, desde una puerta de calle, fué haciendo presa de su espíritu, los frecuentaba cada vez menos, hasta que dejó de verlos por entero.

Con el tiempo, su personalidad iba como desapareciendo, como diluyéndose en la obsesión que lo aquejaba. Ya no era dueño de sus acciones ni de sus reacciones, De pronto sentía el impulso de buscar a sus amigos y amigas, de recorrer como antes las librerías de viejo, de escribir, de traducir los versos de los simbolistas franceses o de los románticos alemanes, Pero el impulso sólo era de un instante, luego retornaba, peor que antes, la obsesión machacante e implacable. Ya no es el Saguen de otros tiempos, y él lo sabe.

Esa falta de seguridad, esa inquietud que se manifiesta en una continua incertidumbre respecto del sentido y fin de las propias acciones; esas dudas y dubitaciones; esas mutaciones desconcertantes que tan a menudo nos es dado observar en ciertas personas, son todas características de quienes no han superado plenamente, en forma definitiva e integral, cada una de las etapas de su evolución psíquica.

Así, por ejemplo, típicas son, del neurótico (aún de aquellos que no padecen neurosis muy avanzadas), reacciones como ésta, que vívidamente nos describe Huidobro en su obra:

"Es preciso ver a Laura, es preciso llamar a Laura".

Bernardo corrió al teléfono y no pudo decir más que esto:

"Laura, te necesito".

A todas sus preguntas él solo sabía responder:

"Te necesito. Ven".

Pero apenas colgó el fono, se lamentó de haberla llamado. Sentía unas ganas locas de que no viniera. No quería verla, por ningún motivo, por nada del mundo.

"No debo esperarla, no quiero esperarla".

Entonces cogió su sombrero y se lanzó a la calle.

(Con todo de haber salido de manos expertas, no es posible dejar de percibir que en la gestación de la obra hubo apresuramiento, pues que frases como la de "ganas locas", son típicas de este apresuramiento que sin duda viene a restar méritos a algo que, con más cuidado y pulimiento, pudo ser una pequeña obra maestra).

Luego:

"No puedo tener placer en torturarme, en no dormir, en ser víctima de fantasmagorías. Es preciso ver un buen médico".

Dió vueltas por varias calles. Dos veces se encontró que cruzaba la calle Valmont (aquella en que le gritaron "Sátiro"). Había olvidado el médico y el objeto de su salida y andaba vagando sin ton ni son.

Y más adelante:

"Iré a ver al médico" — se dijo, una vez en la calle.

Se, dirigió a casa del doctor T, uno de los médicos más célebres y conocidos de la ciudad. Había andado algunos minutos cuando pensó que el médico vivía algo lejos. Cogió un automóvil de alquiler y le hizo detenerse unos cien metros antes de llegar a su destino. Pagó y siguió a pie. Una vez frente a la puerta de la clínica, y en el momento en que iba a llamar, se detuvo.

"¿Y para qué vengo a ver a este doctor cuando no tengo nada? Estoy perfectamente bien. Se va a reír de mí. Qué necesidad tengo ahora de ver ningún médico?".

Si algunas páginas, como hemos visto revelan apresuramiento, de otras surge en su plenitud, el Huidobro poeta, el estilista consumado, seguro domeñador de los más rebeldes giros de la prosa. No pocas son las frases logradas, las metáforas felices, los pasajes llenos de amena gracia y elegancia:

"La primera semana en aquel pueblecito de pescadores fué realmente encantadora. Bernardo hacía esfuerzos inimaginables para llevar una vida de sport, violenta y sana. Salía por las tardes al mar con los pescadores, como un viejo compañero de sus aventuras marítimas. Se internaba con ellos en los pequeños barcos de vela detrás de las sardinas o detrás de los atunes plateados como guerreros antiguos. Por las noches escuchaba el mar estrellándose en las rocas, el mar que le hacía pensar en cosas fuertes y estimarse asimismo. En las mañanas, tan luminosas que llegaban a doler las pupilas, nadaba un rato con Susana, y luego se tendía al sol satisfecho como un cocodrilo sagrado".

Entre tanto, el desequilibrio de Bernardo Saguen aumentaba día a día. La neurosis, la obsesionante neurosis lo consume en una angustia sin fin.

Un día de aquellos sentado en un banco en el parque, cree que su vecino del frente lo mira inquisitorial. De pronto, no pudiendo sufrir por más tiempo la impertinencia de esa imaginaria mirada, lo increpa airado: "No señor, usted se equivoca, yo no estoy loco". "Discúlpeme usted, caballero, pero yo no le he dicho que estuviera loco, ni lo he imaginado siquiera", balbucea el desconcertado señor. Pero Saguen sigue vociferando, se retuerce las manos, se desespera en un paroxismo de neurosis.

Los instantes de coherencia y calma son fugaces. Goza de ellos, se deleita en ellos; son la euforia, pero luego, muy luego, surge de nuevo la obsesión implacable, la palabra maldita, y es exactamente como si la azul claridad de su, mañana interior, se viera de pronto amenazada por negros nubarrones con presagios de tormenta.

El fin no se deja esperar. No ya Saguen, porque él ya no es, propiamente, Bernardo Saguen (su espíritu se ha diluido en la obsesión), sino que el sátiro engendrado en su mente enferma, cae en el más repugnante de los crímenes:

"La niña yacía sobre: el diván de la sala, los ojos vidriosos, desmesuradamente abiertos al infinito y al pavor. La pequeña carne dolorida palpitaba y gemía en medio de una mancha oscura".

Difícilmente olvidaremos este libro, que es una bella contribución no sólo a las letras americanas sino que al análisis psicológico, cuyos vastos horizontes inexplorados, nos van abriendo, día a día, nuevos e inesperados rumbos hacia el mundo del inconsciente, tan variado y dramático, tan lleno de seres nuevos y de coloridos insospechados, como lo es ese otro mundo — poco explorado también — cubierto por las vastas superficies marítimas. Nítida, insistente, se nos presenta la analogía. La conciencia tiene, en efecto, la claridad azul y brillante de los mares bajo el sol. Lo inconsciente es la sombra y el abismo, es lo indefinido y el misterio, pero no por desconocido e inexplorado deja de modelar lo externo, de prestarle su esencia íntima, de ser, en fin, una prolongación hacia el exterior de fuerzas inmanentes y definitivas, imposibles de contradecir, porque logran imponerse siempre, con la imperiosa determinación de un sino. Tal es en efecto la sujeción de la conciencia, con respecto al inconsciente.

René Ballivián Calderón.

" Clima "
Por Guillermo Viscarra
Revista México -La Paz.

Parecía que después de la escuela modernista, Bolivia no había de volver a producir una verdadera poesía, es decir, una poesía de alto y elevado rango. El modernismo fué la mayor expresión del genio poético de América. Se dió el caso entonces de poetas tan grandes que pudieron colocarse al lado de los principales de la misma Europa. Esta escuela si bien tomó sus cánones de la poesía de Baudelaire, de Verlaine y de Mallarmé, tuvo empero una raigambre profundamente americana, que le daba un valor de peculiaridad y el que hasta ahora no ha sido lo suficientemente analizado. Nuestro país puede enorgullecerse de haber dado no pocos de los poetas más grandes de la América. Desde Jaimes Freire y Pinto que originaron y dieron carácter a dicha escuela, hasta Peñaranda el rubendariano, Reynolds el supremo artífice, Guerra el más subjetivista y hondo para culminar talvez en Tamayo, el de más desconcertantes rebuscas sonoras y el de audacias aún mayores que las del mismo Herrera y Reissing.

Fué tan excelsa la floración poética, que se diría que Bolivia superó a sí misma sus posibilidades creadoras. De ahí que el genio de la inspiración parecía agotarse del todo. Y era lógico suponer que nuestro país no iba a dar por mucho tiempo verdaderos poetas, más sí, en cambio prosadores y cultivadores del ensayo analítico, pues a una generación de artistas, sucede casi siempre una generación de críticos.

Por otra parte, las escuelas de la poesía de vanguardia no hallaron nunca clima favorable entre nosotros. No llegaron a ser, en el mejor caso, sino simples jugueteos de ingenio, que pasaron pronto, sin dejar impresión ni significación alguna. La metáfora parecía cristalizarse más bien en la prosa, como lo demuestra "Sangre de Mestizos", "Aluvión de Fuego", "La Sima Fecunda", "El martirio de un civilizado", etc. En general no podemos negar que la literatura de postguerra es en la prosa donde ha impreso sus valores más altos.

Mas, sin embargo y felizmente, vemos que no ha muerto la poesía entre nosotros. La publicación de "Clima", de Guillermo Viscarra, es un hecho verdaderamente sintomático. En ese libro se revela un nuevo poeta, portador de una poesía también nueva. Empero para lograr el pleno dominio de la expresión metafórica que enriquece los poemas de "Clima", Guillermo Viscarra ha tenido que sufrir una metamorfosis. Nació a la poesía al calor de los versos modernistas. Mas, dentro de esas formas no cabía sino la imitación. Todo estaba agotado, y los poetas jóvenes condenados a repetir una y mil veces las formas ya marchitas. Es el triste sino de los que llegan tarde. Guillermo Viscarra lo comprendió así y se cerró en el silencio varios años. Y entonces de espaldas al modernismo ya descolorido, comenzó a rumiar las sustancias poéticas que llevaba en sí mismo. Y es así cómo elaboradas en armonía con las modalidades de hoy ha llegado a plasmar una poesía no solamente nueva dentro de las letras bolivianas, pero también sin duda alguna

dentro de las mismas escuelas de vanguardia, tanto por la energía telúrica que empapa todos los poemas, cuanto por la estructura novedosa en la expresión de la metáfora.

Tratemos de explicarnos con un breve análisis.

La poesía modernista buscaba ante todo la musicalidad en el verso. Se reunían los vocablos de ciertas afinidades sonoras para tejer maravillosas melodías verbales. La palabra antes que un valor expresivo tenía, pues, para los modernistas, un valor musical. Antes que el valor analógico, era importante el valor prosódico del vocablo, por así decirlo. De ahí que muchas veces se escribían versos de una musicalidad exquisita, pero desnudos de sentido. Esto no solamente se encuentra con frecuencia en Tamayo, sino también en Herrera y Reissin, en Lugones, y aún en el mismo Rubén, que nunca fué muy revolucionario. La imagen y la idea no cumplen sino una función secundaria en el verso modernista; son la simple forma que adopta el cuerpo musical.

En la poesía nueva en cambio lo esencial es la imagen, El verso no es sino una sugerencia intelectual. Por eso se emplea el tropo en sus diferentes modalidades y principalmente la metáfora. De ahí que la poesía de hoy hubiera roto la trabazón del verso, ya que ni el metro ni la rima cumplen una función intelectual. Pura la poesía modernista estos componentes eran en cambio esenciales, puesto que el ritmo y la aconsonantación de las desinencias son elementos musicales. La poesía de hoy lo hemos dicho descansa únicamente en la metáfora. Mas, ahora bien. En su expresión metafórica la poesía nueva trasladaba el sentido del mundo humano a las cosas inanimadas de la naturaleza. Así hablaba de los amores del viento con la montaña helada; de los monólogos del mar ante las rocas pensativas; de los secretos de la brisa susurrando en las mil orejas de los árboles que se estremecían de inquietud, etc. Lo que se hacía era, pues, poblar a la naturaleza de infinitas almas humanas. El poeta se salía de sí mismo, olvidando sus propias alegrías o pesares, para asistir al drama danzante de la naturaleza.

Esto es lo que inspiró al pensador español su teoría de la Deshumanización del Arte, sosteniendo que el arte se había deshumanizado porque los poetas en lugar de referirse a sus propios amores y dolores, a sus desengaños y amarguras, como lo habían hecho los románticos en un gesto de sublime, al par que de ingenua confesión, no hacían más que jugar con las imágenes, prestando cómicamente vida individual a las inanimadas formas de la naturaleza. No le faltaba cierta razón a Ortega, aunque la teoría fué impugnada sin ser del todo comprendida. Es verdad que mejor que de "arte deshumanizado" habría sido hablar de "arte humanizante", ya que la nueva poesía al insuflar vida y alma individual a los objetos exteriores estaba humanizando realmente a la naturaleza. El poeta dejaba de escuchar las expresiones de su propio yo para escuchar los diálogos humanizados de las montañas y los árboles, pero sin ser tampoco a manifestación e un animismo filosófico, sino simplemente de un metaforismo literario.

Toda la poesía de vanguardia se enmarcó dentro de este "arte deshumanizado", o de este "arte humanizante". De ahí que la poesía de Viscarra presenta un carácter supremamente novedoso, El reivindica el valor de su yo, de su plena individualidad humana, que se proyecta a ese no-yo que es la mujer, su único contrario. Pero esa individualidad suya está alimentada de todas las formas de la naturaleza, es una humanidad, por así decirlo, deshumanizada, que se apropia los estados físicos y químicos del mundo exterior. El procedimiento poético de Viscarra es, pues, inverso al de los poetas vanguardistas: mientras éstos insuflan de alma humana a la naturaleza, Viscarra naturaliza su propio ser, que se puebla de vegetación, como si fuera un mundo.

Cuando habla de sí mismo o de la mujer, elimina todos los términos humanos y evoca siempre las cosas de la naturaleza inanimada, Así dice: "Al borde de la vida fuí como un dios de piedra pulido por los vientos... yo era un mozo salvaje de áspera cabellera de ramajes sombríos, cazador de paisajes en el alba y cosechador curvado en el crepúsculo... mis pobres manos estaban tendidas como dos perros blancos al comienzo de todos los caminos... y las yemas de aurora de mis dedos eran raíces largas de esperanza". Cuando evoca a la mujer la siente también como un objeto inanimado: "Ella... quizá será una luna transparente rodando por los ríos. Una ola verde y loca erguida sobre el lento terciopelo de los mares herméticos... Bajo qué cielo verde de lujuria se dormirán sus senos de plata muda y fría. Como estarán de largas sus manos de cristal sobre mi vida... Tenía un olor cálido de jazmines maduros... Brotaba el mar de sus pupilas tristes... Tenía una voz verde que dejaba su boca con un frío de menta". Quiero citar todavía estos versos de un sentido amoroso tan hondamente sugestivo: "Bajo la piedra verde de mi cara de ídolo, el amor me mordía en silencio los huesos... Era un gusano frío mi lengua retorcida, inmóvil en la tumba de letras de tu nombre... Del fondo de mí mismo nublaba mis pupilas el color de tus senos

de flores de durazno... Yo te soñaba entonces mujer como una luna nueva y campesina, empolvada de tenues cenizas de celajes".

No creemos encontrar en la nueva literatura americana formas parecidas a las de la poesía de Viscarra. Neruda emplea la metáfora en este sentido algunas veces; pero la poesía de Neruda es cosa muy distinta. Es una poesía llena de gestos amorios, de un amor cordial, casi romántico, expresado en forma metafórica. El tema erótico en Viscarra allega una significación diversa. Busca el mundo femenino como un complemento cósmico, como una integración de su mundo esencial. Es un amor que no tiene casi nada de humano. Diríase la atracción de la montaña por el mar.

Este naturalismo — que así lo llamaremos — de Viscarra, es lo que constituye la esencia misma de su poesía. Y no se crea que se trata de un simple recurso metafórico. No. Viscarra es un poeta empapado de naturaleza. Se nutre como un árbol de las substancias de su tierra y florece en poemas. Viscarra es, si se me quiere permitir, un poeta telúrico. Está lleno de paisaje andino, de pampa, de viento, de follaje. Es el intérprete del lenguaje de la naturaleza inanimada. Es tal vez, como todo verdadero poeta, el alma de un paisaje.

Este sabor a tierra que tienen todos sus poemas, es lo que llega a apartarlo fundamentalmente de toda la poesía vanguardista, que no tuvo en absoluto raigambre telúrica, no siendo sino la expresión de un subjetivismo puramente intelectual. La poesía de Viscarra se alimenta de lo vernáculo y lo autóctono y sabe a pampa andina y a piedra milenaria.

Pero Viscarra no es un poeta descriptivo, él no canta sino a la naturaleza que lleva en sí mismo. Al evocar su mundo espiritual surgen arboledas, chujllas aimaras y barquichuelas de totora. Así los aguafuertes de sus "Lugares" son la expresión de lo que podría llamarse la subjetivación del paisaje. Son rincones de tierra pero que están dentro de un alma. Y sin embargo no hay lirismo, sino plástica pura, ya que se trata de un alma hecha naturaleza. No queremos citar ninguno de estos bellos "lugares", porque nos prometemos publicar algunos en el próximo número de nuestra revista

Así Viscarra inicia con "Clima" una nueva era en la poesía boliviana, no solamente porque con él se ha depasado por entero el plano modernista, llegando a forjar una poesía metafórica de altos quilates, sino también porque el aliento telúrico entra de lleno en esa poesía, que es expresión de tierra. En Viscarra canta la montaña con ritmo de tormenta, y canta el valle en sus "canciones" de charango. Creemos, pues, descubrir en Viscarra el nuevo intérprete del alma del paisaje altipámpico. Y de ahí que podemos señalar en él la aparición de un poeta kolla.

Roberto Prudencio.